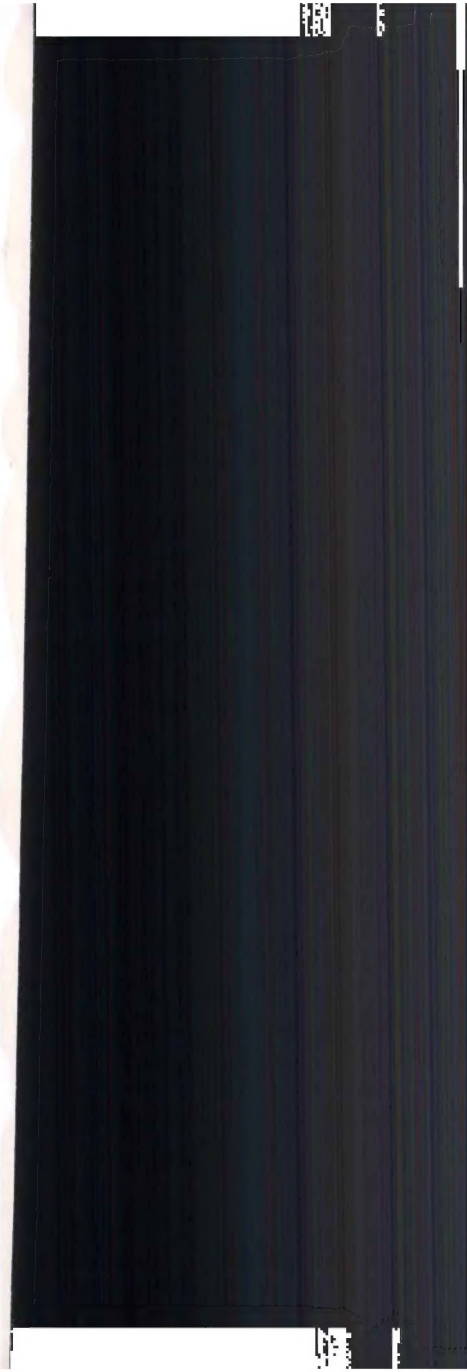

la resistencia indígena ante la conquista



siglo
veintiuno
editores

Josefina
Oliva de Coll





historia

En homenaje a fray Bartolomé de Las Casas en el quinto centenario de su nacimiento:

- * Fray Ramón Pané: "Relación acerca de las antigüedades de los indios": el primer tratado escrito en América (nueva versión, con notas y apéndices por José Juan Arrom)
- * Juan Friede: Bartolomé de Las Casas, precursor del anticolonialismo. Su lucha y su derrota
- * Raíces indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua
- * Josefina Oliva de Coll: La resistencia indígena ante la Conquista

LA RESISTENCIA INDÍGENA
ANTE
LA CONQUISTA

por

JOSEFINA OLIVA DE COLL



This One



OYH1-3WC-JQDW



siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, s.a.

CALLE PLAZA 5, 28043 MADRID, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores

siglo veintiuno editores de colombia, s.a.

CALLE 55 NÚM. 16-44, BOGOTÁ, D.E., COLOMBIA

edición al cuidado de la autora

portada de anheló hernández

primera edición, 1974

segunda edición, corregida, 1976

octava edición, 1991

© siglo xxi editores, s.a. de c.v.

isbn 968-23-0575-6

derechos reservados conforme a la ley

impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

INDICE GENERAL

PALABRAS INICIALES	9
I. EL ENCUENTRO	15
II. LA PRIMERA OPOSICIÓN. LAS ISLAS	19
Anacaona, 28; Cotubano, 30; Enriquillo, 32; Cuba, 38; Boriquén, 45	
III. POR LA TIERRA QUE LLAMARON FIRME	49
Veragua y el Darién, 52; Urraca, 62; El re- querimiento, 70; Nicaragua, 73	
IV. LA NUEVA ESPAÑA	77
Xicotencatl, 80; Ataque y defensa, 96; El pre- sagio y la derrota, 106; Los mayas, 113; Jacin- to Canek, 118; Tecum Umán, 122; La rebelión cakchiquel, 127; Honduras: Lempira, 129; La Baja California, 132; Oeste y Norte de la Nueva España, 138; Nuevo México, 146	
V. FLORIDA, LA INCONQUISTABLE	148
Tascaluza, 160	
VI. VENEZUELA	171
Guaicaipuro, 175; El fiero Yaracuy, 179	
VII. COLOMBIA: NUEVA GRANADA	182
VIII. TAHUANTINSUYO	195
Rumiñahui, 205; Quizquiz, 210; Manco Cá- pac, 213; La rebelión de Túpac Amaru, 222; Repercusiones, 231	
IX. POR TIERRAS DEL PLATA	241
X. CHILE, TIERRA INDÓMITA	254
BIBLIOGRAFÍA	276

ADVERTENCIA

Por error de compaginación, el capítulo sobre *Tahuantinsuyo* (a partir de la p. 194) aparece formando parte del capítulo VII (*Colombia: Nueva Granada*), cuando debería ser capítulo aparte (VIII). En consecuencia, los capítulos VIII y IX serían, respectivamente, IX. *Tierras del Plata* y X. *Chile, tierra indómita*.

Y esta es la pura y verdadera realidad de la verdad.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

**El colonialismo no se comprende sin la posibilidad
de torturar, de violar y de matar.**

FRANZ FANON

**Al indio no se le predique humildad y resignación,
sino orgullo y rebeldía.**

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

A LOS QUE MURIERON LUCHANDO POR SU TIERRA,
A LOS QUE MURIERON POR INJUSTICIA,
A LOS QUE LUCHAN CONTRA ELLA, DONDEQUIERA
QUE ESTÉN,
A LOS QUE PADECEN HAMBRE Y MISERIA.





PALABRAS INICIALES

La historia tradicional presenta la conquista como una hazaña prodigiosa realizada por un puñado de valientes que dominan casi con sólo su presencia, en nombre de Dios y de Castilla, a millares de seres primitivos y salvajes. Una simple lectura de las Crónicas demuestra lo contrario: la oposición fue encarnizada y sistemática a partir del momento en que, pasada la sorpresa y confusión del encuentro, la creencia en la llegada de los supuestos dioses anunciados por la tradición es sustituida por la conciencia de la excesivamente terrenal naturaleza de los invasores. La resistencia es decidida y valiente, suicida a menudo, de aquellos hombres y mujeres desnudos e indefensos que luchan contra las armas de fuego, los caballos, los perros amaestrados "cebados en indios; cosa de grande crueldad, que los despedazaban bravamente".¹ Se manifiesta con el incendio de pueblos y sembradíos al aproximarse las tropas invasoras; con la huida a las montañas de los moradores de pueblos y ciudades; con los abortos que las mujeres desesperadas se provocaban ante la esclavitud y el hambre que esperaban a sus hijos o "para no dar a luz a bastardos"; con los suicidios de millares de personas convencidas de su impotencia para sacudirse el yugo; con la lucha armada constante y tantas veces admirable de los valientes.

Después de siglos se sigue exaltando la conquista y se repiten conceptos de honor y gloria; se sigue mezclando la conquista en sí con los beneficios de la evangelización; continúa la confusión creada por los

¹ Alonso de Góngora Marmolejo, *Historia de Chile*, p. 71.

primeros conquistadores —comprensible en ellos que tanto tenían que disimular y solapar— basada en la supuesta cristianización que estaban realizando. Por todo ello y por ser tan pocos los héroes de la resistencia que se recuerdan, nos proponemos en este mínimo trabajo rescatar del olvido a todos aquellos que supieron defender su tierra y su libertad. No nos detendremos en analizar si el hallazgo y la tragedia de América, que empieza con Colón, hubiese sido mejor o peor verificada por tal o cual pueblo. No se trata de eso. Se trata del eterno problema de la conquista, de la dominación brutal del más débil por el más fuerte, llámese quien la sufre Vietnam, México, Argelia o cualquier otro país del mundo. Se trata del eterno problema de la conquista con su secuela, el colonialismo, con la huella que deja inalterable a través de los siglos del hierro candente, huella presente aún después de casi quinientos años, pese a todas las demagogias lo mismo democráticas queseudorrevolucionarias o dictatoriales. Visible aún en el estado de sumisión miserable, en el subdesarrollo y analfabetismo de los pueblos de "esa América en agonía, con la libertad atropellada, la soberanía perdida, o la dignidad mancillada" como dijera en su manera contundente Raúl Roa. Visible aún en la sumisión mantenida a fuerza de asesinatos, de matanzas de exterminio perpetradas porque se *ignora que matar indios sea delito*, y absueltas por encontrar válida la justificación.²

² Periódico *Excelsior*, 29 de junio de 1972: "*Absuelven en Colombia a 7 colonos que cazaron indios*: Villavicencio, Colombia, 23 de junio (AP). Siete colonos acusados de haber asesinado a sangre fría a 16 indios, el 23 de diciembre de 1967, fueron absueltos porque procedieron 'con plena buena fe, determinada por ignorancia invencible', dictaminó hoy aquí un jurado de conciencia. ... Los inculpados no negaron su participación en el asesinato colectivo de indios, que causó conmoción e indignación en Colombia; dijeron, sencillamente, que no sabían que 'matar indios era un delito'. ... Los indios de la

No iremos a caer en la trampa colonialista que supone a los colonizados incapaces de pensar y obrar por su cuenta y que atribuye a "influencias extrañas" toda actitud reivindicativa, para tratar así de acallar cualquier gesto encaminado a esclarecer la verdad o cualquier intento de reclamar el derecho de los sojuzgados. Tal haría quien esgrimiera el espantajo de la Leyenda Negra contra España para atacar una acción de la más elemental justicia o para silenciar las raras voces sinceras que se atrevan a hablar de los crímenes cometidos o las que se elevan a favor de los pueblos oprimidos. No hay tal Leyenda Negra. El orgulloso patriotismo de algunos españoles acuñó la expresión cuando por conveniencias políticas los gobiernos europeos utilizaron contra España, su rival, el magnífico requisitorio lascasiano. El auténtico patriota fue el fraile intransigente al señalar los horrores de la conquista. Si todos los países colonialistas hubieran tenido un Las Casas ninguno se hubiera librado de su *Leyenda* propia: ni Portugal; ni Francia, que en la Louisiana marcaba a los esclavos con la estilizada flor de lis; ni Inglaterra, ni por supuesto Holanda, con los horrores perpetrados en sus Indias Orientales.

En España, la conciencia de los hombres de Iglesia removida por el constante clamor del padre Las Casas se inquietó y se examinó. Hasta la máxima autoridad del Papa fue impugnada. Pero los leguleyos tienen solución para todo: se dictaron órdenes estrictas, *Nuevas Leyes*, que se suponía servirían para favorecer a los indígenas. Se hicieron alardes de equilibrio para justificar el poder papal sobre *todos* los hombres del

tribu juiva fueron atraídos hasta la hacienda La Rubiera, en los llanos orientales, en un sector de la frontera colombiano-venezolana, con ofrecimientos de comida. Los aborígenes aceptaron los víveres y, mientras comían, los colonos los acribillaron a tiros y los remataron a machetazos. Luego cavaron una fosa, regaron los cadáveres con gasolina y les prendieron fuego. Al juicio, que duró veinte días, se llevaron los huesos semicalcinados de los 16 indios, entre quienes había mujeres y niños."

orbe, y la injusticia y el atropello continuaron. A ninguno de los hombres de letras se le ocurrió plantear la cuestión con un mínimo de sentido común humanitario; ninguno fue capaz de situarse mentalmente en el lugar de la víctima. Y se siguió leyendo sin pestañear el nombre de *pieza* dado a los esclavizados, el nombre de *perros rabiosos* a los que defendían su patria con valor legendario.

Y no se diga que no se debe juzgar los hechos del siglo xvi con criterio del xx. No es cuestión de siglos sino de conciencia, de respeto al ser humano; porque en el siglo xvi, mientras los hechos ocurrían, Las Casas tronaba iracundo contra el crimen; el cronista oficial Fernández de Oviedo —libre de toda sospecha—, conquistador él mismo, nombrado gobernador de Cartagena, capaz de contar tranquilamente uno de los saqueos verificados por él y sus compañeros en el que hubo despojo e incendio; conquistador que no tiene ningún reparo en decir de los indígenas que son “gente bestial... no tienen la cabeza como otras gentes sino de tan rescios y gruesos cascos que el principal aviso que los cristianos tienen cuando pelean con ellos... es no darles cuchilladas en la cabeza, porque se rompen las espadas”; que llama siempre “gandules” a los soldados indígenas, mientras los españoles son “grandes adalides... valerosos por su lanza”, no obstante, no puede evitar la expresión airada ante determinados hechos que considera abominables, llegando incluso a coincidir con su enemigo Las Casas al justificar la actitud de un cacique: “Digo yo, el cronista... que no se puede llamar rebelde quien nunca había dado obediencia”. Y el padre Joseph de Acosta dice al explicar alguno de los objetivos de su libro: “Habiendo tratado lo que toca a la religión que usaban los indios, pretendo en este libro escribir de sus costumbres y pulicía y gobierno, para dos fines. El uno, deshacer la falsa opinión que comúnmente se tiene de ellos, como de gente bruta y bestial y sin en-

tendimiento, o tan corto que apenas merece este nombre. Del cual engaño se sigue hacerles muchos y muy notables agravios, sirviéndose dellos poco menos que de animales y despreciando cualquier género de respeto que se les tenga... Esta tan perjudicial opinión no veo medio con que pueda mejor deshacerse, que con dar a entender el orden y modo de proceder que éstos tenían cuando vivían en su ley... Mas como sin saber nada de esto entramos por la espada sin oíles ni entendelles, no nos parece que merecen reputación las cosas de los indios, sino como de caza habida en el monte y traída para nuestro servicio y antojo."

En casi todos los cronistas se halla algún destello de libertad de juicio y de repudio. Hasta los soldados muestran alguna que otra vez su conciencia del atropello que están cometiendo, y un escueto "nos pareció mal a todos los que íbamos" lo deja consignado.

Y no se diga tampoco que fue el choque de dos culturas. Sería una grave ofensa a España suponer que unos aventureros sin escrúpulos de ninguna clase eran los portadores de su cultura; que unos ávidos truhanes, que llamándose a sí mismos cristianos usaban el nombre de Dios en vano cada vez que querían justificar sus fechorías, eran los portadores de algún concepto moral elevado.

Este libro no pretende sino subsanar un olvido. Aquel en que han sido dejados tantos hombres de estas tierras llamadas hoy América Latina, que se opusieron a sus invasores con heroico desprecio de la vida, cuyas hazañas reviven en nuestros días con el mismo tesón y con los mismos ideales, los que se lanzan todavía a la misma lucha contra los opresores de los pueblos.



I

EL ENCUENTRO

América nace en la historia del mundo occidental cuando el absolutismo es la meta y la intolerancia el método en la existencia diaria.

SERGIO BAGÚ

A la sorpresa del primer encuentro, al "no poder creer que hombre haya visto gentes de tan buenos corazones y francos para dar a los cristianos cuanto tenían", que "cuanto les piden dan con la mejor voluntad del mundo, que parece que en pedirles algo se les hace gran merced"; al deslumbramiento que les produce aquellos hombres y mujeres desnudos, puros y simples en el ser y en el dar, que tanto sorprende a Colón, sigue bien pronto el desplante de la construcción de un fuerte en los dominios del rey Guacanagarí, "de gran caridad, humanidad y virtud", quien, en el primer percance que sufrió el Almirante en las costas de La Española, le ayudó a desencallar su barco, descargarlo y guardar todas las cosas que se sacaban, con tal presteza que le hizo decir en carta a los reyes: "certifico a Vuestras Altezas que en ninguna parte de Castilla tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner sin faltar una agujeta... que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra" y que "Nuestro Señor le había hecho gran merced en que allí encallara la nao... [porque]... no fue aquello desastre, sino gran ventura".¹

Pese a su entusiasmo y a la entrañable amistad que

¹ Las Casas, *Historia*, lib. I, cap. LVIII.

Guacanagarí le muestra y le habrá de mostrar en el futuro, cuando por lealtad a Colón llega a ser traidor a su propia gente sublevada contra los invasores, decide éste construir una torre fortaleza, "no porque crea que haya esto menester por esta gente... porque son desnudos y sin armas", en la que deja a treinta y nueve hombres bien aleccionados, con el encargo de recogerle un tonel de oro.

Colón empieza a *interpretar*: da como realmente comprendido lo que los indígenas le dicen, al añadir, aparentemente sin darse cuenta de la enormidad que ello supone, que no sabe la lengua del país "y la gente destas tierras no me entienden ni yo [a ellos], muchas veces les entiendo una cosa por otra... ni fío mucho de ellos, porque muchas veces han probado de fugir".

No es de extrañar que probaran de *fugir*, aunque la mayor parte de las veces sin conseguirlo, porque se trataba de los primeros indígenas que al ver el prodigio de la *casa flotante* se acercaron a la nao del Almirante llenos de curiosidad. Colón se la satisfizo, aprehendiéndolos y guardándolos prisioneros para llevarlos a los reyes de España junto con otras *rarezas* tales como papagayos, madejas de algodón y alguno que otro objeto de oro.

Este fue el encuentro. Y Las Casas dice: "porque nunca suelen los hombres caer en un solo yerro, ni un pecado se suele solo cometer, antes suele ser mayor el que después sobreviene, así acaesció al Almirante que, queriendo perfeccionar su propósito, envió unos barcos con ciertos marineros a una casa... y tomaron, y trujeron siete mujeres... con tres niños. Esto dijo él que lo hizo porque mejor se comportan los hombres en España habiendo mujeres de su tierra que sin ellas". El marido de una de las prisioneras se acercó a la nao antes de que zarpara, y suplicó a Colón que puesto que se llevaba a su mujer y a sus hijos lo llevase a él también. Le *plugo* al Almirante, "y así yo lo

creo —dice fray Bartolomé —y también tengo por cierto que quisiera más el indio que le dieran su mujer e hijos y quedarse en su tierra que no ir a morir en la ajena". La aprensión queda certificada por Oviedo cuando dice que al llegar Colón a Palos la mayor parte de los indígenas habían muerto o *iban dolientes* y que sólo pudo llevar a seis de ellos a la corte de los católicos reyes. Uno de los que llegaron, al que el joven príncipe don Juan tomó como paje, murió al cabo de dos años.

Es general entre los invasores la convicción de que la gente que encuentran les pertenece; de que "llevar la bandera de la cruz" y luchar "por nuestra fe y por servicio de vuestra Sacra Majestad" les da el derecho —por otra parte sancionado por el Papa— de repartirse las tierras americanas; de cargar con increíbles tributos a sus jefes legítimos y de obligarlos bajo pena de muerte —de la que muy a menudo ni así logran escapar— a considerarse súbditos de los monarcas europeos.

Es general también el embrollo de contradicciones en que se enredan los escritores de la conquista al hablar de los naturales de estas tierras. Fernández de Oviedo, cronista de Indias por nombramiento de Su Majestad, hace gala a lo largo de su obra de esa jerga típicamente colonialista, hasta el punto de no permitir se entienda si frente a los indígenas se sentía realmente superior o si sólo los odiaba; si los admiraba o los despreciaba; si los veía como "gente de bien y aptos para la guerra" o como viciosos, perezosos y mal inclinados o bien si es para tranquilizar el remordimiento que a veces aflora en sus escritos, por lo que trata de justificarse acusándolos de idólatras y sodomitas. Lo cual no le impide pintar, a renglón seguido, un cuadro de lascivia y sadismo entre los suyos, como el de un fraile que, acostado en una hamaca con una indígena, obliga al marido a dormir en el suelo debajo de ellos.

Y pese a que, "ni quiere pensar que sin culpa de los indios, les había de castigar Dios e casi asolar en estas islas, seyendo tan viciosos e sacrificando al diablo", culpa con acres palabras a los conquistadores, a los dominicos y franciscanos de que los indígenas *sean acabados* en San Juan, Cuba y Jamaica. No escapa a su *Yo acuso* "la cobdicia de los hombres insaciable" que obliga a trabajos excesivos por el afán de obtener oro; la crueldad de los que no dan de comer a "esta gente, que de su natural es ociosa y viciosa e de poco trabajo, e melancólicos e cobardes, viles e mal inclinados..." Tal parece que esta retahíla de insultos no tiene más finalidad que la de tomar ánimo para poder añadir: "muchos dellos, por su pasatiempo, se mataron con ponzoña por no trabajar, y otros se ahorcaron por sus manos propias".

Las Casas, pese a su admiración por Colón, al que trata de justificar siempre que puede, da como una de las causas de que los españoles se atrevieran a poner a los indígenas "en tan acerbísimos trabajos... y encarnizarse para oprimirlos y consumirlos", las palabras que el Almirante dirigió a los reyes: "ellos no tienen armas y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas, y muy cobardes... y así son buenos para les mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo otro que fuere menester, y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres..."²

Se pregunta unó a dónde han ido a parar las "angelicales criaturas" del primer encuentro, de las que dijo que "mejor se convertirían a nuestra sancta fe con amor que por fuerza", a los que daba bonetes colorados y cuentas de vidrio a cambio de piezas de algodón o de magníficas joyas de oro; los que llegaban nadando a las embarcaciones para darle toda clase de obsequios; aquellos que eran "muy bien hechos, muy hermosos y de lindos cuerpos y muy buenas caras".

² Las Casas, *op. cit.*, lib. I, cap. LIV (Primera Carta de Colón).

II

LA PRIMERA OPOSICIÓN. LAS ISLAS

Dondequiera que falta justicia se la puede
hacer a si mismo el oprimido y agraviado.

LAS CASAS

La Española estaba gobernada por cinco caciques principales a los que prestaban obediencia muchos señores de menor categoría. Eran aquellos: Guarionex, en cuyas tierras los ríos arrastraban oro entre sus arenas; Guacanagarí, el generoso huésped de Colón, cuyo dominio abarcaba parte de la rica Vega Real; Caonabo, el más poderoso de todos, "el más encarnizado enemigo de los blancos... dotado de natural talento para la guerra y de una inteligencia superior a la que suele caracterizar la vida salvaje. Tenía para acometer atrevidas empresas un ánimo incansable y audaz; y el apoyo de sus tres valientes hermanos, y la ciega obediencia de una tribu numerosa".¹ Era el cuarto, Behechio, hermano de Anacaona, mujer célebre en toda la isla por su belleza, casada con Caonabo. Y por fin, Cotubanamá, señor del sur de la isla.

La acogida dispensada por los caciques a los recién llegados, si bien no tan excesivamente cordial como la que les otorgó Guarionex, fue también pacífica en un principio, antes de que ocurriera "una serie no interrumpida de vergonzosos ultrajes, [que] encendió el resentimiento de aquellos hombres bondadosos y apacibles, y de generosos huéspedes se convirtieron

¹ W. Irving, *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, lib. 8, cap. III.

en encarnizados enemigos", pues "no hay plaga comparable a la soldadesca abandonada a sí misma en un país inerme".²

La gente dejada por Colón en la isla, al regresar a España para dar cuenta a los reyes del éxito de su primer viaje, desató sus malos instintos, y el indígena contestó a las crueldades, al robo de sus mujeres, incendiando los fuertes, dando muerte a todos los grupos que encontraba desprevenidos y negándose a proporcionarles alimentos. Este hecho, repetido mil veces a lo largo de toda la conquista, llegó a ser una tortura para aquellos advenedizos que se creían todos hidalgos y rehusaban terminantemente el trabajo del campo.

Ya había pasado tiempo desde que un barco del Almirante encallara en tierras del cacique Guacanagarí, quien "en su comer, en la honestidad, gravedad y limpieza, mostraba bien ser de linaje", que era "de pocas palabras y muy lindas costumbres, y su mando es, a lo más, con hacer señas con la mano y luego es entendido, que es maravilla",³ donde Colón había recibido ayuda y hospitalidad tales que le hicieron escribir acendrados elogios, y donde, a pesar de todo, hizo construir antes de partir la primera fortaleza que llamó de La Navidad, en la que dejó a treinta y nueve hombres bien aleccionados: que no se separaran los unos de los otros; que guardasen respeto a los indígenas y... que reunieran buena cantidad de oro.

Antes de que el Almirante abandonase la isla, un grupo de sus hombres inició lo que habría de caracterizar toda la conquista: matar sin ningún motivo a unos indígenas. Contra lo que fuera de esperar, Colón *se alegra* del hecho, pensando que servirá para que sean temidos y respetados sus hombres del fuerte. A partir de entonces, cada vez que salía o entraba a

² *Ibid.*

³ Las Casas *Historia*, lib. 1, cap. xc.

un pueblo hacía desfilar a su gente con banderas desplegadas y a son de clarines, "para poner temor en la tierra y mostrar que si algo intentasen eran poderosos para ofenderlos y dañarlos los cristianos", lo cual no impidió que los naturales los recibieran con la naturalidad e inocencia acostumbradas, dejándolos entrar en sus casas donde "tomaban todo lo que bien les parecía, con mucho placer de los dueños, como si todo fuera de todos", pues tenían la costumbre de cerrar sus puertas con unas simples cañuelas, creyendo que con eso "habían de cognoscer los cristianos que no era voluntad de los dueños que en sus casas entrasen", cuando no eran deseados.⁴

"...nunca habían ni acaescían guerras o diferencias entre los indios desta isla", dice Oviedo. Ambas cosas aparecen con los conquistadores: las diferencias, con la lealtad de Guacanagarí a Colón que lo enfrenta a los demás señores; las guerras no habrán de cesar hasta el aniquilamiento total de los indígenas.

La conquista enloquece a los invasores. El afán de encontrar oro, cueste lo que cueste, la necesidad de demostrar a los reyes que los gastos ocasionados por la aventura iniciada con las tres carabelas no fueron inútiles, convierte a Colón en un buscador de oro, en un cazador de esclavos para ser vendidos en España. Y más tarde, cuando hay que acallar los escrúpulos peninsulares, se imaginan rebeliones que no existen para justificar la esclavitud de los *alzados*. Colón llega a escribir a su hermano Bartolomé, el Adelantado, ordenándole "sobrecargar los navíos de esclavos", mientras añade este increíble modelo de hipocresía:

En esto y en todo es de tener muy justa cuenta, sin tomar a Sus Altezas nada, y mirar en todo el cargo de la conciencia, porque no hay otro bien salvo servir a Dios,

⁴ Las Casas, *op. cit.*, lib. 1, cap. xc.

que todas las cosas de este mundo son nada, y el otro es para siempre.⁵

Caonabo, el señor "muy esforzado de la Maguana", vio entrar en sus tierras a un grupo de los hombres del fuerte de Navidad. Sus súbditos les dieron muerte a todos, y una noche se dirigió el cacique hacia la fortaleza y le prendió fuego. Sólo había dentro cinco personas. Los demás, esparcidos por la isla, fueron muertos todos "por sus culpas y malas obras", de lo cual "rescibió grandísimo pesar y tristeza el Almirante" a su regreso de España.

El Cibao, dominio de Caonabo, poseía ricas minas de oro. El Almirante impuso un tributo: todos los vecinos de las minas que pasaran de los catorce años entregarían cada tres meses una fuerte cantidad de oro; a los que vivían lejos de ellas se les obligó el pago de una arroba de algodón por persona. Para que nadie pudiera eludirlo ordenó que cada tributario llevase siempre colgada del cuello una moneda de cobre o de latón en la que se hacía una muesca especial por cada pago, para que "se cognosciese quien lo había pagado y quien no; por manera que el que no la trajese había de ser castigado".⁶

⁵ *Ibid.*

⁶ Viene a la mente la inevitable comparación con otra ig-nominia parecida, de nuestros tiempos: "Las leyes del Apartheid exigían que, a partir de los dieciséis años, todo hombre o mujer debía llevar consigo un 'pase'. Dicho pase o cuaderno de referencia era indispensable para trabajar, para viajar, para vivir en cualquier parte que no fuera la cárcel. En el documento aparecía la fotografía del poseedor, su nombre, los recibos de los impuestos y la hoja de servicios o relación de empleo. El no presentar dicho 'pase' a petición de un policía o de cualquier persona autorizada, constituía un delito criminal castigado usualmente con multa de catorce dólares o cinco semanas de encarcelamiento. De los diez millones de negros de Sudáfrica, alrededor de medio millón sufren castigo por esta causa cada año. Ninguna ley impuesta por el Apartheid ha producido a los africanos mayor sufrimiento y hu-

Para más obligarlos se construyó un fuerte en el Cibao. Caonabo le puso sitio al ver que su posición estratégica lo hacía inexpugnable. Durante treinta días lo tuvo bloqueado. En el interior fungía de jefe máximo Alonso de Ojeda, "educado en las guerras moriscas", conocedor de cuantas estratagemas pudieran urdirse en su contra, fanático y feroz, quien ante el hambre que amenazaba a los sitiados "hizo desesperadas salidas... a muchos dio muerte con su propia mano, y siempre salió ileso... de entre espesas lluvias de flechas y saetas. Caonabo vio perecer la flor de sus intrépidos guerreros".⁷ Sin desanimarse por ello, Caonabo concibió el proyecto de confederar a todos los caciques de la isla en una acción común contra el invasor. Guacanagarí se opuso: había ofrecido su amistad y su palabra de paz a Colón. Su respeto a las leyes de la hospitalidad lo opuso a sus hermanos y lo convirtió en el mayor obstáculo a sus objetivos, en el mayor enemigo de su propia gente, al tiempo que Caonabo se convertía a su vez en el terror de los invasores, con el apoyo de sus hermanos y de todo su pueblo en armas.

Convencidos los conquistadores de que nunca podrán vencerlo, deciden recurrir a la ignominia. Ojeda prepara unas esposas muy bruñidas de manera que parezcan de latón, metal muy admirado por los indígenas, y se presenta en son de paz y acompañado por nueve soldados a caballo ante el cacique, anunciándole que le lleva un obsequio por orden del Almirante. "Díjose que Ojeda se hincó de rodillas y le besó las manos y dijo a los compañeros: 'hacé todos como yo'. Hízole entender que le traía turey de Viz-

millación..." (Norman Phillips, *La tragedia del Apartheid*.)

La protesta contra esta ley provocó en Sudáfrica la matanza de Sharpeville; la protesta contra la obligación de la medalla y del impuesto fue causa, en La Española, de la muerte de Caonabo y de la destrucción de su gente.

⁷ W. Irving, *op. cit.*, lib. 8, cap. vi.

caya y mostróle los grillos y esposas muy lucias y como plateadas de gran virtud secreta, que los reyes de Castilla se ponían aquello por gran joya cuando hacían areytos, que eran bailes, y festejaban, y suplicóle que fuese al río a holgarse y a lavarse, que era cosa que mucho usaban. . . y que allí se los pondría donde los había de traer, y que después vendría caballero en el caballo y parecería ante sus vasallos como los reyes de Castilla".⁸ Así se hizo. Una vez esposado el cacique y montado en la grupa del caballo de Ojeda, huyeron a todo correr los *caballeros*. La satisfacción de Colón fue grande al ver prisionero a su valiente enemigo. Cuentan los testigos de los hechos que Colón lo guardó un tiempo en su casa antes de decidirse a mandarlo a España. La casa no era grande y los que transitaban por allí veían a Caonabo sentado cerca de la puerta, sin hacer el menor signo de reconocimiento cuando Colón pasaba por delante de él. En cambio, cuando se presentaba Ojeda, se levantaba el cacique y le hacía una gran reverencia. Extrañados de esta actitud preguntaron a Caonabo por qué razón respetaba más al vasallo que al señor, y el cacique contestó que Colón no se había atrevido a ir a prenderlo en su casa y Ojeda sí.

Tal vez fuera este digno orgullo lo que movió a Colón a enviarlo a Castilla; tal vez el temor que le debían de inspirar los hermanos de Caonabo con todo el pueblo resuelto a liberarlo. Una gran tormenta tropical destrozó el barco, y el primer gran jefe de la resistencia indígena, cargado de cadenas, murió ahogado.

La confederación soñada por Caonabo se logró cuando ya él no podía dirigirla. El español levantaba más y más fortalezas, invadía toda la isla. La esperanza inicial de verlos partir por el mismo camino por el que habían llegado se desvanecía lo mismo que la de

⁸ Las Casas, *op. cit.*, I, cap. CII.

derrotarlos debido a su corto número. Los hombres blancos usaban armas poderosas, luchaban cubiertos de acero, montados en caballos feroces; llevaban mastines hambrientos que al soltarlos contra los indígenas, "con sanguinaria furia, les asían de la garganta, los derribaban, los arrastraban y les hacían pedazos".⁹ El traidor Guacanagarí seguía acompañando a los poderosos. La confederación fue vencida. El hermano de Caonabo, Manicaotex, fue hecho prisionero. Los demás caciques se fueron retirando a sus tierras. Behechio se llevó a su hermana Anacaona, la bella, a sus dominios donde compartió con él el mando. Feroces tributos fueron impuestos a los vencidos. Muchos optaron por retirarse a las montañas escarpadas, único lugar que les ofrecía una seguridad relativa, no sin antes destruir los sembradíos con la esperanza de que los españoles murieran de hambre.

El destino de todos los señores de La Española fue trágico.

Cuando en tierras de Guarionex impuso el Adelantado Colón un tributo trimestral, que consistía en un cascabel lleno de oro, a cada uno de sus habitantes, sintieron los indígenas colmada la medida de lo soportable. Guarionex ofreció al conquistador labrar un enorme terreno para los españoles, "y eso era tanto que se matuviera diez años toda Castilla", a cambio del oro que su gente no sabía sacar de las minas. El ofrecimiento fue inútil pues a Bartolomé Colón sólo le interesaba el cascabel lleno de oro. Entonces Guarionex y su pueblo se aprestaron a la lucha. Enterado Colón se les adelanta y ataca por sorpresa y de noche, cosa desacostumbrada en el mundo indígena. Logra matar a muchos y llevarse prisionero al cacique y a algunos señores. Todo el pueblo acude a pedir la libertad de sus jefes y el Adelantado la concede, pero sin cambiar en nada la obligación

⁹ Irving, *op. cit.*, lib. 8, cap. vi.

del tributo que Guarionex no puede reunir. La gente estaba acostumbrada a sacar el oro de los ríos o a recoger el que hallaban en la superficie; el trabajo de las minas les resultaba insoportable y desconocían los procedimientos para obtenerlo.

Desesperado, Guarionex opta por huir y se dirige con su familia y allegados a tierras de su amigo Mayobanex. Los recibe éste, aun consciente de que desafía las iras del conquistador, porque, como habrá de explicar a su pueblo cuando le reclama por el peligro en que los ha puesto, Guarionex es bueno y no ha hecho mal a nadie y además porque él, Mayobanex, y su esposa están en deuda con el huésped por haberles enseñado el *areito*¹⁰ del Magua, que era una especie de romance acompañado de bailes, que rememoraba los hechos de sus antepasados.

Además les explica que "habiéndose venido a socorrer dél y de su reino y él haberle prometido defenderlo y guardarlo... por ningún riesgo ni daño que le viniese, no lo había de desamparar".¹¹

El daño le llegó muy pronto. Descubierta el escondite por Colón, se dirige a tierras de Mayobanex y aunque unos grupos de valientes intentan cerrarle el paso, como sea que sus flechas, tiradas de lejos por temor a los caballos, "llegaban cansadas", logra su propósito y llega hasta donde residía Mayobanex. Le ofrece amistad eterna si le entrega a Guarionex, quien se ha hecho acreedor a un gran castigo por haber huído, dejando de pagar el mayor impuesto exigido en aquellas tierras. Al mismo tiempo lo amenaza con la destrucción total si se niega a ello.

¹⁰ Dice Oviedo: "Por todas las vías que he podido, después que a estas Indias pasé, he procurado con mucha atención... de saber... por qué manera o forma los indios se acuerdan de las cosas de su principio o antecesores, e si tienen libros... Y en esta isla, a lo que he podido entender, sólo sus cantares, que ellos llaman areitos, es su libro o memorial que de gente en gente queda."

¹¹ Oviedo, *op. cit.* lib 1, cap. cxx.

Mayobanex trata de explicar sus motivos, basados en sentimientos humanitarios y de amistad, a los que no puede ser infiel. "Rescibió dello el Almirante grande enojo y aceleración de ira contra Mayobanex y determina de lo destruir... Llega el furor de los cristianos cerca; desampara toda la gente a su propio rey; como los que sabían que contra las ballestas de los españoles y menos contra los caballos no podían prevalecer".¹² Al verse solo huye Mayobanex a las montañas con su familia; se separan los dos jefes e intentan salvarse cada uno por su lado. Los invasores los buscan hasta la extenuación. Hallan a dos indígenas que andaban cazando y logran hacerles confesar dónde se esconde el cacique. Doce españoles se ofrecen a ir a buscarlo, desnudos y pintados como los indígenas. Encuentran a Mayobanex, sin protección, solo con su mujer, sus hijos y algún pariente. Lo hacen prisionero y lo encierran en el fuerte de la Concepción, donde permaneció hasta su muerte.

Junto con Mayobanex fue aprehendida una prima suya de la que se decía que era la más hermosa mujer de aquella isla, "aunque en ella hobo muchas de hermosura señalada", cuyo marido obtuvo del Almirante que la dejara en libertad. En agradecimiento mandó el marido cuatro o cinco mil hombres a que hiciesen para los españoles "tanta labranza de pan, que valía entonces 30 000 castellanos". El pueblo esperaba que con eso les devolvería a su señor, mas "soltó el Adelantado a la reina y a todos los presos de su casa... pero en que se soltase su rey y señor... ninguna cosa los ruegos y lágrimas aprovecharon".¹³

A los pocos días de la prisión de Mayobanex, salió de su escondrijo, impelido por el hambre, el rey Guarionex que sin duda fue visto y delatado al invasor. Durante tres años permaneció en el mismo fuerte de

¹² Las Casas, *op. cit.*, lib. II, caps. CXX y CXXI.

¹³ Las Casas, *op. cit.*, lib. I, caps. CXX y CXXI.

la Concepción que su amigo, si bien separado de él. En 1502, "preso y con hierros", fue embarcado con destino a España, en uno de los barcos de la flota que, pese a las reiteradas advertencias de Colón de que se avecinaba una tormenta, se hizo a la mar y al llegar frente a la isla de Saona se encontró con uno de los ciclones habituales del Caribe que hundió más de veinte buques. Unas quinientas personas hallaron la muerte en el naufragio, entre las que se contaba gran cantidad de indígenas. El más notable de ellos, Guarionex, murió ahogado. Entre los españoles que perecieron figuran el gobernador Bobadilla, Francisco Roldán, de inicua conducta en la isla, y muchos otros enemigos de Colón. Se perdió también una enorme pepita de oro, la más grande que en aquellas tierras fuera encontrada, y muchas otras riquezas. Colón y su hermano, que formaban también parte de la expedición, lograron salvarse.

ANACAONA

Impresionante es la figura de Anacaona, esposa de Caonabo. A la muerte de éste, se refugió en la rica región de la Española llamada Xaraguá, de la que compartió el mando con su hermano Behechio hasta su muerte y después la siguió gobernando ella sola, adorada por su gente. Era "valerosa y de grande ánimo e ingenio" y en toda la isla se contaban de ella maravillas. Le tocó sufrir los desmanes de Roldán, típico exponente del conquistador pendenciero y sin escrúpulos.

Cuando Nicolás de Ovando recibió el cargo de gobernador de La Española, decidió ir a Xaraguá. En cuanto lo supo Anacaona preparó un regio recibimiento con un *areito* en el cual intervinieron "más de trescientas doncellas todas criadas suyas, porque

no quiso que hombre o mujer casada o que hubiese conocido varón, entrasen en la danza o areito".¹⁴ Ni la magnificencia del baile, ni los manjares ofrecidos, ni la señorial hospitalidad en el gran *caney*,¹⁵ lograron torcer la primera idea del conquistador: hacer una gran matanza como escarmiento o como aviso. Ése fue el procedimiento usado por Cortés en Tlaxcala, por Alvarado en Tenochtitlan, y que se repitió en muchas partes: adelantar el castigo a la acción e infundir pavor desde el primer momento.

Ovando organizó su plan: hizo que sus hombres de a caballo realizasen un juego de cañas, lo que llamó tanto la atención a la cacica y a los señores, que aceptaron encantados la invitación a pasar al *caney* grande de los españoles para verlo desde allí. El conquistador "tenía concertado que los de caballo cercasen la casa y los de fuera y dentro estuviesen aparejados, y que cuando él pusiese la mano en una pieza de oro que tenía a los pechos colgada, comenzasen a atar a los señores. . . Entra la señora y reina noble Anacaona y que muchos y grandes servicios había hecho a los cristianos y sufrídoles hartos insultos, agravios y escándalos; entran ochenta señores. . . y descuidados esperan la habla del comendador mayor. No habla, sino que pone en la joya que en los pechos tenía la mano; sacan los satélites las espadas. . . Comienzan a dar gritos Anacaona y todos a llorar diciendo que por qué causa tanto mal; los españoles danse priesa a los maniatar; sacan sola a Anacaona maniatada; pónense a la puerta del *caney*. . . gentes armadas, que no salga nadie; pegan fuego, arde la casa, quémanse vivos los señores y reyes en sus tierras, desdichados, hasta quedar todos, con la paja y la madera, hechos brasa".

¹⁴ Oviedo, *op. cit.*, lib. v, cap. 1.

¹⁵ *Caney*: casa típica del trópico, construida con varas o cañas y techada con paja.

A la reina Anacaona, "por hacerle honra, la ahorcaron".¹⁶

Todo quedó en orden con la sádica sentencia: colgar, *por honra*, el bello cuerpo de la cacica a los tres meses de haberla obligado a contemplar, presa y maniatada, cómo quemaban vivos a todos los señores de su corte.

Mientras ocurría el incendio, los soldados se ensañaban con el resto de la población y perseguían a los que trataban de huir. Los que lograron llegar a un islote llamado El Guayabo fueron aprehendidos y condenados a la esclavitud por Ovando. Y de nada les valió que la reina Isabel, enterada de lo sucedido en su lecho de muerte, lo hubiera "sentido mucho y abominándolo".

Uno de los que pudieron huir, Guaroa, sobrino de Anacaona, se retiró a las sierras de Baoruco donde fueron a buscarlo con la excusa de que andaba *alzado* y en cuanto lograron capturarlo lo ahorcaron de inmediato.

Así fue como la tierra que gobernara Anacaona, esta mujer tan atrayente y tan vilipendiada por Oviedo, sufrió como pocas la saña evangelizadora. Ella misma fue víctima de la mentalidad "occidental y cristiana", que después de aprovecharse de la natural inocencia de las nativas, juzgaba los hechos con los más estrictos principios de moral de confesionario.

COTUBANO

Frente a la pequeña isla Saona tenía sus dominios Cotubanamá o Cotubano, notable por su fuerza y su tamaño, al que los azares de la conquista habían ligado con estrecha amistad a un conquistador, capi-

¹⁶ Las Casas, *op. cit.*, lib. II, caps. IX y X.

tán general Juan de Esquivel. En la isla Española existía desde antiguo la costumbre de que los amigos cambiasen entre sí sus nombres. Así lo hicieron el español y el indígena. El intercambio de nombres establecía unos lazos de parentesco a los que los naturales guardaban profundo respeto y lealtad. A este vínculo se le llamaba *guatiao*.

Pasan los años y sigue la conquista con los horrores inherentes a ella. La crueldad del animal humano se desborda y llega a extremos indecibles. Los indígenas aterrorizados se esconden por los montes, pasan de los dominios de un cacique a los de otro. Empieza entonces la cacería de hombres por parte de los invasores, los castigos atroces para que escarmienten, la búsqueda por los intrincados bosques que cubren las escarpadas sierras siguiendo un leve rastro, el sutil olor del humo. La tierra donde Cotubanamá gobierna se ve invadida por los que huyen. Su fama de hombre valiente es un estímulo para los que necesitan de una ayuda, de un refugio seguro. Las atrocidades que Las Casas transcribe, "extrañas a toda naturaleza humana, vieron mis ojos, y ahora temo decillas, no creyéndome a mí mismo, si quizá no las haya soñado",¹⁷ que uno se niega a repetir —a sabiendas de que desgraciadamente no las había soñado— por monstruosas, conmueven a Cotubanamá, quien decide huir a su vez y pasarse con la gente que quiera seguirle a la vecina isla de Saona.

Allá desembarcan los conquistadores en su persecución. Juan de Esquivel, el *guatiao*, al frente de ellos. Se dividen en dos grupos para subir la montaña por dos riscos distintos; el que capitanea Esquivel se topa con dos espías "sacó el puñal el capitán y dió de puñaladas al uno, triste indio espía; y al otro átanlo y llévanlo por guía".¹⁸ El otro grupo se encuentra con

¹⁷ Las Casas, *op. cit.*, lib. II, cap. XVII.

¹⁸ Las Casas, *op. cit.*, lib. II, cap. XVIII.

doce indígenas que andan uno tras otro como solían hacerlo, el último de los cuales armado, con su arco es Cotubano. Al preguntarles por su jefe, "véelo, aquí viene detrás", es la respuesta. Una espada desnuda ataca a Cotubanamá; éste la para con las manos ignorando el poder del arma. "No me mates, porque yo soy Juan de Esquivel", dice el cuitado. Huyen los indígenas en vez de enfrentarse al de la espada "que lo pudieron muy bien matar y el señor y ellos salvarse". Arremete el cacique contra el español a pesar de las heridas de sus manos y se traban en una lucha cuerpo a cuerpo del que los separan los que vienen atrás. Atan al cacique con una cadena, buscan a su mujer e hijos y deciden no quemarlo allí mismo sino llevarlo con la carabela a Santo Domingo para darse y dar a la ciudad la fiesta de un atenaceamiento. Lo salva de ello el comendador mayor al estimar suficiente castigo la horca. Juan de Esquivel se vanagloriaba de esta captura, como una de las grandes hazañas realizadas por él en la isla.

"Todo esto yo lo vide con mis ojos corporales mortales", dice el padre Las Casas.

Mandó poblar el comendador mayor dos pueblos o villas de españoles, para tener esta provincia del todo segura, que más cabeza no alzase... y entre ambas repartió todos los pueblos de los indios, que sirviesen a los cristianos, que al cabo los consumieron.¹⁹

ENRIQUILLO

La isla Española fue pródiga en opositores, pero ninguno alcanzó a dar a su movimiento la categoría de guerrilla organizada como lo consiguiera el cacique heredero del Bahoruco, Guarocuya, conocido por su

¹⁹ Las Casas, *op. cit.*, lib. II, cap. XVIII.

nombre de cristiano, Enrique. Hijo de Maxicatex, cacique muerto en la famosa y malhadada quema del gran buhío de Anacaona, fue salvado de aquel horror y llevado a un convento de franciscanos por el padre Las Casas. Allí se familiarizó con la cultura occidental. Inteligente y despierto, no tardó en rebelarse contra la injusta esclavitud que padecían sus hermanos, sus súbditos por derecho de herencia. Ya mayor casó con Mencía, hija del español Hernando de Guevara y de Higuemota, la hermosa hija de Anacaona.

Fue dado Enriquillo en repartimiento junto con sus vasallos a Francisco de Valenzuela, de quien recibió un trato de respeto y afecto poco común. Muerto éste, lo heredó el hijo, Andrés Valenzuela, mozo engreído, envidioso y resentido con Enrique por el afecto que le había demostrado el padre. La animadversión se manifestó de mil maneras. La belleza de Mencía, heredera de la hermosura de la madre y del color del padre, considerada por esta razón como española por los conquistadores, fue un acicate más para Valenzuela, el joven. Fracasado en sus intentos de quitarle la mujer, los malos tratos y vejaciones fueron en aumento. Se quejó Enrique de la afrenta al propio Valenzuela, quien según el padre Las Casas, "le dio de palos para que se cumpliese el proverbio: agraviado y aporreado", en vista de lo cual acudió al teniente de gobernador, del que no consiguió más que insultos y amenazas, desprecio y aun la cárcel. Al salir de ella, se dirigió el cacique, con su orgullo y dignidad indomables, a pie —porque su yegua, única propiedad que le quedaba, regalo de Las Casas, le había sido robada por su amo— desde la hacienda de Valenzuela hasta la ciudad de Santo Domingo, a presentar sus quejas a la Audiencia.

Allí no le trataron mal pero no obtuvo más que una *carta de favor* dirigida al propio teniente de gobernador que lo había encarcelado. La presentó, no

obstante, con lo que su situación se agravó aún más, lo mismo que la del resto de la población indígena, desamparada y víctima, sobre la que recaían las consecuencias de las rencillas, malquerencias y rencores que destrozaban a los conquistadores entre sí.

Se acabó la paciencia del cacique, inculcada durante años por los franciscanos, y convencido de que nada había de lograr para mejorar su suerte y la de su gente, decidió irse a las montañas inexpugnables del Bahoruco, dominio de su padre. Consiguió la adhesión de varios caciques: Higuamuco, Incaqueca, Entrambagures, Matayco, Vasa, Maybona, y otros de los que no se conserva más que su nombre de bautismo: Gascón, Villagrán, Tamayo, Velázquez, Antón y Hernández del Bahoruco. Con un genio militar insospechable en un hombre que hasta entonces había mostrado una pasividad, inculcada en el convento, que le valió los reproches de los suyos, se lanzó a la oposición armada que ya no había de dejar. Instiga a los indígenas que permanecen en los poblados a que consigan armas de los españoles, con la advertencia expresa de evitar siempre que sea posible el derramamiento de sangre. A la vez, organiza un plan de verdadera guerrilla. Coloca a los caciques más valientes en los puntos estratégicos de las montañas. Retira a mujeres, niños y ancianos a los lugares alejados y protegidos naturalmente, donde se levanta un pueblo, se siembra, se guardan animales domésticos y perros mastines que son utilizados para la cacería de los cerdos salvajes, con lo que se les cambió el destino que hasta allí habían tenido de cazadores de hombres. Prevé Enrique los detalles más nimios. Divide a sus hombres en grupos, en guerrillas que se esparcen por las montañas vigilando el llano por donde ha de llegar la represión. Procura que nadie conozca con certeza el lugar donde él se halla, que cambia a menudo, con el fin de evitar una posible delación conseguida por tormento.

Así preparados, aguardan el ataque que no ha de tardar. El primero en acudir es Valenzuela al frente de un grupo de hombres a caballo, montado en la yegua de Enriquillo. La montaña es áspera e intransitable a caballo. A pie y por los desfiladeros el español es más vulnerable que el indígena, que desde lo alto arroja grandes piedras sobre los asaltantes y los vence fácilmente. En la retirada cae Valenzuela en manos de Enrique —ya llamado Guarocuya para siempre— y ocurre lo increíble: el cacique ofendido suelta al tirano, le hace devolver la yegua robada y sólo le advierte con dignidad que no se le ocurra volver a la montaña: que se guarde.

El segundo ataque es organizado por la Audiencia y sufre igual derrota. La fama de Enrique cunde por la isla y llega a la Península española. Los indígenas sometidos abandonan a sus amos y van a engrosar el contingente *alzado*. A todos prohíbe Enrique que maten españoles, pretende solamente conseguir respeto para su pueblo y defenderlo, ya que “nunca los reyes y señores de esta isla reconocieron como señor al rey de Castilla, sino que desde que fueron descubiertos, hasta hoy, de hecho y no de derecho fueron tiranizados...”.²⁰

Pasan los años y los naturales siguen en su rebelión, en su oposición: “en esto pasaron trece y catorce años en lo cual se gastaron de la Caja del rey más de ochenta o cien mil castellanos”, dice su cronista defensor, organizando *armadas* para ir a combatirlo, siempre inútilmente, lo que debió desanimar tanto a los españoles que la Audiencia se vio precisada a imponer penas a los que se negaban a ir. Oviedo reduce el costo de las armadas a cuarenta mil pesos de oro, los cuales según él no se gastaron todos en las campañas sino que “muchos pusieron la mano escondidamente en tal pecunia, por indirecta vía”.²¹

²⁰ Las Casas, *Historia*, lib. III, cap. CXXV.

²¹ Oviedo, *Historia*, lib. IV,, cap. VII.

La resolución de no llegar a hechos de sangre, mientras se pudiera evitar, fue constante en la mente del cacique. En una ocasión en que acorralados unos setenta españoles se habían refugiado en una cueva y los indígenas habían prendido fuego a la entrada con el fin de asfixiarlos, llegó oportunamente Guarocuya, mandó apagar el fuego y los liberó. A un fraile franciscano del convento donde había sido educado que voluntariamente fue en su busca para atraerlo a la paz y que, hallado por un grupo de la guerrilla, sufrió el despojo de sus vestiduras, le presentó Enrique sus excusas y le explicó sus motivos para andar en la montaña: que para que no lo matasen como a sus mayores "había huido a su tierra, donde estaba, y que ni él ni los suyos hacían mal a nadie, sino defenderse contra los que venían a captivallos y matarlos, y que para vivir la vida... en servidumbre, donde sabía que habían de perecer todos como sus pasados, no había de ver más español para conversarlo".²²

Entretanto, estimulado por las victorias de Enrique, creció el ánimo de los valientes. El Ciguayo, llamado así por el grupo a que pertenecía, se lanzó con un pequeño número de indígenas al ataque de minas y haciendas, en busca de armas. Toda la Vega Real vivió aterrorizada durante mucho tiempo debido a sus correrías, hasta que lograron acorralarlo en una quebrada donde tras dura pelea fue muerto por sus perseguidores. Tomó su relevo otro indígena de nombre Tamayo, quien incursionó por toda la isla en busca de armas y ropa. A instancias de Enrique se unió con él para engrosar sus fuerzas y evitar así morir como el Ciguayo.

Uno de los muchos intentos que se hicieron para capturar a Enrique estuvo al mando de un capitán "vecino de la villa del Bonao que había venido a esta isla muy muchacho, y que se había criado en

²² Las Cacas, *Historia*, lib. III, cap. CXXVI.

grandes trabajos en las crudas guerras e injustas que en ella contra estas gentes se hicieron, así andaba por las sierras y sobre las peñas descalzo como calzado: fuera desto era hombre de bien...".²³

Buscándolo por la sierra —no sabemos si descalzo o calzado— “un día halláronse los unos de los otros tan cercanos... que se hablaron y oyeron las palabras... los unos estaban en el pico de una sierra y los otros en el pico de la otra, muy altas y muy juntas, salvo que las dividía un arroyo muy profundo... Sintiéndose tan cercanos... pidiéronse treguas y seguro para hablarse”. El español propuso paz y el cacique accedió. La condición fue la entrega del oro que en una ocasión habían quitado los guerrilleros a unos españoles, y a cambio de eso se les aseguraba que los dejarían vivir en su libertad. Enrique accedió a darles “todo el oro que tenía, con que lo que se le promete se le guarde”. Determinan hacer la entrega en una playa. Se hacen unos cobertizos en los que se colocan las piezas de oro de tal manera que “parecía casa real”. Los españoles llegan por mar. Dejan el barco a la vista del lugar y avanzan en formación marcial, tocando tambores y trompetas, cosa considerada por los indígenas como declaración de guerra. Enrique se retira y un pequeño grupo espera como habían acordado. El oro es entregado y con ello se establece una tregua que dura unos cinco años durante los cuales los indígenas permanecen en la sierra, esperando sea promulgada la ley que les dé las garantías necesarias para que puedan establecerse en los poblados sin temor a represiones. Pasaron los años y algunos de los hombres bajaron de la sierra y se establecieron en el llano, pero Enrique permaneció en sus dominios por el resto de sus días. Y allí murió en paz y triunfante.

²³ Las Casas, *Historia*, lib. III, cap. CXXI.

CUBA

Arpa de troncos vivos, Caimán, flor de tabaco. ¡Oh Cuba! ¡Oh curva de suspiro y barro!

FEDERICO GARCÍA LORCA

Era "tierra muy sana... toda ella fresca y más templada que la Española... con puertos admirables, muy más cerrados y seguros que si los hubieran hecho a mano... como hay pocos en España y quizá ni en otras partes del mundo que se iguale a la Habana... [de] gentes simplicísimas, pacíficas, benignas, desnudas, sin cuidado de hacer mal a nadie... que de su propia natural condición vivían cada uno sin ofensa ni daño de los demás".²⁴

Fue bautizada más veces que ninguna de las otras islas del Caribe: Fernandina, Alfa, Juana. Cuando Colón llegó a ella

estaba aquella tierra próspera y rica y muy poblada de indios, los cuales, poco después, dieron en ahorcarse casi todos... se ahorcaron de tal manera y con tanta prisa que hubo día de amanecer cincuenta casas juntas de indios ahorcados con sus mujeres y hijos de un mismo pueblo, que apenas quedó en él hombre viviente, que era la mayor lástima del mundo verlos colgados de los árboles como pájaros zorcales cuando les arman lazos.²⁵

Los que así desaparecían eran principalmente *taínos*, del tronco étnico, lingüístico y cultural de los *arauacos*, que se extendían desde las Bahamas hasta la Guayana. Habían dominado la isla, poblada desde antiguo por los *guanahatabeyes* y *ciboneyes*, de menor adelanto cultural, los cuales se fueron replegando hacia los montes.

²⁴ Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. LXXI.

²⁵ Inca Garcilaso, *La Florida del Inca*, lib. I, cap. XII.

La actitud suicida de los indígenas, incomprendida por los españoles, que la atribuyeron a la supuesta ingénita incapacidad para el trabajo, fue según un historiador moderno "una huelga de hambre colectiva, una huelga de brazos caídos, una huelga revolucionaria; aun fue más, fue la huelga biológica que la naturaleza exige, aun sin ellos saberlo, a quienes, por imposición de vicio propio o ajeno, quebrantan las leyes del ritmo vital".²⁶

La oposición a las arbitrariedades, cuando no al crimen, del conquistador fue constante en la isla de Cuba, aunque sólo dos nombres propios nos hayan llegado: Guamá y Hatuey. No en vano fueron escritos por los españoles los relatos de que se dispone actualmente, en los que la profusión y el detalle en los nombres de los conquistadores contrasta con la parquedad con que son narrados nombres y hechos de aquellos que intentaban cortarles el paso con decisión sobrehumana. Por un Ercilla que se deja conquistar por el valor indomable del enemigo hasta el punto de escribir un canto épico en su honor, hay decenas de libros en los que la mala fe distorsiona los hechos. "Los conquistadores necesitaban justificar para sí mismos, para su rey, para su mundo y para su Dios, el régimen expoliador de servidumbre, repartimientos y encomiendas que impusieron a los indios".²⁷

En la región de Baracoa, Guamá "es, pudiéramos decir, el iniciador de la guerra de guerrillas en Cuba. Él es quien implanta en los montes... el único sistema posible de lucha contra la superioridad de armamentos de los españoles: la sorpresa y la guerrilla".²⁸

Acompañado de un grupo de insumisos, ataca siempre que puede al invasor: asaltan y destruyen Puerto

²⁶ Fernando Ortiz, *Historia de la arqueología indocubana*.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Manuel Rivero de la Calle, *Las culturas aborígenes de Cuba*.

Príncipe, en Camagüey, queman la primera ciudad fundada por Diego Velázquez: Baracoa, y obligan a sus residentes a abandonarla y esperar en la playa a que lleguen los refuerzos solicitados a La Española. No opone Guamá un ejército al ejército, sino que ataca por pequeños grupos, en guerrilla. En 1533 los conquistadores logran un encuentro con Guamá. Luchan encarnizadamente, y el héroe cubano cae muerto por un tiro que el capitán español le dispara.

Hatuey, taíno como la conmovedora Anacaona, como todos los héroes de las Antillas, residía en Haití, de cuya región de la Guahaba era señor. Cuando el avance arrollador de la conquista hizo imposible la vida para los naturales en la isla, pasó acompañado de varios caciques a Cuba por la punta de Maicí. Tenía fama de prudente y esforzado. Pasó algún tiempo vigilando el mar con la inquietud y el temor de ver aparecer los hombres que usaban armas de fuego, perros y caballos. Al tener indicios ciertos de que lo temido se iba a convertir en realidad, reunió a su gente para recordarles los daños que habían recibido de los que se acercaban, instándoles a una oposición definitiva. Celebraron un areito, para rememorar las hazañas de sus antepasados, para revivir sus sentimientos patrióticos con el recuerdo de su historia, y al final les explicó que todos sus males venían del dios que adoraban los españoles y, mostrándoles una canasta llena de oro, les dijo: "Veis aquí su señor ...por haber[lo] nos angustian; por éste nos persiguen; por éste nos han muerto nuestros padres y hermanos...; por éste nos maltratan". Deciden entonces hacerle fiestas con bailes y cantos para aplacar, mas Hatuey, desconfiando del señor de los cristianos, decide que será mejor deshacerse de él arrojándolo a un río, porque "aunque lo tengamos en las tripas nos lo han de sacar". Y lo ahogan.

Llegan las huestes conquistadoras. El fuego de las lombardas que los indígenas creían que salía de la

boca de los que las manejaban, les llena de terror. Luchan, no obstante, y resisten durante tres meses para acabar refugiándose en la miseria de los montes, adonde los van a buscar. Se repiten los gestos de siempre, las mismas aprehensiones, las mismas torturas a los prisioneros para hacerles delatar el refugio del cacique, y a pesar de resistencias heroicas, falla el más débil y habla y el jefe es hecho prisionero. Hatuey es condenado a muerte, a ser quemado vivo por el delito de haber huido, de haberse opuesto a la servidumbre.

Ya preparada la hoguera, a punto de ser prendido el fuego, un sacerdote trata de convertir al cacique y de bautizarlo. Hatuey le pregunta por qué quiere hacerlo cristiano, por qué quiere que sea igual a los españoles que son malos. El sacerdote le explica que si se bautiza podrá ir al cielo. "Tornó a preguntar —el cacique— si iban al cielo cristianos; dijo el padre que sí iban los que eran buenos". Entonces el cacique Hatuey se negó rotundamente a ser bautizado para no encontrárselos.

Esto aconteció al tiempo que lo querían quemar y así luego pusieron fuego a la leña y lo quemaron.²⁹

Un hecho de sadismo inexplicable, revelador no obstante del odio manifiesto del tirano contra la víctima en una guerra que era ya de exterminio, ocurrió en el pueblo de Caonao, en la región de Camagüey: un grupo de conquistadores dirigido por Pánfilo de Narváez, en el que iba el padre Las Casas, se encaminó en sus andanzas hacia la región sur de la isla. Su paso provocaba el estupor; aquella gente montada sobre animales nunca vistos, adornados con hermosos petrales de cascabeles; los insospechados hombres vestidos y barbudos, algunos pelirrojos, les debieron parecer seres de otro mundo.

²⁹ Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. xxv.

Al paso de un arroyo vieron los jinetes unas piedras de amolar que se les antojaron a propósito para sacar filo a sus espadas. Ni la menor agresión ocurrió en el trayecto; los indígenas, al contrario, les ofrecían comida y agua. Al llegar a Caonao el recibimiento no fue menos cordial: en la plaza del pueblo, llena de gente que sentada en cuclillas en el suelo contemplaba los insólitos animales, se les repartió comida a los recién llegados. Pánfilo de Narváez, autoridad máxima, no había desmontado aún cuando de repente un español, sin que nadie pudiera después explicarse qué móvil lo impulsó, sacó su espada y arremetió contra uno de los indígenas enajenados por las yeguas. Como si hubiera sido una voz de alerta, cien espadas fueron desenvainadas y abatidas sobre la gente apaciblemente sentada. Todo el tiempo estuvo Narváez "viendo hacer la matanza, sin decir, ni hacer, ni moverse más que si fuera un mármol, porque si él quisiera, estando a caballo y una lanza en las manos como estaba, pudiera estorbar los españoles que diez personas no matasen". Y su cinismo le permitió dirigirse al padre Las Casas, cuya indignación es fácil imaginar, en estos términos: "¿Qué parece a vuestra merced destos nuestros españoles que han hecho?", a lo que el enfurecido fraile contestó: "Que os ofrezco a vos y a ellos al diablo".

Intentar razonar lo irracional es el absurdo. Las Casas lo resuelve con su fe: "el diablo que los guiaba les deparó aquellas piedras de amolar, en que afilaron sus espadas aquel día...".³⁰

El indígena se defendía como podía, a veces con hechos increíbles, dignos de ser transcritos, como lo ocurrió en un barco en las verdeazul costas cubanas:

Por este tiempo y año de 1516, no olvidaban los españoles que tenían cargo de consumir la mansísima gente

³⁰ Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. XXIX.

de Cuba, de procurar ir a despoblar otras comarcas cercanas y lejanas, trayendo los vecinos y naturales dellas a ella, como vían que con la priesa de sacar oro se les iban muriendo los que allí oprimían, que viendo que se acababan los vecinos de ella, inventaron hacer armadas para saltar los que llamaban yucayos ... Entre otras armadas hicieron una, en la cual acaesció lo siguiente: Salieron del puerto de Santiago de Cuba un navío y un bergantín con hasta 70 o 80 españoles... llegaron a unas isletas... que se llamaban de Guanajes... Llegados a ellas y estando la gente descuidada y segura, saltan los españoles... prenden toda la gente que pudieron... y vuélvense a la isla de Cuba... Llegado a... puerto de Carenas, que ahora llamamos de La Habana, salieronse cuasi todos los españoles a holgar en tierra, quedando dellos ocho o nueve a guardar el navío y los indios, que debajo de la escotilla y de cubierta sin ver luz alguna estaban; los cuales como debían sentir su infortunio y no dormir todo el tiempo, sino estar sobre aviso, advirtiéndolo que arriba, sobre cubierta, no sonaban tantas pisadas ni oían tanto estruendo, entendieron haberse salido la gente a tierra y quedar el navío solo o con pocos, con lo cual trabajaron de forcejar contra la escotilla, que es la portezuela o agujero cuadrado por donde se sale y entra de abajo arriba, y, o quebraron la cadena delgada que tener suele o sin quebrarla la quitaron, sin que ocho o nueve marineros, que habían quedado a guardar el navío, porque dormían o estaban descuidados, lo sintiesen.

Finalmente, salieron todos los indios que estaban abajo y matan a todos los marineros, y como si toda su vida fueran experimentados en aquel oficio de navegar, cosa maravillosa, nunca otra así vista en una gente desnuda, sin armas, estimada dellos siempre y menospreciada por bestial e inculta, alzan a su placer las anclas del navío, suben harto más ligeramente por la jarcia que los marineros, y sueltan sus velas y comienzan a navegar derecho a sus islas, que distan de allí más de 250 leguas. Los marineros y gente española que se holgaban paseándose por la ribera, desde que vieron tan desenvuelta y ardirmente alzar las anclas y tender las velas y guiar el navío como si ellos todos estuvieran dentro, espantados, comienzan a

capear y dar voces, creyendo ser los compañeros, llamándolos y diciendo si habían perdido el seso; pero de que vieron los muchos indios que andaban tan ligeros echando mano de las cuerdas y aparejos y guiando el navío por el mismo camino donde vinieron, comenzaron a entender que aquel'o era por mal de los compañeros y que los indios los habían muerto y se iban para su tierra, los cuales estuvieron mirando hasta que desaparecieron: los cuales, no supimos en cuantos días, pero llegar a ella, como si fueran muy prácticos marincros que se rigieran por el aguja y carta de marear, fue cosa cierta.³¹

Fue tan cierto, que al llegar a su isla hallaron a veinticinco españoles que habían quedado en espera del regreso del barco para cargarlo de nuevo. El ataque inesperado de los indígenas y su sorprendente presencia hizo huir hacia el Darién a los que se salvaron en el bergantín que había quedado con ellos, no sin antes dejar un aviso grabado en la corteza de un árbol.

Enterado Diego Velázquez manda el castigo en dos navíos. "Saltaron en la isla para servir a Sancta Catalina, cuyo nombre le habían puesto; atacaron a todo el mundo y se llevaron como esclavos a los que no murieron". Y se volvió a repetir la hazaña: los indígenas ya embarcados en uno de los navíos empezaron a salir por la escotilla y a pelear con los españoles hasta acabar con ellos y quedarse con la embarcación. Acude el otro barco al darse cuenta. Dura dos horas la pelea "pero prevaleciencio los españoles contra los indios, y los indios viéndose maltratar y que caían muchos dellos, echáronse todos los hombres y muchas de las mujeres a la mar. Recogieron [los españoles] todas las mujeres que pudieron con las barcas... y finalmente cobrado el otro navío, y con ambos y obra de 400 personas... que pudieron prender...

³¹ Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. xciii.

y más de 20 000 pesos de oro bajo, dieron la vuelta y llegaron a la Habana".³²

BORIQUEÑ

Juan Ponce de León, antes de que tuviera noticia de la fuente de la eterna juventud que trastornó su vida y lo impulsó a la muerte, saltó la isla de Boriquén llamada San Juan por los españoles. Fue elegido para ello porque "era tenido por hombre de confianza y de buena habilidad".

La isla, rica en oro según noticias que impulsaron el desembarco; rica también la tierra y apta para la agricultura, estaba gobernada por un cacique principal llamado Agüebana. El primer encuentro, amistoso, se vio coronado por el bautizo de toda la familia caciquil. La madre, vieja señora con experiencia, aconsejó a su hijo y al pueblo, "que fuesen amigos de los cristianos, si no querían morir todos a sus manos".

Al poco tiempo, efectivamente, mueren madre e hijo tal vez de muerte natural, con lo que hereda el mando un hermano, Agüebana también, que había correspondido en el reparto de esclavos a Cristóbal Sotomayor, en cuya casa gozaba ya de los beneficios de la civilización europea. Mas como al decir del cronista, "esta gente destos indios a natura es ingrata y de malas inclinaciones y obras; e por ningún bien que se les haga, tura en ellos la memoria ni voluntad para agradecerlo",³³ se propusieron deshacerse de los benefactores, ni deseados ni solicitados.

Determinados a acabar con ellos, se confederaron todos los caciques de la isla. Sin embargo, como había cundido el rumor de la inmortalidad de los españoles,

³² Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. xciii.

³³ Oviedo, *op. cit.*, lib. xvi, cap. II.

quisieron salir de dudas antes de llevar a efecto el plan que habían ideado, haciendo "la experiencia en algún cristiano". El cacique Uroyoán se encargó del asunto. Su gente acompañó a un cristiano en un viaje, como era usual, y al ir a pasar un río le propusieron llevarlo a cuestras para que no se mojara. Al llegar a la mitad de la corriente lo soltaron y lo hundieron para ver si efectivamente se ahogaba. Lo sacaron luego a la orilla y esperaron durante tres días a que resucitara. Al empezar a oler mal, quedaron convencidos de la falsedad del rumor. Entonces se decidió el ataque; todos, cada uno en su tierra, acometerían al mismo tiempo a los españoles que se hallasen en ella y a la vez incendiarían el pueblo Sotomayor, llamado así por el nombre del capitán que tenía como esclavo al cacique Agüebana. A principios del año 1511 realizaron lo acordado: quemaron el pueblo, mataron a macanazos a Sotomayor, y cada cacique en su pueblo cumplió con su compromiso.

La revancha de Ponce de León, dirigida en especial contra Agüebana, no se hizo esperar. Con la gente que le quedaba, atacó de noche y deshizo a los indígenas. Desde entonces, "donde sabía que había gente junta, iba a buscarlos... y en muchas batallas o reencuentros hicieron en los indios grandes estragos; y así asolaron aquella isla..."³⁴

Los indígenas se defendieron hasta el fin: el cacique Mabodomoca fue también aniquilado. Los sobrevivientes se refugiaron en la región de Yaguaca, donde esperaron el asalto "con la entera determinación de morir todos los indios o acabar de matar todos los cristianos".³⁵ Juan Ponce reunió a todos los españoles y se dirigió hacia allí. Llegó al atardecer y asentaron los cristianos el real, enfrente de donde estaban los indígenas, sin aceptar las batallas sin-

³⁴ Las Casas, *op. cit.*, lib. II, cap. LV.

³⁵ Oviedo, *op. cit.*, lib. XVI cap. X.

gulares que les ofrecían los caciques. Así estuvieron esperando quién se decidiría a empezar la batalla, hasta que ya negra noche Ponce y sus hombres se retiraron, "aunque contra la voluntad e parecer de algunos, porque parecía que de temor rehusaba la batalla".³⁶

"A guerra guerreada harían mejor sus hechos que no metiendo todo el resto a una jornada", pensó el conquistador, y durante mucho tiempo fueron así matando a los indígenas. Dos hermanos caciques, Yahureiba y Cacimar, supieron de la *guerra guerreada*. "...valentísimo hombre [este último] e muy estimado capitán entre los indios" fue muerto de un lanzazo, atravesado de "parte a parte" cuando, en lucha cuerpo a cuerpo con un español, poco faltó para que quedaran ensartados los dos por la misma lanza. Yahureiba, para vengar al hermano, luchó una noche entera y fue muerto también. El resto de la gente, que trataba de pasar en piraguas a una isleta, fue perseguida y deshecha.

En una de las batallas, uno de los soldados "desde encima del caballo, los tomaba por los cabellos e los sacaba de entre los otros, e los daba y entregaba a sus negros, e volvía por otros. E uno que así había tomado, tenía en la mano una flecha herbolada, e aqueste le mató; porque como le llevaba así a vuelapié, asido por los cabellos, dióle con la flecha a manteniendo, acertó a le herir a par de una ingre, e de aquella herida murió después. E como se vido herido, él mató al indio e otros siete u ocho asimismo... murió de aquella herida, pero como católico cristiano".³⁷

Acabados los caciques, la isla quedó pacificada y se verificó nuevo reparto de esclavos. La oposición no cesó, sin embargo. Un pueblo que fue fundado

³⁶ Oviedo, *op. cit.*, lib. xvi, cap. x.

³⁷ *Ibid*, cap. vii.

debido a ciertos indicios de que existía oro en los alrededores, tuvo que ser abandonado y aunque se comprobó más tarde que, en efecto, los ríos llevaban el buscado metal, nunca pudieron sacarlo debido a la constante amenaza de los caribes.



III

POR LA TIERRA QUE LLAMARON FIRME

Ni matar ni robar indios se tuvo en estas Indias por crimen.

LAS CASAS

Los primeros contactos de los habitantes de la Tierra Firme con los europeos fueron las operaciones de rapiña de la gente que, establecida en las islas, había sembrado en ellas la desolación y sido causa de que se acabasen sus pobladores autóctonos. El pillaje iba dirigido contra los inermes seres naturales de esas tierras. Urgía sacar el dorado metal que enloquecía a Europa.

Las incursiones sobre el continente fueron autorizadas de igual manera que aquéllas, más lejanas, verificadas en las costas de África para proveerse de esclavos, mano de obra conseguida a buen precio si se compara con las ganancias que proporcionaba.

No sólo para obtener los metales preciosos que suponían abundantes en las montañas antillanas se necesitaba gente de trabajo, sino también para las plantaciones de caña de azúcar, cuyas posibilidades de producción en las islas había observado Colón y anunciado a los reyes. Su cultivo intensivo se inició a partir de 1517 cuando, con la conquista turca de Egipto, perdió Europa la producción de este país y se acrecentó la demanda. Entonces se sumaron a las operaciones de cacería de hombres verificadas en la Tierra Firme, las de las costas africanas de donde llegaban cargamentos de esclavos que, transportados en condiciones afrentosas, fueron desparramados por

las Antillas y utilizados en especial en las plantaciones.

Muy pronto tuvo lugar la primera sublevación de la población negra en Santo Domingo: se inició en 1522 en una hacienda propiedad de Diego Colón, hijo del Almirante; a ella se unieron los esclavos de otras haciendas y la rebelión se propagó por toda la isla. Asustados los hacendados, iniciaron una persecución que culminó, después de encuentros sangrientos, en la derrota y huida de los negros a las montañas. Allá los fueron a buscar los españoles e hicieron *justicia*, es decir, sembraron los caminos de horcas, de las que pendían los cuerpos de los sublevados.

De la *Historia* de Oviedo se colige que la condena no debió ser muy eficaz pues los negros continuaron *alzándose* y los españoles persiguiéndolos por toda la isla hasta mucho tiempo más tarde.

Después de las correrías por el botín humano, le llegó al Continente la conquista, cruel entre todas por los individuos que la realizaban: un Nicuesa, un Vasco Núñez, un Pedrarias Dávila, un Ojeda. Su historia es una secuencia de disputas, intrigas, asesinatos, miseria y hambre entre los conquistadores alucinados con la visión del oro, cada vez más lejano, señalado siempre *más al sur* por los indígenas que, para quitárselos de encima, les hacían ver el espejismo de montañas de oro, de ríos llenos de ese metal, al mismo tiempo que se sucedían las escenas inauditas de torturas a los autóctonos, de *aperreamientos*¹ de caciques, incluso hasta después de haberse sometido, entregado todo el oro y prometido amistad; de caciques que, *pacificados* por un grupo de asaltantes

¹ "Ha de entender el lector que aperrear es hacer que perros les comiesen o matasen, despedazando el indio, porque los conquistadores de Indias siempre han usado en la guerra traer lebreles y perros bravos e denodados". Oviedo, *Historia*, lib. xvii, cap. xxiii.

y obligados a colaborar, eran ferozmente destruidos por otros que, ignorando el hecho o pretendiendo ignorarlo, aniquilaban a los pobladores y arrasaban todo lo que encontraban a su paso, sin pensar siquiera que con ello iban a ocasionar su propia miseria y hambre.

Son como visiones de pesadilla el caminar de aquella gente por tierras ignotas y agrestes; por pantanos y ríos que había que cruzar, por sierras abruptas que escalar, seguidos siempre, invariab'emente, por los guerrilleros indígenas que los atacaban al menor descuido. Y la venganza del invasor que llega a extremos inauditos, como el de ir matando, a trechos, a mujeres y jovencitas prisioneras para que los perseguidores se entretengan "llorándolas" y poder así seguir camino sin el acoso. Y todo el tiempo atenaceados por el hambre y la sed que los lleva al extremo de matar a los "que van dolientes" para poder comérselos.²

La oposición que los invasores hallan, algunas veces es pasiva, como la de un cacique llamado *Pacra*, al que atormentaron hasta la muerte sin conseguir hacerle confesar de dónde sacaba el oro; de un indígena que en Veragua fue obligado a llevarlos al lugar de donde obtenían el metal tan buscado, y que "arrepentido de haber enseñado las minas, o desesperado, se echó de una peña abajo y se hizo pedazos".³ Pero la mayor parte de las veces es activa y eficaz. Blanco de las armas indígenas, a veces más que los propios invasores, son los caballos y los perros amaestrados para destrozarlos. El mastín *Leoncico*, que recibía sueldo de capitán por su eficacia sobre los cuerpos desnudos de los naturales y que tenía parte en la distribución de esclavos, fue hallado un día muerto por un veneno que, "quien quiera

² Oviedo, *op. cit.*, lib. xxviii, cap. vi.

³ *Ibid*, lib. x, cap. vii.

que fuese le dio al perro a comer con qué murió".⁴ Llama la atención que los indígenas nunca usaran este procedimiento contra los hombres que los consumían.

VERAGUA Y EL DARIÉN

Entre el desbarajuste de rencillas, de traiciones, de asesinatos provocados por la avidez del oro y el ansia de poder que lleva a los conquistadores a una total desmoralización, surge de vez en cuando en las crónicas, como contraste, la visión de algún jefe indígena cuya figura descuella con trazos de dignidad y altivez. Pese a que, intencionalmente sin duda, los cronistas embrollan las explicaciones y, después de relatar una matanza colectiva o un ajusticiamiento inicuo, se pierden en insultos hacia la víctima y de paso hacia todos los indígenas, siguiendo la táctica de la confusión para tratar de justificar lo injustificable; pese a lo difícil que resulta entresacar lo que debió ser la realidad de un hecho, sobresalen infinidad de nombres —que a veces no pasan de eso— de autóctonos que se oponen a la avalancha destructora. Otros colaboran en un principio y, desengañados, se rebelan más tarde.

Vasco Núñez de Balboa, ayudado por una multitud puesta a su disposición por varios caciques: Ponca, que fue el primero que le habló del *otro mar*; Torcha y Chape que le prestaron sus hombres, llega a las orillas del Pacífico, del que toma posesión emocionado, en un acto espectacular y teatral, en nombre de los reyes de Castilla, porque "no hobo ni pareció contradicción alguna".⁵ Con habilidad sabe utilizar

⁴ *Ibid*, cap. III.

⁵ Oviedo, *op. cit.*, lib. XXIX, cap. III.

a los caciques, sacar partido de las disensiones internas: ayudando a uno contra otro se aprovecha de los dos; establece alianzas, sella pactos de amistad eterna, a los que los caciques son leales, y logra la ayuda necesaria para la realización de sus propósitos.

Como consecuencia de la enemistad entre conquistadores, tres de ellos abandonaron en una ocasión el barco en que iban por las costas del Darién y se adentraron por las tierras del cacique Careta. Éste, como era costumbre antes de conocer la extorsión, los recibió con tal agrado que llegó a nombrar capitán de sus ejércitos al que le pareció más valiente, llamado Juan Alonso. Permanecieron allí casi dos años, integrados a la vida indígena, pintados y desnudos como los demás, hasta que vino a pasar por las costas del señorío de Careta un barco español capitaneado por Vasco Núñez, al que se dieron a conocer con gran alegría de sus compatriotas. Animados por el relato de las riquezas del cacique, se pusieron de acuerdo para ir a atacarlo. En efecto, Vasco Núñez se presentó con gran cantidad de hombres, exigiendo comida y oro. Sorprendido el cacique le hizo ver con dignidad que quien da hospedaje lo hace de buen grado pero no por imposición. Vasco Núñez disimuló su enfado y fingió retirarse. Puesto de acuerdo con Juan Alonso, que dormía en el mismo buhío del cacique, volvió en la noche y atacó el pueblo. Careta fue hecho prisionero gracias a la ayuda prestada por Juan Alonso, su capitán, quien lo sujetó fuertemente hasta que llegaron los españoles, a los que lo entregó.

Ante acción tan contundente parece que el cacique pactó. Le fue ofrecido, a cambio de oro, amistad y ayuda en sus luchas intestinas, especialmente contra Ponca, su vecino. Lo atacaron en acción conjunta y saquearon y destruyeron el pueblo que hallaron abandonado. Otro vecino, Comogre, se adelantó al ataque con ofrecimientos de amistad y un rico presen-

te de oro. En tierras de Comogre vieron los españoles por primera vez los cuerpos de los antepasados disecados, vestidos con ricas telas de algodón y ornados con perlas y joyas de oro, guardados en hermosos palacios.

El saqueo y el botín acompañaba toda acción. Cuando, con el reparto, surgió la riña entre los conquistadores, sorprendió al hijo mayor de Comogre, quien los increpó utilizando como intérpretes a los españoles que habían permanecido dos años con Careta, y les dijo: "¿Qué es eso, cristianos?, ¿por tan poco reñís? Si tanta gana tenéis de oro... yo os mostraré provincia donde podáis cumplir vuestro deseo".⁶ Y les habló de una tierra, distante de allí "obra de siete soles", más al sur, pasado el otro mar, donde abunda la riqueza; de un cacique, Tubanamá, que tiene barcos de velas y remos, que bebe en vasos de oro, y les advierte que habrán de necesitar unos mil hombres para conquistar aquellas tierras.

Ésa fue la primera noticia del fabuloso Perú que habrá de obsesionar a Vasco Núñez; le hará pedir y obtener del rey de España los mil hombres indicados y le habrá de costar la vida. Para avalar su petición manda el conquistador el *quinto* al rey, calculado en quince mil castellanos de oro, suma lo bastante fabulosa para que haga pasar inadvertida la noticia que la acompaña de que se había dado muerte a treinta caciques.

En uno de tantos episodios de desventuras por los que los conquistadores pasaron, sucedió que un barco en el que iban, entre otros, Vasco Núñez, el bachiller Enciso y Francisco Pizarro, encalló a la entrada del golfo de Urabá donde fueron recibidos con flechas emponzoñadas, en vista de lo cual sugirió el primero la conveniencia de dirigirse al occidente, a la orilla de un río donde había un gran pueblo y

⁶ Oviedo, *op. cit.*, lib. xxvii, cap. iii.

“muy fresca y abundante tierra de comida”. En las barcas del navío averiado alcanzaron el río del Darién, “que es otro Nilo”, en el que no encontraron veneno pero sí una rociada de flechas con las que el cacique Cemaco y su gente, que ya tenían noticias de ellos, les dieron la bienvenida. Previamente habían retirado hacia el interior a mujeres, viejos y niños. Al ver al pueblo tan decidido, “hincáronse de rodillas y con mucha devoción, según la que les parecía que tenían, encomendáronse a Dios y hicieron votos a Nuestra Señora, como en Sevilla dicen, del Antigua... de si les diese vencimiento, la primera iglesia e pueblo que hiciesen por allí, intitullalla que se llamase Sancta María del Antigua, y más desto, que enviarían un romero a Sevilla para que le ofreciese por todos algunas joyas de oro y plata que con él enviarían”.⁷

Los cristianos pudieron cumplir sus promesas: Cemaco y los suyos fueron derrotados, la ciudad fundada, y el romero enviado con los presentes.

Encontraron abundancia de comida, de ropas y joyas de oro. Cemaco fue hecho prisionero, y a la pregunta constantemente repetida sobre el origen del oro, contesta que le viene del cielo. Sometido a tormento, señala por fin las minas. Más tarde logra huir y refugiarse en casa de uno de sus vasallos, desde donde hace un llamado a su gente y se prepara para atacar sin cesar a los españoles.

La oposición se dejó notar muy pronto en Santa María del Antigua del Darién. Los indígenas, conscientes de la repugnancia que el trabajo del campo inspiraba a los conquistadores, vieron la posibilidad de vencerlos por hambre y, en cuanto se les presentaba la menor ocasión, huían, quemaban los sembradíos y esperaban, en relación constante con Cemaco, que “no siempre dormía” y seguía al detalle el proceso de descomposición en la pequeña ciudad.

⁷ Las Casas, *op. cit.*, lib. II, cap. LXIII.

Vasco Núñez mandó a Francisco Pizarro con un puñado de hombres a que hicieran un reconocimiento por los alrededores de la Antigua. A poca distancia les salió al encuentro Cemaco con cuatrocientos guerreros que con sus varas lanzadas con estólicas lucharon con denuedo contra las espadas y obligaron a los europeos a retroceder con precipitación. Vasco Núñez salió en seguida con un nutrido ejército para castigar a Cemaco, pero ya no lo encontraron en ninguna parte.

Entre tanto, el conquistador tuvo noticias del cacique Dadaiba, de ascendencia divina, poseedor de un templo de oro. Éste fue el primer *El Dorado*, espejismo repetido a menudo y buscado en diferentes lugares. En su pesquisa encontraron la desembocadura del Atrato, al que llamaron río de San Juan, y aguas arriba dieron con el río Negro, donde gobernaba Abenamachei en un poblado de más de quinientas casas. A pesar de la resistencia que se le opuso, el cacique fue aprehendido. Durante la batalla había herido el cacique a uno de los soldados, el cual al reconocerlo entre los prisioneros le cercenó el brazo de un solo tajo de su espada.

Siguiendo camino toparon los conquistadores con los poblados del cacique Abibeiba, con casas construidas sobre los árboles para protegerlas de la humedad y de las frecuentes inundaciones a que estaba sometida la zona. Grandes y hermosas, edificadas en árboles de un grosor que requería varios hombres para abrazar el tronco, se accedía a ellas por escaleras fáciles de manejar que las aislaban por completo cuando era necesario. Vasco Núñez requirió al cacique a que bajara a hablar con él. Se negó Abibeiba, alegando que nada tenía que decirles, que continuarán su ruta y lo dejaran en paz pues nada les había hecho, pero al sentir la eficacia de los hachazos que pretendían derribar el árbol, bajó de él. A la petición habitual de oro dijo que iría a buscarlo y nunca

regresó. Su mujer e hijos guardados como rehenes fueron enviados al Darién.

Todos los caciques agraviados: Abenamachei, Abraiba, su pariente, Abibeiba y Cemaco se aliaron para luchar hasta la muerte contra el invasor. El plan último de los confederados consistía en un ataque de toda la gente del Atrato y del Darién contra La Antigua y el exterminio de sus habitantes extranjeros. Una bella joven cautiva, amante de Vasco Núñez, tenía un hermano vasallo de Cemaco que la quería entrañablemente y a menudo iba a visitarla a escondidas. Una noche la previno del peligro que corría, instándola a estar alerta para esconderse en el momento del ataque inminente. La manceba delató el complot, o lo que de él sabía, a Vasco Núñez quien la convenció de la necesidad de atraer a su hermano. Preso éste y bajo tortura, confesó todos los pormenores del proyecto y los nombres de los que se habían unido para realizarlo. Entre ellos estaba el cacique Dadaibe, señor del templo de oro tan buscado, con quien nunca lograron los españoles establecer el menor contacto. Vasco Núñez determinó adelantarse al plan: en absoluto secreto se hicieron los aprestos para el ataque. Por tierra y por agua se dirigieron hacia el punto indicado por el infeliz hermano; allí, ajenos por completo a la menor sospecha de la traición, fueron sorprendidos los aliados en medio de los preparativos del combate y arrollados sin darles ni siquiera tiempo de reaccionar. El desastre fue completo. El principal jefe fue aseteado y los demás caciques colgados ante todos los cautivos "para ejemplo". Sólo Cemaco logró salvarse y nunca pudieron haberlo.

Para mayor seguridad hizo Vasco Núñez fortificar Santa María del Antigua, que permaneció en pie hasta bastante después de la llegada de Pedrarias Dávila con títulos reales sobre la gobernación que ostentaba Vasco Núñez. Poco a poco vio la ciudad

morir de inanición a la mayor parte de los que formaron el enorme contingente de acompañantes del nuevo emisario del rey, hasta quedar casi abandonada. Aquella multitud que había llegado con tantas ilusiones de pronto enriquecimiento en la tierra donde el oro se podía pescar con redes en los ríos, fueron regresando a España, los que pudieron, otros se dirigieron a las islas o al Perú, defraudados en sus esperanzas. El propio Pedrarias, alegando motivos de salud, partió a Panamá, dejando en su lugar al futuro cronista de Indias, Fernández de Oviedo. Cuando en la pequeña ciudad quedaban sólo unas cuantas familias, fue atacada por los indígenas y desapareció bajo las llamas.

En la "armada" de dos mil hombres que acompañaban al nuevo gobernador Pedrarias iban algunos que podrían ser considerados como prototipo del conquistador, entre los que sobresale Juan de Ayora, quien dejó su huella de brutalidad por dondequiera que pasó. Carente de la cínica habilidad que caracterizaba a Vasco Núñez, no respetó las alianzas que éste había establecido y los caciques al verse atropellados de nuevo le presentaron resistencia constante. Careta, tan vilmente tratado, se rebeló en un determinado momento y "mató al capitán Diego de Olano con otros cristianos... donde agora es la villa de Acla, teniendo muy merecida la fin que él [Olano] e otros hicieron en su compañía", concede Oviedo. Incluso Comogre, el amigo, junto con Chimán y Pocorosa mataron a un capitán cuando no pudieron resistir más sus arbitrariedades.⁸

En tierra de Pocorosa, fundó el capitán Ayora la villa de Santa Cruz, que dejó al cuidado de un Garcí-Álvarez. El cacique, que había huido a los montes, al ver que le robaban mujeres y bienes, descendió con un gran presente de oro, pensando aplacar así al

⁸ Las Casas, *op. cit.*, lib. xxix, cap. xxxiii.

conquistador, pero éste lo guardó prisionero para escarmiento y aviso a los demás caciques. Uno de ellos, Secativa, que tenía fama de poseer muchas riquezas, habitaba a orillas de un río donde, escondido con sus hombres, dejó desembarcar a los españoles para caer sobre ellos de repente y desbaratarlos. La reacción de los atacados fue violentísima. Atribuyeron su descalabro al influjo de Pocorosa, decidieron vengarse de él y asolar su tierra. Tenía el cacique un amigo español de nombre Eslava y, prevenido por él del peligro que lo acechaba, huyó, reunió multitud de gente de guerra y, a semejanza de lo que tantas veces hicieron los conquistadores, atacó de noche, sin ser sentido, la villa de Santa Cruz, fundada seis meses antes. El ímpetu de los indígenas fue tan grande que al amanecer no quedaba un español con vida, entre ellos el capitán Garci-Álvarez.

Otro caso de enemistad tardía, por escarmiento, fue el de Tubanamá. Cuando Vasco Núñez, estimulado por lo que el hijo de Comogre le había contado sobre las inmensas riquezas del cacique, decidió prenderlo antes de que se enterara de su llegada, lo ejecutó de inmediato: "Lo que había de andar en dos días, anduvieron en uno, y así una noche, a la prima, dieron con él que estaba bien descuidado y lo prendieron. Dijeron que tenía ochenta mujeres; a ellas y a toda la familia que tenía en su casa, que era muy grande, capturaron".⁹

Con amenazas de muerte y simulacros de ejecución consiguió Núñez mucho oro del cacique. Tubanamá se dio cuenta de que era inútil oponerse a la *macana* que usaban los españoles y prometió amistad, a la que se atuvo hasta la llegada de la nueva remesa de conquistadores encabezada por Pedrarias, de la que le correspondió conocer a Juan de Ayora, quien, sin tener en cuenta el buen recibimiento que

⁹ Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. XLII

le otorga el cacique, descarga sobre él la extorsión acostumbrada. Tubanamá huye al primer contacto, para regresar en cuanto tiene lista a su gente y atacar con ímpetu, "como leones", a los conquistadores. Ahora se asusta y manda construir, en una noche, un fuerte de "ramas y tierra", capaz de resistir el nuevo ataque, que estima inminente. Pero Tubanamá ya no repite su ataque: está tan convencido de la inutilidad e ineficacia de sus armas contra las de los españoles que prefiere retirarse.

Otro cacique, Bea, que sólo era espectador de las atrocidades que los españoles cometían por cuya razón se le consideraba *pacificado*, vivía en una laguna sin intervenir en nada. Un día llegó a sus dominios uno de aquellos que se creían con derecho a todo, con su sola presencia, y le ofreció como presente unas espadas vizcaínas con la idea de trocarlas por objetos de oro. Bea aceptó el regalo y les ofreció comida, y mientras estaban distraídos con ella, sacó las espadas regaladas y probó su eficacia sobre los intrusos. Luego los sacaron a rastras del poblado y dejaron en el campo los cadáveres.

Bea estaba confederado con dos caciques: Guaturo y Corobarí. Una prima de éste vivía con un español —del que tenía un hijo—, el bachiller Diego Corral, a quien había correspondido en el reparto de *piezas* indígenas la madre, la mujer y los hijos de Corobarí. Las relaciones entre el cacique y el bachiller eran amistosas; quería éste a su mujer indígena y a su hijo, y respetaba a los parientes del cacique. Cuando Fernández de Oviedo, en su calidad de delegado de Pedrarias Dávila, quiso hacer caer sobre el cacique Bea un ejemplar castigo, Diego Corral lo defendió hasta el extremo de influir sobre los demás españoles a oponerse a los designios de Oviedo. Éste no se lo perdonó. Y mucho más tarde, cuando se le presentó la ocasión, aprovechando la llegada de otro bachiller

inescrupuloso, incoó un proceso contra Corral y logró expulsarlo de aquellas tierras y enviarlo a Castilla, porque "allí tenía a su mujer, sin la cual estaba once o doce años había, e público amancebado, e que con la información de sus excesos, se fuese. . ." ¹⁰

Sorprende que el resentido Oviedo no hallara motivos más convincentes para justificar su animadversión y tuviera que echar mano de un escrúpulo puritano que, de haber sido aplicado en todos los casos que lo ameritaban, se hubiesen visto despobladas las tierras conquistadas.

Una vez libre del principal defensor de los caciques, sufrieron éstos en su carne la persecución y la represión. Corobarí, que había huido a las montañas, fue buscado, preso y ejecutado: "El Licenciado, de su mano, ordenó y escribió la sentencia e yo la firmé e fue quemado", dice Oviedo. Y añade que, según era costumbre con aquellos que habían recibido el bautismo, lo mandó "ahogar" antes de quemarlo en la hoguera.

Al cacique Guaturo le hizo el cronista el honor de ir a buscarlo él en persona. Halló su pueblo abandonado y todos huidos a las montañas, donde los buscaron y lograron prender a muchos de ellos. A los súbditos del cacique los repartió como esclavos —no dice qué hizo con los dos hijos "muy niños", ni con la mujer—; a Guaturo y a sus más allegados, entre quienes estaba un capitán indígena de nombre cristiano Gonzalo, les dio muerte. Todos confesaron ser "amigos e naturales de Cemaco" y confederados con Bea. El capitán Gonzalo no esperó llegar a Santa María para deshacerse de él: lo hizo colgar de una horca muy alta que colocó en un cerro "encima de las lagunas de Bea", para que lo viesan sus aliados. A Guaturo lo colgó en la plaza del pueblo, en cuanto llegaron. Y, antes de que pudiera descargar sus iras

¹⁰ Oviedo, *op. cit.*, lib. xxix, cap. xvi.

sobre el principal inculpado, sobre el cacique Bea, le llegó al cronista la orden de desplazarse de inmediato a Panamá, donde le esperaba el rencor de Pedrarias y hasta un intento fallido de asesinato.

URRACA

La oposición sistemática que en la tierra de Natá, en Veragua, hallaron los conquistadores con el cacique Urraca y sus hombres, llama la atención entre la larga lista de oponentes, no siempre tan decididos, tan diestros o tan valientes. Señor de la opulenta región de Natá, vigilante siempre alerta de los movimientos de los españoles, los vio llegar a sus dominios capitaneados por un licenciado Espinosa, en busca de tierras que ofrecieran recursos suficientes para ser pobladas. Natá era a propósito, y Espinosa se dirigió a entrevistarse con Pedrarias para comunicárselo. Urraca decidió entonces atacar el campamento español. Le puso sitio que mantuvo durante cuatro días, después de un rudo combate. Después se retiró, no por desánimo sino porque había concebido el plan de destruir a los invasores mediante estratagemas. Se escondió a orillas del río Atra y envió a algunos de sus hombres a que se desparramaran por el campo y se dejaran prender. Apresados y obligados a delatar el escondite del jefe, dijeron que se había dirigido a la montaña para guardar allí sus tesoros. De inmediato, los invasores fueron hacia el punto indicado, donde se encontraron con una celada que les habían tendido los guerreros de Urraca. Para dar un escarmiento a la osadía, prepararon una segunda salida los españoles, en la cual no encontraron a alma viviente en ninguno de los puntos estratégicos; en cambio, donde menos se lo esperaban, en una angostura del río, les salieron los indígenas

con tal denuedo que los tuvo en aprietos largo tiempo, aunque al final la victoria fue de las armas modernas. Al reparto de los cautivos siguió el levantamiento de un poblado del que, a la menor ocasión, huían aquéllos para juntarse de nuevo con Urraca, quien aliado con Bulaba y Musa, sus vecinos, logró mantener en sobresalto durante nueve años la villa de Natá.

Figuraba en el ejército aliado un jefe notable por su valentía, a quien los españoles se propusieron apresar a toda costa, mas, viendo que en buena lid no lo iban a conseguir, recurrieron al engaño. Con la excusa de querer tratar con él y dándole toda clase de seguridades, lo atrajeron al pueblo, y cuando confiado en la palabra se presentó, fue hecho prisionero y mandado a Nombre de Dios.

Indignado Urraca, convocó a toda su gente para convencerla de la necesidad de acabar con aquellos que "no guardan fe que prometen, ni palabra, ni paz", así como de que más les valía morir en combate que seguir viviendo en la zozobra en que estaban. Se pusieron todos de acuerdo y en un momento determinado se lanzaron al ataque: los sometidos que habitaban en los pueblos se levantaron y mataron a algunos españoles, al tiempo que los otros realizaban constantes incursiones sobre la villa de Natá. Durante algunos años mantuvieron esa tensa situación hasta que el cansancio, o el desaliento, les hizo ir rindiéndose poco a poco. "Sólo el rey Urraca, con la gente que tenía y le había quedado de tanta mortandad, nunca quiso venir, sino siempre tuvo su tesón de aborrecimiento contra los españoles, llorando toda su vida no podellos acabar: al cual dejaron en su tierra sin illo más a buscar, congnosciendo que nunca vez le hicieron guerra que muchos dellos no saliesen della muertos y bien descalabrados; y así en su tierra y casa murió".¹¹

¹¹ Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. CLXIII.

Entre los más sagaces caciques opositores aparece Dururua. Los conquistadores lograron prenderlo, en sus andanzas por Veragua y Castilla del Oro (Panamá). La acostumbrada petición de oro no se hizo esperar, pero el cacique, en vez de contestar, envió a uno de sus hombres de confianza a buscarlo. Éste no regresó, en vista de lo cual mandó Dururua a otro, con igual éxito. Cuando fueron tres los emisarios que no volvían, Dururua, fingiéndose enojado, propuso ir él mismo a buscar el oro, y ofreció a los españoles que lo acompañaran. Así lo hicieron, pero "llevando el cacique una cadena con una collera de hierro al cuello y el Pedro de Encinasola teniendo por el cabo de la cadena, caminaban con él como se suelen llevar los perros ventores u otros canes de trailla... Y el Pedro de Encinasola, para ganar al cacique la voluntad, por el camino le dio algunas puñadas. Ved qué manera de halago para el que iba a darles lo que no les debía. Y porque algunos de los compañeros le decían que no le tratase mal, reñía con ellos y les decía qué sabían ellos cómo se habían de tratar los indios, e aun con alguno llegó a más que palabras".¹² De esta manera anduvieron cinco días, al final de los cuales llegaron a unos buhíos abandonados. Allí descansaron todos, "con más descuido del que convenía", según Oviedo. El cacique les señaló uno de los buhíos, en el cual, les dijo, había oro enterrado. Los *caballeros*, que desdeñaban trabajar la tierra para las labranzas, cavaron valientemente durante tres días. Sólo una pequeña patena de oro "que podía valer diez o doce pesos", salió de allí. Encinasola, ciego de cólera, descargó sobre el cacique una solemne bofetada. Sin inmutarse Dururua les hizo trasladar a otro buhío, indicando que sus súbditos les iban a entregar allí sus riquezas el día siguiente. Los españoles ataron al cacique con

¹² Oviedo, *op. cit.*, lib. xxviii, cap. v.

su cadena al poste de la casa, y esperaron. En efecto, al rayar el alba del día siguiente aparecieron más de seiscientos hombres de guerra, perfectamente organizados en batallones, que lograron infligir una tan total derrota a los buscadores de oro, que sólo tres de ellos pudieron huir debido a que los indígenas prefirieron salvar a su cacique de las llamas de los buhíos incendiados que perseguirlos.

Esta victoria fue definitiva, pues siempre que los conquistadores intentaron regresar hallaron fuerte resistencia y siempre fueron vencidos.

El hallazgo de las perlas vino a añadir un estímulo a la codicia. Era tanta su abundancia en las islas del Mar del Sur que los caciques llenaban grandes cestos de ellas en cuanto se lo pedían sin la menor objeción. El concepto de riqueza era totalmente opuesto entre los que acababan de llegar y los naturales, de ahí que unas cuentas de vidrio o unas tijeras, por la novedad que suponía provocaran una sorpresa y un afán de poseerlas que permitía un trueque socarrón y abusivo.

Un grupo de los que habían llegado con Pedrarias fue enviado a las islas ricas en perlas. Desembarcaron en una de ellas en el momento en que celebraban sus habitantes una de sus fiestas durante las cuales, según costumbre, se mantenían separados los hombres de las mujeres. Los cristianos aprovecharon la circunstancia propicia para aprehender a cuantas mujeres pudieron y pasar de inmediato a otra isla, en la que encontraron —curiosamente— a toda la población armada y dispuesta a la pelea. Iban los españoles acompañados por los hombres que les habían prestado los caciques *amigos* de Vasco Núñez: Chiapes, Tumaco, Ponca, Pocorosa y Quareca. Debieron aquéllos de influir en el ánimo de los isleños, en el sentido de que era más conveniente recibir de paz a los salteadores y librarse de sus ataques mediante algún regalo, puesto que uno de los caciques no sólo

les llenó de perlas un enorme cesto sino que les ofreció la más grande que jamás se viera en aquellas tierras, del tamaño de "una nuez pequeña", que la emperatriz compró en cuatro mil ducados a la mujer de Pedrarias.

Pero la paz no duró mucho. Los asaltos y los abusos colmaron la paciencia de la gente. Los caciques que la astucia de Vasco Núñez había convertido más o menos en colaboradores, opusieron una resistencia general. Chucama y otros diecinueve caciques se confederaron. La primera acción fue un ataque con incendio de las casas donde dormían los españoles. Un jefe indígena, Chiruca, que, con su hijo, servía de acompañante a uno de los conquistadores, huyó asustado al comienzo de los hostilidades. Se le persiguió, aprehendió y dio tormento: bajo esa brutalidad confesó la conjura. El español usó un ardid repetido a menudo: obligó al cacique a atraer con engaños a todos los jefes confederados, uno a uno. En cuanto los tuvo a todos en su poder los mandó aperrar. Entre ellos, naturalmente, a Chiruca. El hijo de éste reunió a los súbditos de los confederados y organizó con ellos un acoso constante, de día y de noche, contra los españoles, sin presentar jamás batalla, sino por pequeños grupos que no los dejaban en paz. Constantemente vigilados, constantemente perseguidos y atacados, se vieron los conquistadores orillados a la desesperación. Una noche trataron de escapar sin ser sentidos; dejaron las fogatas del campamento prendidas para dar la impresión de que seguían en vela y huyeron con todo sigilo. Pero los vigilantes indígenas se dieron cuenta y los esperaron al amanecer formados en tres escuadrones decididos a la pelea, que los españoles no se atrevieron a dar. Empezó entonces una verdadera persecución que los iba impulsando a terrenos desconocidos, a ciénagas, a dar vueltas en redondo, ya perdidos, por parajes hostiles.

Llegaron por fin a los dominios del cacique Toragre, donde esperaban poder descansar, mas también allí encontraron la gente dispuesta a la pelea que no pudieron rehuir. Las bajas fueron cuantiosas en ambos lados. Y siguió la huida. Ni siquiera la criminal idea, que pusieron en práctica, de ir matando a mujeres indígenas que todavía iban con ellos para detener a los perseguidores les valió. A la desesperación del acoso se sumó la falta de alimentos y, sobre todo, la sed. Cuando ya los españoles pensaban morir deshidratados, concibieron los indígenas el irónico plan de irles ofreciendo agua a trueque del oro que con tanta pena e ignominia habían obtenido. Dice Las Casas a este respecto: "De esta manera huyendo y llegando a la tierra de Pocorosa, a quien Juan de Ayora, como arriba fue dicho, quebrantándole la fe y paz y seguridad, hizo tantos daños, pensaron pecer de sed por falta de agua; y acaescióles aquí una cosa maravillosa, para demostración de la pena que merecía la sed de oro que traían siempre en su ánima: que como padeciesen gran tormento de sed, a trueque del oro que llevaban les vendieron los indios el agua. Esto no debían los indios hacer por codicia de haber oro, que en tan poco ellos tenían, sino por lastimallos en aquello que más amaban".¹²

Resultaba tan extraordinaria la manifestación de algún rasgo humanitario que una vez que unos capitanes entraron en el pueblo del cacique Chagre sir incendiar los buhíos, hallaron el reconocimiento inmediato en un regalo evaluado en doce mil castellanos. Esto despertó el recelo y la codicia: si, sin pedir nada les daban tanto, forzosamente tenían que poseer grandes riquezas. Inmediatamente presionaron al cacique para que les llenara un gran cesto con objetos de oro. Contestó éste, molesto, que lo podían llenar con piedras del río porque él no tenía con qué.

¹² Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. LXIX.

Al mismo grupo, al pasar por los dominios de Tubanamá, tan castigado por los conquistadores, les salió al paso una novedad: varios indígenas les gritaban insultos enarbolando las camisas ensangrentadas de otros españoles a los que habían dado muerte.

Gonzalo Badajoz, uno de tantos conquistadores, tuvo también mala suerte. En Paris o Pariba, cuyo cacique era Cutara, halló Badajoz los poblados vacíos de niños y mujeres, que previamente había puesto en cobro el cacique. Él mismo se había retirado al aproximarse la tropa. Cuando Badajoz requirió su presencia, se excusó enviando un presente consistente en cuatro *petacas*¹⁴ llenas de joyas de oro, ante las cuales Badajoz fingió retirarse, no sin antes enviar al cacique la expresión de su agradecimiento y amistad. Tranquilizado Cutara, regresó a su pueblo. A los dos días se presentaron de nuevo los españoles, en plena noche, prendieron fuego a las casas y lograron un botín de "unos cuarenta mil castellanos", más una gran cantidad de mujeres que llevaron presas.

El botín de mujeres era casi tan apreciado como el de oro en todas partes. Ellas fueron las primeras víctimas de toda la conquista. Muchos testimonios hay de eso, algunos dolidos y escandalizados, otros indiferentes. Fray Buenaventura de Salinas comenta el hecho refiriéndose al Perú: "...todos aquellos pueblos están llenos de mestizos bastardos, y adulterinos, testigos vivos de los estupros, adulterios y violencias de tantos desalmados como acuden a esta feria". Bernal Díaz, en su decir sin compromiso, cuenta otra monstruosidad ocurrida en la Nueva España: "Como hubo llegado Gonzalo de Sandoval a Tezcoco con

¹⁴ "Estas petacas que así las llamaban en la lengua de la Nueva España, suelen ser como unas arquetas de dos palmos de ancho y cuatro al menos en largo y uno bueno en alto; son hechas de hojas de palma o de cañas muy delicadas o de varillas delgadas, enforradas todas por fuera de cuero de venados". Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. LXX.

gran presa de esclavos... fue acordado que luego se herrasen, y después que se hubo pregonado que se llevasen a herrar a una casa señalada, todos los más soldados llevamos las piezas que habíamos habido para echar el hierro de Su Majestad, que era una G que quiere decir 'Guerra', según y de la manera que lo teníamos de antes concertado con Cortés... creyendo que se nos habían de volver después de pagado el real quinto y que las apreciarían cuánto podían valer cada una pieza; y no fue así... que después que sacaban el real quinto, era otro quinto para Cortés, y otras partes para los capitanes, y en la noche antes, cuando las tenían juntas, nos desaparecían las mejores indias. Pues como Cortés nos había dicho y prometido que las buenas piezas se habían de vender en la almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por menos precio, tampoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del rey que tenían cargo en ellas hacían lo que querían... Y desde allí adelante muchos soldados que tomamos algunas buenas indias, porque no nos las tomaron como las pasadas, las escondíamos y no las llevábamos a herrar, y decíamos que se habían huido; y si era privado de Cortés, secretamente las llevaba de noche a herrar, y las apreciaban lo que valían, y les echaban el hierro, y pagaban el quinto; y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos y decíamos que eran *naborías* que habían venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlaxcala".¹⁵

El robo de las mujeres enfurecía a los indígenas. Cutara, que había logrado escapar al incendio, se rehizo durante unos días y se presentó después con todo su pueblo ante el campamento español, atacándolos con tal furia que los obligaron a retraerse en la plaza donde se defendieron formando un parapeto con los cadáveres de su propia gente. Los indígenas

¹⁵ Bernal Díaz, *Historia*, cap. cXLIII.

los tuvieron cercados hasta que lograron rescatar a sus mujeres, a todos los cautivos, y, además, llevarse la ropa y todo el oro que los españoles habían ido acumulando.

El final de Badajoz fue notable. En su forzada retirada tuvo que enfrentarse con el cacique de Natá, que tenía también muchos motivos para oponerse a cuanto español topara. Despojado de cuanto había sido el objetivo de su vida, oro, perlas, esclavos, logró por fin llegar al Darién con los pocos soldados que le quedaron con vida. El comentario que estos hechos lastimosos provocaron al obispo Fonseca, de Burgos, fue que Badajoz "merecía que el rey le cortara la cabeza por haber perdido aquellos 100 000 y tantos castellanos que había tomado, los cuales ya pertenecían a España".¹⁶

Badajoz regresó a Castilla donde acabó sus días "arrastrado tras el obispo" quien ni siquiera se dignaba dirigirle una mirada.

EL REQUERIMIENTO

Pedrarias l'egó con instrucciones del rey de España, Fernando el Católico, de no atacar a los indígenas sin antes haber solicitado su sumisión mediante la lectura de un Requerimiento que, si bien provocó la ironía cuando no el sarcasmo de los propios conquistadores por su ineficacia ante pueblos que no entendían una palabra de lo que se les leía —en caso de que lo oyeran, pues generalmente se leía a distancia—, no obstante, cumplía de manera demagógica y legal requisito y finalidad: acallar voces de protesta peninsulares y obtener más esclavos.

La península de Cenú, en Cartagena, tenía fama

¹⁶ Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. LXXI.

de contener grandes riquezas. En efecto, allí iban los indígenas desde grandes distancias a enterrar a sus muertos ricamente ataviados con muchas joyas de oro, perlas y esmeraldas. Pedrarias mandó a reconocer la región al bachiller Enciso, quien, tal vez debido al título que ostentaba, fue el primero en hacer uso del famoso requerimiento y él mismo cuenta con desenfado la respuesta que mereció de unos caciques de la zona:

Yo requerí de parte del rey de Castilla, a dos caciques destos del Cenú, que fuesen del rey de Castilla, y que les hacía saber cómo había un solo Dios, que era Primo y Uno y gobernaba el cielo y la tierra, y que éste ha venido al mundo y había dejado en su lugar a Sant Pedro, y que Sant Pedro había dejado por su sucesor en la tierra al Santo Padre, que era Señor de todo el mundo Universo, en lugar de Dios, y que este Santo Padre, como Señor del Universo, había hecho merced de toda aquella tierra de las Indias y del Cenú al rey de Castilla, y que por virtud de aquella merced que el papa había hecho al rey, les requería que ellos le dejasen aquella tierra, pues le pertenecía; y que si quisiesen vivir en ella, como se estaban, que le diesen la obediencia como a su señor, e le diesen en señal de obediencia alguna cosa cada un año, y que esto fuese lo que ellos quisiesen señalar; y que si esto hacían que el rey les haría mercedes y les daría ayuda contra sus enemigos... Respondiéronme que en lo que decía que no había sino un Dios y que este gobernaba el cielo y la tierra y que era señor de todo, que les parecía bien y que así debía ser, pero que en lo que decía que el papa era señor de todo el Universo, en lugar de Dios, y que él había hecho merced de aquella tierra al rey de Castilla, dijeron que el papa debía estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el rey, que pedía y tomaba la merced, debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros, y que fuese allá a tomarla que ellos le pornían la cabeza en un palo, como tenían otras... y dijeron que ellos se eran señores de su tierra y que no habían menester otro señor. Yo les torné a requerir que lo hiciesen; si no,

que les haría la guerra y les tomaría el lugar y que mataría a cuantos tomase o los prendería y los vendería por esclavos. E respondiéronme que ellos me ponían primero la cabeza en un palo e trabajaron por lo hacer, e no pudieron, porque les tomamos el lugar por fuerza, aunque nos tiraron infinitas flechas e todas herboladas, e nos hirieron dos hombres con hierba y entrambos murieron de la hierba, aunque las heridas eran pequeñas; e después prendí yo en otro lugar al un cacique dellos... y hallélo hombre de mucha verdad e que guardaba la palabra y le parecía mal lo malo y bien lo bueno; y cuasi de esta forma se hacen allá todas las guerras.¹⁷

El Requerimiento *se acató pero no se cumplió*. Los ataques antes del amanecer, "al cuarto del alba",¹⁸ eran la regla, y los propios conquistadores no cuidan de disimularlo. Así vemos a Cortés decir al Emperador en su carta fechada a tres de septiembre de 1526: "Quiso Dios y nuestra dicha que la primera casa con que fuimos a topar fue aquella donde estaba la gente de guerra... estaba durmiendo... [a] uno de los de mi compañía... parecióle... que debía invocar algún auxilio; comenzó a grandes voces a decir: 'Santiago, Santiago'; a las cuales los indios recordaron... y certifico a vuestra majestad que si aquél no diera voces, todos se prendieran sin se nos ir uno, que fuera la más hermosa cabalgada que nunca se vio en estas partes..."

Es obvio que Cortés, como buen leguleyo, se conocía la letra menuda del documento. Éste empezaba y terminaba así:

De partes del rey D. Fernando, y de la reina Da. Joana, su hija, reina de Castilla y León, etc., *domadores de las gentes bárbaras*, nos, sus criados, os notificamos y hacemos

¹⁷ En Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. LVII.

¹⁸ Los centinelas dividían la noche en tres partes: a la primera la llamaban *cuarto de prima*; a la segunda, *cuarto de la mordorra*, y a la tercera, *cuarto del alba*.

saber como mejor podemos, que Dios, Nuestro Señor, etc. etc. . .", para acabar diciendo: "...y si no lo hicierdes, y en ello dilación maliciosamente pusierdes, certíícoos que, con la ayuda de Dios, nosotros entraremos poderosamente contra vosotros y vos haremos guerra por todas las partes y maneras que pudiéremos. . . y tomaremos vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos, y los haremos esclavos y como a tal los venderemos y dispornemos de ellos. . . y protestamos que las muertes y daños que dello se recrecieren sea a vuestra culpa y no de Sus Altezas, ni nuestra, ni destos caballeros que con nosotros vienen. . .¹⁹

Bien se ve con qué esmero quedaba salvada toda responsabilidad. Se comprende que un Las Casas, que pasó toda su vida clamando por un trato humano a los indígenas, sea hoy todavía tildado de paranoíco.

NICARAGUA ²⁰

Pero el héroe nace cuando muere
y la hierba verde renace de los carbones.
¿Qué es aquella luz allá lejos? ¿Es una estrella?
Es la luz de Sandino en la montaña negra.

ERNESTO CARDENAL

Dos caciques ayudan a los extranjeros, ceden, presentan obsequios de oro, de plata, de telas hermosas, de mantenimientos. Sus nombres son: Nicaragua, quien llama la atención de los frailes porque tiene ya idea del Diluvio, y Nicoya. Mas existe también Nicaraguán, señor de las altas montañas del sur, que contempla indignado la entrega espiritual y material de su país. Manda decir a los dos caciques su sor-

¹⁹ Las Casas, *op. cit.*, lib. III, cap. LVII [cursivas nuestras].

²⁰ Las citas son de Fray Nemesio de la Concepción Zapata, *Vida del guerrero bárbaro Nicarogudn*.

presa de que acepten "a los españoles como hermanos, acogiendo a sus feos y horripilantes ritos" y les comunica a la vez su decisión de atacarlos a todos, lo mismo a los invasores que a los sometidos. Les aconseja que se vayan, que abandonen sus reinos junto con los españoles, que él solo se basta para gobernarlos. González Dávila, el jefe conquistador, recibe el reto y responde con doblez. Mientras manda a Nicoya y Nicaragua que preparen un poderoso ejército, contesta a Nicaraguán melosamente: que tiene toda la razón, que convencido de ello se piensa retirar, que su propósito no fue otro que conocer el país, que sólo está de paso: "que en estos mismos días partiré, que no quiero provocar su justa cólera".

Nicaraguán cree en la palabra. Detiene la formación del gran ejército que preparaba y se dirige hacia las tribus nicaraguas. Diez días tarda en el camino que aprovechan ventajosamente los que esperan su llegada. Al ser percibidos salen veinticinco jinetes del real español. La sorpresa de los naturales fue enorme y el contrataque valeroso: "No sólo una lluvia de dardos cayó sobre los soldados españoles, sino que también piedras, árboles derribados sobre ellos desde la alto de las laderas. Un grupo de doscientos indios guiados por Nicaraguán en persona se precipitó sobre un cuerpo de jinetes compuesto de diez soldados... los indios daban saltos y caían ya sobre el cuello, ya sobre la grupa, y derribaban los jinetes". Tan sólo tres de los soldados se salvaron, "por haber tomado ventaja a todo correr". Ambos campos se dan cuenta de la importancia del que tienen enfrente. La superioridad del español, con los enormes refuerzos aportados por Nicoya y Nicaragua, se opone al valor indomable de Nicaraguán, mas cuando la artillería interviene la victoria se determina por el campo español.

Nicaraguán, furioso, se retira hacia las montañas maldiciendo a gritos, con furia indecible, a los trai-

dores. Luego, los dos enemigos se preparan para un nuevo encuentro. Dávila manda un emisario al cacique echándole en cara su rebeldía contra la divinidad, a la vez que, conciliador, propone: "que si volviéndose de su error tornaba a amar su santo nombre, uniéndose a todos en la común obra de evangelización, depondría las armas y le haría grandes regalos y agasajos". La respuesta de Nicaraguán, según el padre franciscano que con tanta minuciosidad dejó escrita su historia, fue: "Decid a estos infames criminales y traidores que les odio y les exterminaré; que yo bien podría recurrir al engaño, a la traición y a la mentira, como ellos y sus aliados Nicaragua y Nicoya, fingiéndome sometido y escarmentado y sumiso a su poder, para sorprenderlos desapercibidos y diezmarlos y acabarlos; pero que mi arrogancia no necesita de tan bajos modos, bastándose con su valor y su brazo. Decidle asimismo que los aborrezco más que nunca y que me estaré por todo el resto de mi vida empeñado en acabar con ellos."

Las tropas europeas auxiliadas por los dos jefes indígenas y el numeroso ejército formado por sus súbditos iban avanzando hacia los lugares ocupados por Nicaraguán. A su proximidad los pueblos eran abandonados, destruidos los sembrados, incendiadas las casas. El encuentro fue terrible. Nicoya, el colaborador, murió en él con enorme cantidad de su gente. Vencido al fin, la derrota abatió al cacique indomable. Nicaraguán, al huir del lugar del feroz desastre, iba llorando como un niño.

Durante dos años y medio se creyó que el retiro de Nicaraguán a las montañas sería definitivo, pero volvió con más ánimo que nunca. Acompañado de su gente arrasó en su primera acción dos hermosas encomiendas y puso en fuga a un nutrido grupo de arcabuceros, sembrando de nuevo el pánico entre los españoles. A partir de entonces cada cuatro, seis u

ocho meses aparecía de nuevo y repetía los ataques. Nueve años duró la pesadilla para el invasor antes de que la Corona determinara ponerle fin. En 1678 una escuadra de mil doscientos hombres "de todas armas" salió de La Coruña hacia Castilla del Oro. El enorme ejército dirigido por García de Paredes y Nicuesa Álvarez atacó a Nicaraguán y le infligió una terrible derrota.

Cuando el feroz caudillo nicaraguateca se vio vencido y rodeado de los enemigos, que ya lo iban a hacer cautivo, corrió hacia un farallón que había cerca del sitio donde se encontraba y montándose en él como sobre un pedestal, gritó: "¡No me habéis vencido, infames! No lograréis ni siquiera el cadáver de este hombre que os ha infundido pavor muchas veces aun con vuestras armas infernales!" ...Y diciendo estas inflamadas palabras se arrojó al abismo, un profundo precipio cubierto de espeso bosque. Su cuerpo se vio en el aire, al descender hacia el fondo del abismo, como un objeto que se arroja desde lo alto de una torre.



IV

LA NUEVA ESPAÑA

Y a donde los españoles llegaban se silenciaban los indios...

Tenochtitlan, bajo el mando de Moctezuma II, se había convertido en la capital de un vasto territorio que tenía sojuzgadas a muchas naciones distintas en lengua, tradiciones y costumbres.

Si hay que tomar al pie de la letra cuanto dicen los conquistadores, los pueblos sometidos estaban ansiosos de liberarse del yugo azteca. Si nos dejamos llevar por la duda, si pensamos que dicen verdad cada vez que repiten: "y se hablaron el uno al otro sin entenderse"; si dudamos de la eficacia como traductores de la "moza Marina"¹ y del español Jerónimo de Aguilar así como de su real conocimiento de las distintas lenguas habladas en tan gran extensión, tenemos el derecho a dudar de que vieran su salvación en aquellos hombres blancos y barbados, tan raros, que acababan de llegar. Si, además, recordamos que el primer saludo del conquistador era un alarde a caballo, las salvas de sus cañones y el disparo de las culebrinas, tenemos derecho a dudar de todo. Añádase a esto la eficacia de las espadas, las matanzas "por el ejemplo" a partir de la primera sospecha de oposición e incluso sin ella, y tendremos el cuadro completo.

Si se prescinde del recorrido por aguas mexicanas de Díaz de Solís y de Vicente Yáñez Pinzón en 1508, cuando buscaban el tan soñado paso que permitiría

¹ *Códice Ramírez*, p. 191.

llegar a los mares de Asia, las costas de México fueron visitadas por primera vez en 1517, por Francisco Hernández de Córdoba, en una expedición cuya finalidad era el rescate de indios. Tocaron el cabo Catoche y siguieron a Champotón. Su sorpresa fue grande al encontrar edificios "todos de piedra" como no habían visto hasta entonces.

Los indígenas no los recibieron de paz: las armas españolas se trabaron con las de los mayas y hubo por ambos lados muertos y heridos. El propio Hernández de Córdoba regresó tan mal herido a Cuba que a los pocos días murió. Bernal Díaz, que tomó parte en todas las expediciones que se hicieron a esta tierra, dice que de los ciento diez soldados que saltaron en "la punta de Catoche, y en un pueblo más adelante que se llama Champotón" les mataron más de la mitad y ninguno se libró de alguna herida.

Al año repetía el intento otra expedición capitaneada por el joven Juan de Grijalva, sobrino del gobernador de Cuba Diego Velázquez. La misma resistencia hallaron en Champotón, "donde les mataron muchos soldados", pero al llegar a Tabasco el cacique de la región recibió con entusiasmo al joven capitán al que cubrió materialmente de joyas de oro que él mismo le iba poniendo, en una ceremonia que se nos antoja de leyenda.² Eso debió de hacerle más llevaderos a Grijalva los tres flechazos recibidos y sus dos dientes rotos.

Antón de Alaminos conocía ya el camino: había acompañado como piloto no sólo a Colón en su último viaje, sino también a Hernández de Córdoba. Siguieron la costa, vieron y bautizaron la laguna de Términos y el río que conserva el nombre de Grijalva; los ríos de Tonalá, Coatzacoalcos, Jamapa, Papaloapan, donde Alvarado se adelanta con gran enojo de Grijalva; llegan a la isla Verde, a la de Sacrificios, a la isleta con adoratorios a Tezcatlipoca, a la que

² Oviedo, *Historia*, lib. xxvi, cap. xxviii.

llamaron de San Juan de Ulúa, y estimaron como buen refugio en caso de necesidad. Remontan hasta el Pánuco, donde unos indígenas trataron de robar uno de los barcos, cortando una amarra con sus hachas de cobre. En este viaje, Bernal Díaz, que formaba parte de la tripulación, plantó el primer naranjo.

Después llegó Cortés. Con sus marrullerías, su donjuanismo, su maquiavelismo llevado al extremo. Y con quinientos ocho hombres, dieciséis caballos, diez cañones y cuatro culebrinas, "mucha pólvora y pelotas". Siguen el camino ya conocido. En Tabasco, olvidado ya el cacique, por lo visto, del embrujo de Grijalva, les opone toda la energía de su gente: "estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les podimos hacer perder punto de buenos guerreros hasta que vinieron los de a caballo".³

Cortés mandó, antes de empezar la batalla, "como todas las cosas quería llevar muy justificadas", que se leyera el requerimiento delante de un escribano del rey, que no de los indígenas por supuesto. Muy pronto debió de olvidar este requisito previo, lo mismo que el emperador lo ordenado por su abuelo, pues vemos que en sus Cartas-Relación cuenta sin ambages a Carlos V sus ataques por sorpresa antes del alba, es decir, en plena noche, o cuando relata su sentimiento de no poder prender fuego a los poblados por temor a que despierten los de junto antes de ser atacados.

En la costa de Chalchicueyehcan —Veracruz— se dio vuelo a la intriga lo mismo contra los indígenas que contra los compatriotas. Cortés cortó por lo sano la primera disensión que se presentó en el grupo, la de aquellos que temerosos de las represalias de Velázquez querían regresar a Cuba. Hizo matar a dos de ellos; mandó *solamente* cortar los pies a un tercero; hizo sentir la caricia de doscientos azotes sobre la es-

³ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. xxxiv.

palda de cada uno de dos marineros y al padre Juan Díaz, "por ser de misa", se contentó con meterle "harto miedo".

XICOTENCATL

Los cuatro jefes de Tlaxcalla: Maxiscatzin, Xicotencatl el Viejo, Tlahuexolotzin y Citlalpopoca optan por dejar pasar al invasor, mientras Xicotencatl el Mozo discute, se opone, previene, augura desgracias. Vence la experiencia o el resentimiento y el conquistador puede cumplir una etapa más en su camino hacia el anhelado Tenochtitlan. Se hace sentir la oposición de Xicotencatl al mando de su gente, con sus "divisas de blanco y colorado": los atacan, los cercan; dan "una cuchillada a una yegua que le cortaron el pescuezo redondo y colgado del pellejo, y allí quedó muerta"; los ponen en tan gran peligro que creen no salir de él. Sólo la muerte de ocho capitanes, hijos de los viejos caciques, logró hacerles dejar el campo.

"Con el unto del indio se curaron las heridas" en el campo español después de la pelea. Siguieron las batallas, de día, de noche, para ver si era verdad "que después de anochecido se les quitaban las fuerzas" a los misteriosos visitantes.

...Y Xicotenga que siempre nos seguía, y faltaban ya sobre cuarenta y cinco soldados que se habían muerto en las batallas...

De nuevo sirve la insidia: se mandan mensajeros a los ancianos del consejo; se dicen los conquistadores enemigos de Moctezuma, anuladores de impuestos, amigos de los que Tenochtitlan oprime.

Y Xicotencatl, el Mozo, queda solo con su bravura y su coraje.

Era ese Xicotenga alto de cuerpo y grande de espalda y bien hecho, y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta; y era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad.⁴

La autoridad de los viejos se hizo sentir: Xicotencatl recibió el mandato de ser portador de la embajada de paz.

Veinticuatro días tardaron los *teules* en poder entrar a la ciudad de Tlaxcala debido a la oposición de Xicotencatl; sin embargo, la alianza quedó sellada de manera indeleble. Según la costumbre ofrecen sus hijas en matrimonio, prenda supuesta de inalterable amistad, imitando con ello, sin saberlo, la manera como trataban de consolidar la paz las revoltosas cortes europeas de la época.

Se alía Tlaxcala con el invasor. El indómito Xicotencatl es encargado de dirigir las primeras tropas. Y mucho más tarde, ya rehechos los conquistadores de la derrota de la noche en que se ven obligados a abandonar Tenochtitlan, ya de regreso a Texcoco, el joven tlaxcalteca "con su altivez natural... se determinó a desamparar el ejército convocando a algunas compañías que a fuerza de sus instancias ofrecieron asistirle". En cuanto Cortés se entera manda perseguirlo "para que lo prendiesen y en caso de no reducirse le matasen". Ejecutóse lo segundo porque "se halló en él porfiada resistencia... los que le seguían... se volvieron luego al ejército, quedando el cadáver pendiente de un árbol".⁵

La familia y hacienda, de Xicotencatl se adjudicó al rey de España, y se hizo transportar a Texcoco, en la cual había treinta mujeres y mucha cantidad de oro, pluma y ropa fina de algodón.⁶

⁴ Bernal Díaz, *op. cit.*, cap. LXXXIII.

⁵ Solís, *Historia*, lib. v, cap. XIX.

⁶ Clavijero, *Historia antigua de México*, lib. x, cap. XVI.

La muerte dada al joven invicto provocó tal terror entre los tlaxcaltecas y demás aliados que ninguno osó en adelante la menor desobediencia.

El avance incontenible se impone. Agotados los ineptos medios que Moctezuma trata de interponer entre él y su destino, se rinde a lo que considera inevitable y accede. Manda primero a su sobrino Cacama, señor de Tezcoco; a Cuitlahuac en seguida, señor de Iztapalapa, donde Bernal vio "cosas nunca oídas, ni aún soñadas... palacios grandes y bien labrados de cantería muy prima... jardines... y un estanque de agua dulce y otra cosa de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucio... que [no] creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como éstas, porque en aquel tiempo no había Perú, ni memoria de él. Ahora todo está por el suelo, perdido, que no hay cosa".

Por fin llegan a orillas de la gran ciudad, capital soñada. Y sale a recibirlos el señor sobre quien nadie osaba poner la mirada.

Moctezuma estaba ricamente vestido, llevando un manto adornado con riquísimas joyas, en la cabeza una corona ligera de oro, y en los pies unas sandalias de lo mismo, atadas con cordones de cuero, y cubiertas con piedras preciosas. Lo llevaban cuatro nobles en una litera, cubierta también de planchas de oro, y bajo un parasol de plumas verdes, salpicadas de alhajas del mismo metal y lo acompañaban doscientos nobles, mejor vestidos que los otros, pero todos descalzos [Precedían el cortejo] tres nobles, alzando las manos, en las cuales llevaban unas varas de oro, con que anunciaban al pueblo la presencia del soberano.⁷

Solemnidad y aparato, magnificencia y oro. Oro en la corona, en los pies, en la litera. Oro como para

⁷ Veytia, *Historia antigua de México*, vol. II, cap. xv.

saciar cualquier avidez. Y, poseedor de todo, un hombre vacilante, perplejo, cuyos móviles nos resultan incomprensibles. Al corriente de todo lo que ocurría en la inmensa extensión del territorio que domina —recibe mantas pintadas con el relato exacto de todo: los *acalli*, casas flotantes; los retratos de los que las manejan; su actuación al desembarcar. Dice Bernal: “entendió que nuestra demanda era buscar oro”. Y se lo dio.

En actitud fluctuante, se opone, les manda obsequios; los rechaza, los recibe. Y, al fin, deja entrar a los osados aventureros en Tenochtitlan. Poco a poco se fueron apoderando de todo: de los palacios, del tesoro, de la misma persona del rey. A los halagos y regia hospitalidad responden pronto con la imposición. Descubierto el tesoro de la nación que permanecía guardado en una cámara sellada, aumenta la ansiedad que los consume (“hasta lo que comen se les hace rejalar en el cuerpo”)⁸ y consiguen que Moctezuma se lo entregue. Tres montones enormes se hacen con el oro de las joyas destruidas: sólo algunas que les parecen de singular belleza permanecen intactas. El reparto provoca enemistades, rencillas y malas voluntades que han de durar toda la vida aunque en aquellos momentos se disimulen.

Moctezuma permanece prisionero, en cadenas, vigilado noche y día. Recibe a sus súbditos en presencia de sus carceleros, sale a sus templos —siempre con la pompa acostumbrada— acompañado por doscientos soldados españoles armados y alerta.

Los parientes más allegados protestan y él los detiene. En la Vera Cruz, Quauhtopoca ataca la guarnición dejada por Cortés al mando de Juan de Escalante. La batalla es dura, mueren algunos españoles y muchos partidarios totonacas, y Escalante es muerto después del incendio de la villa de Nauhtla. Uno de los soldados, de gran “barba prieta y crespa”, fue apre-

⁸ Bernal Díaz, *op. cit.*, cap. xciii.

sado mal herido y al poco tiempo murió. Los mexicanos dejan el cuerpo, demasiado robusto para ser llevado, pero cortan la cabeza que quieren mostrar a Moctezuma. Éste, al verla, "hubo pavor" de ella y no permitió que fuera ofrecida a los dioses en ninguno de los templos de Tenochtitlan.

Cortés exige el castigo al desacato y aunque, según confesión de Quauhpopoca, el ataque obedecía órdenes de Moctezuma, entrega éste al cacique, a uno de sus hijos y a quince nobles que habían tomado parte en la batalla, al conquistador. Se acumulan arcos, flechas, escudos, lanzas del arsenal de palacio y se forma con ellos la hoguera. Y Quauhpopoca y sus compañeros, ante un pueblo silencioso, expiran en ella. Cortés logró una doble finalidad: deshacerse de unas armas cuya vista lo inquietaba, y prevenir a Moctezuma.

Cacama, señor de Tezcoco, reacciona violentamente al envilecimiento de su tío, el emperador. Al ver rechazada su proposición de luchar contra el invasor, reúne al consejo de su pueblo y por mayoría determinan hacer la guerra por su cuenta. Cortés, lo mismo que Moctezuma, se entera en seguida y manda una embajada a Cacama recordándole su amistad y ofrecimientos en el momento de su primer encuentro en Ayotzinco. Cacama contestó "que no podía tener por amigos a los que le quitaban el honor, oprimían a su patria e insultaban a su religión".⁹ Fueron vanas las tentativas de Moctezuma de atraerlo a palacio, en vista de lo cual mandó a algunos de sus vasallos que lo prendieran en Tezcoco y se lo entregaran.

La situación de la residencia de Cacama, al lado del agua, facilitó la operación y Cacama fue entregado a Cortés por Moctezuma y guardado prisionero. Muy pronto lo acompañaron los señores de Tlacopan, de Tlatelolco, de Iztapalapan y Coyohuacan —hermanos estos dos últimos de Moctezuma. El apocamiento del emperador azteca lo llevó hasta la aceptación del va-

⁹ Clavijero, *Historia antigua de México*, lib. ix, p. 8.

sallaje al rey de España, aunque "sintió tan gran pena, que el llanto interrumpió el discurso" que con ese motivo dirigió a sus nobles.

Seis meses habían transcurrido desde su llegada a Tenochtitlan cuando Cortés salió de la ciudad por primera vez para acudir a Veracruz, donde acababa de desembarcar Pánfilo de Narváez, enviado por Diego Velázquez con órdenes de aprehender a Cortés que se había hecho acreedor al castigo reservado a los rebeldes. Dejó en el mando de la ciudad a Alvarado, quien a los pocos días repitió la hazaña realizada por Cortés en Cholula. Dejó que los nobles mexica, engalanados con sus mejores trajes y joyas, se juntaran en el Templo Mayor, para caer de repente sobre ellos y hacer una matanza total.

Los informantes de Sahagún relatan el hecho de manera inmejorable:

Pues cuando hubo amanecido, muy de mañana, le descubrieron la cara [al dios] los que habían hecho voto de hacerlo. Se colocaron en fila delante del ídolo, lo comenzaron a incensar... ya lo subieron, ya lo llevaron a su pirámide.

Y todos los hombres, los guerreros jóvenes... con todo su corazón iban a celebrar la fiesta...

Y cuando todo el mundo estuvo reunido, se dio principio, se comenzó el canto, y la danza del culebreo...

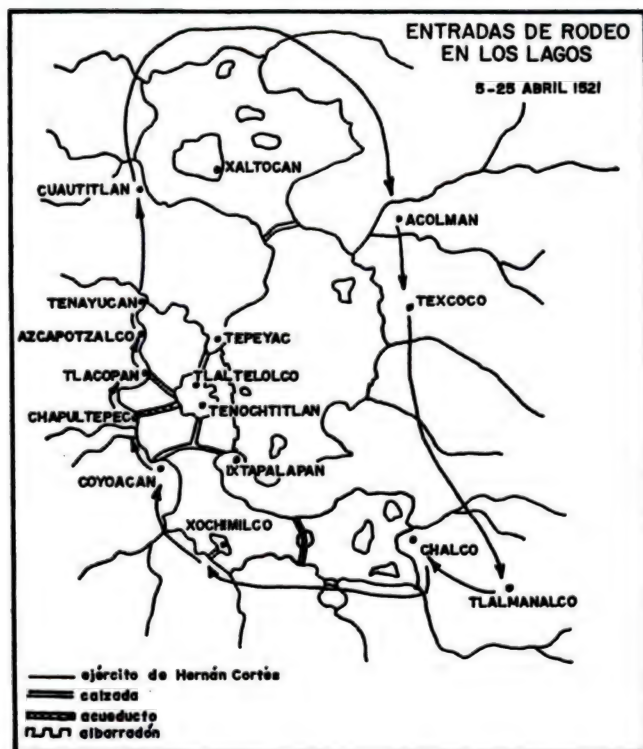
Y los que habían ayunado una veintena y los que habían ayunado un año andaban al frente de la gente...

...ya es el baile, ya es el canto, ya se enlaza un canto con otro, y los cantos son como un estruendo de olas, en este preciso momento los españoles toman la determinación de matar a la gente...

Vienen a cerrar las salidas, los pasos, las entradas... ya nadie pudo salir.

...cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales; dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron: lejos fue a caer su cabeza cercenada.

Al momento todos acuchillan, alacean a la gente...



SEGUN J. A. VIVÓ, 1988

algunos intentaban salir: allí en la entrada los herían, los apuñalaban. Otros escalaban los muros; pero no pudieron salvarse... otros se entremetieron entre los muertos, se fingieron muertos para escapar. Aparentando ser muertos, se salvaron. Pero si entonces alguno se ponía de pie, lo veían y lo acuchillaban.

La sangre de los guerreros cual si fuera agua corría: como agua que se ha encharcado, y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse.¹⁰

La reacción del pueblo fue inmediata. Cercan el palacio y no quieren oír a Moctezuma, que acompañado de Itzcuahtzin pretende calmarlos. "Luego se alzó el estruendo de guerra, fue creciendo rápidamente el clamor guerrero. Y también inmediatamente cayeron flechas en la azotea. Al momento los españoles cubrieron con sus escudos a Motecuhzoma y a Itzcuahtzin, no fuera a ser que dieran contra ellos las flechas de los mexicanos."

Cierran el mercado para que nadie acuda, para que los españoles carezcan de comida. Moctezuma trata de pacificar a su gente y manda a su hermano Cuitlahuac, hasta entonces mantenido prisionero en palacio, quien no regresa, sino que se pone al frente de la gente que ha iniciado la acción reivindicativa. Ya desde un principio había previsto las consecuencias de las indecisiones de Moctezuma, al decirle: "plega a nuestros dioses que no metáis en vuestra casa a quien os eche de ella y os quite el reino y quizá cuando lo queráis remediar no sea tiempo". La premonición se reveló realidad: "...cuatro días andados después de la matanza que se hizo en el *cu* [templo] hallaron los mexicanos muertos a Mothecuzoma y al gobernador del Tlatilulco [Itzcuahtzin] echados fuera de las casas reales, cerca del muro

¹⁰ Informes de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, lib. xii.

donde estaba una piedra labrada como galápago que llamaban Teoioc".

Y después de haberlos encontrado, reconocidos que fueron Motecuhzoma e Itzquahtzin, recogieron a Motecuhzoma inmediatamente en sus brazos, lleváronlo al lugar que se llama Copolco. Después lo metieron encima de la hoguera, luego encendieron ésta, pegaron fuego a ella, después crujía el fuego, casi chisporroteando, la llama del fuego se levantaba casi como en lenguas, la lengua de la llama subía casi como una grilla del fuego. Y el cuerpo de Motecuhzoma olía a carne quemada, al quemarlo olía mal. Y mientras que ardía algunos lo censuraban y reían... Y muchos más que lo censuraban, solamente murmuraban entre dientes, sólo murmuraban, sacudían las cabezas.

Y a Itzquahtzin lo llevaron en barco, llevaron su cuerpo en barco a Tlatelolco. Estaban muy afligidos, su corazón estaba desolado, derramaban lágrimas: no había nadie que quisiera regañarlo; nadie que quisiera despreciarlo...

Después prepararon la bandera real y las demás alhajas de papel, con lo cual lo adornaron, y le trajeron regalos. Luego lo llevaron, para quemarlo, al patio del templo, al sitio que se llama Quauhxicalli. Con grandes honores su cuerpo fue quemado.

Y continuó la guerra:

después de haber encerrado a los españoles en las casas lucharon contra ellos... Durante veinte y tres días los tuvieron encerrados.

Y durante todos estos días fueron excavados los canales, ensanchados, profundizados, provistos de muros más escarpados; en todas partes se hizo más difícil el paso de los canales; y en los caminos se construían murallas... se hizo más difícil el paso por los callejones de la ciudad... empezó la grito de guerra... y las piedras y las flechas caían como granizo sobre los españoles.

Y los españoles regresaban saetas y balas de cañones; mucha gente fue matada por las flechas y por las balas.

Los ballesteros sabían perfectamente bien digirir la flecha, apuntar con la flecha hacia aquellos que querían encontrar. Y fue penoso oír cómo zumbaban las saetas, cómo silbaban, mucho silbaban.

Y las saetas nunca llegaban de balde, a muchos encontraban... a muchos perforaban enteramente el cuerpo. Y el fusil y los cañones llegaban exactamente a la gente, estaban digiridos exactamente a la gente.

Y después de haber luchado de esta forma por cuatro días, salieron un número de guerreros valientes, excelentes, elegidos, aquellos que habían sido distinguidos con el uso de las insignias de rango hechas de plumas. Todos los que eran expertos de la guerra subieron a la altura del templo. Habían subido dos vigas y muchos árboles de encinas, en forma de rodillos, que se llaman madera de dios, que habían subido para echarlas de allí encima de ellos, de los españoles.

Inmediatamente lo supieron los españoles, que subieron a la pirámide del templo... ordenados en secciones, en filas.

Los escopeteros iban en el frente; subían muy despacio: descargaban sus fusiles; tiraban con ellos: sin enredos, sin precipitación. En segundo lugar iban los ballesteros, los que tiraban las saetas; en tercer lugar aquellos que estaban armados de espada y escudo, y en el cuarto lugar aquellos con picas, los portadores de bastones murciélago [alabardas].

En vano se oponían los caciques, echando los maderos, los troncos de encina sobre los españoles; ellos los recogieron con los escudos y los tiraron... Y después de haber llegado a lo alto del templo empezaron a matar a la gente, lapidándola. Los caciques ahora saltaban a las circunvalaciones de las terrazas del templo bajando como hormigas negras y los españoles arrojaban del templo a todos los caciques que habían subido. Todos fueron echados abajo del templo; ni uno se escapó.¹¹

A los doscientos treinta y cinco días de la llegada de Cortés a Tenochtitlan y del magnífico recibimiento que le hizo el jefe mexica, los invasores se

¹¹ *Ibid.*

vieron obligados a salir sigilosamente una noche de lluvia, tratando de salvar sus vidas. Los cascos de los caballos envueltos en trapos, todos en silencio, llevando cada uno el oro que su codicia no les permitió abandonar, intentaron llegar a los puentes que comunicaban la tierra firme con las calzadas del lago.

En los canales dejaron la vida muchos de ellos al ser descubiertos, al sonar el grito de alerta. De todos lados caían saetas; los dardos de puntas dentadas "caían sobre los españoles. Y los españoles de su parte tiraban a los mexicanos, tiraban las saetas y las armas de fuego... en ambos lados fueron matados hombres... El canal fue llenado completamente por ellos, llenado hasta la orilla. Y aquellos que llegaron como últimos atravesaron a la otra orilla encima de los hombres y encima de los cuerpos".¹²

En la huida murió Chimalpopoca, hijo de Moctezuma, y también Tlaltecotzin, príncipe de los tepalcas, que eran llevados prisioneros por los españoles.

Enorme fue el botín recogido por los mexicanos en los canales. El intento de recuperarlo hizo que Cortés diera tormento, mucho más tarde, a Cuauhtémoc y a sus acompañantes.

Rumbo a Tepotzotlan fue la huida. Los pueblos quedaban vacíos al aproximarse los españoles seguidos de sus aliados. La marcha quedaba jalonada por los incendios,

metieron fuego en los templos de los otomís y en todos los templos, las casas de los ídolos. Después quema, crepita la llama, la lengua de llamas, el fuego, levanta humo, humo que se extiende, humo que se deposita.

Y mientras que ellos marchaban los indígenas los perseguían de lejos lanzándoles su grito de guerra.

Entonces llegaron los mexicanos. La batalla fue feroz, "sólo pocos escaparon; sólo pocos no murie-

¹² *Ibid.*

ron". Pero los españoles fueron los vencedores: "después de haber terminado la matanza, satisfechos proseguieron su camino, siguiéndoles todos los cargadores". Y la vida renació en la ciudad dolorida. Se puso de nuevo en marcha el calendario y se volvieron a celebrar las fiestas de los dioses: "Después se encadenaron los años [los años se dan las manos]." ¹³

Se suponía que el invasor ya no regresaría jamás. Se rehizo el templo y sus dioses fueron repuestos. Entonces llegó la peste de viruela, el *hueycocoliztli*, "sesenta días funestos duró" —empezó en Teotileco y terminó en Panquetzaliztli, tres veintenas sagradas—; mató a centenares de mexicanos, entre ellos a Cuiclahuac, el "señor que nos echó de México", como dice Bernal Díaz: "Hombre prudente y de gran discernimiento, liberal y magnífico como su hermano y de un gusto exquisito en materia de arquitectura y de jardinería como se mostró en su célebre palacio y huerta de Iztapalapa que tanta admiración causó a Cortés y a los demás españoles. El insigne naturalista Hernández alcanzó a ver una parte de aquella huerta y hace mención de varios árboles y plantas trasplantadas a ella de otros países por orden de Cuiclahuatzin." ¹⁴

Entonces fue elegido rey el hijo de Itzcoatl, sobrino de Moctezuma, "mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre para ser indio y muy esforzado", señor de Tlatelolco, el de nombre evocador y profético: el Aguila que Cae, Cuauhtémoc.

Las esperanzas resultaron vanas. El invasor es duro como el acero y nada puede quebrar su designio de apoderarse del país que considera ya suyo y del rey de España.

En su huida se habían refugiado en Tlaxcala, siempre adicta. Rehechos deciden volver. Texcoco les conviene como cuartel general no sólo por su proximidad

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Clavijero, *op. cit.*, lib. 9, p. 24.

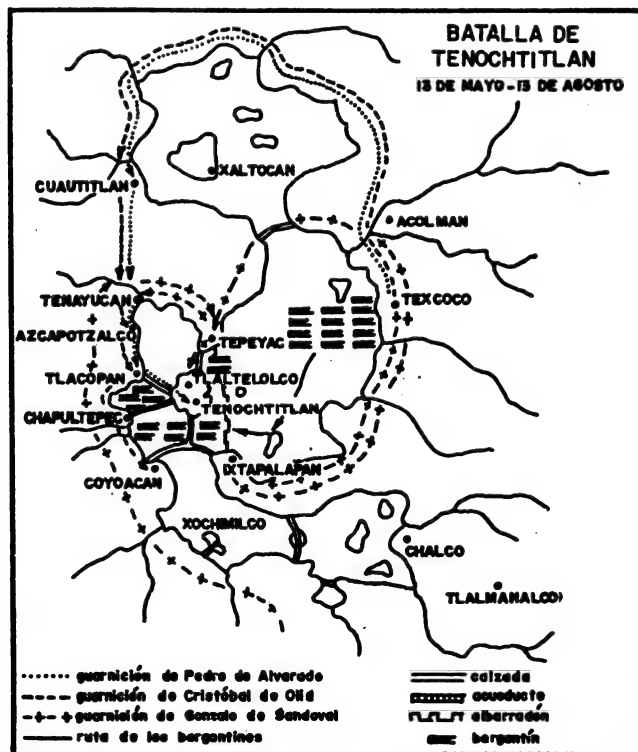
dad a Tenochtitlan, sino también porque estando a orillas del lago les va a facilitar armar y botar los bergantines que preparan para atacar la ciudad desde su propio corazón.

Ixtlilxochitl, señor de Texcoco cristianizado, bautizado con el nombre de don Fernando, resulta un magnífico aliado con trazas de fervoroso neófito. Cuauhtémoc había previsto que de "Ixtlilxuchitl había de salir la ruina de los mexicanos". Con doscientos mil vasallos engrosa las huestes del invasor, "por donde queda probado que no fueron ellos [los conquistadores] los que ganaron a México, sino Ixtlilxuchitl" con la ayuda que les prestó.¹⁵

Su propia madre fue víctima de su ardor. El historiador Fernando de Alva Ixtlilxochitl, su descendiente, nos deja un testimonio contundente: "La reina Tlacoahuatzin, su madre, como era mexicana y algo endurecida en su idolatría, no se quería bautizar, y se había ido a un templo de la ciudad con algunos señores. Ixtlilxuchitl fue allá y le rogó que se bautizase: ella le riñó y trató mal de palabras diciéndole que no se quería bautizar, y que era un loco, pues tan presto negaba a sus dioses y ley de sus pasados. Ixtlilxochitl, viendo la determinación de su madre, se enojó mucho, y la amenazó que la quemaría viva si no se quería bautizar, diciéndole muchas razones buenas, hasta que la convenció, y trajo a la iglesia con los demás señores para que se bautizasen." Entre tanto, el hijo prendía fuego al templo donde la madre se había refugiado.

Cortés decide asegurar su retaguardia. Ante todo asalta Iztapalapa "por vengarse en ella y en sus habitantes de Cuitlahuatzin, su antiguo señor, a quien reconocía autor de la fatal derrota de la Noche Triste". Hallan la ciudad abandonada, la destruyen y notan de repente que las aguas están subiendo e inundándola: "los vecinos de Iztapalapa, con intento de

¹⁵ *Códice Ramírez.*



ahogar a sus enemigos, rompieron una calzada que servía de freno al lago, y dejaron venir sus aguas sobre la ciudad".

Decidido el conquistador a cortar toda posible ayuda a Tenochtitlan, a dejarla aislada, se dirige a Otumba, Mixquic, Chalco, divide los antiguos estados, depone a unos jefes e instituye a otros. Las alianzas así contraídas no siempre son duraderas, a veces fallan, "cuando en la subordinación influye más el terror que el amor de los pueblos".¹⁶

También Huexotzinco y Cuauhquecholan se entregan. Sigue Cortés en su estrategia, ataca Xaltocan, entra en Tenayuca —donde Bernal vio *tres serpientes* adoradas como ídolos—; en Cuauhtitlan, Atzacapotzalco y Tlacopan se combatió durante tres días con encarnizamiento. Luego le corresponde a Huaxtepec, célebre por los jardines que Moctezuma había hecho plantar, adonde iba a menudo a descansar; a Yecapixtla, donde la resistencia del pueblo fue tal que hasta Cortés admite que "fue tanta la matanza, que un pequeño río que cercaba casi aquel pueblo por más de una hora fue teñido en sangre, y les estorbó de beber..." Cuauhnahuac, capital tlahuica, la actual Cuernavaca, más tarde; Xochimilco, donde la oposición fue grande. Cuauhtemoc trata de ayudarla mandando doce mil hombres. En todas partes se combate y de ambos lados muere mucha gente. En el lado español, el enorme contingente tlaxcalteca con los demás conquistados suple cualquier pérdida de hombres: como un alud acompaña a las huestes del invasor.

Cuando todo está listo, los bergantines en el agua, Tenochtitlan aislada, se inicia el ataque a la ciudad. Previamente se han hecho llegar ofrecimientos de paz a los que Cuauhtemoc responde con gallardía. El ataque se realiza por tierra y por agua simultáneamente y la defensa es digna de ser loada por siglos.

¹⁶ Clavijero, *op. cit.*, lib. 9, p. 3.

Tenochcas y tlatelolcas se aprestan, hombres y mujeres toman parte en la lucha; también ellas se cubren de gloria, también ellas contribuyen a dar sentido a la frase: "Es necesario que por su propia voluntad se someta el tenochca o que por su propia voluntad perezca",¹⁷ por su participación en la resistencia de aquel "sitio sin igual, por la constancia y el valor, [sobre todo] si recordamos que todo el tiempo que duró el cerco tuvieron los sitiados abierta la puerta para una capitulación honrosa, y que rechazando con severidad todas las proposiciones del enemigo, prefirieron como valientes la muerte a la rendición".¹⁸

En la *Historia* de Oviedo se asienta que: "Muchas cosas acaescieron en este cerco, que entre otras generaciones estuvieron discantadas e tenidas en mucho, en especial de las mujeres de Temistitán, de quien ninguna mención se ha fecho. E soy certificado que fue cosa maravillosa e para espantar, ver la prontitud y constancia que tuvieron en servir a sus maridos y en curar los heridos y en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, y en otros oficios para más que mujeres." Y según Durán, vestidas "con sus armas y rodela y espadas en las manos" contribuyeron eficazmente a la defensa de Tlatelolco.

¹⁷ Informantes de Sahagún, *op. cit.*

¹⁸ Prescott, *Historia de la conquista de México*, lib. vi, cap. viii.

ATAQUE Y DEFENSA

El día que la ideología colonial sea completamente disipada, esta resistencia contará entre las hazañas más nobles que la humanidad haya conocido.

LAURETTE SÉJOURNÉ

Los españoles, acompañados por miles de indígenas sometidos, a los que nombran "amigos", atacan la ciudad: por tierra la cercan caballería e infantes mientras doce bergantines disparan desde el interior del lago.

Los pormenores de la prolongada lucha nos han sido relatados por sus propios actores. Para hacer patente su diferente enfoque vamos a ceder la palabra a los dos bandos: Cortés por un lado; los mexicanos por otro. Nada se podría decir tan conmovedor como lo narrado por los informantes de Sahagún. Y a la vez, nada de tan profundamente poético.

Dice Cortés:

...cada día teníamos combates con ellos; y los bergantines iban quemando alrededor de la ciudad todas las casas que podían.

...y con los tiros y los caballos hicimos tanto daño en ellos... embestimos por medio de ellos y quebramos infinitas canoas, y matamos y ahogamos muchos de los enemigos, que era la cosa del mundo más para ver... algunas veces fingíamos ir huyendo, y revolvíamos los caballos sobre ellos, y siempre tomábamos doce o trece de aquellos más esforzados: y con esto y con algunas celadas que siempre les echábamos, continuo llevaban lo peor, y cierto verlo era cosa de admiración. Porque por más notorio que les era el mal y daño que... de nosotros recibían, no dejaban de nos seguir hasta nos ver salidos de la ciudad... y con los tiros y ballestas y escopetas matábamos infinitos, pensábamos que de cada hora se movieran a nos acometer con la paz, la cual deseábamos como la salvación...

Y yo dilataba de me meter más adentro de la ciudad; lo uno por ver si revocarían el propósito y dureza que los contrarios tenían, y lo otro, porque nuestra entrada no podía ser sin mucho peligro, porque ellos estaban muy juntos y fuertes y muy determinados de morir.

Y al punto que yo llegué a aquella puente de agua cuitada vi que los españoles y muchos de nuestros amigos venían puestos en muy gran huida, y los enemigos como perros dando en ellos... y los enemigos cargaron tanto que matando en los españoles, se echaban al agua tras ellos y ya por la calle del agua venían canoas de los enemigos y tomaban vivos los españoles... En este medio, los españoles que salían desbaratados iban por aquella calzada delante, y como era pequeña y angosta... que los perros la habían hecho así de industria, e iban también por ella desbaratados muchos de los nuestros amigos, iba el camino tan embarazado y tardaban tanto en andar, que los enemigos tenían lugar de llegar por el agua de la una parte y de la otra, y tomar y matar cuantos querían...

...y yo viendo cómo estos de la ciudad estaban tan rebeldes y con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo, no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros tantos peligros y trabajos, y a ellos y a su ciudad no los acabar de destruir porque era la más hermosa cosa del mundo; y no nos aprovechaba decirles que no habíamos de levantar los reales, ni los bergantines habían de cesar de les dar guerra por el agua... y que no tenían en toda la tierra quien los pudiese socorrer, ni tenían de donde haber maíz, ni frutas, ni agua, ni otra cosa de mantenimiento. Y cuanto más de estas cosas les decíamos, menos muestra veíamos en ellos de flaqueza; más antes en el pelear y en todos sus ardidés los hallábamos con más ánimo que nunca. Y yo, viendo que el negocio pasaba de esta manera, y que había ya más de cuarenta y cinco días que estábamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder más estrechar a nuestros enemigos, y fue que como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas de ella del un cabo y del otro, por manera

que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado... y de allí en adelante comenzamos a asolar poco a poco las casas y cerrar y cegar muy bien lo que teníamos ganado del agua; y como aquel día llevábamos más de cincuenta mil hombres de guerra, hízose mucha cosa...

...Y porque ya teníamos muchas calles de agua ce-
gadas y aderezados muchos malos pasos, acordé de entrar al cuarto del alba y hacer todo el daño que pudiésemos. Y los bergantines salieron antes del día, y yo con doce o quince caballos y ciertos peones y amigos nuestros entramos de golpe, y primero pusimos ciertas espías: las cuales... nos hicieron señal que saliésemos y dimos sobre infinidad de gente; pero como eran de aquellos más miserables y que salían a buscar de comer, los más venían desarmados y eran mujeres y muchachos; e hicimos tanto daño en ellos por todo lo que se podía andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron de ochocientas personas, y los bergantines tomaron también mucha gente y canoas que estaban pescando, e hicieron en ellas mucho estrago.

...Otro día de mañana... quemamos las casas del señor de la ciudad que era mancebo de diez y ocho años, que se decía Guatimucín, que era el segundo señor después de la muerte de Mutezuma; y en estas casas tenían los indios mucha fortaleza, porque eran muy grandes y fuertes y cercadas de agua...

Aquel día, por los lados de la una parte y de la otra de aquella calle principal, no se entendió sino en quemar y allanar casas, que era lástima cierto de ver; pero como no nos convenía hacer otra cosa, éramos forzados seguir aquella orden. Los de la ciudad, como veían tanto estrago, por esforzarse decían a nuestros amigos que no hiciesen sino quemar y destruir, que ellos se las harían tornar a hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores ya ellos sabían que había de ser así, y si no, que las habían de hacer para nosotros; y de esto postrero plugo a Dios que saliesen verdaderos, aunque ellos son los que las tornan a hacer.

Otro día... mandé a Pedro de Alvarado que con toda su gente entrase por la parte de un gran barrio que los

enemigos tenían, en que habría más de mil casas: y yo por la otra parte entré a pie con la gente de nuestro real, porque a caballo no nos podíamos por allí aprovechar. Y fue tan recio el combate nuestro y de nuestros enemigos, que les ganamos todo aquel barrio; y fue tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, que muertos y presos pasaron de doce mil ánimas.

...por manera que por estar así cercados y apretados, no tenían paso por donde andar sino por encima de los muertos y por las azoteas que les quedaban; y a esta causa ni tenían ni hallaban flechas ni varas ni piedras con que nos ofender; y andaban con nosotros nuestros amigos a espada y rodela, y era tanta la mortandad que en ellos se hizo por la mar y por la tierra, que aquel día se mataron y prendieron más de cuarenta mil ánimas; y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres que no había persona a quien no quebrantase el corazón...

Y una de las causas porque los días antes yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la ciudad, era porque tomándolos por fuerza habían de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros amigos habían de robar todo lo más que hallasen; y a esta causa temía que se habría para vuestra majestad poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad había, y según la que yo antes para vuestra alteza tenía; y porque ya era tarde y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos que había de muchos días por aquellas calles, que era la cosa del mundo más pestilencial, nos fuimos a nuestros reales.

...y estando ya todos juntos y los bergantines apercebidos todos por detrás de las casas del agua donde estaban los enemigos, mandé que en oyendo soltar una escopeta que entrasen por una poca parte que estaba por ganar, y echasen a los enemigos al agua hacia donde los bergantines habían de estar a punto; y aviséles mucho que mirasen por Guatimucín y trabajasen de lo tomar a vida, porque en aquel punto cesaría la guerra. Y yo me subí encima de una azotea...

...Y estaban todos encima de los muertos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas, que era grande, era

tanta la pena que tenían que no bastaba juicio a pensar cómo lo podían sufrir... según pareció, del agua salada que bebían, y de la hambre y mal olor, había dado tanta mortandad en ellos, que murieron más de cincuenta mil ánimas. Los cuerpos de los cuales, porque nosotros no alcanzásemos su necesidad, ni los echaban al agua, porque los bergantines no topasen con ellos, ni los echaban fuera de su conversación, porque nosotros por la ciudad no lo viésemos; y así por aquellas calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no había persona que en otra cosa pudiera poner los pies...

Y los bergantines entraron de golpe por aquel lago y rompieron por medio de la flota de canoas, y la gente de guerra que en ellas estaba ya no osaba pelear. Y plugo a Dios que un capitán de un bergantín, que se dice Garci Holguín, llegó en pos de una canoa en la cual le pareció que iba gente de manera; y como llevaba dos o tres ballesteros en la proa del bergantín e iban encarando en los de la canoa, hiciéronle señal que estaba allí el señor, que no tirasen, y saltaron de presto, y prendiéronle... a aquel Guatimucín, y a aquel señor de Tacuba, y a otros principales que con él estaban; y luego el dicho capitán Garci Holguín me trajo allí a la azotea donde estaba, que era junto al lago, al señor de la ciudad y a los otros principales presos; el cual como le hice sentar, no mostrándole rigurosidad ninguna, llegóse a mí y díjome en su lengua que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos hasta venir en aquel estado, que ahora hiciese de él lo que yo quisiese; y puso la mano en el puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y que lo matase. Y yo le animé y le dije que no tuviese temor ninguno; y así, preso este señor, luego en este punto cesó la guerra, a la cual plugo a Dios Nuestro Señor dar conclusión martes, día de San Hipólito, que fueron 13 de agosto de 1521 años.

De manera que desde el día que se puso cerco a la ciudad, que fué a 30 de mayo del dicho año, hasta que se ganó, pasaron setenta y cinco días...¹⁹

¹⁹ Cortés, *Quinta carta de relación*.

Los informantes de Sahagún:

Y dos días después, cuando los bergantines que habían llegado primeramente habían expulsado las lanchas [de los indígenas], se reunieron todos y tomaron posición a la orilla del caserío de Nonohualco.

Después llegaron a tierra firme; luego prosiguieron su marcha por los caminos angostos, que dan al corazón de los barrios. Y a donde los españoles llegaban, se asilenciaban los indios y ya nadie salía de la gente.

Y al día siguiente vinieron otra vez, y acercaron sus barcos a tierra... Los españoles cercaron a los mexicanos en grandes masas.

Y después de haber llegado a Nonohualco, se batalló, se luchó, nació la batalla, la guerra. En ambos lados gentes fueron matadas, todos sus enemigos fueron heridos por flechas, todos los mexicanos también de este modo; se sufrían pérdidas por ambos lados; por todo el día hasta la noche se batalló.

Había tres grandes caudillos que no volvían las espaldas, que estimaban a sus enemigos como nada, que no amaban su cuerpo. Llámase el primero Tzoyectin; llámase el segundo Temoctzin; y el tercero es... Tzilacatzin, un gran caudillo, un hombre muy valiente, atacaba con tres piedras que traía consigo, piedras grandes, redondas, piedras de murallas... de éstas, una piedra la tenía en su mano, las otras dos dentro de su escudo. Después él perseguía a los españoles, los cazaba sobre el agua, los destruía... Este Tzilacatzin fue un otomí: por tener este título de cacique... se peinaba como otomí; despreciaba a sus enemigos, y aunque fueren españoles los estimaba como nada, por aterrorizar a todos. Cuando veían a Tzilacatzin nuestros enemigos se agazapaban y los españoles se empeñaban en matarlo con la saeta o con el arma de fuego; pero Tzilacatzin se disfrazaba para no ser reconocido.

Una vez ponía una insignia de rango, dejaba colgar de los labios un colgante y se ponía las orejeras doradas y usaba su collar, su collar que constaba de conchas de caracoles. Sólo su cabeza quedaba sin cubrir, con lo cual mostraba que era un caudillo otomí. Y otras veces se presentaba

únicamente con su armadura de algodón, con una pieza delgada de género envolvía su cabeza. Y otras veces se disfrazaba de otro modo; poníase un casco de plumas... una correa de guerrero... una correa dorada de la muñeca... y la correa... brillaba. Y de igual modo llevaba en la pantorrilla una correa dorada brillante.

...Vinieron después de haberse abierto al camino... la gente de Tlaxcala, la gente de Acolhuacan, la gente de Chalco llenaron los canales y como no encontraban espacio en la calle echaron ladrillos y vigas, que habían sido colocados como dinteles, pilastras cuadradas y redondas y machones de caña, en el agua. Y cuando los canales estuvieron tapados los españoles se pusieron en camino. Iban muy lenta y precavidamente, la bandera al frente de ellos, al son de las cornetas y de los tambores; y detrás de ellos iba en formación toda la gente de Tlaxcala y todos los de las aldeas.

Los de Tlaxcala se hacían fuertes, sacudían las cabezas, se go'peaban sobre sus pechos y cantaban. Los mexicanos cantaban también; en ambos lados se cantaba. Empezaban una canción cualquiera que recordaban y con esto se ponían fuertes.

Y los guerreros mexicanos después de haber llegado al barrio de Tlalhuacan se tiraban en el suelo, sobre el suelo se echaban, se escondían, se agazapaban. Esperaban, hasta que llegara la hora en que se dé la orden de salir, el momento en que puedan salir.

Y después de que se gritó: ¡Oh!, gente de México, ¡adelantel, el tlapanecatli Ecatzin, el otomí los atacó, tropezó con ellos, decía: ¡Guerreros de Tlatelolco, adelantel ¿Quiénes son estos bárbaros? ¡Que vengan! Después echó en el suelo a un español, lo abatió en el suelo...

Y los españoles cuando lo vieron estaban como ebrios. Abundantemente se tomaron presos, abundantemente las gentes fueron matadas, empujaron a los españoles y a todos los indígenas... en el agua.

Y el camino se puso resbaladizo; ya uno no podía andar sobre él, todos se resbalaban. Los presos fueron arrastrados. Allá fue capturada la bandera y traída; los tlaxcaltecos la capturaron... No la cuidaban y no hacían caso de ella.

...En todas partes se vigilaba, se luchaba. La vigilancia jamás terminaba, porque en todas partes los xochimilcas nos circundaban con sus canoas.

En ambas partes se hicieron presos, en ambas partes las gentes fueron matadas. Y todo el pueblo sufría gran pena, ellos tenían hambre, murieron de hambre, ya no bebían el agua buena, limpia, sino bebían agua de salitre. Muchos murieron de esto, y muchos hombres fueron atacados de la disentería, de ésta murieron.

Y se comía meras lagartijas, golondrinas y yerba verde de mazorca y yerba ensalitrada... y comían lirios y estucco y cuero y piel de ciervo; ellos asaban, freían, tostaban, quemaban, lo comían así... y yerba y ladrillo...

No había padecimiento más grande que el que ellos estaban padeciendo, estaban encerrados terriblemente, furiosamente, se extendía la mortandad por el hambre y paulatinamente ellos nos arrimaban a la pared, paulatinamente nos cercaban.

Sucedió una vez que cuatro montados a caballo entraron al mercado, persiguiendo a los guerreros [mexicanos], atravesándolos con la lanza. Muchos murieron.

Con impetuosidad se lanzaban sobre el mercado. Fue entonces cuando por primera vez vieron el mercado. Después salieron huyendo y los guerreros los atacaron, los persiguieron. Y cuando penetraron por primera vez al mercado fue inesperadamente, sin previo aviso. Y al mismo tiempo quemaron el templo, le pegaron fuego. Y después de haberlo incendiado, se convirtió en llamas, mucho subió el fuego; la llama, el fuego que ardía y relumbraba. Y cuando los mexicanos veían que el templo se quemaba, lloraban y unos a otros se saludaban llorando, porque pensaban que iba a ser saqueado. Y por mucho tiempo se peleó en la gran plaza de Tlatelolco.

Los guerreros mexicanos se protegían en los muros y todas las casas... que circundan el mercado fueron convertidas en barricadas.

Muchos tomaron posición sobre las azoteas, echaban, tiraban abajo de allá piedras y dardos; empujaban y tiraban y todas las casas de la gente Quauhquechol estaban perforadas en su parte posterior. Las perforaban sólo un poco, y cuando los caballos los perseguían... entonces los guerreros entraban rápidamente en estas casas.

Hubo allá un señalado guerrero llamado Axoquetzin que perseguía a sus enemigos, les hacía soltar los presos, los hacía retroceder, los forzaba a regresar. Este guerrero murió allá; lo mataron con la saeta; le tiraron en el pecho; le tiraron la saeta en el corazón, fue atravesado en ambos lados, de manera que murió...

[Los españoles] habían apenas llegado a su objetivo... no podían romper las líneas de los tlatelolcas, quienes estaban allende el agua, arrojando de allá dardos y piedras. No pudieron tomar ningún paso, ningún puente.

Nuestros enemigos cegaban los canales, y en cuanto se habían ido sacábamos nuevamente las piedras con las cuales los enemigos habían tapado los canales. Cuando amanecía de nuevo estaba todo tal como lo había estado el día anterior. Siempre lo hacían así... Por eso la guerra se prolongaba; por eso sólo con trabajos podían entrar... pues las acequias eran como murallas grandes...

Y las gentes... que estaban en las canoas, echaban dardos de allá, se esforzaban por oponerse a los enemigos, no perdían su tiempo... Los dardos con puntas dentadas estaban como lloviendo, las flechas desembocaban en corrientes como una serpiente. Cuando arrojaban sus dardos con el atlatl, semejaban un manto amarillo que se cernía sobre los enemigos...

Y los guerreros mexicanos iban y venían, iban a los lados, ya nadie estaba parado. [Y los españoles frecuentemente traspasaban el lado hostil]. No dejaban mirarse. Tal como los indígenas estaban vestidos... Se habían puesto una insignia de guerrero, ligado un sarape; con esto despertaban un aire falso, dejaban ver cierta precaución...

Y algunos caciques... no perdían su tiempo, no abandonaban a sus mujeres y niños sino que con trabajos las ponían a salvo en la cercanía de las casas, en el otro canal...

Fue cuando también lucharon las mujeres en Tlatelolco lanzando sus dardos. Dieron golpes a los invasores; llevaban puestas insignias de guerra.

Y una vez aconteció que todos los que nos rodeaban... procuraron cegar el estanque llamado Tlaixcuipan, que les estorbaba mucho. Arrojaron dentro de él toda clase

de piedras, madera, columnas, pilastras, dinteles superiores, ladrillos de barro... Hacían ruido arremolinaban el polvo... porque intentaban robar a la gente que vivía apretadamente en la calle que daba a Tepeyacac.

Y cuando los guerreros mexicanos vieron lo que hacían, lo que intentaban los enemigos, resolvieron ellos lo que podían hacer. Y después de haber reflexionado, tomaron una canoa, muy precavidamente la remaron, la anclaron cerca de la calle: no se dio a conocer ninguna insignia de caudillo, ellos se escondieron. Vino otra; la remaron de la misma manera precavida, y otra vez vinieron dos lanchas, con las cuales ya eran cuatro.

Entonces se levantaron dos caballeros águilas y dos caballeros tigres... Después se pusieron en marcha un jaguar y un águila. Los remaron afuera a todo remo; la lancha casi volaba... Después de haberse ido se tocaron los clarines... y cuando nuestros enemigos lo vieron, quisieron huir, pero muchos cayeron en el agua, se hundieron y se ahogaron. Otros salieron desmayados, desmayados, todos mojados tal como estaban... Muchos se perdieron, muchos fueron los muertos... y... el día siguiente todo quedó tranquilo...

...Cuando la aurora del quinto día hubo despuntado, nuestros enemigos, los españoles, resolvieron de nuevo a atacar, y todos los que nos rodeaban, todos se pusieron en movimiento. Nos circundaban, nos rodeaban, ya nadie podía salir a ningún lado. Quienes empujan, quienes chocan unos con otros, quienes se pisotean y muchos mueren en la apretura. Y cuando ya nos alcanzaron una mujer les echó agua en los ojos; con agua cegó a nuestros enemigos.

...los españoles... nos rodearon de todos lados... penetraron al telpuchcalli, un gran edificio, que se llama así porque allí viven juntos todos los jóvenes que reciben especial educación. Entonces subieron a la azotea... un gran caudillo, llamado Huitzilhuatzin se hizo fuerte en la azotea del telpuchcalli. Estaba todavía fuerte como un baluarte y el pueblo lo obedecía. Los españoles les pegaban, los deshacían, los destruían...²⁰

²⁰ *Visión de los vencidos: Anónimos de Tlatelolco.*

EL PRESAGIO Y LA DERROTA

Arde, se calcina su corazón y su cuerpo.

Y apareció como una llama grande, y al anochecer lloviznó, y hubo niebla, y cuando la noche había entrado completamente de nuevo apareció el fuego. Parecía como si viniera del cielo, como un torbellino que se movía circularmente.

Surgió la llama como una flor, que tan presto crecía como decrecía, hasta volverse como una sola chispa; luego, agitada por el viento, se levantaba, crujía y chisporroteaba.

Después de haber rodeado la muralla del agua, llegó a Coyonazco, luego se fue al centro de la laguna, donde se apagó.

Nadie exhaló un grito, nadie habló con voz alta.

Y en la otra mañana tampoco aconteció nada.

Se quedaban en el cuartel también nuestros enemigos... y el capitán miraba desde la azotea... desde un tenderete de colores abigarrados, desde allí miraba al pueblo...

Y Cuauhtemotzin y los demás caciques... todos los príncipes, se reunieron en Tolmayecan, deliberaron cómo debía hacerse, que podíamos traer como tributo y en qué forma nos podíamos someter a ellos.

Después trajeron a Cuauhtemotzin en la canoa. Solamente dos personas lo acompañaron: Tepotztitlco, cacique y Yatzachimal, el sirviente de Cuauhtemotzin; un indio de nombre Cenzaotl remaba.

Y cuando conducían a Cuauhtemotzin, todo el pueblo lloraba. Exclamaban: Ahí va a someterse a los dioses, a los españoles.

Y después de haberle llevado, de haberle desembarcado, los españoles mostrábanse muy asombrados, lo cogían, lo cogían de la mano y lo hacían salir a la azotea; lo colocaron enfrente de la casa del capitán, del generalísimo, y ya en frente de la casa del capitán, aquel lo miraba, halagaba el cabello de Cuauhtemotzin.

Después ellos lo hicieron sentarse junto con él, y descargaron los cañones, sin apuntar a nadie; tiraban sobre

ellos, sobre las cabezas de la gente pasaban los proyectiles...

Después empezó otra vez la matanza y hubo muertos. Entonces comenzó el éxodo: estaba la guerra perdida. En medio de un gran estrépito se oía decir: ¡basta, vámonos, a salir; id a comer legumbres, miserables!

Al oír esto, el pueblo se puso en movimiento: se iban a la laguna y al camino por la gran carretera, mataban de nuevo algunos. Los españoles estaban enojados porque algunos todavía llevaban su espada de obsidiana y su escudo.

Aquellos que vivían en las casas de la ciudad, se fueron... Y todos los que vivían sobre lanchas... se fueron por agua; a algunos les daba el agua hasta el pecho, a otros hasta el cuello, algunos se ahogaron completamente en lo más profundo. A los chiquillos los llevaban sobre las espaldas...

Y los propietarios de lanchas, cada uno que tenía una lancha, salía en la noche; pero salían también durante todo el día, se empujaban, chocaban casi al irse.

Y en todas partes, en las calles los españoles robaban; buscaban el oro; las piedras preciosas verdes, las plumas de quetzal y turquesas las estimaban como nada. En todas partes las mujeres lo llevaban [escondido] en el vientre, en las enaguas, y nosotros los hombres en el maxtli y en la boca.

Y ellos cogieron, eligieron las mujeres bonitas, las de color moreno claro. Y algunas mujeres cuando eran atacadas se huntaban de barro y envolvían las caderas con un sarape viejo destrozado, se ponían un trapo viejo como camisa sobre el busto, se vestían con meros trapos viejos. Y por todos lados hacen rebusca los cristianos. Les abren las faldas, por todos lados les pasan la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos.

Y también seleccionaron a algunos hombres, hombres fuertes, hombres adultos; y mozos jóvenes... que podrían ser sus mensajeros, a los que llaman sus siervos.

A algunos se les marcaba inmediatamente con el sello de quemar en la región de la boca; a algunos se los pintaron en la región de la mandíbula, a algunos se los pintaron en la región de los labios.

Y cuando se bajó el escudo, siendo nosotros vencidos, lo fue el año de signo Tres Casas y en la cuenta de los días: "Uno serpiente..."

Y cuando Quauhtemotzin se había sometido a los enemigos, lo llevaron a Acachinanco en la noche. Y al otro día cuando el sol ya había subido algo, los españoles regresaron en grandes cantidades.

También al último de sus recursos, en armadura de guerreros, cota de malla y yelmo de hierro, pero sin su espada de hierro, sin su escudo. Todos se tapaban las narices con un pañuelo blanco. Los muertos les causaban náuseas, porque ya apestaban, ya oían feo. Todos vinieron a pie.

Cogieron de su manto al rey Quauhtemotzin, Coanacochtzin, Tetelepanquetzin. Todos los tres se tenían por las manos... Después se fueron directamente a Acactzinco, donde se encuentra la casa del caudillo, del Tlacochcalcatl Coyoueuetzin.

Los españoles venían en filas ininterrumpidas, amonotonándose entre los surcos de la milpa, y hasta a lo lejos se extendían sus filas.

Y después de haber llegado a la casa... subieron a la azotea, al tablado realzado. Después tomaron su asiento. Con un paño multicolor hicieron un techo de sombra para el capitán.

Después el marqués tomó su asiento allá, junto con él se sentó Malintzin; Quauhtemotzin se mantuvo en pie, cerca del capitán.

El tenía atado el traje brillante, de fibra de maguey, con distintos colores en ambas mitades, decorado de plumas de colibrí, con la muestra de Ocuilteca, lleno de lodo, vestido unicamente de él.

Después seguía Coanacochtzin, rey de Tezcoco, quien tenía atada solamente una manta de fibra de maguey, provista de un ribete de flores, con un decorado de flores extendidas, también lleno de lodo.

Después seguía Tetelepanquetzin, rey de Tlacopan. El también tenía atada la manta de fibra de maguey, que estaba también llena de lodo...²¹

²¹ Sahagún, *Historia*, lib. xii, caps. del xxxii al xl.

Un terrible silencio acompañó la caída del Águila; Tenochtitlan enmudeció al bajarse el escudo.

Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde hasta media noche mucho más agua que otras veces. Y desde se hobo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre llamando encima de un campanario y tañesen muchas campanas; y en aquel instante que las tañían cesasen de las tañer; y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces unos capitancs mexicanos aperci-biendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en las calzadas, y otros llamando a los de las canoas que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en las puentes y otros en hincar palizadas y abrir y ahondar las aberturas de agua y puentes y en hacer albarradas; y otros en aderezar vara y flecha y las mujeres en hacer piedras rollizas para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y torres de ídolos los malditos atambores y cornetas y atabales dolorosos nunca paraban de sonar...²²

La expresión melancólica del *Anónimo de Tlatelolco* habla también de la lluvia que los envolvió toda la noche:

Este fue el modo como feneció el mexicano, el tlatelol-ca. Dejó abandonada su ciudad. Allí en Amaxoc fue donde estuvimos todos. Y ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, y nada teníamos que comer... Y toda la noche llovió sobre nosotros.

La gente regresa a Tlatelolco, poco a poco, mientras los teules se retiran a vivir en Coyoacan. "Allá ahorcaron a Macuilxochitl, rey de Huitzilopochco. Y luego al rey de Culhuacan, Pitzotzin. A los dos allá los ahorcaron. Y al Tlacatécatl de Cuauhtitlan y al Mayordomo de la Casa Negra los hicieron comer por los perros.

²² Bernal Díaz, *Historia verdadera*, cap. clvi.

También a unos de Xochimilco los comieron los perros. Y a los tres sabios de Ehécatl, de origen tezcocano, los comieron los perros. No más ellos vinieron a entregarse. Nadie los trajo. No más venían trayendo sus papeles con pinturas...²³

Dominada la ciudad con la captura de su defensor, destruyen los edificios que quedan todavía en pie, se aplana todo el recinto para solucionar el problema que suscitaban los cadáveres esparcidos, y se procede a su reedificación. El conquistador y los suyos pasan a Coyoacan. Cuauhtemoc con sus dos adictos Coanacoch y Tetlepanquetzal siguen, prisioneros, al vencedor. Y empieza su martirio soportado con dignidad, en silencio. Su joven esposa Tecuichpo —copo de algodón—, hija de Moctezuma, sufre la suerte reservada a las prisioneras de guerra: Cortés la viola, la da a sus soldados, la vuelve a tomar, para embarazarla más tarde.²⁴ Ni esta última afrenta abate a Cuauhtemoc, el Imperturbable.

El tesoro perdido la noche de la huida de los españoles de Tenochtitlan, la noche conocida en las historias por "triste", es buscado con ansiedad y los caciques interrogados sobre su paradero. Ante las respuestas vagas se les tortura. Cuauhtemoc habrá de quedar inválido de los pies por las quemaduras. Sin embargo el tesoro no sale. Ni los caciques hablan. Soportan con hombría admirable el tormento, y callan.

Los soldados reclaman el oro. Corren rumores de que Cortés lo tiene y lo da a aquellos cuyo favor quiere ganar. Entonces decide mandar a algunos de sus hombres a conquistar el país. A Cristóbal de Olid lo envía a las Hibueras, donde espera hallar el paso, tan anhelado, al otro mar. Pasa Olid primero por Cuba, donde se alía con el resentido Diego Velázquez

²³ Anónimo de Tlatelolco.

²⁴ Héctor Pérez Martínez, *Cuauhtemoc. Vida y muerte de una cultura*.

contra Cortés. Al saberlo, decide éste inmediatamente ir a castigarlo. Lleva consigo gran cantidad de españoles armados y de esclavos con la carga de lo necesario para un largo camino. "Por más asegurarse" se lleva a los caciques sometidos: Cuauhtemoc, Coanacoch, Tettlepanquetzal, Zihuacohuatzin, a todos los jefes derrotados. "Los naturales... todos estaban muy tristes y quejosos al ver que sus reyes y señores los llevaba Cortés a tan lejas tierras... imaginando ellos que los llevaba para matarlos a traición, como les sucedió."²⁵

Acompañábales el rey de Texcoco, aliado de los españoles, bautizado con el nombre de Fernando Cortés Ixtlilxochitl, sin que su fidelidad al invasor, y villanía hacia su pueblo, ayudara lo más mínimo a quebrantar el ánimo terco de los victoriosos haciendo más llevadera la desgracia de los prisioneros, ni evitar la muerte afrentosa de todos ellos.

Se escoge la ruta del sureste, supuesta fácil, para alcanzar las Hibueras, atraviesan ríos: el Coatzacoalco, el Tonalá... y llegan a las zonas pantanosas, tropicales. Se pierden, rehacen caminos; la gente desaparece de los pueblos al aproximarse la tropa. Se acaban los víveres y empieza el hambre. La expedición deviene un martirio: hambre, sed, miedo, enfermedad, fatiga inaudita los acompañan. Siempre imperturbables siguen los caciques prisioneros en medio de su gente. Al llegar a la provincia de Acalan, a lo que hoy es el estado de Campeche, durante un descanso cantan los indígenas su historia, bailan su *areito*, recuerdan sus glorias pasadas. Se dice que ríen y alardean bromeando los caciques sobre el porvenir que les espera. Y el conquistador tiene miedo. Con la excusa de que están tramando una conspiración para matar a los españoles, resuelve deshacerse de una vez de todos ellos. Cuauhtemoc, el representante del heroísmo del pueblo, es colgado del árbol sagrado, la

²⁵ Ixtlilxóchitl.

ceiba, y con él Tetzlepanquetzal. Corría el año 1525.

Bernal Díaz, pese a que da por cierta la versión de Cortés, transcribe las últimas palabras de Cuauhtemoc: "¡Oh Malinche: días había que yo tenía entendido que esta muerte me habías de dar y había conocido tus falsas palabras, porque me matas sin justicia! ¡Dios te la demande, pues yo no me la di cuando te me entregaba en mi ciudad de México! El señor de Tacuba [Tetzlepanquetzal] dijo que daba por bien empleada su muerte por morir junto a su señor Guatemala." La Marina traducía.

Y añade el viejo historiador "... y verdaderamente yo tuve gran lástima de Guatemala y de su primo, por haberles conocido tan grandes señores... Y fue esta muerte que les dieron muy injustamente, y pareció mal a todos los que íbamos".²⁶ Pese a la parquedad de la oposición, resulta más explícito que el escueto "de esta manera fueron ahorcados estos dos" que escribe Cortés en su quinta carta al emperador, después de dar las alambicadas razones que lo movieron a ello. Queda registrado también en la *Historia verdadera* que —¡al fin!— este hecho hizo perder el sueño a Cortés.

Los demás señores que acompañaban al héroe epónimo fueron muertos poco a poco: "... porque no fuese solo al otro mundo, todos cuantos señores y principales sacó el Marqués de toda la provincia mexicana, en achaque de conquistadores, todos quedaron por allá muertos, unos de su muerte, otros contra su voluntad ahorcados o aperreados y de otras muertes semejantes..."²⁷

...que ocho, se dice, fueron sólo los ahorcados...²⁸

²⁶ Bernal Díaz, *op. cit.*, cap. CLXXVII.

²⁷ Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*.

²⁸ Villa-Gutierrez Soto-Mayor, *Historia de la conquista del Itzá*, Madrid, 1701.

LOS MAYAS

Para que su flor viviese dañaron y sorbieron la flor de nosotros.

Chilam-Balam

La conquista del resto del territorio que habría de llamarse la Nueva España halló tanta oposición por parte de sus legítimos habitantes como en la capital mexicana, sin el heroísmo épico con rasgos negros de tragedia que la caracteriza.

En Yucatán, en toda la zona mayance, nada tan revelador de la catástrofe que significó la llegada de los *dzules*, los extranjeros, como las expresiones diáfanas de algunos párrafos, mezclados con otros misteriosos, mágicos y altamente poéticos, de las crónicas y de los *Chilam Balam*:

11 Ahau se llama el Katun en que cesaron de llamarse mayas los hombres mayas.

Cristianos se llaman todos, súbditos de San Pedro de Roma y de su Majestad el Rey.

El 11 Ahau es el que comienza la cuenta porque es el que transcurría cuando llegaron los extranjeros que vinieron del oriente cuando llegaron los que trajeron el cristianismo que hizo terminar el poder en el oriente y llorar al cielo y llenar de pesadumbre el pan de maíz del Katun.

Así les fue dicho a los Grandes Itzaes, Brujos-del-Agua: "Iréis a alimentarlos [a los de color claro, a los hombres barbudos]; vestiréis sus ropas, usaréis sus sombreros; hablaréis su lenguaje. ¡Pero sus tratos serán de discordial!"

El 11 Ahau Katun... Faz-del-nacimiento-del-cielo, fue el asiento del katun en que llegaron los extranjeros de barbas rubicundas, los hijos del sol, los hombres de color claro.

¡Ayl! ¡Entristezcámonos porque llegaron!

Del oriente vinieron cuando llegaron a esta tierra...

El palo del blanco bajará, vendrá del cielo, por todas partes vendrá, al amanecer veréis la señal que le anuncia.

¡Ayl! ¡Entristezcámonos porque vinieron, porque llegaron los grandes amontonadores de piedras, los grandes

amontonadores de vigas para construir... [los que] estallan fuego al extremo de sus brazos, los embozados en sus sabanos, los de reatas para ahorcar a los Señores! Triste estará la palabra de Hunab Ku, Única-deidad, para nosotros, cuando se extienda por toda la tierra la palabra del Dios de los cielos.

¡Ay! ¡Entristezcámonos porque llegaron! ¡Ay del Itzá, Brujo-del-Agua, que vuestros dioses no valdrán ya más!

Este Dios Verdadero que viene del cielo sólo de pecado hablará, sólo de pecado será su enseñanza. Inhumanos serán sus soldados, crueles en sus mastines bravos... ¡Ay de vosotros mis Hermanos Menores que en el 7 Ahau Katun tendréis exceso de dolor y exceso de miseria por el tributo reunido con violencia y antes que nada entregado con rapidez! Diferente tributo mañana y pasado mañana daréis; eso es lo que viene hijos míos. Preparaos a soportar la carga de la miseria que viene a vuestros pueblos, porque este katun que se asienta es katun de miseria, katun de pleitos con el diablo...

¡Ay!, muy pesada es la carga del katun en que acontecerá el cristianismo. Esto es lo que vendrá: poder de esclavizar, hombres esclavos han de hacerse, esclavitud que llegará aun a los... Jefes de Trono... Será su final por obra de la palabra de Dios... Reunión de piedras será Su enseñanza, reunión de piedras será Su hablar.

Enorme trabajo será la carga del Katun porque será el comenzar de los ahorcamientos, el estallar del fuego en el extremo del brazo de los blancos... cuando caiga sobre la Generación de los Hermanos Menores el rigor de la pelea, el rigor del tributo, cuando les venga la gran entrada del tributo en la gran entrada del cristianismo, cuando se funde el principio de los Siete Sacramentos, cuando comience el mucho trabajar en los pueblos y la miseria se establezca en la tierra.

Perdida será la ciencia, perdida será la sabiduría verdadera.

Cambiarán los colores blanco de vuestras ropas los malitos extranjeros barbudos.

Gobernaban como dueños en la tierra los santos hombres cuando fuimos a hacer la guerra bebiendo todos hiel a causa de que nos odiaban los santos hombres.²⁹

²⁹ Crónica de Chac-Xubul-Chen.

Porque los muy cristianos llegaron aquí con el verdadero Dios; pero ése fue el principio de la miseria nuestra, el principio del tributo, el principio de la limosna, la causa de que saliera la discordia oculta, el principio de las peleas con armas de fuego, el principio de los atropellos, el principio de los despojos de todo, el principio de la esclavitud por las deudas, el principio de las deudas pegadas a las espaldas, el principio de la continua reyerta, el principio del padecimiento. Fue el principio de la obra de los españoles y de los padres, el principio de usarse los caciques, los maestros de escuela, los fiscales. ¡Que porque eran niños pequeños los muchachos de los pueblos, y mientras, se les martirizaba! ¡Infelices los pobrecitos! Los pobrecitos no protestaban contra el que a su sabor los martirizaba, el Anticristo sobre la tierra, tigre de los pueblos, chupador del pobre indio. Pero llegará el día en que lleguen hasta Dios las lágrimas de sus ojos y baje la justicia de Dios de un golpe sobre el mundo.³⁰

*Nos cristianizaron,
pero nos hacen pasar de unos a otros
como animales.*

La queja constante contra el tributo salta del papel de los libros mágicos a la realidad de la acción violenta: "Los indios de Valladolid se conjuraron para matar a los españoles cuando se dividían a cobrar sus tributos y en un día mataron diez y siete."³¹ Esto ocurría en 1546.

En 1527, los Montejo padre e hijo iniciaron la conquista y diez años más tarde se resistía todavía Champotón en contra de ella. En 1531, estuvieron los dos a punto de perder la vida en Campeche. En Chichén el cacique Naabon Cupul muere en un intento de liberarse de la sujeción que le imponía Montejo hijo, pero su muerte provoca un levantamiento general que obliga al jefe invasor a abandonar el campo. Para conseguirlo se vale de una estrategia. Atan

³⁰ *El libro de los libros de Chilam Balam.*

³¹ Landa, *Relación de las cosas de Yucatán.*

un perro al badajo de una campana y dejan a distancia suficiente, para que el animal no pueda alcanzarlo, un buen pedazo de pan. El repiqueteo constante de la campana impresiona a los indígenas que lo interpretan como preparativos de ataque por parte del campo español. Al darse cuenta del engaño salen en todas direcciones en busca de los fugitivos a los que da alcance un grupo que, esperado por los de a caballo, sufre en sus cuerpos la eficacia de las lanzas. Uno de los indígenas, cogiendo fuertemente a un caballo por una pata, "lo derribó como si fuese un carnero". Pese a semejante demostración de fuerza puede el enemigo llegar a Dzilan, cuyo cacique *pacificado* hace acompañar a los invasores por jóvenes señores de su familia hasta dejarlos en Campeche, donde pueden embarcar rumbo a Veracruz. Sorprende leer que los señores acompañantes van uno a caballo y dos "en collera" y que a su regreso, después de haber dejado sanos y salvos a los españoles, el de a caballo cayó muerto.

Ah Canul, provincia siempre hostil al invasor, no fue sometida hasta 1541. En 1546, todas las provincias orientales se levantaron en armas: los *copules*, los *tacees*, los *chiquincheles*, decididos a no "dexar a vida como fuese cosa que oliese a españoles",³² mataron a dieciocho conquistadores y a cuatrocientos *naborias* (criados indígenas al servicio del conquistador).

La oposición maya está salpicada de anécdotas sobre rasgos de valor de cuyos protagonistas se ignoran los nombres pues los cronistas antiguos tenían la costumbre de olvidar consignar los de los héroes autóctonos. Una de ellas cuenta la mortal enemistad entre dos hombres pertenecientes a los dos campos enemigos: balletero el español, flechero el indígena. En un momento determinado en que el español se finge distraído, le tira el maya una flecha en la mano

³² Landa, *op. cit.*

que le sube brazo arriba separándole “las canillas una de otra”, la respuesta del herido fue un disparo de ballesta en pleno pecho del indígena, el cual sintiéndose morir, “porque no dijese que un español le había muerto, cortó un bejuco, que es como mimbre aunque mucho más largo, y se ahorcó con él a la vista de todos. De estas valentías hay muchos ejemplos”, dice el obispo Landa.

Los motivos de tanta y tan feroz animadversión —si fuera necesario buscarlos en las víctimas del oprobio de una conquista— los da el propio Landa al explicar uno de tantos actos inútiles y gratuitos de sádica crueldad: en un pueblo llamado Varey “ahorcaron a dos indias, una doncella y la otra recién casada, no porque tuvieran culpa sino porque eran muy hermosas y temían que se revoliera el real de los españoles sobre ellas y para que mirasen los indios que a los españoles no les importaban las mujeres”. Incongruencia aparte, olvidábanse aparentemente de hasta qué punto les era caro “el buen servicio de mesa y hembras”.³³

No dispuestos a la sumisión, contrarios al cambio de religión y a los procedimientos usados por los que se sienten ya amos con sólo llegar, los pueblos mayas se oponen a la conquista logrando retrasarla durante años con violencia unos, pasivamente por un tiempo otros. Si se añade a eso el resultado magro desde un punto de vista económico de la sujeción de unos pueblos asentados sobre un territorio supuestamente rico en oro y piedras preciosas, la conquista de los Montejo se revela más bien como un fracaso. Incluso los que les recibían en son de paz manifestaban de repente su hostilidad. En Chikin-Chel, si bien los caciques salieron al encuentro de Montejo padre, como quien va a recibir a un huésped esperado, no obstante, “entre ellos había un hombre de grandes fuerzas quien quitó

³³ Juan de Ocampo, *Los caciques heroicos*.

un alfange a un negrilla que lo llevaba detrás de su amo y quiso matar con él al adelantado quien se defendió (hasta que) llegaron los españoles y comprendieron que era necesario andar sobre aviso" y puede que comprendieran también que tal vez a los naturales no les gustara "servir a extranjeros donde ellos eran señores".³⁴

JACINTO CANEK

La oposición latente año tras año, estalló a mediados del siglo XVIII, con la sublevación incitada por Jacinto Uc de los Santos Canek. Educado en un convento franciscano, adquirió conocimientos sobre la historia de su país muy superiores a los de la mayoría de sus contemporáneos. Poseedor de la cultura europea al mismo tiempo que del mágico mundo maya de sus antepasados en el que todavía vivían sus coterráneos, acude a él para convencerlos. Sugestionados, creyendo en los poderes omnímodos del iluminado defensor de los derechos de los suyos, lo coronan rey. Le ponen un manto azul de una virgen y su corona. Su nombre de ungido lleva los apellidos de Uc Canek, Chichán Moctezuma, y le rinden pleitesía representantes de muchos pueblos.

Eso fue la parte teatral. En el fondo una tenaz convicción, una profunda indignación ante la situación a que habían quedado reducidos sus hermanos de raza y religión, debió de angustiarle durante años e incitarle al afán de liberarlos. Reunidos en Cisteil, logró inflamarlos de su entusiasmo con una arenga contra la tiranía y el excesivo trabajo a que los tenían sometidos. Decididos a levantarse en armas, propalaron la noticia y la rebelión cundió. De lejanas tierras acudieron los herederos de antiguos cacicazgos,

³⁴ Landa, *op. cit.*

con su gente. Una batalla de tres horas con las tropas de la Corona dejó un saldo lamentable de seiscientos rebeldes muertos más ocho sacerdotes quemados en un incendio de las Casas Reales donde se habían refugiado, custodiando a sus dioses. Canek, con trescientos hombres, se parapetó en una hacienda que tuvo después que abandonar para seguir luchando en pleno campo, resistiendo durante varias horas antes de ser definitivamente vencidos. Apresados, la *justicia* no se hizo esperar. Se le dio tormento para que confesara y la sentencia fue que Canek sería "roto vivo, atenaceado, quemado su cuerpo y esparcidas sus cenizas por el aire".²⁵ Y el tormento se ejecutó en presencia de bellas damas y elegantes cristianos caballeros. Ocho de sus principales colaboradores fueron ahorcados dos días después, despedazados y "sus cuartos" enviados "como ejemplo" a sus pueblos de origen. Otros acabaron sus días en las mazmorras de San Juan de Ulúa. Hay que hacer constar que el bárbaro procedimiento fue duramente criticado a su autor por el virrey Marqués de Cruillas.

Aunque en todas partes la embestida colonizadora halló resistencia, la nación itzá del norte del Petén, hoy Guatemala, gobernada siempre por la familia de los Canek, resistió por más tiempo que ninguna otra. Fueron muchas las tentativas de sujeción: de tipo religioso unas, pacíficas aparentemente o francamente agresivas otras.

Dos religiosos, Fuensalida y Orbita, residieron en 1618 largo tiempo en paz en el territorio, hasta que, tal vez debido al excesivo celo catequizador de Orbita, el más agresivo, que se permitió derribar un ídolo, se cansaron los indígenas de la molesta presencia evangélica y los expulsaron con violencia.

En 1622 se presentó una expedición capitaneada por un capitán Morones, que fracasó también. Y al cabo

²⁵ Vicente Casarrubias, *Las rebeliones indígenas en la Nueva España*, México, SEP, 1945.

de un año, una matanza de religiosos con sus acompañantes indica que los indígenas no querían ni cambiar de costumbres, ni vivir sujetos a otra ley que la suya.

En 1624 se repite la matanza en una iglesia mientras se estaba oyendo misa, lo que retrasó otros doce años los intentos catequizadores.

Con técnicas curiosamente modernas, iguales a las que se usan actualmente, robaban los autóctonos las armas de sus enemigos para atacarlos con más eficacia.

Cualquier hazaña es reprimida ferozmente: Ahkimpol, cacique-sacerdote que ataca a los religiosos, es buscado por todas partes y ahorcado. El cacique Andrés Cocom, hallado recalcitrante en sus prácticas religiosas, fue condenado a cadena perpetua por el obispo Montalvo. La sentencia tenía que realizarse en San Juan de Ulúa o en La Habana. Llegado a Campeche desde donde debían seguir camino a la Vera Cruz, logró convencer al capitán del navío quien lo dejó desembarcar. Huyó el cacique a la montaña y durante mucho tiempo no se supo de él. Se dijo que preparaba una sublevación para declararse rey de Yucatán. Fueron en su busca, lo prendieron junto con sus seguidores, hallaron gran cantidad de armas en una cueva y por sospechas murieron todos en el patíbulo.

Las prácticas de la religión proscrita se seguían verificando y la fanática persecución acababa siempre en tragedia para el recalcitrante. Andrés Chi se creía Moisés —la nueva religión había dejado su huella—, reunía en su casa a sus adeptos que escuchaban la voz del Espíritu Santo encarnada en la persona de un muchachito que permanecía oculto. Parece que todo ello no tenía más finalidad que preparar una sublevación contra los españoles en Sotuta. El fin de tan fantásticas reuniones fue la ejecución de Andrés Chi.

La justificación de las represiones que provocaban "los pecados feos, horrorosos y detestables" de los que seguían practicando sus costumbres ancestrales, dan una clara idea de los resortes que movían a los cristianos: "No es dudable que fue fructífera esta guerra... y se puede presumir que Dios Nuestro Señor la debió de ordenar y disponer, o permitir, sólo para salvar a un Alma Predestinada, de un niño de solos quince días, que habiendo sido hallado por un español, después de acabada la refriega, atravesado con una saeta, agonizando, le bautizó un poco antes que espirase..."³⁶ La guerra a que hace mención el cronista ocasionó millares de muertos.

A veces, sin hechos de sangre, la represión fue tan violenta y de alcances tan lamentables como la que llevó a cabo el fanático obispo Landa. Dice él mismo: "Hallámosles grande número de libros destas sus letras, y porque no tenían cosa en que no uviese superstición y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual a maravilla sentían, y les dava pena..." Por siglos se tiene y se va a tener el mismo sentimiento.

El Petén siguió indómito durante siglo y medio. Entre dos regiones sometidas, Guatemala y Yucatán, se mantuvo independiente hasta que consideró inútil oponerse a su destino. El cacique Canek, sugestionado por las predicciones de sus libros sagrados, sabía que otras gentes, otros dioses habían de venir. Pero conocía también la fecha que el augurio fatal anunciaba y decidió esperarla. Al llegar el año 1695 mandó una embajada de paz a Mérida. Tal vez no todos sus súbditos estuvieran tan convencidos de lo inevitable de su sino, pues cuando un año más tarde, en respuesta a la embajada, apareció un capitán al frente del ejército español encontró gran resistencia en el lago del Petén.

Hubo que esperar todavía otro año para que un

³⁶ Villagutierre Soto-Mayor, *op. cit.*

ejército perfectamente equipado con pertrechos para construir una embarcación que habría de permitir el ataque por el interior del lago, lograra sus fines. Se levantó un fuerte en sus orillas, se hizo una galeota y el ataque se inició. El lago se llenó de gente del país en sus embarcaciones ligeras: no estaban todavía dispuestos a entregarse, pero no conocían todavía el estrépito y los efectos de las armas de fuego. Cuando ambas cosas se hicieron presentes provocaron la desbandada, y los conquistadores pudieron llegar a la otra orilla donde estaba asentada Tayasal, la capital, sin percance.

Entonces tuvo lugar una escena espantosa. Hombres, mujeres y niños; príncipes, sacerdotes y vasallos; todos los habitantes de la isla, en fin, corrieron desatentados a la playa y se arrojaron a la laguna, sin calcular si tendrían fuerzas suficientes para ganar la orilla opuesta.³⁷

Todo el día emplearon los victoriosos en la destrucción de los ídolos. Bautizaron la nueva capital con el nombre de "Nuestra Señora de los Remedios y San Pedro de los Itzaes". Era el trece de marzo de 1697. Hasta aquel momento no fueron dominados los itzaes.

TECUM UMÁN

Los más importantes centros de población de los mayas quiché se hallaban situados en las altas mesetas de la cordillera guatemalteca.

Cuando Pedro de Alvarado, en 1524, entró en aquellas regiones impulsado por su afán de oro y de poder, el primer aviso de que sus moradores no deseaban verlo pasar adelante fueron los caminos obstruidos por grandes árboles recién cortados. Después, anchas trincheras abiertas en el suelo, con puntia-

³⁷ Eligio Ancona, lib. iv, cap. x.

gudos palos clavados en el fondo en los que no pocos caballos con sus caballeros quedaron ensartados, les habían de seguir advirtiéndolo del anhelo de independencia del pueblo quiché. En todo momento, una tenaz oposición armada y, tras la sujeción, las rebeliones sostenidas con un valor suicida al que no arreaban los feroces castigos del conquistador.

Tecum Umán, jefe supremo del ejército quiché, secundado por Tepepul, salió al encuentro de los invasores en Quetzaltenango. Los hechos heroicos del cau-dillo los relata la leyenda:

El capitán Tecún-Tecum, nieto de Quicab, cacique... con diez mil indios, todos con sus arcos y flechas, hondas, lanzas y otras armas... Y el capitán Tecum, antes de salir de su pueblo y delante de los caciques, mostró su valor y su ánimo y luego se puso alas con que volaba y por los dos brazos y piernas venía lleno de plumería y traía puesta una corona, y en los pechos traía una esmeralda muy grande que parecía espejo, y otra caía en la frente y otra en la espalda. Venía muy galán. El cual capitán volaba como águila, era gran principal y gran nagual...

Y luego empezaron a pelear los españoles con los diez mil indios que traía este capitán Tecún consigo... Pelearon tres horas y mataron los españoles a muchos indios, y esto sucedió en Pachah.

Y luego el capitán Tecum alzó el vuelo, que venía hecho águila, lleno de plumas que nacían de sí mismo, no eran postizas. Traía alas que también nacían de su cuerpo y traía tres coronas puestas, una era de oro, otra de perlas y otra de diamantes y esmeraldas. El cual capitán Tecum venía de intento a matar al Tonadiú que venía a caballo y le dio al caballo por darle al Adelantado y le quitó la cabeza al caballo con una lanza. No era la lanza de hierro sino de espejuelos y por encanto hizo esto el capitán.

Y como no había muerto el Adelantado sino el caballo, tornó a alzar el vuelo para arriba, para desde allí venir a matar al Adelantado. Entonces el Adelantado lo aguardó con su lanza y lo atravesó por el medio a ese capitán Tecum.

Luego acudieron dos perros, no tenían pelo ninguno, cran pelones, cogieron estos perros a este dicho indio para hacerlo pedazos. Y como vido el Adelantado que era muy galán este indio y que traía estas tres coronas de oro, plata, diamantes y esmeraldas y de perlas, llegó a defenderlo de los perros, y lo estuvo mirando muy despacio. Venía lleno de quetzales y plumas muy lindas, que por esto le quedó el nombre de Quetzaltenango, porque aquí es donde sucedió la muerte de este capitán Tecum.³⁸

También las historias de los españoles se contagián del embrujo de la magia y parecen aceptar el *nahual*:

...un águila que se vestía de hermosas y dilatadas plumas verdes, volaba con estraño y singular estruendo sobre el ejército... la hirió [Alvarado] tan diestro que vino muerta a la campaña, donde la acometieron dos perros que eran del general Don Pedro de Alvarado...

Viendo tendido aquel extraño y maravilloso pájaro en el campo, se volvió Alvarado a los que le seguían más inmediatos, y les dijo: "no vi en lo de México más extraño quetzal" ...desde este suceso se llamó [el pueblo] Quetzaltenango, que quiere decir "cerro del quetzal".

Hallaron en esta ocasión muerto al rey Tecum, con el mismo golpe y herida de lanza que recibió el pájaro: este nombre Tecum era el propio de el Rey, que el apellido del linaje es Sequechul.³⁹

Al final de la batalla "la matanza de los quichés a manos de los españoles y mexicanos fue espantosa. Tantos fueron los muertos que, según la tradición, se tiñeron de sangre las aguas de un río hacia Olin-tepeque, al extremo del campo de batalla, y por eso le dieron desde entonces el nombre de *Quiquel* [sangre]".⁴⁰

³⁸ *Conquista de los Quichés*, en *El reverso de la Conquista*, pp. 99 ss.

³⁹ Fuentes y Guzmán, *Historia de Guatemala o Recordación Florida*, lib. II, cap. I.

⁴⁰ Adrián Recinos, *Pedro de Alvarado*, p. 71.

A los cuatro días de muerto Tecum, un nuevo ejército en el que figuraba la mayor parte de los caciques quichés apareció con ánimos de vengar la muerte del "águila". La caballería los pisoteó y los soldados los atravesaron a lanzazos. El propio Alvarado escribió: "Aqueste día se mató y prendió mucha gente, muchos de los cuales eran capitanes y señores y personas señaladas".

De allí avanza la conquista hacia Utatlán, capital quiché fortificada, rodeada de barrancas profundas. Receloso el conquistador prende sin ningún motivo aparente a los dos principales jefes del lugar, *Oxib Queh* y *Beleheb-Tzii* a los que: "para el bien y sosiego de esta tierra, yo los quemé y mandé quemar la ciudad y poner por los cimientos porque es tan peligrosa y fuerte. . ." explica el propio autor del crimen.

No tenía compasión por la gente el corazón de Tona-tiuh durante la guerra.⁴¹

Se dedicó a asolar la tierra de los quichés el conquistador; la pasó toda a sangre y fuego hasta obligar a los sobrevivientes a implorar paz y perdón. Todos los prisioneros fueron herrados y vendidos como esclavos. Con esto quedó el pueblo quiché sometido, y el quinto mandado al rey. Los hijos de los caciques Tecum y Tepepul que habían sido encarcelados, fueron liberados e irrisoriamente nombrados jefes de lo que quedaba de su pueblo, con los cargos nominales que habían ocupado sus padres.

El avance hacia Iximché, llamado Quauhtemallan (Guatemala) por los nahoas, va jalonado de luchas sangrientas también. En las orillas del lago Atitlán esperaban los zutujiles en son de guerra. Enterado Alvarado manda mensajeros de paz que reciben, como respuesta despectiva, la muerte. En el lago hay una fortaleza bien defendida que el español vence después

⁴¹ *Anales de los Cakchiqueles.*

de dos ataques con la ayuda de los jefes cakchiqueles sometidos. En Izcuintepeque ya no pierde el tiempo en avisos ni requerimientos: entra de repente, mata, quema, saquea y somete a los caciques. Esta acción le habrá de valer grandes acusaciones durante el proceso que se le formó en México en 1529.

Los caciques indígenas de las regiones vecinas iban presentando sumisión y reconociendo al nuevo amo, impulsados por el terror que hacían patente con la huida de sus pueblos, a las pocas horas de haber recibido en ellos con regalos a la tropa conquistadora y a su jefe, como ocurrió a lo largo de todo el camino hasta bien tierras adentro del actual El Salvador. A la salida de Taxisco la retaguardia del ejército fue atacada por los indígenas del lugar que se apoderaron de gran parte de la carga que llevaban los esclavos, lo que les ocasionó notable pérdida. Pese a que Alvarado en cuanto se enteró envió por dos veces consecutivas a sus capitanes al castigo, no pudieron recuperar nada de lo que les había sido sustraído, y cuando, en última instancia, mandó unos mensajeros escogidos entre los sometidos, éstos simplemente no regresaron. Con tan permanente oposición llegaron los conquistadores hasta la costa del Mar del Sur, donde en un llano cercano al actual puerto de Acajutla en la República de El Salvador, les estaba aguardando un ejército aguerrido. Al verlo, Alvarado, seguro del poder ignorado de los caballos, fingió volverse atrás para que lo siguieran, alejándolos así de un monte donde hubieran podido refugiarse y exponiéndolos en pleno llano a su acción inmisericorde. Dice él mismo: "...me vinieron siguiendo hasta llegar a las colas de los caballos... di vuelta sobre ellos y fue tan grande el destrozo que en ellos hicimos que en poco tiempo no había ninguno de todos los que salieron vivos porque venían tan armados que el que se caía en el suelo no se podía levantar y son sus armas unos cosetes de tres dedos

de algodón... a mi ... me dieron un flechazo que me pasaron la pierna... y me quedó más corta que la otra bien cuadro dedos".⁴² Heridos todos, apenas repuestos siguieron camino para encontrar un nuevo ejército, tan decidido que hace exclamar al propio Alvarado: "yo estuve espantado de los indios que así osaron esperar".

También allí "se hizo gran matanza y castigo", también allí corrieron los caballos contra los cuerpos desnudos cuando se vió que la tierra que de lejos parecía cenagosa era por lo contrario dura. Pero los autóctonos fueron aprendiendo a fuerza de quebrantos, y cambiaron de táctica. Dejaron de esperar al invasor formados en compacto y vulnerable ejército; en cuanto se acercaba huían ellos, abandonaban sus pueblos inseguros por refugios más confiables, por lo general lugares escarpados difícilmente asequibles a caballo.

En Cuzcatlán, abandonado, manda Alvarado llamar a los señores y la respuesta fue que si algo quería fuera él a buscarlos, que los hallaría dispuestos para la lucha. Entonces el conquistador de nuevo opta por la *legalidad*, que tiene más a mano: instruye proceso contra los señores en rebeldía y los condena a pena de muerte... por traidores. No se les encuentra por más que se les busca, y los conquistadores prefieren el regreso a Guatemala a la lucha contra unos seres inalcanzables. El resultado final del gran avance a regiones tan lejanas fue un gran número de muertos y heridos, muchas tierras asoladas, todo el país en pie de guerra y el odio vivo en los corazones.

LA REBELIÓN CAKCHIQUEL

A mediados del mismo año 1524 fundó el conquista-

⁴² Alvarado, *Relación*...

dor la ciudad de Santiago de Guatemala, desde donde regresaron a su país los mexicanos que lo habían acompañado. "Cuatro cientos hombres y cuatrocientas mujeres de los pueblos cakchiqueles fueron obligados a trabajar en las obras de la ciudad, y para costear los gastos de la construcción otros tantos hombres y mujeres debían recoger en los lavaderos de oro todas las cantidades de metal que su pobre esfuerzo consiguiera"⁴³

No contento con eso y dado el poco éxito económico de su campaña hacia el sur, exigió de los jefes cakchiqueles Cahí-Imox y Belehé-Qat, un fuerte tributo en oro, con sus joyas y objetos de valor. La exorbitante cantidad no pudo ser reunida y los caciques y el pueblo entero abandonaron la ciudad. La ira del conquistador dictó órdenes y preparó el ejército al que se le adelantó un ataque general de los cakchiqueles sorprendidos por la crueldad con que se respondía a su sumisión hasta aquel momento. Los propios soldados españoles encontraron injusto y desmedido el impuesto.

Los indígenas conocían todos los trucos usados por el invasor contra ellos; no en vano lo habían asistido en las batallas de Atitlán, Izcuintepeque y Cuzcatlán. Conocían el poder de cien caballos galopando sobre los seres desvalidos. Entonces usaron las trampas: hoyos profundos con varas puntiagudas clavadas al fondo disimulados con ramas, tierra y hierba. Ya no presentaron batalla de frente, y el conquistador se vió obligado a abandonar el campo y retirarse a Olin-tepeque, la tierra de Tecum. Los caciques Cahí-Imox y Belehé-Qat parece que no fueron alcanzados.

El regreso a las tierras doloridas del primer encuentro tampoco fue pacífico: varios pueblos se les opusieron. La región de los *mames* con su capital, Huehuetenango, y su jefe *Caibil Balam* ofreció resistencia en la fortaleza de Zaculeu durante varios me-

⁴³ Adrián Recinos, *Pedro de Alvarado*.

ses hasta que el hambre y la pérdida de mil ochocientos hombres obligó a la rendición a Caibil, quien "mostraba en su persona la nobleza de su sangre, y sería entonces de cuarenta años" según dejó consignado el hermano del jefe de los conquistadores.

Entre tanto los cakchiqueles seguían rebelados, haciendo prosélitos en el quiché, en Cuzcatlán, en todo el país. Durante cinco años resistieron "bajo los árboles, bajo los bejucos", hasta que se rindieron al invasor. Les esperaba todavía la construcción de los navíos con los que Alvarado pensaba conquistar vastas tierras ribereñas del mar del Sur: "Mató infinitas gentes con hacer navíos; llevaba de la mar del norte a la del sur, ciento y treinta leguas, los indios cargados con anclas de tres y cuatro quintales que se les metían las más dellas por las espaldas y lomos, y llevó de esta manera mucha artillería en los hombros de los tristes desnudos; yo vi muchos cargados de artillería por los caminos angustiados... dos armadas hizo de muchos navíos cada una, con las cuales abrasó como si fuera fuego del cielo todas aquellas tierras", dice el gran justiciero de los indios.⁴⁴

HONDURAS: LEMPIRA

La gobernación de Honduras estuvo indecisa entre dos conquistadores que se la disputaban: Montejo y Alvarado. Oviedo deja consignado que: "Tuvieron algunas diferencias los dos Adelantados, e dióse cierto asiento con que quedaron amigos, e fué de esta manera: que el Adelantado don Pedro de Alvarado dió al Adelantado don Francisco de Montejo un gran pueblo que tenía en Nueva España que se dice Suchimilco, muy buena pieza y rico poblado, e dióle más, dos mil pesos de oro de minas, e la villa de

⁴⁴ Las Casas, *Destrucción*, p. 57.

Chiapa, que es de la gobernación de Guatemala, para que se junte con la de Yucatán...e que le deje... el dicho Adelantado don Francisco de Montejo la gobernación del puerto de Honduras e cabo de Higüeras. E así se hizo".⁴⁵

De todos modos, aunque Alvarado incursionó por aquellas tierras no las gobernó nunca, como parece ser que tampoco pagó nunca los dos mil pesos de oro.

Los hechos de los conquistadores en Nicaragua provocaron la oposición de los naturales que culminó con la gesta del héroe Lempira, señor de la Sierra de las Neblinas (Piraera), quien nombrado capitán de dos mil caciques, convencidos de la necesidad de impedir el paso a los invasores, resistió durante seis meses con batallas de noche y de día al frente de un numeroso ejército en el que luchaba toda la provincia de Carquín. Lempira, fuerte en un peñol, dirigía los combates. A todos los requerimientos de paz contestó siempre "con palabras arrogantes, más que de indio". Viendo los invasores que en buena lid no habían de lograr vencerlo, Alonso de Cáceres que dirigía las tropas españolas ideó una acción vergonzosa que le había de valer que su nombre quedara tristemente consignado en la Historia: "...ordenó que un soldado se pusiese a caballo, tan cerca que un arcabuz le pudiese alcanzar de puntería, y que éste le hablase, amonestándole, que admitiese la amistad que se le ofrecía, y que otro soldado, estando en las ancas, con el arcabuz le tirase; y ordenado de esta manera, el soldado trabó su plática y se dixo sus consejos y persuasiones, y el cacique le respondía: Que la guerra no había de cansar a los soldados ni espantarlos, y que el que más pudiese, vencería". Entonces "...el soldado de las ancas le apuntó cuando vió la ocasión y le dió en la frente... cayó Lempira rodando por la sierra abaxo... Con esta muerte de Lempira, que el día antes anduvo muy triste, se le-

⁴⁵ Oviedo, *Historia*, lib. xli, cap. 1.

vantó gran alboroto y confusión entre los indios, aunque muchos huyendo, se despeñaron por aquellas sierras, y otros luego se rindieron”.⁴⁸

Con esta acción ominosa contra el patriota que “no quería conocer otro señor, ni saber otra ley, ni tener otras costumbres de las que tenía”, se *pacificó* el país.

En el resto de México la oposición sale al encuentro de la conquista en todas partes: en el Pánuco, donde adquiere tales proporciones que quedan explícitas en el monto del castigo infligido por Sandoval: cuatrocientos caciques muertos en la hoguera como escarmiento. El hecho mereció grandes elogios de Cortés.

En Tehuantepec, donde las exacciones de un alcalde provocaron, por agotamiento de la paciencia de sus moradores, un motín que adquirió enormes proporciones al unírseles los hombres y mujeres del mercado. Llegaron a dar muerte al alcalde voraz e incendiar su casa. La rebelión se extendió por gran parte del actual Estado de Oaxaca, lo que preocupó seriamente al gobierno de la Nueva España. Se preparaba un ejército para ir a sofocarla cuando se les adelantó el obispo de Oaxaca, quien por persuasión logró calmarlos y reducirlos, lo que probablemente no hubiesen conseguido las armas.

En la Nueva Galicia, donde Nuño de Guzmán sembró la desolación y la muerte y Alvarado halló la suya al ir a reprimir uno de los múltiples movimientos de rechazo de la población indígena.

En el norte del país, donde hasta mucho más tarde, siendo ya México independiente, se registran movimientos indígenas de oposición.

⁴⁸ Antonio de Herrera, *Década VI*, lib. III, cap. XIX.

LA BAJA CALIFORNIA

De las misiones, religiosas e inmorales, no quedan ya más que paredes descascaradas por donde asoma el buho el ojo y pasea melancólico el lagarto.

MARTÍ

En la Baja California aparecen los jesuitas el año de 1697, en el que fundan la misión de Loreto. En el 1768 hay dieciocho misiones establecidas, catorce de las cuales permanecen en activo cuando les llega los efectos de la ley de expulsión promulgada por Carlos III. Los jesuitas son suplantados en la zona, sobre todo en la California que hoy pertenece a los Estados Unidos, por los franciscanos mallorquines y catalanes, que seguían al gobernador Gaspar de Portolá.

La tierra de la Baja California era y es de una aridez extrema. Su población, nómada y escasa, con altísima mortalidad infantil, estaba formada por tres grupos principales: los *cochimies*, pertenecientes a la familia lingüística Yuma, que habitaban el norte de la Península, los *pericúes* establecidos en el extremo sur y los *guaycuras* en el centro. Grandes andariegos, buscando constantemente algo con qué nutrirse, desconocedores de la más elemental cultura, provocan en los misioneros los más duros y despectivos epítetos, cuando no insultos: "bárbaros y salvajes... granujas y presumidos... charlatanes y glotones... de torpeza y distracción innatas... viven sin honra ni vergüenza, sin ropa y sin habitaciones... (forman) una nación que no se ocupa en nada, que no habla, no piensa, no medita y no se ocupa más que de comer y de otras cosas características de las bestias... hotentotes californianos... En una palabra, ellos vivían, con la licencia de Uds., como si hubieran sido librepensadores o materialistas".

Ante esta actitud de los evangelizadores no resulta extraño que: "hasta el año de 1750, hubo muchos levantamientos esporádicos de los californianos en diferentes partes del país y varias veces los misioneros se vieron obligados a abandonar sus misiones para ponerse a salvo en otra parte".⁴⁷

El enfoque de la conquista de aquellos territorios es peculiar. El misionero iba siempre acompañado de algún soldado armado, cuya presencia retrasaba o impedía la pacificación como observan los propios jesuitas: "Los soldados con su mala conducta agravaban ordinariamente las penas de los misioneros; mas como por otra parte eran necesarios, se hacía preciso tolerarlos... en los primeros años fueron expensados por el padre Salvatierra los marineros que servían en los buques y el capitán y los soldados que se hallaban allí para la seguridad de aquel naciente cristianismo".⁴⁸

Fácil resulta imaginar la reacción de los indígenas a una religión de amor predicada con tales medios: "los soldados participaban de la jurisdicción del capitán hasta cierto punto. Podían castigar los delitos menos graves con tal que fuese con el consentimiento y dirección de los misioneros. Este castigo se reducía a seis u ocho azotes o a algunos días de prisión; pero cuando se trataba de un delito que mereciese la pena de destierro o la de muerte, aprehendían al reo y daban cuenta con él al capitán a quien tocaba juzgarle".⁴⁹ Comúnmente se ponían de acuerdo capitán y misionero: el primero empezaba a ejecutar el castigo y a poco aparecía el segundo, como por casualidad, e intervenía a favor del reo. El soldado accedía a sus súplicas y cesaban los azotes, con

⁴⁷ S. J. Baegert, *Noticia de la península americana de California*.

⁴⁸ Fco. Javier Clavijero *Historia de la Antigua o Baja California*, lib. 4. cap. xviii.

⁴⁹ *Ibid.*

lo que se ganaba generalmente la voluntad del indígena. Este ardid, según Clavijero repetido a menudo, no impedía los constantes asaltos de los indígenas a las misiones, "por haber sido penados con reprimendas por las transgresiones cometidas".⁵⁰

Los naturales que persistían en su "gentilidad ferroz... y no pudiendo sufrir aquella nueva religión que enfrenaba su perniciosa libertad y corregía sus antiguas costumbres", atacaban a los que estaban ya sometidos a la tutela de los religiosos, quienes los utilizaban como medio de evangelización cuando los enfrentaban armados, a sus hermanos de raza. Uno de estos sucesos es narrado con prolijidad por el jesuita Clavijero: en una ocasión en que en la misión de San Francisco de Borja, dos misioneros alemanes decidieron hacer frente a los *bárbaros* y atemorizarlos a fin de que no se atreviesen en lo sucesivo a repetir hostilidades mandaron "una tropa de neófitos bien armados" para que, en unión de los soldados, fueran en busca de sus enemigos. El jefe de la expedición punitiva recibió la orden expresa de no matar a nadie y de conducirlos a todos a Adac, el lugar más cercano a la misión.

Así lo ejecutaron puntualmente, porque habiéndose informado del lugar donde acampaban los enemigos, se acercaron con mucho silencio, y cayendo de repente sobre ellos, los cogieron y ataron, sin disparar un arcabuz ni tirar una flecha, les quemaron sus cabañas o enramadas y se apoderaron de sus armas y de sus miserables muebles. Conducidos en triunfo a Adac, fueron puestos en prisión en la casa de los soldados, cuyo cabo, que hacía de juez, hizo saber a los reos que aunque eran dignos del último suplicio, él, usando de la clemencia cristiana, los condenaba solamente a la pena de azotes. Este castigo se aplicó solamente a los doce más culpables, con el mismo aparato usado ya en un caso semejante en la misión de San Ignacio... Apenas se habían dado ocho o diez azotes a cada

⁵⁰ Baegert, *op. cit.*

uno de los reos, cuando salía el padre Link a suplicar al juez que mandase cesar el castigo, y éste le otorgaba, haciendo saber al reo que si no fuera por la mediación de aquel santo sacerdote, ministro del Altísimo, habría sido tratado con mayor rigor. Terminado aquel acto de justicia, volvían los reos a su prisión, adonde iba el misionero a darles de comer y hacerles algunas exhortaciones útiles. Los primeros días se manifestaron aquellos indios sobremanera indignados e impacientes, y uno de ellos lo estaba de tal suerte, que parecía frenético o rabioso; pero por una parte con la continuación del castigo por siete u ocho días, y por otra con las paternales exhortaciones y buenos oficios del padre Link, llegaron a estar muy mansos y humildes. Luego que sufrieron la pena de sus atentados, fueron puestos en libertad, y marcharon a su país con poca gana de repetir sus hostilidades.⁵¹

El rechazo de los californianos a los conversos, a los misioneros y a todo lo que estuviera en relación con las prácticas religiosas duró siglos. Los sacerdotes indígenas, a los que las historias de la época indiscriminadamente llaman *brujos*, encabezaban con frecuencia los movimientos de oposición lo mismo en Baja California que en el norte del país.

Los *seris*, los *guaycuras* y los *pericúes* son los grupos que más se resisten. Los primeros "gentiles guerreros y enemigos implacables de los españoles", los últimos por ser los que más sufrían de las vejaciones que les infligían los pescadores de perlas, buscadores de fortuna que acudían a las costas del golfo.

"La sublevación más peligrosa de los californios, aconteció y dio principio en el año de 1733, en la parte sur del país y entre las naciones Pericúes y Coras, las dos de un carácter sumamente altanero, inquieto e inaguantable"... Los principales cabecillas, Boton y Chicori, "alborotaban el pueblo secreto y sigilosamente. El plan consistía en matar a los tres misioneros, destruir todo rasgo o indicio de la

⁵¹ C'avijero, *op. cit.*, lib. 4, cap. VIII.

religión cristiana, que apenas hacía unos diez años que la habían abrazado, y volver a vivir como antes, sin temor ni oposición, en plena libertad o libertinaje".⁵² El complot fue descubierto y el gobernador de California intentó atraérselos de paz, mas los misioneros le aconsejaron lo contrario: "que tratase de empeñarlos en una batalla general y estrepitosa, porque así conseguiría humillarlos con menor pérdida".⁵³ La lucha fue violenta; por dos años se prolongó y el saldo fue además de las víctimas de esos dos años de guerra, la muerte de dos misioneros, el padre Carranco de la misión de Santiago y el padre Tamaral de la San José; "cuatro misiones destruidas y totalmente arrasadas que después costó mucho trabajo así como mucha sangre y hombres levantarlas y hacerlas florecer de nuevo".⁵⁴

Estimados los *pericúes* como los más indóciles, llegaron a atraer la atención del monarca Felipe V, quien no sólo mandó establecer en 1741 "un nuevo presidio para defender a las misiones meridionales de la península" y pagar del real erario todos los gastos de guerra ocasionados por los *rebeldes*, sino que también consultó al Consejo de Indias sobre cuáles podrían ser los mejores medios para pacificar la Baja California. La respuesta fue, entre otras cosas, que: "en los puertos capaces y seguros se fuesen fundando poblaciones de españoles con fortificaciones y presidios de soldados y en el centro de la península se fundase otra en que pudiesen refugiarse los misioneros en caso de rebelión de los indios". Y Clavijero añade: "Este proyecto habría sido muy útil si la esterilidad del país hubiera permitido ponerle en ejecución y si las colonias se hubieran de componer de familias morigeradas, y no como suele hacerse de

⁵² Baegert, *op. cit.*

⁵³ Clavijero, *loc. cit.*

⁵⁴ Baegert, *op. cit.*

malhechores, bandidos u holgazanes sacados de la hez del pueblo".⁵⁵

Guerras, represiones, nuevas enfermedades y las consecuencias de un radical cambio de vida tuvieron como resultado que de unos cuatro mil indígenas que habitaban el sur de la península cuando empezó la revuelta quedaran sólo unos cuatrocientos atacados todos por algún mal. "Dios y los hombres los hicieron pasar por inmensas tribulaciones".⁵⁶

Estimulados por el éxito de los pericúes, los *cochimiés* se sublevan contra "aquellos extrangeros que habían ido a abolir las costumbres antiguas de los californios". Lucen caballos y armas de fuego en la represión; pero el arma más poderosa de los conquistadores fue el enfrentamiento de las tribus enemigas, con la antigua hostilidad agravada por la oposición de los catecúmenos a los rebeldes al cambio.

Los guaycuras se vieron empujados a la cristianización por el padre Salvatierra que encabezaba un ejército de indígenas adictos, de la misión de Loreto: "Al llegar a La Paz hallaron algunos guaycuras con sus familias; pero éstos huyeron luego que vieron a los españoles. Los indios de Loreto los siguieron inconsideradamente... los guaycuras continuaron su fuga; pero sus mujeres como menos veloces en la carrera, viéndose alcanzadas, hicieron cara y comenzaron a defenderse a pedradas. Los cristianos añadiendo a la imprudencia la crueldad, las maltrataron, y acaso las habrían matado si no hubieran llegado a defenderlas el capitán y algunos soldados españoles. El capitán reprendió a aquellos neófitos... y procuró tranquilizar y acariciar a las guaycuras ofendidas; mas ellas les volvieron desdeñosamente las espaldas para irse con sus maridos".⁵⁷

En uno de tantos ataques, en aquella triste guerra

⁵⁵ Clavijero, *op. cit.*, lib. 3, cap. xxvi.

⁵⁶ Baegert, *op. cit.*,

⁵⁷ Clavijero, *op. cit.*, lib. 3, cap. II.

entre hermanos, todas las tribus cristianas de la misión de Kadakaaman prepararon la lucha "tanto para alentar a los neófitos acobardados como para amedrentar a los enemigos engreídos".

Habiendo la tropa recibido en la iglesia la bendición de los misioneros, marchó contra el enemigo llevando por estandarte la insignia de la Santa Cruz... Aquella victoria... abatió el orgullo de los gentiles, *les inspiró una alta idea de la religión que predicaban aquellos extranjeros* y activó en los años siguientes su conversión.⁵⁸

OESTE Y NORTE DE LA NUEVA ESPAÑA

En todo el norte de la Nueva España las rebeliones fueron tan repetidas a través de más de doscientos años, que sólo citaremos aquellas que, acaudilladas por caciques recordados, sembraron mayor terror, duraron más tiempo o su radio de acción fue mayor.

Pueblos rebeldes por naturaleza, insumisos a la nueva autoridad, lo mismo civil que eclesiástica, algunos como los *yaquis* víctimas de extorsiones hasta tiempos bien recientes, son ejemplo de valor indómito. Muchos de ellos, con su espíritu mágico sometido a los fenómenos de la naturaleza, atacaban periódicamente a los españoles aprovechando la repetición del creciente lunar. No por ello eran más afortunados ni les ayudaba la luz imprecisa a conseguir su anhelo de aniquilar, de expulsar por lo menos, a todos los invasores de las tierras de sus antepasados, hombres fuertes, libres y rebeldes a toda sujeción como ellos. Lo que sí lograron fue obstaculizar la conquista, retrasarla por muchos años. Su espíritu de insumisión se hace patente en nuestros días con las rebeliones de los *chicanos* y de los *sioux* en territorio estadounidense.

⁵⁸ Cavijero, *op. cit.*, lib. 3, cap. XVIII [cursivas nuestras].

El sistema de defensa en el norte fueron los *presidios*, fortificaciones guardadas por algunos soldados, que limitaban el área conquistada y la defendían de las incursiones nómadas a los poblados españoles que se iban estableciendo en aquellas regiones de escasos recursos visibles. Las misiones se instalaban también bajo su amparo.

Una variedad de la *encomienda*, llamada *congrega*, reunía a los naturales dispersos por las montañas y los obligaba a un trabajo temporal a favor de las familias españolas que figuraban como sus *protectoras*. Entre los indígenas domesticados había algunos que eran elegidos como *capitanes* con el encargo de realizar redadas entre los indígenas no sometidos y llevarlos al trabajo obligatorio de la *congrega*. Esto, provocaba la animadversión y el recelo entre los naturales; y era motivo de sus constantes huidas al monte en cuanto se les presentaba la ocasión propicia. A menudo iba la huida acompañada del robo de vacas y el subsiguiente banquete, con gran escándalo de los colonos.

Uno de los caciques indígenas utilizado para tales fines, conocido por su nombre de bautismo como Don Diego el Zacateco, y por el suyo propio como Tenamaxtle, fue el héroe de la más grande insurrección que tuvo lugar durante el período colonial de la Nueva España. La Nueva Galicia, que comprendía parte de los actuales estados de Jalisco, Colima y Zacatecas, fue el escenario de ella. Por aquella región, así como por Michoacán, el sanguinario Nuño de Guzmán había dejado una estela de odio cuyas consecuencias alcanzaron a todo lo que tuviera relación con los españoles. Movidos por ello, atizado el afán de liberarse de la opresión con el recuerdo de sus antiguas tradiciones atropelladas y de su religión perseguida, fraguaron los naturales un plan de ataque que cundió por todo el occidente del país. El movimiento se inició en el valle de Tlaltenango, en

la sierra de Nayarit y en las regiones de Juchipila, Nochistlán y Teocaltiche. Los principales caciques que se encargaron de organizarlo y de levantar los ánimos de los pueblos que antes dirigían, fueron: Xiutleque, jefe de gran prestigio; Petacal, señor de Jalpa; Tenquital, de Tlaltenango, y Tenamaxtle, hermano del señor de Nochistlán en cuyo peñón se hicieron fuertes en el año de 1541, con un gran contingente de antiguos súbditos.

El plan consistía en atraer con engaños a los españoles de la región, acabar con ellos y propagar la rebelión hacia Jalisco y Michoacán y extenderla hasta donde pudieran llegar; mientras los pueblos adictos a los caciques atacarían a su vez a los españoles que en ellos residían. En cuanto la noticia llegó a Guadalajara, su alcalde salió de inmediato al encuentro de los rebeldes y aprehendió en Tlaltenango a Tenquital quien a poco fue liberado de nuevo por un grupo de sus compañeros que, en represalia, saquearon algunas casas de españoles, algunas iglesias, y junto con los rebeldes de Jalpa se refugiaron en el peñol de Nochistlán. Alarmada la capital organizó una expedición formada por vecinos de la ciudad, algunos frailes franciscanos y muchos indígenas sometidos, entre los cuales figuraban varios caciques. Por el camino, el recelo habitual en el conquistador puso sospechas en la mente del capitán español que los dirigía y antes de llegar a vistas de los sublevados se desembarazó de ellos mandándolos matar. El primer combate trabado al pie del peñol mostró una tal decisión de resistir por parte de los indígenas que obligó al atacante a la retirada.

La rebelión cundió como pólvora por toda la región, inquietando seriamente a las autoridades. Cristóbal de Oñate, gobernador de la Nueva Galicia, dirigió a su vez una fuerza de ataque, cercó el peñón y tuvo también que retirarse. En aquellos momentos se hallaba Pedro de Alvarado con sus navíos anclados

en el puerto de Navidad, en un alto de su proyectado viaje de conquista de los mares del Sur. El virrey Mendoza le pide que dirija un asalto a Nochistlán. Deja Alvarado en el puerto aquellos navíos de trágica construcción y se dirige a Guadalajara para ponerse al frente de un numeroso ejército que, ataque tras ataque, llega a su desastre definitivo y es obligado a emprender la retirada. Huyendo por las fragosidades de aquella montaña cae un caballo que arrastra al Adelantado peñas abajo. Mal herido es conducido a Guadalajara donde muere a los pocos días. Se dice que al preguntarle qué le dolía contestó: "el alma". Si las víctimas de la matanza del Templo Mayor de Tenochtitlan hubiesen podido oírle se hubieran sorprendido, sin duda, de su seguridad de tenerla.

Con esta victoria adquirió la insurrección unas proporciones inmensas; los sublevados llegan a sitiar Guadalajara y durante tres horas oponen sus varas, flechas y piedras a la artillería comandada por Oñate. La victoria, inclinada esta vez hacia el campo español, dejó en saldo multitud de indígenas muertos en el combate, otros ahorcados, torturados o herrados como esclavos. Sin embargo, los naturales no ceden y se disponen a atacar de nuevo la ciudad. El propio virrey parte de México con un ejército de seiscientos españoles y multitud de indígenas como es costumbre. La primera resistencia le sale al encuentro en los confines de Michoacán; rechazándola va avanzando hasta que los naturales se fortifican todos en el cerro de Mixtón. Allí Tenamaxtle hace alarde de sus dotes de guerrero, de su heroísmo, junto con Tenquital y los otros caciques que dirigen al pueblo rebelado. En todas las montañas escarpadas se ofrece resistencia, cualquier peña abrupta sirve de castillo a un sublevado. No obstante, poco a poco van siendo dominados. Ya vencidos Nochistlán y Juchipila, no queda más que la fortaleza del Mixtón, considera-

do inexpugnable. El virrey decide el asalto precedido por la artillería; se cortan todas las retiradas, se ofrecen recompensas de esclavos a los soldados que primero logren pasar las albarradas, y se procede al asalto que es repelido con una valentía sorprendente. Una vez alcanzada la cima, templo e ídolos en él guardados son destruidos. Al verse vencidos muchos indígenas se arrojan al precipicio para no ser prendidos. Más de seis mil murieron en la lucha y unos dos mil fueron hechos prisioneros.

La represión fue brutal. El virrey dio permiso a los asaltantes para hacer *justicia*; el resultado fue la mutilación, el aperreamiento, el hierro de la esclavitud, la descuartización. "Los que quedaron se repartieron entre el general, capitanes y soldados, según la calidad de sus personas."⁵⁹

Con los dos mil prisioneros se fundó más tarde la villa de Juchipila. De los principales caciques nada se sabe: o murieron todos en el Mixtón o fueron acabados en la revancha. Parece que Tenamaxtle se refugió en la sierra de Nayarit en compañía de un grupo de rebeldes. Pese a tan salvaje castigo, o tal vez debido a él, no se pudo evitar la zozobra constante de los españoles de la zona; los asaltos a las haciendas, los incendios, siguieron esporádicos, durante mucho tiempo.

Toda la extensión de la Nueva Galicia fue teatro, en diversas épocas, de sonadas rebeliones. Fray Juan de Torquemada dejó la relación de una de ellas: "Estando pacificados los indios de la serranía de Topia, que en su nación se llaman *acaxeas*, se sublevaron en el año pasado de mil y seiscientos y uno e hicieron motín contra la Justicia y españoles, necesitados y compelidos por los malos tratamientos que se les hacen en aquellas Reales Minas Comarcanas, forzándolos a servir excesivamente en el beneficio de los metales, y plata, y como cosa que ellos

⁵⁹ Vicente Casarrubias, *Insurrección de Nueva Galicia*.

tanto rehusan; son malos de llevar a estos servicios; de donde nacía que los Ministros de Justicia que iban por ellos a sus casas, usaban con ellos muchos agravios y tantas vejaciones, quantas son necesarias para sacar de su casa, y quietud, a gente libre y christiana, y llevarla a ejercicios tan trabajosos como son los que en las Minas generalmente padecen."

Esto fue el más vivo motivo que para convocarse todos tuvieron, con fin de matar, y acabar totalmente a todos los Españoles de aquellas Minas Comarcanas, por evadirse de los trabajos y malas vecindades, que con ellos tenían.⁶⁰

Los indígenas ya cristianizados habían sido distribuidos en poblados al reparo de su iglesia. Otros, en "el uso de su gentilidad y modo de vivir agreste", vivían en rancherías a donde iban a buscarlos para obligarlos al trabajo de las minas. La serranía era áspera y rica en metales. Se confederaron, lo mismo cristianos que gentiles, y "vinieron a punto de guerra, de mano armada, a conseguir su fin... se dividieron por Esquadras, iendo a todos los Reales de Minas, que en su Tierra avía, y otras se situaron en los Caminos Reales donde mataban a todos los Españoles Caminantes, que por allí pasaban, y salteaban a todos los mercaderes que traginaban sus haciendas en las minas dichas".

Los que fueron a los Reales de Minas, los sitiaron y cercaron, y acometieron, y pelearon con grande furia los primeros días, donde mataron algunos españoles y quemaron algunas Haciendas, e Ingenios de Minas.⁶¹

Alertadas las autoridades españolas, intervinieron lo mismo las religiosas que las civiles: el obispo Mota y Escobar mandó una embajada de paz, avalada por su sortija y su mitra, a cuya vista se detuvo la agre-

⁶⁰ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*.

⁶¹ Torquemada, *op. cit.*

sión de la autoridad civil que había empezado a "hacerles guerra y talarles sus mieses para que constreñidos del miedo y necesidad, se baxasen y reduxesen a la Paz; los quales medios no aprovechaban en esta gente bárbara, mas antes los endurecían y obstinaban, en tanto grado, que elegían para más suave medio, el morir allí de hambre en su libertad que el tener vida, sustento y paz, en servicio de los españoles".⁶²

A la embajada del obispo habían contestado que "se verían y tratarían entre sí, este negocio, y responderían a otra luna; porque ellos tenían costumbre antigua de no executar lo que en tiempo de una luna trataban, hasta que entrase la otra siguiente".

Seguramente influyó en el ánimo de los sublevados la actitud reverente de los españoles ante la mitra obispal. Cinco de los principales caciques, no bautizados, de tanto prestigio que a su "reclamo se levantaban facilmente qualesquiera Poblaciones de Paz de esta Nación y era muy en su mano alterar toda esta Provincia", se entregaron, con lo que los otros fueron reducidos poco a poco. Para tenerlos más seguros se les distribuyó en un número mucho más reducido de pueblos.

En 1536 se había sublevado al noroeste de Guadalupe el cacique Guaxicar, más conocido por el nombre de el *Obispo* que se había dado a sí mismo, mostrando a las claras su aculturación, que luchó durante siete meses contra las tropas españolas.

Gogofito, que dirige "más que un motín una revolución"⁶³ de los *tepehuanes*, rebeldes entre los rebeldes, que año tras año, siglo tras siglo, tienen en jaque a la colonia sin que les arredre el dejar en el campo de batalla a quince mil muertos de una sola vez, entre los cuales se hallaba, asaeteado, el cacique.

⁶² *Ibid.*

⁶³ Ma. Elena Galaviz de C. *Rebeliones indígenas en el Norte de la Nueva España.*

Sitúan la iglesia de Santiago Papasquiaro; el terror que inspiran impulsa a los habitantes de Guadiana (Durango) a fortalecer la ciudad, a proteger con fosos y barricadas las entradas. E indirectamente provocan que el pánico de sus habitantes ante el rumor de que se aproximan, se ensañe en los indígenas residentes en la ciudad no amenazada sino aterrada, a los que dan muerte los españoles antes de averiguar si efectivamente se acerca el enemigo o si sólo se trata de un rumor propagado por el miedo. No sitúan Guadiana los rebelados, pero sí extienden la insurrección por una gran zona, incendian los conventos de Atotonilco y Acaponeta; deshacen completamente a trescientos soldados mandados por el gobernador a *contratar indios*, y sufren una guerra de exterminio por parte de las autoridades españolas. Se les unen más tarde dos nuevos caciques, con su gente por supuesto, Tucapel y Baucomani, quienes engrosan la rebelión con grandes visos de oposición religiosa, puesto que los caciques que la han provocado son antiguos sacerdotes. Tras años de lucha, el final se concreta a un aumento de presidios donde guardar sometidos a los que han logrado salvar la vida, lo cual no obsta para nuevos levantamientos. En 1621, siguen los tepehuanes, capitaneados esta vez por Juan Cocle, en armas contra los invasores.

Los caciques de los *tobosos*, Jerónimo Moranta, Nicolás Balupi y Hernante se levantan en Sonora a mediados del siglo xvii y arrastran consigo a los salineros del Tizonazo.

Supichiochi, Tepox, Ochavarri y otro cacique no conocido más que por Don Bartolomé, dirigen a los *tarahumaras* que inquietan la provincia de Sonora; impiden la comunicación de ésta con Sinaloa y constriñen al propio gobernador de Nueva Vizcaya a ir a combatirlos personalmente en una montaña donde se habían fortificado, cercana al río Tomochic, donde logra apresarlos al poner precio a las cabezas de los caciques.

En 1650 vuelven a levantarse los tarahumaras, unidos a *conchos* y tobosos. El virrey ordena al gobernador de Durango que haga construir un nuevo presidio en Papigochic, para detenerlos. A los dos años el presidio es destruido y un jesuita muerto.

Necareva y Lautario, caciques, logran reunir a ocho mil yaquis a finales del siglo xvii. En dos batallas son vencedores pero en una tercera, la sorpresa de la pólvora, por lo visto desconocida por ellos hasta aquel momento, logra dispersarlos.

También los *seris salineros* se levantan. La represión presenta allí una novedad: dos indígenas son "apeloteados" ⁶⁴ por un caritativo alférez.

En Nuevo León, un cacique llamado Cuajuco, cuyo dominio se extendía sobre varias naciones indígenas, recibió el cargo de *capitán de indios*. Inteligente y conocedor de varios idiomas, cumplió durante años con docilidad aparente la condición impuesta, mientras iba tramando una rebelión que se manifestó en el año de 1624. Llegó con su gente hasta las puertas de Monterrey que, mal guarnecida, hubiese podido ser tomada con facilidad; no la atacó, sin embargo, sino que se limitó a llevarse todo el ganado que encontraba. Así siguió largo tiempo hasta que le dio muerte un grupo de indígenas sujetos al conquistador de los que éste utilizaba en sus campañas contra los no sometidos.

NUEVO MÉXICO

En Nuevo México, extremo norte de la Nueva España, conquistado por Oñate, quien tantas veces interviniera en represiones a los indígenas sublevados por todo el norte del país, la evangelización lle-

⁶⁴ *Pelotear* (3ª acepción): Arrojar una cosa de una parte a otra. (*Diccionario de la Real Academia Española*.)

vada a cabo por los franciscanos no fue efectiva debido a la patente enemistad entre éstos y las autoridades civiles, lo cual unido a la oposición entre lo que los misioneros predicaban y el comportamiento de los cristianos que parecían tener por norma vejar a los naturales, determinó en éstos la paciente y larga preparación de un levantamiento llevado a cabo por veinticinco mil habitantes de aquellas tierras. Su primera manifestación fue el ataque a templos y monasterios, seguido por el asalto a la capital, Santa Fe. Este sorprendente hecho atemorizó a los residentes españoles que evacuaron la ciudad en la que se instalaron los vencedores. Desde 1680 quedó prácticamente en sus manos todo el reino y fueron vanas las frecuentes tentativas de recuperarlo, hasta que en 1692 el gobernador los instó a la convivencia pacífica, a la que accedieron, sobre todo en vista del numeroso ejército que estaba a las puertas de la ciudad. La convivencia se tornó de inmediato en agresión en cuanto aparecieron de nuevo los colonos, que empezaron a echar de sus casas a los indígenas para instalarse en ellas. Defendieron éstos sus hogares con valentía; un numeroso ejército español sitió la ciudad, prendiendo fuego a sus puertas para obligarlos a abandonarla. La decisión aprobada fue la de expulsar a los indígenas "a sangre y fuego" si fuera necesario. Y lo fue. Los defensores más rebeldes fueron ejecutados; los que se entregaron, distribuidos entre los colonos y los soldados. El gobernador pudo colocar el estandarte real en las murallas. Veintitrés pueblos fueron sometidos, pero sólo cuatro se mantuvieron aliados a los españoles algún tiempo, pues en 1696 una nueva rebelión dio como resultado varios misioneros y colonizadores muertos y las iglesias incendiadas. Cuando fue dominada, los dirigentes condenados a muerte confesaron, antes de ser ejecutados, que el móvil de la rebelión había sido el hambre que padecían los pueblos sometidos.

FLORIDA, LA INCONQUISTABLE

...que aquello no era poblar ni conquistar,
sino alterar e asolar la tierra.

OVIEDO

La Florida dijo *no* a los españoles. Sólo los franceses pudieron sojuzgarla, ya a finales del siglo xvii.

Ni el nombre, tan sugestivo, que le puso Juan Ponce de León cuando, en 1512, buscando la fuente "que hacía rejuvenecer e tornar mancebos los hombres viejos" anduvo seis meses perdido entre islas y "vídola e puso nombre a una parte della que entra en la mar, como una manga... y llamóla la Florida";¹ ni su fe en la leyenda del posible rescate de su juventud irremisiblemente perdida y buscada con anhelo, fueron suficientes para desviar la flecha fatal que le había de quitar, definitivamente, toda esperanza.

El segundo en tentar el destino fue Vázquez de Ayllón en 1523. Remontándose hacia el norte pasó los 33° de latitud y tuvo que reconocer que no era lo mismo asaltar tierras tropicales que enfrentarse, sin alimentos, a un duro invierno. Murió de enfermedad o de frío. Su cuerpo colocado en una gabarra para ser enterrado en Santo Domingo, halló por fin "la grand sepultura desta mar oceana" después de un verdadero motín que estalló entre los quinientos hombres que salieron con él a la conquista, de los cuales apenas ciento cincuenta pudieron escapar con

¹ Oviedo, *Historia*, lib. xvii, cap. xi.

vida de la intentona. "Era tanto el frío —dice Oviedo— que uno de aquellos pecadores, queriéndose descalzar las calzas, se le despegó toda la carne de las piernas ambas, dende las rodillas abajo, e le quedaron los huesos limpios, y esa noche se murió".²

No fue en vano, sin embargo, la ida. Su principal móvil había sido el rescate de indios, y lo hubo. Maravillados los indígenas ante el barco que acababan de descubrir, accedieron a la invitación de subir a visitarlo. Unos ciento treinta incautos se vieron enseguida camino a Santo Domingo, en dos barcos que levaron anclas en cuanto los tuvieron a bordo. Sólo a un navío permitió una tempestad llegar a su destino. Los indígenas que en él iban "se dejaron morir todos de tristeza y hambre, que no quisieron comer de coraje del engaño que debajo de amistad se les había hecho".³

Los fracasos pueden ser acicate a la aventura. Pánfilo de Narváez, al que Cortés dejó tuerto en Cempoala, consiguió del monarca español cinco navíos, seiscientos hombres y el título de gobernador de los terrenos que conquistare en la Florida. La expedición salió de España pero los indispensables caballos se consiguieron en Cuba, lo mismo que otro grupo de hombres que ni siquiera llegaron a ver las costas del territorio anhelado porque una tormenta los deshecho en el mar. La expedición comenzó con el signo del mal hado, que los persiguió hasta el punto de sugerirles este nombre para bautizar una de las islas en la que más morían que vivían.

El flamante gobernador toma posesión en nombre del rey de España, de la primera tierra que holla. Llegan cansados, hambrientos, deshechos por la travesía. Es el augurio de lo que les habrá de acompañar mientras les quede vida. El primer síntoma de oposición son los bohíos abandonados. La primera de-

² Oviedo, *op. cit.*, lib. xxxvii, cap. iii.

³ Garcilaso de la Vega, *La Florida del Inca*, lib. i, cap. ii.

manda a los pocos indígenas que logran apresar es comida, el oro luego. Las dos cosas, les indican, se hallan en tierra Apalache, sólo allí en abundancia. Lo que callan los informantes es lo más importante: la valentía indomable de sus habitantes; pero el espezismo del oro ciega y no permite a aquellos ávidos hambrientos razonar sobre la veracidad de la noticia que se les da.

Guardan a los indígenas como guías; mandan los barcos que no han de volver a ver, en busca de un hipotético puerto, conducidos por un piloto inepto, y se adentran en la tierra. Ríos infinitos, ciénagas en las que se les hunden los pocos caballos que les quedan, constantes tempestades y hambre. Como remate, las flechas tiradas con singular maestría, dirigidas principalmente a los caballos, máximos enemigos de los indígenas. También alcanzan a los hombres las flechas: "mataron a un Señor de Tezcuco que se llamaba don Pedro, que el comisario llevaba consigo".⁴ Pobre víctima de un reparto, primero, y de un capricho de conquistador, después.

La estancia de Pánfilo de Narváez duró poco en aquella tierra; no obstante, le dio tiempo de cortar la nariz del cacique oponente Hirrihigua y mandar *aperrear* a su madre.⁵ El odio sembrado por esta acción en el corazón del cacique lo habrían de recoger, años más tarde, Hernando de Soto y sus acompañantes. Le dio también tiempo de hallar y robar a un cacique una capa de martas cibelinas, "que huelen como almizcle" y de regresar a la costa donde con un mínimo de tiempo y de materiales, con un esfuerzo increíble, logran sus hombres construir tres barcas que, si bien insuficientes para embarcar en ellas a los hombres que quedan todavía —los caballos han muerto o han sido sacrificados para acallar el hambre— les permiten llegar al mar impulsados por el Misisipi

⁴ Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, cap. vii.

⁵ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. I, cap. iii.

que con su ímpetu enorme los empuja mar adentro y les impide abordar en la costa. Sobrecargadas las barcas, maltratados por violentas tempestades, el naufragio les amenaza desde que llegan al mar. Viéndose perdidos, los de la barca de Cabeza de Vaca piden al gobernador que su barca, que lleva menos peso, los arrastre con una soga. Y ahí don Pánfilo se luce. Contesta "que no era tiempo de aguardar a nadie, sino que cada uno procurase de escapar la vida". A lo que no logra escapar él mismo fue a la muerte. Después de luchar contra los vientos desatados, bordeando la costa, salta su gente a tierra, más él "se quedó en la barca, que no quiso saltar... e quedaron solamente con él un piloto... e un paje... e que así como anochesció, vino un norte muy recio que los llevó a la mar, que nunca más se supo de ellos..."*

Sólo cuatro hombres de los ochocientos que llegaron, lograron salvarse. Uno de ellos, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, habría de escribir en un hermoso aunque cauto libro, *Los naufragios*, la narración de todos sus suplicios. Durante siete años anduvo solo por aquellas tierras sin lograr reunirse con sus compañeros de infortunio. Sometidos —¡oh paradojal!— a los indígenas, convertidos en criados de ellos, acarreamos agua o leña, traficaban entre las tribus pasando de unos a otros con distinta suerte y sufriendo siempre las inclemencias del tiempo y del hambre. Desnudos "como vinieron al mundo", iban en busca de las tunas o las nueces, según la época; se alimentaban de raíces cuando las encontraban, de hojas de tuna, o de la grasa pegada a las pieles de bisonte que rasaban para ablandarlas por encargo de sus amos, lo que mueve a Alvar Núñez a comentar que fue para él una suerte "porque de ello comía... y me bastaba para dos o tres días". En el ir y venir de los grupos nómadas a los que servían, establecían

* Oviedo, *op. cit.*, lib. xxxv, cap. iiii.

fugaz contacto entre sí los castellanos. En uno de ellos se enteró el historiador de que: "cinco cristianos que estaban en rancho en la costa llegaron a tal extremo, que se comieron los unos a los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese. Los nombres de ellos son éstos: Sierra, Diego López, Corral, Palacios, Gonzalo Ruiz. De este caso se alteraron tanto los indios, y hobo entre ellos tan gran escándalo, que sin duda si al principio ellos lo vieran, los mataran, y todos nos viéramos en gran trabajo".⁷ Notable testimonio en contra de aquellos que achacan a los indígenas del llamado Nuevo Mundo el vicio de la antropofagia. Esto ocurría en la isla del Mal Hado y los indígenas escandalizados por el proceder de los cristianos pertenecían al grupo *sioux*, cuyos descendientes actuales conservan aún, después de transcurridos más de cuatrocientos años, la dignidad suficiente para enfrentarse con valentía a las injusticias del gobierno de los Estados Unidos, país que siendo suyo los discrimina.

De repente cambió la suerte de los cristianos cautivos. Con imposición de manos, soplos y oraciones curaban a los enfermos; hasta a los muertos levantaban. Adorados como seres sobrenaturales, los cuatro que habían logrado sobrevivir, entre los cuales estaba un negro, Estebanico —al que habrán de utilizar durante su viaje de regreso como portavoz, pues aunque llegaron a conocer seis idiomas indígenas preferían hablar lo menos posible para no perder prestigio— pudieron avanzar por todo el territorio que constituye hoy el sur de los EE.UU., siguiendo contra corriente el río Grande y marchando siempre hacia donde se ponía el sol, lograron llegar a Culhuacan y de allí pasar a la ciudad de México.

Una segunda vez se toma posesión de la Florida "por

⁷ Alvar Núñez, *op. cit.*, cap. xiv.

el emperador Carlos V, rey de España". Ahora es Hernando de Soto, "dado a esta montería de matar indios",⁸ enriquecido en sus correrías por el Perú gracias al tesoro de Atahualpa, quien siente también el llamado de la tierra indomable. El emperador no le otorga más que títulos: gobernador y capitán general de la Florida y, para facilitarle la empresa, también gobernador de Cuba. Los diez barcos con que sale de Barrameda y todo lo necesario para los novecientos cincuenta hombres de guerra que lleva consigo —sin contar "toda su casa, mujer y familia"— gente de iglesia, marineros y servidumbre, lo pone de su bolsillo. En 1539 se lanza en pos de la aventura iniciada por Ponce de León, quien "parece que dejó su desdicha como herencia a los que después acá le han sucedido en la misma demanda".⁹

Desembarcan en la bahía del Espíritu Santo, y al llegar la noche son atacados por los indígenas que han permanecido ocultos todo el día, viéndolos hacer ceremonias de toma de posesión, reconociendo la tierra y recogiendo uvas en agraz. Los atacantes eran súbditos de *Irrihigua*, el señor que llevaba para siempre marcado en su cara el impulso evangélico de Pánfilo de Narváez. Jamás lograron los españoles verlo "ni quiso aceptar su amistad, ni aun responder palabra alguna a ningún recaudo de los que le enviaron".¹⁰ Ese fue el comienzo. Los caciques de las nuevas tierras en las que iban adentrándose abandonaban los pueblos y huían a los montes cercanos. Así hizo *Urribarracuxi*, cuyos hombres "saliendo del monte... sobresaltaban a los españoles tirándoles flechas y se acogían al monte. Mas algunos quedaban burlados, muertos y presos. Los presos por librarse de la importunidad y pesadumbre que les daban los españoles... se ofrecían a guiarlos, y como eran ene-

⁸ Oviedo, *op. cit.*, lib. xvii, cap. xxiii.

⁹ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. i, cap. ii.

¹⁰ *Ibid.*, cap. ix.

migos, los guiaban y metían en pasos dificultosos y en partes donde había indios emboscados que salían a flechar a los cristianos".¹¹ El castigo era el apremiamento.

El cacique Acuera responde a los heraldos de la paz que "ya por otros castellanos, que años antes habían ido a aquella tierra, tenía larga noticia de quién ellos eran y sabía muy bien su vida y costumbres, que era tener por oficio andar vagabundos de tierra en tierra viviendo de robar y saquear y matar a los que no les habían hecho ofensa alguna; que con gente tal, en ninguna manera quería amistad ni paz, sino guerra mortal y perpétua... Y a lo que decían de dar obediencia al rey de España, respondía que él era rey en su tierra y que no tenía necesidad de hacerse vasallo de otro quien tantos tenía como él; que por muy viles y apocados tenía a los que se metían debajo de yugo ajeno pudiendo vivir libres; que él y todos los suyos protestaban morir cien muertes por sustentar su libertad y la de su tierra; que aquella respuesta daban entonces y para siempre... El gobernador, oída la respuesta del indio, se admiró de ver con tanta soberbia y altivez de ánimo acertase un bárbaro a decir cosas semejantes".¹²

Siguieron adelante los conquistadores, "por ciénagas y malos pasos de atolladeros... que algunas hallaban tan malas que poniendo el pie en ellas, temblaba la tierra veinte y treinta pasos a la rendonda, y por cima parecía que podían correr caballos, según tenía la haz enjuta, sin sospechar que hubiese agua o cieno debajo, y, rompida aquella tez, se hundían y ahogaban los caballos sin remedio y también los hombres".¹³

Llegan, venciendo los obstáculos, a tierras del cacique Vitachuco. Trata éste de detenerlos, se niega a

¹¹ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. I, cap. XIII.

¹² *Ibid.*, cap. XVI.

¹³ *Ibid.*, cap. XVII.

darles paso por sus dominios y sólo accede, después de muchas embajadas, cuando de Soto le contesta a sus preguntas: "cuántos días pensaban estar en su tierra; qué cantidad de bastimentos les había de dar y qué otras cosas habían menester para su camino". La respuesta es afable y falsa: "no estarían más días de los que Vitachuco quisiera tenerlos en su tierra, ni querían más bastimentos de los que por bien tuviese de darles, ni habían menester otra cosa más de su amistad, que con ella tendrían todo lo necesario".¹⁴ Ante eso cede Vitachuco y los recibe con señorío. El pueblo es grande, veinte hermosas casas, más otras muchas pequeñas los albergan. A los pocos días se decide hacer un alarde de los combatientes de ambas partes. En un gran llano cercano a un monte y al lado de una laguna se forman los dos ejércitos uno frente al otro, y lo que aparentemente iba a ser una parada se convierte en batalla sangrienta. El disparo de un arcabuz fue la señal de la matanza y del ataque de trescientos caballos. Sorprendidos los indígenas, diezmados por los de a caballo, alanceados por el llano, fueron muertos más de trescientos. Los que no tuvieron tiempo de refugiarse en el monte se echaron a la laguna, desesperados. Novecientos hombres permanecieron en ella durante veinticuatro horas, hostigados por los españoles desde las orillas. Cuando el cansancio agotaba a algunos, sus compañeros los sostenían a flote, mientras "los castellanos tirábanles con las ballestas y arcabuces... Venida la noche, los españoles cercaron la laguna, poniéndose a trechos de dos en dos los de a caballo y de seis en seis los infantes los unos cerca de los otros, porque con la oscuridad de la noche no se les fuesen los indios. Así los estuvieron molestando sin dejarles poner los pies en la tierra, y cuando los sentían cerca de ella, les tiraban para que se aleja-

¹⁴ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. I, cap. XXI.

sen y, cansados del nadar se rindiesen más aína".¹⁵

A lo largo de la noche iban saliendo cuando no podían resistir más. Algunos llegaban a la orilla y arrepentidos se volvían "a lo fondo de la laguna, mas el amor de la vida volvía a sacarlos de ella". Llegado el día, al ver que los que salían no eran maltratados, otros remisos se entregaron. "Era gran lástima verlos salir medio ahogados, hinchados de la mucha agua que había bebido, traspasados del trabajo, hambre y cansancio y falta de sueño que habían padecido".¹⁶

No obstante, siete indígenas permanecieron en la laguna sin querer salir, "que no temían la muerte". Al caer la tarde "pareciéndole al gobernador inhumanidad dejar perecer hombres de tanta magnanimidad y virtud, que aun en los enemigos nos enamora", mandó sacarlos del agua a la fuerza y asiéndolos por los cabellos, por una pierna, como podían, los arrastraron hasta la orilla medio ahogados. "Hazaña por cierto increíble e que yo no osara escribirla si la autoridad de tantos caballeros y hombres grandes que, en Indias y en España hablando de ella y de otras que en este descubrimiento vieron, no me las certificaran..." dice el Inca Garcilaso. Todos ellos, los novecientos "quedaron presos y repartidos entre los castellanos para que de ellos se sirviesen como de siervos".¹⁷

El cacique Vitachuco que fue apresado antes que nadie, montó en cólera y, cegado por la ira que le provocó el engaño, concibió un plan de exterminio de los españoles. Pasó la orden de que, a los tres días de recibido el aviso, en punto del mediodía, cada prisionero diera muerte como pudiera al señor que le había tocado en suerte, y que él a su vez, mataría a Hernando de Soto. La señal del ataque de-

¹⁵ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. I, cap. xxiv.

¹⁶ *Ibid.*, cap. xxv.

¹⁷ *Ibid.*, cap. xxviii.

bía de ser una gran voz que él daría al matar al gobernador. En efecto, al llegar el día señalado, mientras Vitachuco estaba comiendo con Hernando de Soto quien trataba de apaciguarlo tratándolo bien, se puso de repente en pie el jefe indígena y "a puño cerrado le dio un tan gran golpe sobre los ojos, narices y boca que sin sentido alguno, como si fuera un niño, lo tendió de espaldas a él y a la silla en que estaba sentado, y para acabarlo de matar se dejó caer sobre él dando un bramido tan recio que un cuarto de legua a la redonda se pudiera oír... Los caballeros y soldados... echando mano a sus espadas arremetieron a Vitachuco y a un tiempo le atravesaron diez o doce de ellas por el cuerpo, con que el indio cayó muerto".¹⁸

Del puñetazo, de Soto perdió dos dientes, echó mucha sangre por la boca y durante una veintena de días mostró una plasta en vez de cara.

El resto de los prisioneros al oír la tremenda voz arremetieron contra sus amos con lo que primero hallaron a mano: tizones del hogar, sillas, ollas con la comida. Uno de los sublevados, dejando molido a puñetazos a su amo, cogió una lanza que estaba arriada a la pared y trepando por una escalera de mano subió a un aposento alto donde trató de defenderse. A los gritos acudió un castellano con una ballesta armada, de la que nada hizo el indígena por defenderse sino que le tiró sin acertarlo, un lanzazo, mientras el otro le disparaba una flecha que lo atravesó.

La reacción de los españoles a la sorpresa fue inmediata. El total de los indígenas salvados de la laguna pereció en manos de los que se consideraban sus amos. Algunos "que no se daban por ofendidos, pareciéndoles cosa indigna de sus personas y calidad matar hombres rendidos, puestos en figura y nombre de esclavos, los sacaban a la plaza y los entregaban a los alabarderos de la guarda del gobernador, que

¹⁸ Inca Garcilaso, *op. cit.* lib. I, cap. xxviii.

en ella estaban para los ajusticiar, los cuales los mataban con sus alabardas y partesanas". Al final de tan brava revuelta, hubo sólo cuatro españoles muertos, contra novecientos prisioneros. "Y fue buena dicha que los más indios estaban en cadenas y otras prisiones, que, a hallarse sueltos, según eran valientes y animosos, hicieran más daño. . ." ¹⁹

El pequeño grupo de la laguna, el que prefería morir en ella antes que entregarse, fue también pasado por las armas.

Después de cinco días de este triste suceso dejan los conquistadores el pueblo de Vitachuco. Si al solo recuerdo de los hechos que Pánfilo de Narváez realizó diez años antes, abandonaban los naturales sus pueblos al aproximarse los nuevos invasores, después de lo ocurrido con Vitachuco la oposición se presentó decidida. Los indígenas que lograban apresar y que utilizaban como guías, los encaminaban por los peores lugares, fingían que se habían equivocado, los hacían caer en ciénagas, enfrentarse a ríos, rehacer caminos, conscientes siempre de que con ello les iba la vida.

Los indígenas tenían su código de honor: el número de contendientes en cada bando, debía ser el mismo y como los españoles a caballo les llevaban ventaja, mataban a éstos siempre que podían, convencidos de que, en igualdad de condiciones habrían de ganar. Muchas veces se narra, en esa conquista de la Florida, el hecho de hacer frente un solo indígena con su arco largo y duro, a dos o tres hombres a caballo. Cuando éstos se dirigían a todo galope hacia el osado, se metía en un tronco hueco de árbol, desde donde podía hacer el blanco apetecido. De esta manera les mataron muchos caballos, "que no son menos llorados (en el campo español), que los mismos compañeros". Ilustrativo resulta un hecho testificado por el español Francisco de Aguilar. Andando a pie

¹⁹ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. I, cap. XXIX.

con otros seis soldados se encontraron de repente con un grupo de más de cincuenta indígenas armados: "mas luego que vieron y reconocieron que no éramos más de siete y que no iban caballos en nuestra defensa, se apartaron del escuadrón que traían hecho, otros siete indios y los demás se retiraron a lejos y no quisieron pelear. Y los siete solos nos acometieron. . ." ²⁰ De los siete españoles sólo uno quedó con vida: el que lo cuenta. "Los españoles no entendían que en los indios se hallasen cosas tan afinadas en la honra ni que ellos fuesen tan puntuosos en ella". ²¹

Mucho les costó llegar a Apalache, lugar señalado como rico en oro, a los tercios conquistadores. Las flechas indígenas, aunque tiradas con maestría, se embotaban en las armaduras y en los escudos de las huestes enemigas. No obstante, el hado es inestable para los que avanzan: una bella y joven cacica los recibe echándoles al cuello magníficas sirtas de perlas, mientras que su madre, viuda, se niega a recibirlos y recrimina a su hija; se niega a aceptar todo avance amistoso de los castellanos y se retira a un lugar escondido para que no logren verla. Y cuando la joven cacica intenta doblegar el ánimo de su madre enviando como emisario y guía a un joven pariente muy allegado, cumple éste alegremente su misión, mas cuando están ya cerca del refugio de la vieja, reina prefiere el suicidio a ser desleal a cualquiera de las dos.

Conmovidos por este hecho siguen adelante los conquistadores, no sin allanar previamente el templo donde los indígenas guardan los restos de sus antepasados adornados con cantidades increíbles de perlas. Los pueblos que van encontrando están edificados sobre elevaciones naturales, cuando las hay, o cuando no, construida una elevación a mano, apisonando la tierra hasta lograr una plataforma que

²⁰ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. II, cap. I.

²¹ *Ibid.*, lib. IV, cap. X.

podiera sustentar una veintena de casas alejadas de la humedad del llano. Generalmente una muralla hecha con grandes troncos impedía el acceso a ellas y la comunicación se establecía por medio de escalones hechos con maderos labrados. A una de esas fortalezas, admirablemente protegida, fueron el gobernador y sus huestes en busca del cacique Capasi, que les huía. Fue difícil tomarla, pero "a puro golpe de espada y recibiendo muchos flechazos" lograron prenderlo. El cacique estaba tullido y no podía andar, mas por la noche, pese a esto, se les escapó de manera tan misteriosa que los españoles tuvieron que admitir que sólo "por arte del demonio" lo podía haber conseguido.

TASCALUZA

Parecía un gigante... era hermoso de cara y tenía en ella tanta severidad que en su aspecto se mostraba bien la ferocidad y grandeza de su ánimo... fue el indio más grande de cuerpo y más lindo de talle que estos castellanos vieron en todo lo que anduvieron de la Florida.²²

Al acercarse los españoles a sus dominios salió a recibirlos llevado "en una silla de las que los señores de aquella tierra usan, que son de madera, una tercia poco más o menos de alto, con algún cóncavo para el asiento, sin espaldar ni braceros, todo de una pieza. Cabe sí tenía un alférez con un gran estandarte hecho de gamuza amarilla con tres barras azules que lo partían de una parte a otra, hecho al mismo talle y forma de los estandartes que en España traen las compañías de caballos. Fue cosa nueva para los españoles ver insignia militar, porque hasta entonces no habían visto estandarte, bandera ni guión".²³

²² Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. III, cap. xxiv.

²³ *Ibid.*

Los aposentó en su pueblo. Notaron los españoles que faltaban dos de entre ellos. Era usual que los más curiosos o más osados se apartaran a reconocer la tierra separándose del resto, y que no se les volviera a ver, sin que ello quisiera decir que les hubiera ocurrido alguna desgracia; a veces un conquistador conquistado prefería trocar la compañía de armas por unos brazos morenos. Pero la sospecha latía siempre en el corazón de los invasores: si les salían a recibir bailando y cantando sus areitos, "era para mejor disimular su traición"; si les presentaban una parada, se preparaban para atacarlos; al menor gesto surgía la desconfianza; todo suscitaba el recelo. Tanto puede el miedo o la mala conciencia. Esta vez pensaron que los habían muerto, y tal vez con razón.

Al día siguiente, Tascaluza adornado con una manita grana, regalo del conquistador, los acompañó montado él también en un caballo, hasta el pueblo principal, Mauvila. Era grande, hermoso y fortificado. La sospecha sobre la desaparición de los dos españoles influyó tal vez en lo que sucedió enseguida. Es difícil rehacer de manera verídica los hechos relatados sólo por una de las partes interesadas. Sea como fuere, el caso es que al poco tiempo de haber llegado a Mauvila y haberse aposentado, distribuyéndose dentro y fuera del pueblo, dio comienzo la más feroz batalla de cuantas hasta entonces habían sostenido. Indígenas y españoles pelearon hasta el agotamiento: si bien los primeros aventajaban a los españoles a pie, "los de a caballo les eran superiores y los alaceaban en el campo a toda su voluntad sin que pudiesen defenderse".²⁴

Cuando la batalla se redujo al interior del pueblo, mientras "peleaban indios y castellanos con mucha mortandad de ambas partes aunque por no traer armas defensivas era mayor la de los indios", determinaron los españoles poner fuego en las casas que

²⁴ Inca Garcilaso, *op. cit.* lib. III, cap. XXIX.

por tener techos de paja ardieron con tan gran presteza que la gente no podía salir de ellas por lo que "se quemaban y ahogaban con el fuego y con el humo, y de esta manera perecieron muchas mujeres que estaban encerradas en las casas".²⁵

Nueve largas horas duró la batalla. Las mujeres pelearon tan valientemente como los hombres, no sólo con los arcos y flechas, en cuyo manejo no eran menos hábiles que los varones, sino también recogiendo las armas perdidas por los españoles, con las cuales atacaban. Cuando en el campo, los de a caballo derrotaban a los indígenas, "diez a doce caballeros entraron por la calle principal, donde la batalla era más feroz y sangrienta y donde todavía estaba un escuadrón de indios e indias que peleaban con toda desesperación, que no pretendían más que morir peleando. Contra éstos arremetieron los de a caballo y, tomándolos por las espaldas, los rompieron con más facilidad y pasaron por ellos con tanta furia que a vueltas de los indios derribaron muchos españoles que a pie peleaban con los enemigos, los cuales murieron todos, que ninguno quiso rendirse ni dar las armas. . ." ²⁶

"Al mismo punto que la batalla se acabó un indio de los que en el pueblo habían peleado, embebecido en su pelea y coraje" no se había dado cuenta de lo que a su alrededor ocurría, hasta que se encontró solo. Entonces saltó encima de una cerca y sacando la cuerda de su arco, la ató a un árbol y se ahorcó con ella. "Donde se puede bien conjeturar la temeridad y desesperación con que todos ellos pelearon, pues uno que quedó vivo se mató él mismo".²⁷

Al final de la batalla, cuando el día terminaba, se contaron las heridas de flecha, casi todas en la cara, en el cuello, porque al notar los indígenas que los

²⁵ *Ibid.*, cap. xxviii.

²⁶ *Loc. cit.*

²⁷ *Ibid.*, cap. xxix.

enemigos llevaban coraza ya no les tiraban al cuerpo: "se halló por cuenta que hubo mil y setecientas y setenta y tantas heridas de cura... que eran peligrosas", de las que no ponían en peligro la vida, infinitas, pues "ápenas hubo hombre que no saliese con cinco o seis cuando no con diez o doce". A los muertos españoles les dieron sepultura; a los indígenas muertos les sacaron "el unto para que sirviese de ungüento y aceites para curar las heridas" de los españoles que todavía estaban con vida.

"De Tascaluza... no se supo qué se hubiese hecho, porque unos indios decían que había escapado huyendo y otros que se había quemado". Su hijo murió alaceado.

Amarga fue para los españoles la victoria. Perdieron en total ochenta y dos hombres y cuarenta y cinco caballos. Con el fuego que prendieron al pueblo se les quemó todo lo que llevaban; no les quedó un techo donde guarecerse del frío de la noche. Hasta sin misa se quedaron los católicos sobrevivientes, pues quemado el trigo y estropeado el vino, les asaltó la duda de si "la madre Iglesia Romana Católica" consideraría desobediencia si consagraban con pan de maíz y con vino que no fuera de uva. Ante lo cual prefirieron prescindir de la misa.

Como en la Florida no se hubiese encontrado ni plata ni oro, y la fertilidad grande de la tierra no interesara a aquellos soldados, y además la heroica defensa de los indígenas en Mauvila les "había asombrado y escandalizado", surgió en sus ánimos el desasosiego y el afán de dejar aquellos parajes de gente belicosa para pasar a tierras "ya ganadas y ricas como el Perú y México". Para ello convinieron los soldados en abordar los navíos en cuanto llegasen a la costa y marcharse. Enterado Hernando de Soto determinó adentrarse en la tierra para evitar que llevaran a efecto su plan, "anduvo de allí adelante gastando su tiempo y la vida sin fruto alguno,

caminando siempre de unas partes a otras sin orden ni concierto, como hombre aborrido de la vida, deseando que se le acabase, hasta que falleció..."²⁸

A partir del momento en que dejaron Mauvila, con el sentimiento de que el fuego les hubiera consumido nueve arrobas de perlas, sacadas de los templos-panteón y de los cuerpos de los antepasados, por todas partes por donde anduvieron les demostraban los indígenas que no estaban dispuestos a dejarlos entrar, así les costara "guerra a fuego y a sangre". Y en efecto, no hubo noche que no les robaran el sueño con asaltos esporádicos. En Chicaza, el cacique de este nombre con sus guerreros, al *cuarto de la modorra*, es decir, a media noche, apareció con "sortijuelas hechas de hierba" prendidas en las puntas de las flechas con lo que les incendiaron las casas desde lejos. La sorpresa debió de ser tal que los españoles huyeron "a todo correr, cosa vergonzosa y que hasta aquel punto en toda esta jornada de la Florida no se había visto tal",²⁹ comenta el Inca escandalizado. El bien meditado ataque costó a los conquistadores otros cincuenta caballos que murieron abrasados o asaeteados, cuarenta hombres y muchos cerdos que acarreaban a todas partes en previsión del hambre. Se dijo después que "cada indio traía ceñidos al cuerpo tres cordeles: uno para llevar atado un castellano, y otro para un caballo y otro para un puerco, y que se ofendieron mucho los nuestros cuando lo supieron".³⁰

Al destazar los caballos para el aprovechamiento de su carne, se dieron cuenta de la precisión de la puntería indígena, al hallar que varios caballos tenían el corazón atravesado por una flecha, y hasta qué punto alcanzaba la fuerza del disparo al ver que uno de los más grandes y de más ancho pecho

²⁸ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. III, cap. xxxiii.

²⁹ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. III, cap. xxxvii.

³⁰ *Loc. cit.*

había sido completamente atravesado por una de ellas. Pese a la zozobra del momento se asentó la maravilla por el escribano.

El intento de un segundo ataque, aunque frustrado por una recia lluvia que de repente sobrevino inutilizando las cuerdas de los poderosos arcos, hizo ver a los invasores la conveniencia de levantar el campo y seguir adelante, muertos de hambre, de frío y de sueño.

Llegan a Chisca. Su señor, viejo y enfermo, al que dan el mismo nombre de la región, se niega a oír a ningún embajador hasta que no hayan devuelto todo lo que habían robado durante el primer asalto, "sin que falte una sola olla de barro". Cumplen los castellanos el requisito al pie de la letra, y sólo entonces se les autoriza a permanecer el tiempo necesario para reponerse.

Pasan varias veces el río Grande en distintas direcciones, en su inútil deambular. Como siempre y en todas partes, se aprovechan y utilizan las enemistades entre caciques rivales: así Casquín ayuda, mientras Capaha ataca dentro del río. Después de los habituales incidentes: incendio de las casas, robos, asaltos a los templos en los que guardan los restos de sus antepasados adornados con profusión de grandes perlas, trata el conquistador con la demagogia habitual también, de hacerlos amigos y servirse así de los dos. Los sienta a su mesa arrogándose el papel de anfitrión ("...el gobernador siempre honraba a los caciques con sentarles a comer consigo...") y en uno de esos actos de *liberalidad* devuelve a Capaha a dos mujeres suyas que habían hecho prisioneras en la batalla. El cacique no las acepta, "que no habían de volver a su casa ni quedar en su tierra. Entendióse que Capaha las aborreciese y echase de sí por sospecha que tuviese de que, habiendo estado presas en poder de sus enemigos, sería imposible que dejaran de estar contaminadas... Ellas eran hermosas en

extremo, y, aunque lo eran tanto y el cacique era mozo, bastó la sospecha para odiarlas y apartarlas de sí".³¹

Remontando siempre por el río llegan a la provincia de Tula, lugar de gente más brava aún que la conocida hasta entonces, que peleaba a morir, lo mismo los hombres que las mujeres, lo que dejó admirados a los españoles. Cuando salían cuadrillas de los de a caballo a vigilar alrededor para ver si encontraban enemigos, "toparon algunos que servían de atalayas y los prendieron, mas no fue posible llevar alguno de ellos vivo al real... porque, maniatándolos para llevarlos, luego se echaban en el suelo y decían 'o me mata o me deja'... y si querían arrastrarlos se dejaban arrastrar, por lo cual fue forzoso a los castellanos matarlos a todos".³²

"Los indios de esta provincia de Tula son diferentes de todos los demás indios que hasta ella... hallaron, porque de los demás hemos dicho que son hermosos y gentiles hombres; éstos son, así hombres como mujeres, feos de rostro y, aunque son bien dispuestos, se afean con invenciones que hacen en sus personas. Tienen las cabezas increíblemente largas y ahusadas para arriba, que las ponen así por artificio, atándoselas desde el punto que nacen las criaturas hasta que son de nueve o diez años. Lábranse las caras con puntas de pedernal, particularmente los bezos por de dentro y de fuera, y los ponen con tinta negros, con que se hacen feísimos y abominables".³³ Lo de *abominables* probablemente se lo sugirió la bravura con que los obligaron a dejar el lugar.

En tierras de Utiangue encuentran el pueblo abandonado; rico en alimentos que probablemente no tuvieron tiempo de llevarse consigo los habitantes fugitivos que, además, "mostráronse belicosos, por-

³¹ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. iv, cap. x.

³² Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. iii, cap. xiii.

³³ *Loc. cit.*

que nunca quisieron aceptar la paz y amistad que el gobernador les envió a ofrecer muchas veces con los propios indios de la provincia que acertaban a prender" y en cambio tuvieron la osadía de mandar espías a vigilar el campo español.

Naguatex tampoco se deja ver nunca. Les manda comida y buenas palabras y cuatro indígenas principales para que acompañen a los españoles hasta los confines de sus dominios. Habiendo ya caminado un buen trecho se dieron cuenta de que faltaba un "caballero natural de Sevilla que había por nombre Diego de Guzmán, el cual había ido a esta conquista como hombre noble y rico con muchos vestidos costosos y galanos, con buenas armas y tres caballos... y se trataba en todo como caballero".³⁴ Lo primero que se les ocurrió fue que los indígenas le habían dado muerte, pero prendidos los cuatro acompañantes y averiguado el caso se supo que el caballero castellano se había quedado voluntariamente por amor a la hija del cacique, "moza de diez y ocho años y hermosa en extremo, las cuales cosas pudieran haberle cegado para que inconsideradamente negase a los suyos y se fuese a los extraños".³⁵ Tan increíble les pareció a los españoles la noticia, que acusaron a los señores de mentirosos, a lo que "uno de ellos con semblante no de prisionero sino grave y señorial, que parece que lo quieren mostrar estos indios cuanto más oprimidos están", contestó ofreciéndose a llevar una carta del gobernador que fue devuelta por el sevillano con su firma estampada en carbón sobre ella y con el recado de que "aquel cristiano no quería ni pensaba volver a los suyos".³⁶ Con esta contundente evidencia siguieron camino los castellanos.

En el inútil vagar por aquellas tierras pasan y re-

³⁴ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. v, cap. i.

³⁵ *Loc. cit.*

³⁶ *Ibid.*, cap. ii.

pasan grandes ríos, construyendo cada vez nuevas barcas con un esfuerzo increíble. A veces se les presenta resistencia pasiva: abandono de los pueblos, tan precipitado, que siempre son las mujeres y los niños rezagados los aprehendidos y cautivados; resistencia a presentarse de los caciques, como Anilco que jamás quiso responder palabra a los mensajeros que Hernando de Soto le enviaba, "sino que, como mudo, les hacía señas con la mano que se fuesen de su presencia".³⁷ Cuando, por el contrario, la resistencia es activa dan buena cuenta de ella hombres y caballos. Guachoya, enemigo de Anilco, se presta a colaborar con los invasores para poder atacar con superioridad de fuerzas a su contrincante. Y una vez más el conquistador enfrenta a pueblos vecinos y adversarios y se vale de ellos. Juntos atacan la tierra de Anilco y cometen en ella toda clase de atrocidades, que los cronistas tienen buen cuidado de atribuir invariablemente a los indígenas, así como de señalar que la intención del jefe conquistador no era "hacerles daño, sino de ganarlos por amigos".

Ese Guachoya les dio ocasión a los castellanos de observar —por lo visto por primera vez— que todos los hombres son iguales y que reaccionan ante determinados hechos simples de la misma manera. En aquel caso fue un estornudo lo que estimuló la percepción del conquistador. Reunidos los señores indígenas con Hernando de Soto y sus hombres, Guachoya estornudó. Inmediatamente "los gentiles hombres que con él habían venido... todos a un tiempo, inclinando las cabezas y abriendo los brazos... le saludaron... diciendo: 'El Sol te guarde, sea contigo, te engrandezca, te ampare, te favorezca, te defienda, te prospere, te salve'".³⁸ El hecho admiró tanto al gobernador que dirigiéndose a sus capitanes les dijo: "¿No miráis como todo el mundo es uno?" Este

³⁷ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. v, cap. III.

³⁸ *Ibid.*, cap. v.

paso quedó bien notado entre los españoles, de que, entre gente tan bárbara se usasen las mismas o mayores ceremonias que al estornudar se usan entre los que se tienen por muy polílicos.³⁹ Lástima grande que esta constatación, preñada en potencia de consecuencias, no se les hubiere ocurrido a todos los conquistadores al principio de sus correrías.

Al otro lado del río donde vivía Guachoya, están los dominios de Quigualtanqui quien al ver los preparativos para pasarlo manda decir al gobernador "que si algo pretendía de su tierra, que se viesen persona por persona, que le daría a entender el poco comedimiento y miramiento que había tenido en haber enviado a correr su tierra, y que no le acaeciese otra vez, que juraba a sus dioses de le matar a él y a toda su gente, o morir en la demanda".⁴⁰

"Todo lo iba guardando en su pecho para castigarlo a su tiempo" el gobernador, mas no llegó ese tiempo. Antes se lo llevó "una calenturilla, que el primer día se mostró lenta y el tercero rigurosísima".

Para que los indígenas no se dieran cuenta lo enterraron de noche, sigilosamente, y para disimular el lugar, temerosos de que lo fueran a desenterrar una vez ellos idos, corrieron los caballos por encima de la tumba, borrarón toda señal del lugar que la contenía. Mas, el día siguiente "los indios miraban a todas partes con mucha atención y hablaban unos con otros y señalaban con la barba y guiñaban con los ojos hacia el puesto donde el cuerpo estaba".⁴¹ Llegada la noche desenterraron los españoles el cuerpo de Hernando de Soto; "cortaron una muy gruesa encina... la socavaron por un lado donde pudiesen meter el cuerpo... lo pusieron en medio de la corriente del río... y le vieron irse luego al fondo".⁴²

³⁹ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. v, cap. v.

⁴⁰ *Ibid.*, cap. vi.

⁴¹ *Ibid.*, cap. viii.

⁴² Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. v, cap. viii.

Así fue como aquel río Misisipí, tantas veces atravesado en su angustia por no abandonar aquella tierra, se convirtió en la tumba definitiva de Hernando de Soto.

Una vez fallecido el único que tenía todavía interés en no abandonar la Florida, el resto de los hombres apresuró la construcción de las embarcaciones que habían de sacarlos de aquellas tierras habitadas por gente tan indómita. Unen de dos en dos las barcas para llevar atravesados los pocos caballos que les quedan. Con las armas de que disponen —ya no tienen arcabuces por haberlos usado para hacer clavos, ni pólvora porque se les quemó en el incendio de Mauvila— emprenden la huida acosados por los guerreros de Quigualtanqui que, en sus veloces canoas, pasan, asaetean, desaparecen, y regresan; todo el tiempo acompañados por la música guerrera de “trompetas, atambores, pífanos y caracoles”, por los gritos de guerra y cantos de victoria; por el grito —contraseña constante de “Quigualtanqui”, Diecisiete días los acompañan. Les matan todos los caballos; aterrozan a los hombres. Un tal Juan Terrón cae al río, lo recogen, y al momento de ir a subir a la barca, expira. “Traía hincadas en la cabeza, rostro, pescuezo, hombros y espaldas más de cincuenta flechas”.

Sólo a proximidad del mar los dejan tranquilos los indígenas: ya están seguros de que se van. Pueden también estarlo de que no intentarán volver. De los mil hombres que llegaron, apenas trescientos alcanzan la tierra de la Nueva España, por el Pánuco.

VI

VENEZUELA

El indio iba llorando en su treno la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos.

MARTÍ

El pillaje, so capa de gobernación y colonización, de las costas de Venezuela fue concedido por Carlos V a la casa alemana de los Welser con la que había contraído deudas enormes, "porque la compañía de los Velzares... había prestado muchos dineros y haciendas en diversos tiempos a los soldados e conquistadores".¹

Los nombres de alemanes se suceden. El primero, Ambrosio Alfinger, recibe una flecha en la garganta por donde se le va la vida; siguen Espira, Hutten, Dortal, Federmann, sin que ocurra la menor modificación en la conducta habitual hacia los indígenas. Las perlas, tan abundantes en las islas aledañas, vienen a añadir un nuevo acicate a la necesidad de atropello. A la tan conocida oposición callada y suicida: abandono de los pueblos y huida a los montes, incendio de los sembradíos, muerte voluntaria preferida a la entrega, se sumarán los hechos heroicos de los caudillos con perfil inmortal de estampa.

La isla Margarita, rodeada de abundantes perlas, fue el asiento de los conquistadores desde el cual pasaban a Tierra Firme.

Los nativos de las costas de Venezuela convivían en paz con los frailes dominicos, cuando alcanzó a

¹ Oviedo, *op. cit.*, lib. xxv, cap. xxi.

navegar por el fondeadero de los *guantas* un tal Vasco de Garanda que apresó a veintidós mujeres y a diecisiete hombres para venderlos en Inglaterra. El cacique guanta enfurecido se vengó del atropello atacando el convento y dando muerte a todos los frailes. Al año siguiente un corsario de nombre Ojeda armó un barco en la isla de Cubagua y marchó sobre la costa de Curiana a tomar desquite. "Se entregó a los mayores desenfrenos: violó, asesinó, robó a los indios".² Los indígenas sorprendidos huyeron a las montañas donde se organizaron de tal modo que al poco tiempo regresaron, atacaron al corsario y lo quemaron vivo junto con todos sus compañeros. Eso ocurría en 1520.

Con el ímpetu del enojo y utilizando las armas de los europeos que ya habían aprendido a manejar, se dirigieron hacia las haciendas establecidas tierra adentro, más al sur, las incendiaron y mataron a todos los religiosos. La Audiencia española, alarmada, envió a Gonzalo de Ocampo "con cargo de Adelantado y Encomendero Mayor de Su Majestad", a *pacificar* a los autóctonos exasperados, para lo cual se armó una fuerte escuadra con seiscientos arcabuceros, doscientos cincuenta caballos y once piezas de artillería. La pacífica empresa cumplió su cometido: el Adelantado "ahorcó nueve caciques y envió ciento cincuenta de los caudillos más señalados a La Española para que fuesen a servir en los trabajos como esclavos". Y, ya de paso, una vez "terminado esto, fundó la hermosa ciudad de Nuevo Toledo" (Cumaná), de cuya belleza los inconsiderados nativos no lo dejaron disfrutar por mucho tiempo. El acoso constante de los caciques no sacrificados o de los que fueron elegidos después, entre los que sobresalen Paramaiboa, cacique de los guantas, y Pariaguán, jefe de los *zapoaras* lo obligó a regresar a La Española. Allí

² Maestre Juan de Ocampo, *El mar de las perlas. Historia de la conquista de la Nueva Andalucía*.

se alió con otro depredador y juntos hicieron un nuevo intento de conquista de todo el territorio. Antes de desembarcar tomaron prisioneros a seis hombres y a dos mujeres que iban en una barca. Los subieron al galeón, les dieron unas chucherías como regalo, les hicieron probar el vino español y los soltaron después esperando, sin duda, grandes resultados del buen tratamiento. Al poco tiempo otra canoa se acercó al navío. Iban en ella los emisarios de Paramaiboa con encargo de devolver los regalos, claro signo de que su deseo era que siguieran camino y no desembarcaran. "Entonces Ocampo resolvió dejar presos los indios y llevar a cabo el desembarco", si bien lo realizó con toda cautela, en plena noche y en silencio para sorprender a los nativos. En efecto, "los sorprendió e hizo una cruda matanza... —dice el cronista, Maestre Juan de Ocampo, su pariente—. Sólo lamentóse mucho de no haber podido apresar al fiero cacique guanta Paramaiboa, cuya prisión era el fin principal de toda la guerra".² Si bien esta apreciación de los objetivos conquistadores resulta un poco exagerada, sí debían desear en extremo acabar con el cacique que, ayudado por Pariaguán, logró destruir once veces la población de Guanta, llamada del Espíritu Santo por los españoles.

Los dos caciques se aliaron ante el peligro común, olvidando antiguas rivalidades. Pariaguán envió con tal fin, tres mensajeros a Paramaiboa, a través de campos dominados por los conquistadores, a quienes resultaron sospechosos. Fueron prendidos y sometidos a tormento. Dos de ellos resistieron y fueron quemados vivos; el tercero, más débil, confesó todo y salvó la vida, pero fue guardado en el fuerte español. De todos modos, Paramaiboa no necesitó del aviso; al corriente de todo, mandó la respuesta de

² *Ibid.*

conformidad al otro cacique, con la noticia de lo que había sucedido a los emisarios.

En todas las haciendas españolas la gente esclavizada ayudaba a la causa dirigida por los caciques, aun a sabiendas de que era su vida lo que arriesgaban. Arichuna, siervo en el real de Ocampo, trabajaba en la casa de un tal Albéniz, viejo y achacoso, que estaba casado con mujer joven. Arichuna era hermoso y la joven española enamorada le propuso escapar los dos al campamento de Paramaíboa, pero él no aceptó, su deber lo retenía en la encomienda, donde espiaba, aprendía el manejo de las armas europeas, los secretos del fuerte que transmitía al cacique. Cuando éste se decidió a atacar la plaza, la ayuda de Arichuna resultó inapreciable. Desde la madrugada hasta las dos de la tarde libraron sin parar una sangrienta batalla la gente de Paramaíboa, pero diezmados, viendo que no lograban la victoria definitiva, se retiraron "dejando a los españoles en un estado de decaimiento espantoso. Si Paramaíboa, fortaleciendo sus tropas hubiese vuelto al asalto el día siguiente, la victoria habría sido suya". Pero no volvió y el castigo del encomendero no se hizo esperar. Arichuna había sido sorprendido con cuatro compañeros, en el momento de arrancar un parapeto para dejar pasar a los asaltantes. Él encabezó la marcha de los cinco hacia la hoguera. Su amante, loca de dolor al verlo pasar se arrojó a sus brazos pidiendo a gritos que la quemaran a ella también. "Fue conducida sin sentido a su casa... (y) diez días después era enviada a España en un galeón de indios esclavos que debía hacer escala en La Española..."

Pariaguán, a su vez, atacaba la encomienda de Zapara (en Anzoátegui). Seis veces consecutivas en una noche se intentó el asalto a las fortificaciones. El terror que en un principio inspiraban las armas de fuego a los indígenas había cedido el paso a la

indiferencia. Hacía ya veinte años que las conocían. "Los fogonazos de los arcabuces y de la mosquetería antes bien les indicaban el abrigo de los nuestros, lejos de intimidarlos". Durante tres días sostuvo Pariaguán la lucha antes de llegar al cuerpo a cuerpo, y lograr entrar en Zapoara.

También allí había un siervo colaborador activo e informante del cacique. Lo llamaban *El Zorrillo* por su habilidad en "cazar las gallinas de monte en lo espeso de los bosques". Su amo lo había ofendido robándole dos mujeres, y un día en que llevaba la cabeza de un cacique enhiesta en la punta de una lanza lo amenazó con hacer lo propio con la suya, como se descuidara.

Cuando Pariaguán logró la victoria no quedó nadie con vida en la encomienda. El gobernador, Monsalve, se suicidó momentos antes de la entrada de las tropas. El amo de Zorrillo que se había escondido, fue hallado y su cabeza llevada como trofeo en lo alto de una lanza por su siervo.

A pesar de la victoria las tropas indígenas quedaron tan diezmadas que, a los dos meses, Ocampo, bien pertrechado con caballos y artillería, logró desalojarlas de la encomienda. Los dos caciques Paramaiboa y Pariaguán pudieron escapar con los pequeños grupos que les quedaban, al refugio de los bosques. "Así quedó de modo perdurable sentado el poderío de España sobre lo que es la hermosa extensión del Reino de Nueva Andalucía".

GUAICAIPURO

En la región de la actual Caracas un joven cacique llegó al poder por elección popular. Reunió bajo su mando a los *teques* y a los *caracas* junto con muchos otros pueblos que ocupaban grandes extensio-

nes del territorio sometido a su soberanía: *araguas*, *maracayes*, *cumanagotas*.

"Recio vástago de la brava raza... de haber nacido bárbaro antiguo, hubiese sido Espartaco; de haber nacido griego, hubiese sido Pericles; de haber nacido moderno en Europa, hubiese sido tan grande como Carlos de Gante... ", son las expresiones que el entusiasmo inspira a su biógrafo, el abate Moulin. "Todo en él era original... salía siempre con lo inesperado... el arranque genial circundaba su espíritu como esa aureola que rodea la cabeza de los santos".⁴

Enamorado de su esposa, Urquía, renunció al harem al que tenía derecho como jefe según la costumbre. El hecho causó extrañeza, si bien le fue aceptado. Cuando le preguntaron el motivo de su conducta contestó: "la mía vale más que todas". Rechazó también el amor de Yarúa, cacica de los *maturines*, quien por despecho se alió más tarde con los invasores en contra de él.

Recién elegido empezaron a llegarle avisos y augurios de males. Había aparecido por las costas gente que "llevan en la cara la color de las nubes ligeras de la mañana y toda manchada de cabellos espesos... están cubiertos sus cuerpos por una piel tejida tan sólida, que no le penetran los más duros y agudos dardos". Desde grandes distancias le llegaban demandas de auxilio, mas de los *maracapanes* vino la precisión: mucha gente había desembarcado "en la costa de los macutos y después de arrollar cuanto encontró a su paso se posesionó de la ribera en una gran extensión. Dióse a construir viviendas y una multitud de parapetos, socavones, trincheras, como para resistir cualquier ataque de los naturales". Guaicai-puro actuó de inmediato: fijó como punto de concentración de toda la gente armada que iba llegando desde muy lejos, el valle de los caracas en la

⁴ Abate Jean Moulin, *Los caciques heroicos*.

serranía de Ávila. Preparó la guerra con esmero atendiendo a todos los pormenores sin olvidar hacer grandes acopios de víveres para aquel gentío que el peligro común unificaba por primera vez.

Antes de empezar la batalla, el campo indígena debía parecer un arco iris de penachos de plumas brillando al sol. El arrojo de los guerreros admiró a sus propios enemigos, al ver que ya diezmados decidían el asalto a las trincheras: "cuando los españoles comprendieron que se les venía encima la gran masa del ejército indio en deseos de tomarles las posiciones, se salieron de sus abrigos armados de hachas, alabardas, javalinas, espadas, fuertemente protegidos de mallas de acero y escudos en los que se mellaban los dardos indios sin hacerles el menor daño". Al fin las flechas se doblegaron ante las armas de fuego. Corría la segunda mitad del año 1560.

Guaicaipuro sintió la derrota como una deshonra personal. Sólo los razonamientos de un gran sacerdote le disuadieron del suicidio, "aquello no era más que una prueba caprichosa de la loca fortuna", le dijo el viejo sabio. Levantado su ánimo, trató de confortar a los suyos exhortándoles a luchar contra los extranjeros invasores, a "acosarlos, herirlos, asaltarlos" hasta conseguir hacerles abandonar su país. Así lo hicieron: empezaron a hostigarlos "de noche, de día, bajo la tormenta, bajo la lluvia. No se les daba reposo. El enemigo parecía infatigable. Cuando no era por un lado era por otro" que les llegaba el violento afán de libertad de aquel pueblo aguerrido. Mas España deseaba consolidar la posesión de aquellas ricas tierras y otra dura batalla tuvo lugar, la de Antímano. Guaicaipuro era secundado por los caciques Urinare, Paramacay y Catia. A este último "una piedra redonda de las que arrojaban los cañones pedreros le desgarró el pecho". Y la "loca fortuna" se inclinó también del lado de "los cañones pedreros".

Empezó la desertión de los aliados locos de terror, mientras España seguía enviando ejércitos para solidificar sus conquistas. Se funda la ciudad de Santiago de León de Caracas. Guaicaipuro y los guerreros que le permanecen fieles se refugian en las montañas, y la Encomienda decide librarse definitivamente del valiente cacique que, como una pesadilla, ensombrecía sus victorias. Se trama un proceso *legal* contra el cacique mediante la acusación de "delitos de homicidio, robo, asalto y violación". Una vez sentenciado, un capitán al que se le había ofrecido una alcaldía como recompensa, "a la cabeza de ciento ochenta hombres armados hasta los dientes" parte en su busca. El cacique con veintitrés hombres estaba parapetado en la montaña, "en una casa solidamente construida con recios maderos y la techumbre de madera también" que resistió el embate, empezado a la media noche, por más de tres horas. "Los indios no podían poner en fuga a los asaltantes (pese a la lluvia de flechas que salía por entre los maderos); pero los asaltantes no podían forzar el atrinchamiento". Entonces acudieron al fuego que, avivado por el viento, obligó a los sitiados a abandonar su refugio, no como vencidos sino guerreando, defendiéndose "como leones". Los soldados españoles recogieron las palabras que el caudillo les dirigió al salir, y el conquistador Losada las transmitió en una Relación al Consejo Real de Indias: "¡Ah, españoles cobardes! porque os falta el valor para rendirme os valéis del fuego para vencerme. Yo soy Guaicaipuro, a quien tanto buscáis y quien nunca tuvo miedo a vuestra nación soberbia... aquí me tenéis, matadme, para que con mi muerte os véais libres del temor que siempre os ha causado Guaicaipuro". Se lanzó contra ellos, "hirió, mató, atropelló, pisoteó no pocos enemigos. Pero cayó atravesado por una bala. Luego otras muchas lo remataron". Se dice que agonizante llamaba a sus matadores gritando: "¡Venid,

extrangeros! ¡Venid a ver como muere el último hombre libre de estos montes!”.

Combatió por su tierra y por su raza hasta morir. Lo capturaron como querían los protocolos urdidos por Losada en la Encomienda de Caracas, pero muerto. Su cabeza fue colocada en un lugar bastante frecuentado, tanto por los españoles como por la población indígena, en lo alto de una pica.

EL FIERO YARACUY

En la zona costera del norte del Golfo de Paria vivían los *yaracuyes*. Su cacique, molesto con la presencia de los que llegaban y se instalaban como en terreno propio, envió una embajada al jefe de las tropas españolas con el ruego de que dejaran aquellas tierras que no les pertenecían. La respuesta de Mencio Vargas fue: “id a decirle al cacique que venga él a echarnos”. Y el cacique lo hizo. De camino, desbarató un destacamento de indígenas sometidos que el español había colocado cinco leguas adelante de la hacienda del Tocuyo donde él estaba instalado. Yaracuy avanzó distribuyendo a su gente para atacar en movimiento envolvente la hacienda. La batalla, conocida por el nombre del lugar, Cuy-cutúa, fue un éxito para el ejército de los yaracuyes. Lo mismo la hacienda, previamente evacuada, que los alrededores fueron saqueados y “no dejaron vivo uno solo de los habitantes de aquellos pueblos”. Los colaboradores indígenas fueron perseguidos y Yaracuy les echa en cara su mal proceder: aquella acción era “tan fea como cobarde”. Capturan muchos cañones, muchos arcabuces, que no les sirven de nada porque desconocen su manejo, mas a pesar de todo la alegría se instala en el campamento porque creen definitiva la victoria. Sin embargo, la realidad era

otra. Las tropas invasoras se habían reforzado "con más de setecientos hombres de todas armas y de las clases más feroces de Europa. Eran tercios enganchados por varias casas comerciales... era... una Babel de razas... Venían de muy lejos aquellos soldados todavía cerriles por las asperezas de la reconquista y por las mil guerras que asolaron a Europa después del advenimiento del emperador y rey".

Los yaracuyes se habían dispersado después de la victoria de Cuycutúa; los que quedaban hicieron maravillas de valentía y arrojo cuando se vieron nuevamente atacados. La batalla se llamó de Uricagua en las Cartas de Diego de Losada que la dirigía. Vencidos los indígenas, huyen a las montañas los que no son apresados, con la intención de reorganizarse. "De estas tribus dispersas salieron después las guerrillas indias que durante más de veinte años estuvieron acosando al español".

Yaracuy fue preso, maniatado y amarrado a un árbol. Al final de la batalla un capitán mandó que lo desataran. "Un sudor copioso le bañaba los cabellos, el rostro y le resbalaba por todo el cuerpo como si estuviera recibiendo sobre la cabeza un copioso riego. Quieto, sin murmurar una queja, silencioso, impassible, seguido de cuatro javalíneros, avanzó hacia la vivienda donde estaba el capitán. Era su gesto del más sombrío abatimiento. En lo profundo de sus ojos negros, apagados, posaba vagamente el coraje, con un no sé qué de espantosa desesperación. Había en aquellos ojos dolor y maldición.

Los españoles que lo contemplaban se sintieron impresionados por aquel extraño personaje. Desnudo, puesto que sólo llevaba unos cordajes encarnados en las piernas, tejidos o encadenados caprichosamente; en los brazos un enjambre de ajorcas de rosarios de rojo vivo y azul claro, y sobre la cabeza un espeso penacho de plumas de varios y lucios colores, fuertemente atado a lo espeso de la cabellera hacia la parte de la frente...

Los españoles hablaron entre sí. Comprendían que no podían entenderse con el príncipe indio por causa del idioma. Así dispuso el capitán que lo dejaran bajo el alar del rancho o vivienda india custodiado por seis soldados y un cabo. Le hicieron seña que se estuviese sentado, pero Yaracuy se negó y permaneció largo rato de pie, con los ojos bajos, como pensando misteriosamente en una cosa muy honda.

Al cabo los españoles se quedaron quietos, mirando que el indio no daba señales de rebelión. Pero he aquí que, más ligero que el rayo, se precipitó sobre uno de los soldados a quitarle el arma, y se la arrancó, en efecto: embistió contra los otros y atravesó al capitán por el pecho; puso fuera de combate tres en un instante; acudieron otros soldados. Hicieron un descargue de arcabuces, y Yaracuy cayó sin vida, se revolcó en la tierra, en su propia sangre, como una bestia salvaje acosada por la mesnada.

VII

COLOMBIA: NUEVA GRANADA

...porque la maldad no se cura sino con decirla, y hay mucha maldad que decir, y la estoy poniendo donde no me la pueda negar nadie.

LAS CASAS

A partir del cabo de la Vela hasta el golfo de Urabá, las tierras descubiertas se repartieron en dos gobernaciones: Santa Marta y Cartagena. El primer gobernador de Santa Marta, Rodrigo de Bastidas, había ya salteado la costa e islas de Tierra Firme en 1502 cuando acompañado del cosmógrafo Juan de la Cosa asoló varias regiones, descubrió el golfo de Urabá al que llamó Golfo Dulce, robó y prendió al cacique *Careta* en la isla de Codego, y mandó a sus súbditos prisioneros a ser vendidos en las islas antillanas. El pingüe botín que alcanzó con todo ello y que visiblemente guardaba sólo para sí, le valió una denuncia y el subsiguiente encarcelamiento en La Española, donde el comendador Bobadilla determinó mandarlo a España para que los reyes dispusieran el castigo que mereciera. Mas los católicos reyes dieron un sentido inesperado a la rapiña: obligaron a Bastidas a ir mostrando el oro que llevaba "en todas las ciudades e villas por donde pasase hasta llegar a la corte", que en aquellos momentos estaba en Alcalá de Henares. "Esto se hacía porque las cosas destas Indias aún no estaban en fama de tanta riqueza que deseasen los hombres pasar a estas partes; antes, para pasarlos a ellas había de ser con mucho sueldo y apremios. E yo me acuerdo que los

Reyes Católicos mandaron en toda Castilla a sus jueces e justicias, que los que hubiesen de sentenciar a muerte, o a cortar la mano o el pie, o darles otra pena corporal e infame, los desterrasen para estas Indias perpetuamente, o por tiempo limitado, según la calidad del delicto, en lugar o recompensa de la pena o muerte que así se les conmutase”.¹ Pronto debió de surtir efecto la vista del oro, y su brillo debió decidir a la gente a arriesgarse en busca de fortuna, ya que en 1548, cuarenta años más tarde de la disposición de los reyes, no se permitía ya pasar a las Indias sin grandes requisitos previos, sin “licencia expresa del Emperador o su Consejo, e que no sean infames ni sospechosos a la fe, ni padezcan otros defetos”.² Así que el tiempo todo lo muda, dice el cronista. El tiempo y las circunstancias, pues Bastidas, fortuna en mano, se volvió a embarcar para la Española donde *pobló* y siguió enriqueciéndose con la cría de ganado, hasta que recibió el nombramiento de gobernador de Santa Marta, en 1524, donde una conjura de sus propios soldados le dio la muerte.

Los gobernadores que le sucedieron en el mando en Santa Marta no tuvieron mejor suerte: su asesino, Pedro de Villafuerte, recibió su castigo en La Española; fue sentenciado después de proceso, junto con uno de sus cómplices, “a que los arrastrasen y cuarteasen y pusiesen los cuartos en los caminos que salen desta cibdad, e las cabezas en el rollo o picota desta plaza mayor de Santo Domingo. E así se hizo...”³ El siguiente gobernador halló la muerte en un naufragio, de regreso a España, y por fin Santa Marta tuvo un “astuto y entrometido gobernador” en García de Lerma, que sorprendió al cronista con la costumbre tan original, según él, que tenía: “se

¹ Oviedo, *op. cit.*, lib. xxvi, *cap.* ii.

² *Ibid.*, *cap.* vi.

³ *Ibid.*

limpiaba los dientes después que acababa de comer", además daba audiencia como lo pudiera hacer "un grand príncipe", y, cuando *repartía los indios*, guardaba para sí los caciques, "que uno valía más que cuatro de los mejores que daba a los conquistadores, y los más ricos".⁴ Rarezas que no le habían de impedir actuar exactamente igual que los que le precedieron o los que le habían de suceder "...por manera que él dejó la tierra robada y destruida", dice Oviedo en uno de sus bastante frecuentes rasgos de veracidad, que emplea sobre todo cuando la animadversión personal lo empuja, como cuando dice que a los alemanes "sus pecados los guiaban" en sus correrías por Venezuela, mientras considera a los españoles "grandes adalides... valerosos por su lanza", lo que no le impide contar llanamente "fuerzas y ultrajes" que él mismo realiza, encontrándolos sin duda normales:

...les subimos a los indios el monte o cerro que nos defendían entre muchas e grandes galgas, o mejor diciendo piedras que desde lo alto enviaban rodando, con que descalabraron e tropellaron algunos cristianos. E murieron dos o tres indios, de escopetas que les dieron, e fueron presas nueve o diez mujeres e un indio. Y entre estas mujeres, un negro mío halló la cacica, mujer moza, escondida entre ciertas matas enramada; y era de gentil parecer, y en mi casa en el Darién, después que allá llegamos, murió, desde a pocos días, de fiebre; y a mi parecer, murió de coraje de se ver presa, puesto que, en la verdad, no fue tractada sino muy bien. Conoscióse que era mujer principal, por el acatamiento y respeto que con ella tenían las otras mujeres presas, porque en ninguna manera se asentaba ninguna sino muy desviada della, ni la hablaban mirándola, sino los ojos puestos en tierra.

Dije de suso que esta india principal era hermosa, porque en la verdad parecía mujer de Castilla en la blancura, y en su manera y gravedad era para admirar, vién-

dola desnuda sin risa ni liviandad, sino con un semblante austero, pero honesto, puesto que no podía haber de diez y seis o diez y siete años adelante.⁶

"Y en algunos lugarejos que los nuestros robaron, no dejaron cosa que se hallase... Yo entré en un lugar destos con hasta cincuenta hombres que conmigo iban... y como yo iba enojado del hombre que me habían herido, hice a un escopetero que con la mecha pusiese fuego á aquel buhío; y el aire duró poco, mas fue tan a propósito, que en espacio de media hora estaba quemado aquél y todos los otros buhíos de aquel pueblo, que eran más de cuarenta".⁶ Allí encontró el honesto cronista una "piedra zafir tan grande como un huevo de gallina", que debió de juntar con el mucho oro que confiesa haber sacado de la isla de Codego y de Cartagena, en 1521. Resulta obvia la causa de las *fiebres* que consumieron a la joven cacica, testigo forzado de todo.

La costa de Caribana —de ahí el nombre de *caribes* que vuelve infamante la mala fe— está poblada por gente indómita que usa flechas envenenadas, cuya herida, así sea sólo un rasguño, mata sin remedio. "Y mediante el usar de esta yerba pestilencial para su defensa, se conservan y han defendido siempre de los españoles y nunca han sido enteramente sujetos ni dominados de ellos".⁷ Allí fue muerto el cosmógrafo Juan de la Cosa, cuando acompañaba a Alonso de Ojeda por aquellas regiones donde hallaron una oposición que les previno de la dificultad que habían de encontrar en sojuzgarlas. Las mujeres caribes guerreaban con la misma valentía que los hombres y con igual destreza, lo que les valió a todos la promulgación de una *Provisión* real, en 1533, mediante la cual se daba licencia a los conquistadores para luchar con ellos "a fuego y sangre y hacellos

⁶ Oviedo, *op. cit.*, cap. ix.

⁷ *Ibid.*

⁸ Fray Pedro de Aguado, *Recopilación historial*, p. 46.

esclavos... por ser idólatras, molestos y nocivos a los cristianos", lo cual justificaba "hacer la guerra rigurosa en buena conciencia".⁸

Cuando, más tarde, fueron los conquistadores avanzando a partir de Santa Marta tierra adentro y al oeste, hacia las tierras de los antiguos, civilizados chibchas, se encuentran con la espléndida cultura de su gente, visible en la organización del comercio de la sal y del oro a lo largo del río Magdalena; en el mercado de Turmequé donde se vendía el polvo de oro que llegaba de Sorocotá, las esmeraldas de Somondoco, la sal de Zipaquirá y Nemocón, cuajada en grandes tinajas, vendida en panes que pesaban arrobas; visible en las ricas telas de algodón, tal "una manta de más de seis o siete varas de luengo, y de ancho la mitad, con muchas pinturas entretejidas, y en ellas muchas piedras cornelinas, y plasmas de esmeraldas, y casidonias y jaspes y otras...";⁹ visible en los discos de oro que adornaban las puertas, cuyo tintineo al ser movidos por el aire oyeron los conquistadores al entrar en la ciudad de Hunza; visible en el cultivo de los campos, cuyos frutos sorprenden a los soldados y son relatados con minucia; visible, por fin, en el señorío natural de los caciques "grandes señores y delicados" que pronto habrían de ir muriendo en prisión o cazados por los bosques; en aquellas "indias desnudas, más vergonzosas que algunas cristianas vestidas".¹⁰

El reino de los chibchas estaba gobernado por dos señores: el zipa de Bogotá, Tisquesuza y el zaque de Tunja, Quimuinchatecha. En cuanto aparecen los españoles el zipa manda vigilar sus movimientos de día y de noche y dice a su gente: "vosotros que me tomáis y traéis las aves que por el aire van volando

⁸ Real Provisión de Toledo, 20 de febrero de 1553 (en Herrera, *Década v. caps. I y VIII*).

⁹ Oviedo, *op. cit.*, lib. xxvi, cap. xi.

¹⁰ *Ibid.*

y los venados que en la tierra por su mucha ligereza no hay animal que se les compare, y soléis domar y tomar a manos a otros muchos ferocísimos animales... no seréis ahora poderosos para a ese poco y pequeño número de extraña gente que por mi tierra tan atrevidamente se meten, sujetarlos y traérmelos aquí presos".¹¹ Bien se ve que Tisquezuza no conocía todavía las mágicas armas que acompañaban a la *extraña gente*. Pronto las había de conocer. "Puesto sobre unas andas cubiertas de esmeraldas en hombros de indios que lo traían" envuelto en un manto rojo, color de luto, se enfrenta a los españoles. Perdida la batalla, se retiran acompañando unos al jefe hacia Cajicá, otros, para evitar que los sigan los españoles, se hacen fuertes en las casas de Bogotá donde son cercados. Entonces un guerrero, creyendo sin duda que ha de habérselas con caballeros, sale solo y los desafía a singular combate, mas uno de los de a caballo, "con consentimiento de los demás sus compañeros apresó su caballo y sin que el indio tuviese lugar de aprovecharse de sus armas, arremetió y pasando por junto a él, le asió de los cabellos, y sin detenerse ni dejarlo llegar con los pies en el suelo, lo trajo colgando del caballo adonde sus compañeros estaban".¹² Sólo el nombre del español se conserva, Lázaro Fonde: era gaditano. "Esto hizo comprender a los sitiados que no había esperanza... y por la noche abandonaron en completo silencio el cercado."¹³

Tisquezuza, retirado a una "sierra muy agra" inquieta a los conquistadores. Les llega la noticia de que posee una casa toda de oro y deciden ir a buscarlo, así les cueste daños y pérdidas. Saben que está en un bosque en las cercanías de Facatativá. Al *cuarto del alba* caen sobre ellos. "Quesada no fue hacia

¹¹ Fray Pedro de Aguado, *op. cit.*, p. 133.

¹² Alejandro Vallejo, *La cita de los aventureros*.

¹³ *Ibid.*

el zipa como un general a una guerra. Fue como un cazador. Lo cercó de lazos y de trampas en medio de la noche"¹⁴ y "fue su dicha que le mataron entre otros que allí murieron por andar desconocido... aunque por entonces no supimos de su muerte",¹⁵ dicen los actores de la hazaña en carta a su majestad, lo cual demuestra que la resistencia no debió de cesar por el infausto hecho, puesto que los españoles se tuvieron que retirar sin enterarse de ello y los fabulosos tesoros del zipa nunca fueron encontrados, pues si bien el sobrino y heredero Sagipa aprehendido con muchos señores, promete antes de su "atormentada muerte" entregarles todo el oro que quepa en una gran casa, "como era indio gran señor y delicado, con poco trabajo que pasó, murió en la prisión... y así se quedó su riqueza sin parescer hasta agora".¹⁶

El mismo suceso repetido por el cronista en unos capítulos más adelante de su Historia, aparece con nueva modalidad: Sagipa, hecho prisionero, obligado a colaborar, interviene en una batalla contra los *panches* al frente de su numeroso ejército. Al regresar, después de haber obtenido la victoria para el conquistador, se le acusa de guardar el tesoro de su tío. Él niega tenerlo y asegura ignorar dónde se halla. Entonces, "se le hizo proceso en forma que duró muchos días porque hubo grandes probanzas de una parte y de otra". Una de las partes era el prisionero; la otra, el juez, hermano de Quesada, y los conquistadores. Y sigue Oviedo: "Sustanciósse [el proceso] y fue Sagipa condenado a tormento de tracto de cuerda... desde a un mes, como era hombre delicado y se veía afligido con la prisión y tristeza, murió".¹⁷

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Oviedo, *op cit.*, lib. 26, caps. xi y xxvii.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*

En Bogotá, capital de los zipas, que Jiménez de Quesada halló vacía y desierta pero con inequívocas señales de ser la capital de una nación civilizada y rica, recibió el conquistador una lluvia de flechas que caía desde los cerros que la dominaban. Como ya iban conociendo la lengua y había mujeres indias "buenas lenguaraces" que sirven de intérpretes, y el verde brillo de las esmeraldas les despierta nuevas ansias, consiguen guías que los llevan al lugar donde las sacan "con muchas ceremonias... y sólo... en cierto tiempo del año". En Somondoco, lugar de las minas, tienen noticia por primera vez de que aquellas tierras pertenecían al zaque de Tunja, Quimuinchatecha, venerado como un dios. El zaque residía en la corte, Hunza, rodeado de un enorme ejército fiel. El español teme el encuentro, pero el aguijón de la codicia lo empuja hacia él. No quiere perder las riquezas de Quimuinchatecha como había perdido las de Tisquesuza. Y llega a las puertas de la capital fortaleza. Una embajada del zaque los detiene con ricos presentes y la orden-súplica de permanecer por lo menos unos días esperando a que se calmen los ánimos irritados de la gente. Pero Quesada, ante el estupor de los residentes, corta las amarras y abre las puertas. Dulcemente les ha de sonar el tintineo de los discos de oro al viento. El zaque está sentado en un sillón rodeado de señores. Quesada le insta a que se someta al gran monarca Carlos V, a lo que contesta el zaque que la cuestión es digna de ser pensada detenidamente. Entonces se impone la brutalidad de la conquista y Quimuinchatecha es hecho prisionero en su propia casa, mientras afuera con los caballos enfilados, lanza en ristre, defienden la decisión de su jefe los españoles.

Inmediatamente empieza la lucha. Cinco veces lograron pasar las empalizadas los chibchas y las cinco fueron rechazados. Bien custodiado el zaque, empieza el saqueo. El botín fue tal que colocado en

el patio sobrepasó la altura de los hombres a caballo; las momias de los antiguos zaques, despojadas de las abundantes joyas con que habían sido enterrados, fueron arrojadas sin el menor respeto.

La costumbre funeraria en Tunja era poner los cuerpos "con todo el oro que tienen, en sus santuarios y casas de oración, en ciertas camas que los españoles allá las llaman barbacoas, que son lechos levantados sobre la tierra en puntales e allí los dejan con todas sus riquezas pegadas o junto al cuerpo muerto".¹⁸

Ilustrativo de la mentalidad conquistadora es el comentario que las riquezas enterradas y su despojo suscitan al cronista que comúnmente alardea de justo y bien intencionado: "...todavía se tomaron sesenta mill castellanos, poco más o menos, en los santuarios o casas de oración del pueblo; de que conocieron los nuestros cuán devota es aquella gente desa tierra en sus idolatrías, pues tanto oro se hallaba en sus oratorios, pues se halló en el pueblo de Tunja, en el desbarato dél y de sus santuarios, e allí otra mucha cantidad de oro. Pero el historiador, por mayor devoción nota y tiene la de aquellos nuestros españoles para recoger y saquear estos tesoros, que la de los indios para allegarlos; y pues ya sus dueños lo habían dado al sol o al diablo, idolatrando, mejor era que lo hobiesen los que lo tomaron que los que lo dieron en tan mala limosna y devoción".¹⁹ El cinismo del cristiano personaje olvida los huesos y las momias esparcidas con desprecio, una vez desprendidas de ellas las valiosas joyas.

Hallamos aquí un eco de la discusión legal que el despojo de los sepulcros del Zenú provocó en la gente de iglesia, en España, suscitada, por supuesto, por el Padre Las Casas, en la cual remontándose a la Biblia y al entierro de David, en el que Salomón

¹⁸ Oviedo, *op cit.*, lib. 26, cap. xxvii.

¹⁹ *Ibid.*

colocó grandes tesoros, se llegó a la conclusión de que cuando alguien halla los tesoros enterrados con el cuerpo del difunto, "es obligado a presumir que tal cosa es ajena, y tiene dueño... por todo lo cual concluyan que ninguno, sin pecado mortal de hurto o de rapiña, y sin obligación de restituirlo, podía tomar para sí ni aprovecharse de tesoro alguno o riqueza que otro tuviese puesta en cualquier lugar, en arca o en sepultura... allende la injuria que hace a los vivos, herederos de aquel cuyos sepulcros violan quitándoles su honor y causando que por ello se acabe su memoria, por lo cual será también obligado a les hacer satisfacción".²⁰

Después de los hechos que habían de suscitar en España el debate de las ideas humanitarias y civilizadoras, mientras el rey autorizaba la esclavitud, siempre y cuando fuera hecha "en buena conciencia", siempre y cuando las víctimas fueran "idólatras, nocivas y molestas a los españoles" o bien *canibales*, comedores de carne humana, Quesada continuaba su marcha por tierras colombianas. En Duitama, el cacique Tundama y su gente les salieron al encuentro "a darles el buen viage con nubadas de flechas".

En Sogamoso encontraron el pueblo desierto, el palacio del cacique-sacerdote Sugamuxi representante del dios Bochica, abierto de par en par, con los tesoros intactos. El templo de Itaca, abierto también y en medio de él, guardándolo inmóvil como una estatua, el jeque guardián, un anciano de barbas blancas, las únicas que vieran los españoles por esas tierras. El templo contenía gran cantidad de momias de los antepasados, llenas según costumbre de joyas de oro, perlas y esmeraldas. Las paredes refulgían también de planchas de oro y pedrería y el suelo estaba tapizado de una estera de "sutilísimo esparto".

Era ya de noche cuando llegaron los conquistadores y Quesada decidió el saqueo para el día siguiente.

²⁰ Herrera, Década v, cap. viii.

te, a plena luz. Con dos soldados provistos de antorchas dejados como guardas, se retiraron a descansar los españoles. Mas de pronto ardió el templo y el fuego duró varias semanas. Otro sueño que se desvanecía, otro fracaso para la ambición.

Al regreso, el cacique Tundama les esperaba en el camino. El desaliento debió de impulsar a Quesada a cambiar el rumbo para no encontrarlo. Le manda, sin embargo, embajadores para que lo requieran a la paz, y le hablen de salvar su alma. El cacique contesta que "poco le importaba salvar su alma con la ayuda de quienes habían demostrado un apetito tan terrenal por los tesoros chibchas".²¹

En Suesca tiene noticias el jefe de los conquistadores, del oro del valle de Neiva. Llega a sus oídos la leyenda de *el Dorado*, el cacique que todos los años se sumerge en una laguna, cercana a Guatavita, con el cuerpo desnudo untado de resinas sobre las que se espolvorea el oro hasta cubrirlo por completo.

No fueron sólo los oídos de Jiménez de Quesada los que oyeron el dorado canto de la sirena; otros dos aventureros fueron hechizados. El alemán Federmann deja Venezuela en pos de la misma ilusión que le hace invadir los terrenos prohibidos de la Nueva Granada, y Sebastián de Belalcázar, desde Quito, va avanzando en busca de lo mismo: "el Dorado que ha sido ocasión de dejar a tantos no solo *desdorados*, sino perdidas sus haciendas, casas y vidas".²² La enorme extensión que atraviesa le ofrece resistencia tan constante, que no pasa "día sin tener batalla con los indios, cuyas acometidas eran importunas, porque no pocas veces embestían todos, sino en diversas bandas y en diferentes horas, de manera que siempre convenía estar con las armas en las ma-

²¹ Alejandro Vallejo, *op. cit.*

²² Fray Pedro Simón, *op. cit.*, 3ª Noticia historial, cap. 1.

nos y caminar con mucho aviso por sierras ásperas y pasos dificultosos, a donde eran resistidos..."²³

Funda Belalcázar de paso, Pasto, Cali, donde "en ninguna ocasión dejaban estos indios, indómitos más que otros, de ejercitar las armas y rabiosamente pelear, viendo si por la fuerza o con la falta de vitualla (la cual escondían y apartaban lo posible) podrían echar de su tierra aquella gente extrangera".²⁴ Funda también Popayán, donde el cacique Calambaz le opuso "gallarda resistencia". Y sigue adelante, hasta que los tres conquistadores llegan casi al mismo tiempo al mismo lugar, sin saberlo y, desde luego, sin desearlo, "porque si es verdadero el refrán, que dos gorriones en una espiga hacen mala liga, si se juntan tres, ¿qué será?".²⁵ Van bien provistos los dos inesperados: Federmann lleva gallinas y Belalcázar magnífica piara de "puercos con sus hembras".

La triple expedición fue un fracaso. El Dorado, lo mismo que las Amazonas o que la Fuente de la Eterna Juventud, quedó para siempre en el mundo de la leyenda. Meses y meses "vagaron perdidos por aquellas inmensas soledades. Allá quedaron sepultados un centenar de españoles, millares de indios, y casi todas las caballerías. Habían fallecido de hambre los unos, devorados por las fieras los otros, algunos mordidos de serpientes, muchos ahogados en los ríos. Las fiebres incurables mataron a la mayor parte. Y no hallaron jamás el país soñado; atravesaron las selvas del Casare, los valles de Putumayo y las montañas de Mocoa sin hallar el país del oro".²⁶

De todos modos el botín fue inmenso. Sólo de los sepulcros violados sacaron con qué hacerse perdonar las iniquidades, con qué deslumbrar cuales-

²³ Herrera, *Década v*, lib. x, cap. 13.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Fray Pedro Simón, *op. cit.*, 3ª Noticia historial, cap. 7.

²⁶ Eduardo Posada, *El Dorado*.

quiera reales ojos. Colombia, culta y refinada, enterraba a sus muertos de variada manera pero siempre llenos de joyas. Ya fuera como en Sogamoso, en sepulcros abiertos, con las momias sagradas cubiertas de collares, patenas y coronas; o en edificios subterráneos abovedados, o en los entierros secretos reservados a los zipas de Bogotá:

Luego que el zipa moría, los jeques le sacaban las entrañas y llenaban las cavidades con resina derretida; introducían después el cadáver en un grueso tronco de palma hueco, forrado en planchas de oro por dentro y por fuera y lo llevaban secretamente a sepultar.²⁷

El mismo año que toma posesión el que hereda, comienzan los Xequés de noche, con las mayores obscuridades de ellas, a hacerle poco a poco el sepulcro, en partes remotísimas, espesas, breñosas y escondidas. Y aun suelen, para más seguro, sacar de madre un río y en la corriente de él hacer el sepulcro, y se está hecho para cuando es menester, que aún muchas veces el que se ha de enterrar en él no lo sabe, y después de enterrado vuélvelo á echar que pase por encima; aunque todas estas diligencias han solido vencer las que ha hecho la codicia de nuestros Españoles, hallando donde nunca se imaginara, grandes y crecidos tesoros en estas sepulturas.²⁸

²⁷ Ezequiel Uricoechea, *Antigüedades neogranadinas*.

²⁸ Fray Pedro Simón, *op. cit.*, 4^a Noticia historial, cap. 18.

VIII

I TAHUANTINSUYO

Los conquistadores, y principalmente Pizarro, tuvieron la precaución de impedir que nadie escribiera una narración verídica y circunstanciada de lo sucedido en Cajamarca, a fin de que ni en las otras Colonias, ni en España, se conociera su crimen.

MONSEÑOR FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ,
ARZOBISPO DE QUITO

El territorio dominado por los Incas comprendía Ecuador, Perú, Bolivia y partes de Chile y Argentina. Se extendía desde los 2º latitud norte hasta los 35º latitud sur.

A dos hermanos había sido repartido el vasto territorio por su padre, el viejo Huaina Cápac, antes de su muerte: a Atahualpa le dio la Confederación quiteña; a Huáscar el Cuzco. A Atahualpa le tocó la peor suerte en el enfrentamiento con los aventureros que invadieron sus dominios, aunque también Huáscar fue muerto por orden de su hermano, según se dice sin comprobación histórica, ni contemporánea del hecho, ni posterior.

Tres se juntaron para la hazaña: un porquerizo analfabeto "hijo bastardo de un escudero"; otro analfabeto ávido de gloria, y un fraile "muy allegado a Pedrarias". En cuanto robaron unos cuantos poblados de indios, en cuanto alcanzaron varios miles de monedas de oro sacadas de la fundición de espléndidas joyas, su majestad "el Emperador nuestro señor" los llenó de gloria y de títulos. Adelantado y Capitán General a Francisco Pizarro, el porquerizo, en

un principio; marqués con el hábito de Santiago más tarde, cuando las arcas reales se vieron abundantemente provistas gracias a las extorsiones verificadas en el Perú. A Almagro, el otro aventurero, menos afortunado debido a la rapacidad de su "amigo", a la larga sólo le faltó el marquesado pues también él fue honrado con los títulos de Adelantado, Capitán General y Gobernador. El tercero, "un clérigo, llamado el maestrescuela don Fernando de Luque, persona muy acepta al gobernador Pedrarias Dávila... (el emperador) nombróle por electo obispo en aquella tierra".²⁹ El terceto se vio apoyado por Pedrarias, como socio capitalista. Él era quien debía dar el permiso y los barcos para saltar las costas del Mar del Sur.

En 1524 se inició la aventura que tuvieron que reemprender, tenaces, por tres veces. Los primeros contactos con los moradores costeños fueron pacíficos como siempre al principio, cuando el asombro debía de hacerles creer que los recién llegados eran gente sobrenatural. El Inca Garcilaso nos dejó un relato de la llegada de un tal Francisco de Candía al valle de Túmpiz, quien se adelantó solo, llevando "sobre el vestido una cota de malla que le llegaba a las rodillas, y una celada de hierro de las muy bravas y galanas que llevaban, y una rodela de azero y su espada en la cinta, y en la mano derecha una cruz de palo de más de una vara de medir en alto, en la cual fiava más que en sus armas, por ser insignia de nuestra redención... Los indios, que con la nueva del navío andavan alborotados, se alteraron mucho más viendo un hombre tan grande, cubierto de hierro de pies a cabeza, con barvas en la cara, cosa nunca por ellos vista ni aun imaginada".

Las sorpresas de los españoles fueron de otro tipo si bien no menos asombrosas: "En el pueblo de

²⁹ Oviedo, *op. cit.*, Proemio, lib. 46.

Coaoque se hallaron algunas esmeraldas, y muy buenas... y muchas se perdieron y quebraron, porque los que allí iban eran tan poco prácticos en este género de piedras, que les pareció que para ser finas las esmeraldas no se habían de quebrar con martillo, como los diamantes; y así, creyendo que los indios los engañaban con algunas piedras falsas, les daban con una piedra; y así destruyeron grandísimo valor destas esmeraldas".³⁰

La sospecha contra el indígena los acompañaba siempre. En todas partes imaginaban que les tendían celadas; propósitos ocultos de darles muerte, doblez de sentimientos en las acogidas nobles y generosas. Eso justificaba los *castigos* a las supuestas *traiciones*. En la isla de Puná, en la desembocadura del Guayas, cuyos habitantes navegaban en balsas impulsadas gracias a velas cuadradas, con las que llegaban hasta Panamá y vendían la sal que obtenían del mar, se dejaron los españoles conducir llevando "las espadas desenvainadas, sin que perdiesen de ojo a ningún indio" por la sospecha de que pudieran cortar las cuerdas que sujetaban la estructura de la balsa, y ahogarlos a ellos y a sus caballos. Para los indígenas debió de ser una novedad más puesto que aun no conocían el filo de las espadas. "Y llegados a la isla los indios les salieron de paz y los recibieron muy bien",³¹ pese a lo cual y siempre por sospechas de que los iban a matar, atacaron de inmediato y prendieron al cacique que les ofrecía hospitalidad. Y tal vez quedaran plenamente convencidos de la justeza de sus prevenciones al ver que "al otro día el real amaneció cercado de gente de guerra".³² De este cariz eran siempre las "entradas".

Los caciques e indios isleños pasaron al continente, y los españoles detrás. Se establecieron en Túm-

³⁰ Agustín de Zárate *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, cap. 1.

³¹ *Ibid.*, cap. 11.

³² *Loc. cit.*

bez donde atacaron "cierto real que los indios tenían asentado, e [Pizarro] desbaratóles, e mató muchos dellos, e púsoles en huida; e siguió el alcance todo aquel día, hiriendo e matando e prendiendo los que pudo, e ya que era cerca de la noche, recogióse con los cristianos en un pueblo. Otro día luego por la mañana envió sus cuadrillas en busca de los enemigos, e también se les hizo daño; pero pareciéndole que lo hecho bastaba para notable castigo y escarmiento, envió a llamar al cacique, requiriéndole con la paz, e asegurándole".³³ Chilimasa, el cacique, respondió que iría de paz si le aseguraban que no le habían de matar. Así se hizo y el cacique quedó libre con el encargo de velar porque sus súbditos no les opusieran resistencia. Más adelante otros caciques, Lachira y Amotape, trataron de impedirles el paso, mas la solución fue rápida: Amotape fue quemado y a Lachira lo guardaron para que sosegara a la gente. En efecto, "de allí adelante todos sirvieron mejor e más solícitos e con mayor temor".³⁴

Así pudieron seguir camino en busca de Atahualpa que estaba cerca de Cajamarca, prevenido por augurios y realidades de que algo fatal lo estaba amenazando. En ayuno y meditación, retirado en un templo, trataba de conjurar el destino. Allí le llegó, enviado por Pizarro, un señor del país que rehusó ir como espía pero aceptó hacerlo como embajador del español. Partió de Caxas, donde los conquistadores se habían aposentado. A éstos les fueron ofrecidas "piezas de lana de la tierra... que era cosa mucho de ver, según su primor y gentileza; e no se sabía determinar si era seda o lana, según su fineza, con muchas labores e figuras de oro de martillo, de tal manera asentado en la ropa, que era cosa de maravillar y que en España y en todo el mundo se estimara por muy rica y sutil obra".³⁵

³³ Oviedo. *op. cit.*, lib. 46, cap. II.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*, cap. IV.

Ni esa demostración clara de cultura, ni los caminos que encontraron y siguieron poco después, que iban uno por la sierra, otro por la llanura arenosa, con sus *tambos*, edificios-depósito de comida y bebida donde se podía descansar en el camino, ni las magníficas joyas de oro y plata que iban encontrando por doquier les despertaron otra cosa que la avidez de riquezas. Jamás mostraron ni un mínimo respeto a los artífices autores de aquellas maravillas: cuando de metal se trataba, se calculó al centavo el valor y el peso. Fue todo.

Atahualpa no les negó el paso. Los invitó a llegar a Cajamarca. Salen de Caxas donde han violado a las vírgenes del Templo del Sol y suben la sierra por pasos tan difíciles que un puñado de hombres los podía haber desbaratado, "porque era tan agro, que en algunos pasos había que subir como por escalera e no había otra parte por donde subir sino por sólo aquel camino".³⁶ Pero nadie se lo impidió. La mente ruin no podía entender el respeto a la palabra dada, a la hospitalidad ofrecida. Ni el historiador Oviedo parece entenderlo; le extraña tanto la actitud de Atahualpa que, sin la menor sospecha de que fuera debida a dignidad la considera "falta de seso".

Llegados al fin a Cajamarca, mandan al punto en busca de Atahualpa al más siniestro de los hermanos de Pizarro, Hernando, para que exija al Inca una entrevista inmediata. "E Atabaliba estaba a la puerta de su aposento, sentado en un asiento bajo, con muchos principales alrededor de él, e con mujeres en pie delante de él, que cuasi lo rodeaban; e tenía una borla de lana, que parecía de seda de muy fina grana, tan ancha como dos manos, puesta en la frente, asida con sus cordones de la cabeza, e le bajaba hasta junto a los ojos, la cual lo hacía muy más grave de lo que él era, los ojos puestos

* *Loc. cit.*

en tierra, sin alzarlos a mirar a parte alguna".³⁷ Los recibe con el protocolo acostumbrado, les ofrece *chicha* "o vino de maíz, en vasos de oro fino, de altura de un cobdo e pesados", y se concierta la entrevista para el día siguiente: Atahualpa iría a presentarse a los españoles, acompañado de sus hombres, desarmados.

En el campo español se trama la ignominia, calculada hasta el detalle. "El gobernador mandó a los españoles que secretamente y sin alboroto se armasen e tuviesen sus caballos ensillados e a punto, e estuviesen repartidos en tres capitanías, sin que ninguno saliese de su posada a la plaza; e mandó al capitán de la artillería que tuviese los tiros asestados hacia el campo de Atabaliba, e cuando viese que convenía, que les pusiese fuego. Y en las calles que entran en la plaza, mandó estar gente de pie, porque si hubiese celada por las espaldas, estuviere todo prevenido... e que estos estuviesen secretos sin que fuesen vistos. E con su persona tomó el gobernador veinte hombres de pie, e con ellos estuvo en su aposento, porque éstos tuviesen cargo con él de prender la persona de Atabaliba... e a todos los demás mandó que no saliese alguno de su posada, aunque vieses entrar los contrarios en la plaza, hasta que vieses soltar la artillería... e saldrían todos de sus aposentos a caballo, cuando oyesen decir Santiago."³⁸ La gran plaza quedó desierta.

El regio cortejo de Atahualpa se iba acercando. El Inca venía en una litera de oro que desde lejos refulgía "como un castillo de oro muy relumbrante" —y que una vez desbaratado resultó pesar "un quintal de oro"—. El suelo era barrido con minucia antes de que él pasara. Iba acompañado por toda su corte, en literas unos, en hamacas otros, y de todos sus guerreros desarmados. Una multitud llenó la gran plaza.

³⁷ Oviedo, lib. 47, cap. vi.

³⁸ Oviedo, *op. cit.*, lib. 46, cap. vii.

El exporquerizo agazapado esperaba el momento de saltar. Urden las historias la narración de un trágico enredo: una supuesta conversación entre el jefe Inca y el fraile que acompañaba a los supuestos cristianos (quienes en su peregrino concepto de la religión que creía profesar esperaban “que Dios pelearía por ellos”, aunque admitieron después, pese a que “no hobo indio que alzase armas contra español”,³⁹ que “después de Dios las ballestas les dieron la vida”). Si la conversación tuvo lugar debió de ser tan fantasmagórica como todas las otras que se describen como sustentadas entre gente desconocedora por completo del idioma del otro. La realidad incontrovertible fue que, al fin, se oyó el esperado “a ellos, a ellos, Sanctiago” y empezó la matanza más grande y siniestra de la historia de la conquista. Cañones y ballestas empezaron sus disparos implacables, los caballos arremetieron contra la multitud inermes, mientras las espadas atravesaban los desnudos cuerpos. Pizarro salió entonces de su escondrijo. Se dirigió a la real litera y de un zarpazo echó al suelo al Inca. Los soldados se abalanzaron a quitarle las ricas ropas de que iba vestido; un soldado, Miguel Astete, le arrebató la borla símbolo de la máxima autoridad Incaica. “En este tiempo los cristianos daban tantas cuchilladas en las andas, porque eran de oro, que hirieron en la mano al Gobernador.”⁴⁰ Si hubo unas gotas de sangre, fueron las únicas derramadas en el lado español, pues “como los indios estaban sin armas, fueron desbaratados sin peligro de ningún cristiano”.⁴¹ Miles de indios quedaron allí muertos. Y después de la cacería que continuó el día siguiente, “muchos prisioneros, hombres e mujeres, en que había más de tres mill personas”.⁴² Después

³⁹ Oviedo, *op. cit.*, lib. 47, cap. vii.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Carta de Hernando Pizarro a la Real Audiencia de Santo Domingo.

⁴² Oviedo, *op. cit.*, lib. 47, cap. vii.

de lo cual, el cinismo de los historiadores hace decir al Inca prisionero la frase que se diría sacada de una antología del humor negro: "que bien había visto e conocido la bondad e ánimo de los españoles".⁴³

El *curaca* máximo es encerrado en uno de los grandes aposentos de Cajamarca. Entiende, como un día lo entendiera Moctezuma, que la demanda de aquellos bárbaros era el oro, y se lo dio también. Promete a cambio de su libertad, llenar de objetos labrados, de planchas de metales preciosos toda la pieza donde está prisionero, hasta la altura que señaló puesto de pie con el brazo en alto. Se conviene en no fundir nada hasta que la pieza esté llena. De todas partes empiezan a llegar hileras de llamas, de indios cargados con vajillas de oro, con piezas ceremoniales. Las chapas de oro y plata que recubren los templos son arrancadas y conducidas poco a poco, con intento de llegar pronto a la ardua altura señalada.

El español se impacienta por la tardanza. Hernando Pizarro sale hacia Pachacámac, hacia el Cuzco, va a desvalijar los magníficos templos consagrados al Sol, de paredes cubiertas de oro, con figuras de hombres y de llamas de tamaño natural hechas también del codiciado metal, con espigas de oro en el techo. Las joyas se van amontonando en la pieza a ellas destinada, "días había que entraban veinte mill, e otras veces treinta, e otras cincuenta e sesenta mill pesos de oro, en cántaros y ollas grandes, de a tres e a dos arrobas. . . de peso cada pieza, e otras muchas vajillas. . . e era cosa de maravilla ver venir la recua de indios cargados con ello".⁴⁴ Los desaseados soldados quisieran tener ya en sus manos el fruto del reparto que aumentaría el botín obtenido el día de la prisión de Atahualpa, los "cua-

⁴³ *Loc. cit.*

⁴⁴ Oviedo, *op. cit.*, lib. 46, cap. x.

renta mill pesos, todo de buen oro", las ocho mil personas repartidas a tantas "piezas" para cada uno, "según que pareció al gobernador que cada uno merecía, conforme a la calidad de su persona e trabajo".⁴⁵

Atahualpa les explicaba los motivos que ocasionaban la desazón que los atormentaba: "hablaba con mucha gravedad y reposo, como señor... hacía buenos razonamientos que, entendidos por los españoles, le juzgaban por hombre sabio".⁴⁶ Les decía que del Cuzco a Cajamarca había diez jornadas, que el caminar del hombre y de la llama es lento. "E así, preso como estaba, tenía majestad de grand príncipe, mezclada, sin se desautorizar, con alegre e regocijado semblante, como si en su libertad estoviera".⁴⁷ El semblante de la dignidad.

La impaciencia o el cálculo y la mala fe se pusieron en marcha y la fundición de las piezas de oro empezó sin esperar a que se llenara la habitación, como convenido. Los propios indios fueron sometidos a la tortura del destrozo de las obras de arte. Nueve forjas funcionaban constantemente e iban convirtiendo en lingotes de oro las maravillas. Con ello hubo tal abundancia de oro que las cosas adquirieron "precios desaforados", y según el historiador habría mucho que decir "de lo poco en que el oro era tenido e la plata asimesmo; e llegaron las cosas a términos que si uno debía a otro dineros, le daba un pedazo de oro a bulto, sin pesarlo, e aunque le diese al doble de lo que le debía, no lo tenía en nada".⁴⁸

Atahualpa debía conservar su "majestad de grand príncipe" aun con la esperanza perdida. Su muerte estaba decidida desde el primer momento, "por el

⁴⁵ *Ibid.*, cap. XIII.

⁴⁶ *Ibid.*, cap. IX.

⁴⁷ *Ibid.*, cap. X.

⁴⁸ *Ibid.*, cap. XIII.

bien de toda la tierra e de la conquista e pacificación della, porque muerto, todo se desbarataría".⁴⁹ Se le acusó de estar juntando gente de guerra para matar a todos los españoles, por lo que "el gobernador mandó traer una cadena y se la echó al pezcuezo"⁵⁰ y aunque el Inca les explicó "que en toda la tierra no había nadie que se moviese sin su consentimiento, e que tuviese por cierto el gobernador que si gente de guerra viniese, que él la mandaba venir; e que entonces podría hacer de él lo que quisiese, pues que lo tenía preso", le urdieron un proceso "mal compuesto e peor escrito, seyendo uno de los adalides un inquieto, desasosegado y deshonesto clérigo, e un escribano falto de consciencia, e de mala habilidad, e otros tales que en la maldad concurrieron".⁵¹

No todos los españoles estuvieron de acuerdo con el crimen que se estaba preparando. Un grupo se ofreció a ir a comprobar si eran ciertas las informaciones, obtenidas bajo tortura, de que se acercaba un gran ejército para libertar a Atahualpa. Pizarro los autorizó a salir, y antes de que regresaran se concluyó el juicio. Atahualpa fue condenado a ser quemado vivo, por *traición* a los españoles y por la muerte de Huáscar. Él negó todas las acusaciones y "se quexó mucho de Don Francisco Pizarro, que habiéndole prometido de soltarlo por rescate, lo mataba. Rogóle que lo embiasse a España, e que no ensangrentasse sus manos y fama en quien jamás le ofendió y lo había hecho rico".⁵²

...cuando le notificaron la sentencia de su muerte, le mandaron que se bautizasse; si no, que lo quemarían vivo... la hoguera estuvo encendida mientras le notificaban la sentencia. Al fin dize que se bautizó, y que le

⁴⁹ *Ibid.*, cap. xiv.

⁵⁰ *Ibid.*, cap. xiv.

⁵¹ *Ibid.*, cap. xxii.

⁵² Inca Garcilaso, *Comentarios Reales*, lib. I, cap. xxxvi.

ahogaron atado a un palo, en la plaza, con voz de pregonero.⁵³

...y estuvo allí hasta otro día por la mañana, que el gobernador con los españoles e todos los religiosos lo llevaron a enterrar a la iglesia con mucha solemnidad, con toda la más honra que se le pudo hacer, como a tan grand señor.⁵⁴

Lo acompañó también el llanto general de su pueblo. Cuando los capitanes que Pizarro había mandado a averiguar la veracidad de las informaciones según las cuales se acercaba un ejército de indios, llegaron diciendo que "ningún hombre de guerra hay en el campo ni le hallamos, sino todo de paz, e muy buen tractamiento que se nos hizo en todo lo que habemos andado", fueron recibidos por un Pizarro enlutado, "con un grand sombrero de fieltro... muy calado sobre los ojos"⁵⁵ truhanescos.

Sabida la muerte de Atabaliba, e partido el gobernador de Caxamalca para el Cuzco, vinieron muchos indios e allanaron aquel pueblo, e no dejaron en él piedra sobre piedra, e desenterraron el cuerpo de Atabaliba e se lo llevaron, e no se supo dónde lo pusieron... no obstante que el capitán Belalcázar en esta demanda mató e asó muchos indios principales en Quito e por aquellas comarcas; pero nunca se pudo saber dello ni alcanzar este secreto.⁵⁶

RUMIÑAHUI

El máximo poseedor de este secreto era Rumiñahui, hermano de Atahualpa por parte de padre, quien no conforme con la actitud del Inca frente a los españoles se había retirado a Quito donde se le nom-

⁵³ *Loc. cit.*

⁵⁴ Oviedo, *op. cit.*, lib. XLVI, cap. XIV.

⁵⁵ *Ibid.*, cap. XXII.

⁵⁶ *Loc. cit.*

bró Scyri, jefe supremo de la Confederación Quiteña, con el nombre de Ati II Pillahuaso, cargo que le correspondía por su abuelo. Él fue quien hizo desenterrar al Inca de la capilla de Cajamarca y llevarlo a Quito donde durante quince días se le rindieron los tristes honores de su pueblo dolorido.

La fama de las inmensas riquezas del Perú sirvió de acicate a muchos sedientos de fortuna, entre otros a Alvarado, quien con siete embarcaciones, muchos caballos y soldados y acompañado por miles de indígenas guatemaltecos, junto con otros aprisionados en la costa de Manabí, y algunos esclavos negros, llegó al Guayas donde desembarcó en busca de un camino que lo llevara al Cuzco. La ascensión hacia Quito desde ciénagas y bosques tropicales, hasta las alturas de las escarpadas montañas, llenas de nieve en las que se perdían faltos de los guías, que los iban abandonando, fue en extremo penosa para toda la tropa, especialmente para los indígenas y los negros, carentes de defensas contra el crudo frío, que hizo tales estragos en ellos, que hizo decir a un historiador: "Fueron marcando con sus cadáveres y la sonrisa siniestra de los que mueren congelados, el paso de la desdichada expedición",⁵⁷ al tiempo que se repetían esporádica pero insistentemente, los ataques de la guerrilla comandada por Rumiñahui.

Éste, que habría de ser uno de los grandes héroes de Quito, había sido encargado por su padre de la formación militar de Atahualpa, su hermano, durante la juventud de éste, y junto con Quizquiz y Calicuchima había dirigido los ejércitos incaicos. Su valor tuvo ocasión de mostrarse repetidas veces en sus luchas contra los españoles. Cuando Belalcázar, que iba en su busca, logró la alianza de los cañaris, salió Rumiñahui a su encuentro en la llanura de Tiocajas, donde pese a lo favorable que ésta resultaba para la acción de los caballos, anuló por pri-

⁵⁷ Francisco Huerta Rendón, *Historia del Ecuador*.

mera vez el poder de las armas españolas. Desde el mediodía hasta que la oscuridad de la noche obligó a interrumpirla duró la batalla, que continuó al día siguiente con la luz del sol. Cuando lograban matar a un caballo, cortaban su cabeza los indígenas para que su vista convenciera a los pusilánimes de la falsedad de la versión que corría sobre la inmortalidad de los poderosos animales. La llanura de Tiocajas había sido perforada —como en tantos otros sitios en momentos semejantes, en aquella general oposición de todo un continente contra el despojo inaudito realizado por unos seres inimaginables, hasta tal punto que los creyeran venidos de un cielo—. Grandes hoyos con puntiagudas estacas clavadas en el fondo, destinadas a los caballos, especialmente terribles al ser echados sin piedad sobre la multitud a la que destrozaban con sus pezuñas claveteadas, al tiempo que las espadas remataban a los heridos. Un traidor avisó al español de la existencia de las trampas y le mostró el camino por el que podría llegar sin tropiezo a Riobamba. Rumiñahui no se desanimó por ello, sino que se aprestó para atacar a la ciudad, mas en este momento el volcán Tungurahua, pareciendo ponerse en contra del valeroso cacique, hizo erupción. Los indígenas aterrados, creyendo en un augurio funesto, huyeron bajo una lluvia de ardientes cenizas.

Rumiñahui, desesperado de la cortedad de su gente, se retiró con los que persistían en su valor, a Ambato. Los españoles "se cansaron de matar gente", mientras Rumiñahui defendía la retirada de sus soldados con un valor infinito. Su nombre, Ati, significa: vencedor, invencible, e hizo que los invasores pagaran a un precio, nunca antes conocido, sus triunfos.²⁸ Así logró llegar a Quito. Envío a lugar seguro a todo el pueblo indefenso, y al acercarse los españoles, cegó los canales que abastecían de agua a

la ciudad, y le prendió fuego, no sin antes haber puesto en lugar seguro los grandes tesoros de Atahualpa. La cordillera fue entonces su última defensa. Allí fue a buscarlo Belalcázar hasta dar con él. Sometido a tortura para que confesara dónde estaban escondidos los tesoros, la resistió como los valientes, llegando al extremo de burlarse de sus sicarios dándoles pistas falsas, para obtener un poco de reposo que fortaleciera su ánimo. Al ver que por ningún procedimiento obtendrían la delación, determinó Belalcázar *hacer justicia* de él y le dio muerte en la hoguera.

Herrera, el historiador, dice: "Irruminavi [Rumiñahui] se escondió, muy triste, en una pequeña choza... le prendió, sin mostrar el indio punto de flaqueza, con que se acabaron las guerras del Quito; y Belalcázar, para saber del oro y plata que escondieron les dio crueles tormentos; pero ellos se hubieron con tanta constancia, que le dejaron con su codicia, y él, inhumanamente, los hizo matar".

Así terminó el héroe quiteño, junto con sus amigos los bravos caciques Zopozopangui, Quinbalimbo, Razo Razo y Nina.⁵⁹

Pese al horror que debió desatar la represión, los quiteños continuaron por largo tiempo en su oposición. Cuando los conquistadores siguieron internándose, hallaron fuertes estallidos de rebeldía: en la gobernación de Quijos, mientras iban en busca del país de la canela, el indio Jumandi se puso al frente de una valiente revuelta. En 1578, los poblados de Archidona y de Avila fueron atacados por los indígenas que no perdonaron ni siquiera las plantaciones de frutales hechas por los colonos. En otra ciudad, Baeza, la rebelión fue repelida con balas de plata que, por carecer de plomo, fabricaron con toda pres-

⁵⁹ Huerta Rendón, *op. cit.*

teza los colonizadores. Los atacantes huyeron al verse repelidos de manera tan terminante y los españoles, persiguiéndolos, lograron prender a Jumandi y llevarlo cargado de cadenas hasta Quito donde se le dio la más atroz de las muertes, mientras "sin que por un momento se les ocurriese dudar siquiera de la moralidad de su empresa, se encomendaban con vivo fervor a los santos... y se confesaban; y luego prendían fuego, sin escrúpulo alguno, a una casa en que se habían recogido los indios de uno de los pueblos del bajo Marañón, y los mataban, haciendo perecer abrasadas en las llamas mujeres indefensas y niños inocentes".⁶⁰

Las noticias volaban de indio en indio. La de la llegada de Alvarado al Perú alcanzó así a Pizarro cuando se dirigía al Cuzco y de inmediato envió a Almagro a que le atajara el paso, "y cuando no lo pudiese resistir, le comprase la armada, lo cual hiziese con toda la buena maña que pudiese".⁶¹ Buena debió ser la maña puesto que el *héroe* del Templo Mayor de Tenochtitlan se contentó con cien mil pesos de *oro bueno*, y abandonando su contingente batallador, caballos y barcos incluidos, regresó a Guatemala no sin antes haber sufrido la más ardua oposición por parte de los indígenas del Ecuador.

Pizarro y Almagro, a su vez, pudieron darse cuenta de lo fallido de sus conjeturas a propósito de la muerte de Atahualpa, que según ellos iba a pacificar toda aquella tierra, al verse repelidos durante todo el camino a la capital cuzqueña por señores muy allegados al Inca sacrificado, quienes al frente de gran cantidad de indígenas cargados con el oro del rescate fueron sorprendidos por la noticia del asesinato y, desconcertados, se detuvieron esperando la reacción que no podía tardar o la elección de otro

⁶⁰ Monseñor González Suárez, *Historia de la conquista y la colonia* (en Huerta Rendón, *op. cit.*).

⁶¹ Inca Garcilaso, *op. cit.*

Inca. Uno de ellos, Titu Atauchi, hermano de Atahualpa, siguió a los españoles y los atacó con tal ímpetu que logró desbaratarlos y llevarse a varios prisioneros, entre otros a un tal Cuéllar que había desempeñado el papel de escribano en el *juicio* levantado contra el Inca y lo había acompañado hasta el lugar del suplicio, pregonando la sentencia.

QUÍZQUIZ

Entre tanto Quízquiz "capitán famoso de los ministros de Atahualpa" daba "una brava batalla" a los conquistadores en ruta. Después de varias horas de pelea se retiró al monte, fingiendo una huida, por donde lo persiguieron hombres a caballo hasta su total agotamiento. Quízquiz, que no esperaba más que esto, contrató obteniendo una magnífica victoria. Los puentes de troncos y bejucos, tan típicos del Perú, eran quemados después del paso de la tropa vencedora para evitar una posible reacción de los vencidos. Así logró reunirse con Titu Atauchi y dirigirse con él a Cajamarca. Allí averiguaron hasta el detalle todo lo sucedido a Atahualpa y le ofrecieron una ligera reparación: al escribano Cuéllar "por el atrevimiento y desacato que tuvo de notificar sentencia de muerte a su Inca, y haberse hallado presente a ella", lo condenaron a que se repitiera en su persona, paso por paso, "la muerte y entierro de Atahualpa". A los demás prisioneros que se habían opuesto a la ejecución, los perdonaron y les permitieron que fueran a reunirse con los otros españoles, con el encargo de presentar a Pizarro "ciertas capitulaciones de paz", mediante las cuales pensaban convivir en una especie de cogobierno con los invasores. Se les rogaba no oponerse a la designación de Manco Cápac como Inca legítimo, por ser hijo de Huaina

guardar inviolablemente las leyes de los incas pasados, hechas en beneficio de sus vasallos, siempre que no se opusieran a la ley cristiana, la que aceptaban, rogando les fuera predicada a todos. Proponian además entre otras muchas cosas, que las *capitulaciones* fueran enviadas a España para que fuesen sometidas a la aprobación imperial. Ellos se comprometían a no atacarlos aceptando su presencia en el país como desgracia inevitable puesto que anunciada por sus dioses, y a darles alimentos y servidores, no esclavos. Después de lo cual Titu Atauchi y Quízquiz, legalistas y confiados, se retiraron a esperar pacíficamente la respuesta.

Pizarro sigue su ruta. Había conseguido apresar a Calicuchima "gran capitán de Atahualpa", acusado de haber dado muerte a Huáscar por orden del Inca prisionero, y "lo llevó consigo... porque le pareció que era bien que prenda de tanta autoridad e importancia estuviese a donde cada día le pudiesen mirar las manos" pero no bastándole con eso, al ver su expresión de contento al ser atacados por Quízquiz y suponiéndole la idea que deseaba que el "valiente capitán no perdiese tan buena ocasión de matar a sus enemigos y cobrar la libertad de su patria" y calculando el invasor que Calicuchima en libertad "había de ser el mayor estorbo que podía tener para llevar adelante sus empresas... acordó de quitárselo de delante y luego le mandó quemar, aunque pareció a algunos cosa fuerte".⁶² Por supuesto que, antes de llevar a cabo el suplicio, se le propuso el bautismo, que le permitiría la gracia de ser degollado y no sufrir el martirio de la hoguera; mas pese a que su religión se oponía a la cremación de los cuerpos, no aceptó Calicuchima el ofrecimiento y dando un ejemplo único de libertad de pensamiento, prefirió la hoguera.

Así logró llegar hasta la hermosa capital de los

⁶² Herrera, Década v, lib. vi, cap. iv.

Incas el ex porquerizo, a cuyas puertas tuvo que vencer todavía la última fugaz resistencia que le opusieran sus habitantes.

Almagro, con sus mañas, y Alvarado tratando de sacar lo más posible de su fracaso, iban hacia el Cuzco para entrevistarse con Pizarro. Sabedores de que Quizquiz andaba cerca, lo atacaron por sorpresa, acelerando la marcha para "dar una trasnochada y tomarlo desapercibido". Sorprendido el *curaca* puso a salvo a toda la gente indefensa, retirándola hacia una alta sierra al tiempo que enviaba a Huaipallca al ataque. Éste, desde los lugares escarpados arrojaba grandes piedras contra los invasores, que al rodar arrastraban consigo otras muchas, caían sobre gente y caballos y producían sobre ellos enorme descalabro. Al propio Almagro le cayó una encima, tan grande que "aína lo mata" y que le inutilizó el caballo. Quizquiz, después de dejar en seguro a mujeres y niños en la montaña, acudió al ataque. Día tras día les presentó batalla, siempre victorioso. Los españoles dejaron cerca de un centenar de muertos por la cordillera escarpada y treinta y cuatro caballos, mucha ropa fina, oro y plata abandonados, al retirarse porque "no quiso Don Diego ver más daño y pérdida de sus compañeros, que fue muy grande la de aquellos dos días".

Quizquiz, osado y valiente, al ver la retirada desastrosa de los españoles, se afianzó más todavía en su idea de luchar contra ellos hasta lograr arrojarlos del país. Los demás, pese a la victoria que acababan de obtener, eran más pesimistas y pensaban en el refugio de las montañas como una solución más segura. La discusión de los dos conceptos parece haber llegado al extremo de la violencia y una lanza malhadada de Huaipallca se llevó la vida del héroe de la resistencia.

MANCO CÁPAC

El Inca elegido y sus adeptos discuten la conveniencia de presentarse en el Cuzco para la aceptación de las capitulaciones por parte del conquistador y si deben de ir armados o en absoluto son de paz. La opinión de Quizquiz había sido: "que se debía presumir que los forasteros harían más virtud por temor de las armas que no por agradecimiento de los comedimientos, porque los de Atahualpa antes le habían dañado que aprovechado".⁶³ A pesar de tan sano juicio, prevaleció la idea de Manco que se inclinaba a presentarse pacíficamente ante el invasor. La segunda discusión fue sobre si iría en andas de oro y con la borla colorada símbolo de su dignidad, o sin ellas. El Inca se inclinó a ir sin ninguna de las dos cosas dado que no tenía aun el reconocimiento de Pizarro.

El recibimiento aparentemente cordial no resolvió ninguno de los asuntos planteados por Manco Cápac, si bien tranquilizó su ánimo y le dio esperanza de ser aceptado como jefe supremo así como de poder ejercer el mando sin tropiezos con los "forasteros"; "este fue el día de mayor honra y contento que este pobre Inca tuvo en todo el discurso de su vida" escribe Garcilaso. Hasta se celebró con un areito la paz que creían establecida.

Tras unos días de forcejeos por parte del Inca y de evasivas por la de Pizarro y tras haber consultado, el analfabeto, las posibles consecuencias de la llamémosla coronación, se decidió por lo que cuadraba a su personalidad: "sabiendo que la posesión del reino era ponerse la borla colorada, fué a casa del Inca acompañado de los suyos, y sin buscar más razones, le dixo que le suplicava tomasse luego la posesión de su Imperio; que si supiera antes lo que

⁶³ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. II, cap. XI.

era, no consintiera que estuviera una hora sin su corona real en la cabeza; y que en la partición del reino se trataría más adelante, cuando los unos y los otros huviessen hecho assiento y tuviessen quietud".⁶⁴ En cuanto a predicarles la religión lo dejaba también para más tarde, para cuando se contara con los religiosos necesarios para ello. Y haciéndole ver que la paz estaba en sus manos le mostró su astucia y su propósito de aprovecharse de él.

Las reiteradas demandas de reparto del poder mientras se gestaban las disensiones que habrían de inducir a aquellos hambrientos de mando y de gloria a veinticinco años de guerras civiles, en las que los indígenas llevarían como siempre la peor parte, utilizados como carne de cañón, y que habrían de provocar la muerte de todos los actores de aquella tragedia que se llamó la conquista del Perú, tuvieron como acción inmediata el encarcelamiento de Manco Cápac, al retirarse Pizarro a Lima, la Ciudad de los Reyes, en demanda de las provisiones reales que su hermano Hernando le traía de España junto con el título de marqués y el hábito de Santiago, el cual al fin no le fue ni siquiera útil como mortaja. Almagro, a su vez, recibía del rey la gobernación del Nuevo Reino de Toledo "hacia el sur y levante de la Nueva Castilla", la cual correspondía a Pizarro. Con este reparto quedaba en disputa la posesión del Cuzco que ambos reivindicaban como suyo.

Manco Inca, "en la fortaleza del Cuzco, en prisiones de hierro", logró de Hernando Pizarro, *quien le mostraba gran amistad, aunque siempre lo hacía guardar*,⁶⁵ que le permitiera ir a una fiesta tradicional a Yúca, donde estaban enterrados los antiguos Incas, con el anzuelo de llevarle al regreso una estatua de oro macizo retrato de su padre Huaina Cápac. Tuvo

⁶⁴ *Ibid.*, cap. XIII.

⁶⁵ Zárate, *op. cit.*, lib. III, cap. III [cursivas nuestros].

ocasión, mediante este ardid, de hablar con los ancianos sabios entre su gente, los cuales le dijeron que nunca habían estado de acuerdo en que se fiara de aquellos extranjeros, ni en que creyera que le iban a devolver el *Imperio*, "porque de gente que tanto amor y codicia a mostrado a la fruta, no es de creer que les pase por la imaginación restituir el árbol a su dueño".⁶⁶ Le previenen, además, que el fin que debe de temer es el que le fue deparado a Atahualpa. Con este convencimiento acuerdan una sublevación general para un día determinado en que habían de atacar a todos "los advenedizos de Castilla".

El día señalado vio un levantamiento general en todo el Tahuantinsuyo. Manco atacó el Cuzco. Le puso cerco y con flechas con yesca prendida, lo incendiaron. Los españoles se vieron obligados a salir de sus casas y formando un círculo en la plaza, protegidos por los caballos, resistieron durante diecisiete días el ímpetu de las piedras arrojadas con hondas y las flechas disparadas por encima de los caballos. Durante más de ocho meses mantuvieron el cerco los leales al Inca, intensificando la lucha las noches de luna llena. Cuando ya faltaba la comida en la ciudad asediada, ocurrió el *milagro*: el apóstol Santiago montado en caballo blanco empezó a matar indios. Todos lo vieron. Probablemente el *Dios de los Ejércitos* de la antigua Biblia volvió a actuar, dejando a un lado los Evangelios. Cuando los indígenas se disponían a atacar de nuevo y con mayor ánimo después de una reprimenda de su Inca que les echó en cara su "covardía y flaqueza de ánimo", Santiago se vio ayudado por una mujer blanca que volaba por los aires y cegaba a los enemigos de los cristianos echándoles "rocío en los ojos", con lo que el milagro fue completo y parece que la desazón de los indios absoluta. Pese a lo cual continuaron el cerco.

Los indígenas sometidos, confundidos con los ata-

⁶⁶ Inca Garcilaso. *op. cit.*, lib. II, cap. XXII.

cantes durante el día, se las agenciaban para llevar víveres a la plaza y, a la vez, servían de espías.

La noticia del cerco llegó hasta Chile donde Almagro realizaba la típica aventura de la conquista, poniendo tierra de por medio entre él y los nefastos Pizarro. Se había llevado consigo a Paullu, joven hijo de Huaina Cápac y al gran sacerdote Uíllac Umu. Ya sea porque las vicisitudes del viaje que el conquistador, desoyendo los consejos de Paullu, decidió verificar por el camino que remontaba los Andes, en el que dejó centenares de hombres y de caballos congelados, ya sea porque la oposición de Manco Cápac le sugiriera la posibilidad de un cambio en su fortuna, ideó fraguar una intriga utilizándolo como eje de ella. Y se inició el carteo con el que llama "muy amado hijo y hermano mío", anunciándole que pensaba regresar para ayudarlo y pidiéndole que no matase a los cristianos hasta su llegada: "determiné de me venir —le escribe— para restituíros todo lo que os tomaron, e castigar los culpados en ello y en el mal tractamiento de vuestra persona, como sus delitos lo merescían". En todo mientes: "A Paulo vuestro hermano, tengo conmigo, y le amo como a mi hijo".⁶⁷ La llegada de la carta es celebrada con un areito en el campo del Inca. Y la respuesta va con mensajeros: "haciéndole saber la causa de su alzamiento, e los malos tractamientos que había rescibido, robos e fuerzas que le hicieron. . . que ni le dejaron mujer ni hermana a quien no forzasen, ni oro que no se tomasen, ni ropa que no saqueasen, ni tierra en que pudiese hacer sus simenteras. Y en su persona sufrió muy grandes aprobios", y que si como sospechaba lo habían de matar, "que por amor de Dios no le quemasen ni le aperreasen, que es muerte entre indios muy aborrecida, sino que le ahorcasen, porque feneciese presto".⁶⁸

⁶⁷ Oviedo, *op cit.*, lib. XLVII, cap. VII.

⁶⁸ *Ibid.*

La respuesta de Almagro tiene ya otro tono: reconoce los malos tratos que han dado al Inca y las razones de su *alzamiento*, a la vez que le recrimina por haberlo hecho. De todos modos —le dice— no lo tiene que abandonar por eso y le promete auxilio invitándole a ir a reunirse con él: “te prometo y aseguro de te dejar volver como vinieres, libre e sin que recibas ningún daño”. Al mismo tiempo recibe el Inca otra carta que le manda Hernando Pizarro previniéndole contra Almagro, diciéndole que mentía, que no se fiara de él, que sólo los Pizarro tenían poder para perdonarlo si se entregaba. Fácil es de imaginar la desazón del Inca ante la rivalidad de los españoles y la de todos los indígenas obligados a luchar unos contra otros en ambos bandos. Los de Pizarro, “con fajas coloradas sobre las armas, porque fuesen conocidos en la batalla” con órdenes de que “matasen a los cristianos que no trujesen aquellas fajas; e teníanlos empuestos en cómo habían de pelear contra los cristianos con las picas, e cómo habían de ponerse para matar los caballos”.⁶⁹ Empujados de un lado para otro, eran ellos los que engrosaban el número de muertos en las batallas, ellos los que llevaban siempre la peor parte.

El cerco al Cuzco iba disminuyendo en eficacia. Los españoles a caballo hacían incursiones por el campo, ensartando con sus picas a los indígenas que se les ponían enfrente. Pero Manco Inca se mantuvo aparte de los dos bandos; desoyó a los que le decían que “aceptase la demanda y entretuviese la guerra hasta que los mismos españoles se huviessen gastado y muerto unos a otros”,⁷⁰ por cuestión de dignidad. Pizarro pone entonces en juego otra astucia. Prende a Paullu y lo erige Inca para enfrentarlo a su hermano. Manco Cápac con un grupo de familiares y de adictos “se fue a las bravas montañas de

⁶⁹ Oviedo, *op. cit.*, lib. xlviii, cap. xliii.

⁷⁰ Inca Garcilaso, *op. cit.*, lib. ii, cap. xxix.

los Antis, a un sitio que llaman Uillcapampa, donde, como se puede imaginar de un príncipe desposeído y desheredado, vivió en destierro y soledad, hasta que un español... lo mató".⁷¹

Paullo y el gran sacerdote Uillac Umu desaparecieron también y lo que sigue fueron guerras de exterminio de los españoles entre sí, con la muerte que se dieron unos a otros los jefes sucesivos de los dos bandos a los que la codicia, el afán de mando y la afición al crimen fueron empujando hasta el desastre total.

La estructura feudal de la colonia, con marcada separación de castas, con esclavitud y servidumbre, pesaba sobre los indígenas de manera especial. Los aplastaban los gravámenes impuestos sin piedad por los corregidores, los tributos, las obligaciones. Entre éstas sobresalían dos que levantaron infinidad de protestas incluso de los españoles: la *mita* y los *obrajes*. Eran éstos unos talleres textiles a los que obligatoriamente tenían que ofrecer su trabajo todos los indígenas por un período teórico de un año, los cuales, si bien les eximían de la mita, reunían unas condiciones de trabajo tan inhumanas que hicieron decir a Jorge Juan y Antonio de Ulloa en sus "Noticias secretas de América", escritas a raíz de su visita a las colonias, a finales del siglo XVIII:

Para formar perfecto juicio de lo que son obrajes es preciso considerarlos como una galera que nunca cesa de navegar, y continuamente rema en calma alejándose tanto del puerto que nunca consigue llegar a él, aunque su gente trabaja sin cesar con el fin de tener algún descanso. El gobierno de estos obrajes, el trabajo que hacen en ellos los indios, a quienes toca esta suerte verdaderamente desgraciada, y el riguroso castigo que experimentan aquellos infelices, excede a todo cuanto nos es posible referir.⁷²

⁷¹ *Loc. cit.*

⁷² Citado por Boleslao Lewin, *La insurrección de Tupac Amaru*.

En cuanto a la mita, trabajo obligatorio temporal en principio, mas sin límite en la realidad, separaba de su ayllú, de su familia, al indígena para llevarlo al infierno de las minas. Las referencias a esta obligación provinientes de la pluma de gente a la que no se puede atribuir ninguna simpatía hacia los naturales que la sufrían, son contundentes. El virrey de Alba, aseguró que "las piedras de Potosí y sus minerales están bañados en sangre de indios y que si se exprimiera el dinero que de ellos se saca habría de brotar más sangre que plata".⁷³ El visitador Areche, célebre por su crueldad hacia los indígenas, confesó que "no hay corazón bastante robusto que pueda ver cómo se despiden forzados indios de sus casas para siempre, pues si salen ciento, apenas vuelven veinte".⁷⁴

Fray Buenaventura de Salinas y Córdoba, con acento lascasiano, clama contra la imposición criminal en su Memoria, en sus discursos, en sus cartas al rey de España:

Sírvase V. Magestad de considerar lo mucho, que los Indios padecen en las minas de Guancavelica, assi por el rigor del trabajo, que tienen en entrar quinientas y cincuenta varas debaxo de la tierra, como en quebrantar la dureça del metal, enfermar, y morir del polvillo, que sale al golpe de la barreta, y les entra por la respiración de la boca, y las narizes, y salir cargados del mismo metal de aquella profundidad, donde jamás se ve la luz del sol, abierto el pecho, cubiertos de sudor de sangre, que muchos echan de la boca: el ayre de allá dentro, como nunca corre, es espeso, enemigo de la vida humana, y á todos los almadea: y el que sopla, y baña quando llegan a la boca del socabon, como es delgado los traspasa, y mata: el agua que beven quando salen sedientos, es frigidissima; y sobre todo el rigor, y crueldad, que hallan en los mineros, y mayordomos, que residen en las minas, y de muchos mestizos que es codicia violenta, y conocida tirania, que les saca la sangre.

⁷³ *Ibid.*

⁷⁴ *Ibid.*

Al tiempo de las mitas, es lastima ver traer a los indios de cincuenta en cincuenta, y de ciento en ciento, ensartados como malhechores, en ramales, y argolleras de hierro: y las mugeres los hijuelos, y pariente, se despiden de los Templos dexan tapiadas sus casas, y los van siguiendo, dando alaridos al cielo, desgñados los cabellos, cantando en su lengua endechas tristes, y lamentaciones lugubres, despidiendose dellos, sin esperanza de bolverlos a cobrar, porque alli se quedan, y mueren infelizmente en los socabones, y laberintos de Guancavelica.

Refuerza lo que dice con un hecho concreto:

Aviendo llegado al valle de Xauxa un Indio, que bolvia de la mina de Guancavelica a ver a su muger, y sus hijos, y á descansar en su tierra, halló muerta a la muger, y a los dos hijuelos, de edad de quatro a seis años en casa de una tia suya. Llegó tras él el Curaca, y queriendolo llevar otra vez a la mina, le dixo: Bien se, que te hago agravio, pues acabas de salir del socabon y te hallas biudo, y con dos hijos, que sustentar, flaco y consumido del trabajo, que as passado; pero no puedo mas; porque no hallo Indios para enterar la mita, y sino cumplo el numero, me quemarán, açotarán, y beberán la sangre, duelete de mi, y bolvamos a la mina. Respondiole el Indio a su Curaca: Tu eres el que no te dueles de tu sangre, pues viendome tocado del polvillo, y que hallo muerta a mi mujer, y con estos dos hijuelos, que sustentar, sin tierras que sembrar, ni ropa que vestirles, me hazes tal agravio. Y no aprovechando con el Curaca la razón y la justicia deste Indio; cogio sus dos hijuelos, y los sacó una legua del pueblo, y abraçandolos, y besandolos tiernamente, diziendoles que los queria librar de los trabajos, que el passava, sacando dos cordeles, se los puso a las gargantas, y echo verdugo de sus propios hijos, los ahorcó de un arbol, y sacando luego que llegó el Cura con el Curaca, un cuchillo carnizero, se lo clavó por la garganta, entregando el alma a los Demonios, por verse libre de la opresion de las minas. Y lo mismo hazen las madres, porque en pariendo varones los ahogan.

Y estas son aquellas gentes, que tienen por su Pastor un gran Pontifice, un gran Rey por defensor, un gran Con-

sejo, y Consejos, de donde les puede venir todo su bien con seguridad. Son gentes cercadas de Virreyes, Audiencias, Gobernadores, y de una suma incontable de ministros Eclesiásticos, y Reyes, que todos visten, comen y acuchan de sus haciendas en sus tierras, mal que les pese... son gentes, que con todos esos bienes de fortuna, no para sí, sino para otros, y con tantos defensores, an padecido, y padecen, y an de padecer hasta la muerte, sin aver cometido delito en sus tierras ni en las ajenas... Son gentes a quien ampara la ley de Dios y su sagrado Evangelio... Lo qual, de ninguna manera an podido, ni podrán creer los Indios, porque después que recibieron nuestra Religion Chistiana son oprimidos entre nosotros con mayores, y mas pesadas cargas, que en tiempos de sus infieles Reyes Ingas, y señores. Y assi podemos temer no experimenten en si mismos, y nos den en el rostro, con aquellas tan sentidas palabras del cap. 18, del Deuteronomio: "Servirás al enemigo que Dios te a inbiado, en hambre, y sed, y desnudez, y toda penuria: pondrá sobre tu cerviz un yugo de hierro, hasta que te quebrante; porque a traído el Señor sobre ti una gente de los últimos fines de la tierra, semejante al águila, que buela con ímpetu, cuya lengua no podrán entender; gente procacísima, y cruel, que no reserve al viejo, ni tenga misericordia del pequeño".

Verdaderamente cara, muy cara les á venido la Fé a estos miserables Indios, aun no aviendosela dado a muchos, mandando Christo, y V. Magestad... se la diessemos gratis.

Y lo que a mi más assombra sobretodo, es, que los facinerosos, que asuelan estas gentes, y acaban este mundo, los veo honrados y premiados... y los tienen por valerosos soldados, y muy servidores de Dios y de su Rey, y se confiesan, y los absuelven... No lo entiendo; y bien veo quebrantados todos los diez mandamientos con auestas gentes... Es tan grande y horrible para los Indios la memoria y el temor de los Indios de Guanacavelica, que los Gobernadores y Caziques dellos, an venido a la Ciudad de Lima, y estan clamando por la imposibilidad, en que se hallan, para poder continuar la mita en el nuevo assiento, que trata de hazer V. Excelencia, con los mineros de aquella villa, por la gran disminución, y consumo a que los tiene reducidos el riguroso, é incomfortable trabajo,

que es tal, que en el tiempo antiguo, solo se aplicava a delinquentes dignos de muerte...

Y trata el buen fraile de despertar la conciencia del rey con estas palabras:

De modorras y letargos de Príncipes adolecieron muchas Repúblicas y grandes Monarquías se acabaron. Ni basta que el Rey tenga los ojos abiertos, para entender que esta despierto; porque el mal dormir... es con los ojos abiertos.

Por tanto vea V. Magestad la obligación que ay de librar a estas miserables gentes... porque de la forma y manera que estan... no tienen paz ni tranquilidad, antes sí inmensas tribulaciones... amarguras, odios y despechos contra los españoles y aborrecimiento de la ley de Dios, hallandola tan pessada, tan amarga y difícil de sufrir... pues con título ó color de su Fé, les vienen tantas calamidades... [y el pensamiento]... que mexores eran sus Dioses que nuestro Dios".⁷⁵

Hasta aquí lo que podía decir un español con cargo eclesiástico. El resto lo dirá Túpac Amaru.

LA REBELIÓN DE TÚPAC AMARU

Al desconcierto provocado por las ejecuciones de los caciques durante la conquista, por las muertes en masa de los indígenas obligados a tomar parte en las terribles guerras entre conquistadores, al atropello inaudito y la sujeción a que fueron sometidos, siguió un lento despertar de oposición, de descontento. Los sucesos europeos y la propagación de las ideas motoras de la Revolución francesa ejercieron su influjo en la mentalidad de muchos criollos, así como en buena parte del clero.

⁷⁵ Fray Buenaventura de Salinas y Córdoba, *Memorial de las historias del Nuevo Mundo*.

Los corregidores, enviados directamente por la metrópoli, representantes del rey en las provincias, tenían a su cargo las cuestiones civiles y criminales. Los caciques, designados entre los antiguos nobles curacas, eran los encargados del cobro de los tributos y también de obligar al pueblo a cumplir con el forzoso servicio de la mita. Su sueldo gravitaba sobre el pueblo y a menudo las extorsiones que, contagiados de la corrupción administrativa general, verificaban sobre el indio aumentaba todavía la miseria que consumía a éste. Y, por si fuera poco, Fernando VI autorizó a los corregidores a realizar ciertas actividades económicas cuyas ganancias quedaban para ellos una vez saldados los pagos de contribución a la real hacienda. La finalidad de tales actividades fue el *reparto*, con carácter de compra obligatoria por parte del indígena, de mercancías más o menos deterioradas y perfectamente inútiles: medias de seda, anteojos, prendas de vestir de terciopelo, alfileres, barajas, encajes, hebillas, con cuya compra se endeudaba el indio para toda la vida, y por lo que debía de pagar sumas enormemente altas.

Todos esos abusos provocaron rebeliones de diversa importancia a lo largo de todo el siglo XVII, reprimidas siempre por procedimientos medievales. Una de las más notables fue la realizada por Juan Santos Atahualpa Apu Inca, quien durante diez años —desde 1741 hasta 1751— tuvo en jaque a las autoridades españolas, y si bien la rebelión no condujo a nada en definitiva, sirvió para despertar la conciencia y la esperanza de los sometidos.

La cima señera de la oposición la representan José Gabriel Túpac Amaru Condorkanki y su gran colaboradora, Micaela Bastidas Puyucahua, su mujer.

Señor del cacicazgo de Tinta, con Surinama, Tangasuca y Pampamarca, por herencia directa como descendiente del último Inca legítimo —Túpac Amaru I, quemado en el Cuzco por orden del virrey Toledo,

en 1572— poseía una clara inteligencia y la cultura que recibían los descendientes de los caciques. Consciente del atropello que se venía cometiendo con su pueblo, sintió como en carne propia la desgracia que afligía a sus compatriotas y luchó por mitigarla, legalmente en un principio, para lo que fue a Lima en su intento de lograr la supresión de la mita, y, si bien no lo consiguió, le valió el viaje amistades y seguidores. A partir de entonces se fue radicalizando y empezó a planear su acción revolucionaria de la que no hizo partícipe a nadie, salvo seguramente a su mujer.

Su acción guerrillera empezó con el secuestro del corregidor de Tinta al salir de una reunión que para celebrar el santo de Carlos III se celebraba en casa del cura de un lugar cercano a Tinta. Era el 4 de noviembre de 1780. Arriaga, el corregidor, implacable colonialista, enemigo de Túpac Amaru y opresor de los indios, fue conducido a Tungasuca donde se le obligó a firmar varias cartas, en la más importante de las cuales, por las armas y el dinero que se obtuvo, se solicitaba la presencia del cajero con las llaves del cabildo. En las otras, enviadas a los principales pueblos del corregimiento, se ordenaba a todos sus habitantes que comparecieran de inmediato, antes de las veinticuatro horas de recibida la orden. Al acudir encuentran al cacique quien explica al pueblo lo que está pasando, los arma y los ordena militarmente en la plaza.

Entonces aparece el corregidor al que se le lee una supuesta cédula real que autoriza a Túpac Amaru a hacer justicia. La sentencia es de muerte, y ante todo el pueblo, Arriaga es ejecutado en la horca por sus excesos en los repartos y por su crueldad para con los indígenas. Funge de verdugo un zambo de nombre Oblitas, esclavo hasta entonces de Arriaga.

Este acto justiciero y reivindicador tuvo enormes consecuencias en toda la extensión del antiguo Ta-

huantinsuyo y más allá, hasta la Nueva Granada, donde se levantan los Comuneros. Cunde por toda la América un hálito de entusiasmo y esperanza de libertad.

Los esclavos liberados gracias al "Bando de Libertad de los Esclavos", leído como grito definitivo de lucha revolucionaria el 16 de noviembre, se unen al cacique con entusiasmo. Se juntan también indios, mestizos, criollos que repudiaron siempre la explotación, bastantes sacerdotes y caciques incontaminados por la corrupción general. Seis mil hombres se reúnen en un principio, armados con piedras, con hondas, con palos y con su valor.

El saqueo de los obrajes de la región y el reparto de lo que estaba en ellos almacenado continuó la lucha; mas la primera acción de guerra tuvo lugar en Sagarara, donde los realistas se habían fortificado. El pueblo sublevado llegó sigilosamente y lo rodeó. Túpac Amaru, como habría de hacer en lo futuro, intimó a la rendición antes de atacar, a la que se negaron los peninsulares. Muchos mestizos decididos a acogerse al perdón que se les ofrecía intentaron pasarse al bando revolucionario saliendo de la iglesia donde se habían refugiado los atacados, pero los realistas se lo impidieron "espada en mano, haciendo muchas muertes y violando el templo del Señor, de tal modo que el cura se vio obligado a enviar recado a Túpac Amaru para que contuviese aquel desorden".⁷⁶ La pólvora almacenada en la iglesia se prendió y voló parte del techo. La batalla, que había empezado en la madrugada, duró hasta el mediodía con el fracaso total de los realistas. Túpac Amaru hizo curar a los heridos enemigos, dio doscientos pesos al cura para que los muertos fueran enterrados y dejó en libertad al capellán de la tropa derrotada.

La noticia, al llegar al Cuzco, sembró la desolación

⁷⁶ Daniel Valcárcel, *La rebelión de Túpac Amaru*.

y el terror pues la ciudad se hallaba desprovista de armas y de contingente bélico. Era el momento de atacarla. Aún ignorante, Túpac Amaru, de la precaria situación en que se encontraban los cuzqueños, el impacto psicológico de la victoria obtenida en Sagarara hacía imprescindible el ataque inmediato. Pero no se hizo. El cacique, desoyendo los consejos reiterados de Micaela, su esposa, determinó ir hacia el sur y establecer un cerco de pueblos adictos antes de atacar el centro importante. A su paso se le unía la gente, los curas salían a recibirlo bajo palio, por todas partes encontraba adictos. Pero los del Cuzco no dormían: de Buenos Aires, de Lima les fueron enviados refuerzos importantes, en armas, en guerreros avezados, mientras el miedo hacía cambiar la actitud de los realistas que prometían la supresión de los impuestos, el perdón de las deudas, y al mismo tiempo trataban por todos los medios de introducir la sedición en el campo tupamaro. Se puso precio a Túpac Amaru: veinte mil pesos fueron ofrecidos a quien lo entregase vivo; se le excomulgó; se urgió a los curas a que predicasen la deserción del campo rebelde, a los indígenas. Entre tanto la correspondencia entre Túpac y su valiente compañera se sucedía constante. La de ella, apremiante, le instaba a que volviera, a que dejara aquellas tierras en las que "no había nada que hacer"; la de él, confiada, tratando de calmarla, prometiendo un ataque inmediato, pidiéndole gestiones y servicios que ella desempeñaba con prontitud y notable eficacia.

De él quedó un retrato que le pintó Antonio Oblitas, el zambo ex esclavo de Arriaga, "para recuerdo de los Tupa Amaros", montado en un caballo blanco, con las vestiduras reales de los Incas. A ella nadie se ocupó de pintarla, pero se la puede imaginar por sus cartas a Túpac Amaru, cuando viendo cómo deja perder la ocasión de una victoria en el Cuzco le escribe que la inquietud le quita la vida, "que

ni aun ya tengo carnes ni estoy en mí",⁷⁷ y por su indómito carácter, por su clara visión de cómo debía de ser dirigida la estrategia; por la veneración que le profesaban los caciques y la prontitud con que la obedecían los indios, rasgos que la muestran con energía propia de un jefe nato.

Otra mujer desempeñó un notable papel en la lucha. Fue la cacica de Acos, doña Tomasa Titu Condemayta, con la que sostuvieron los dos nutrida correspondencia y les prestó una ayuda tan eficaz y de tal arrojo que, al frente de un grupo de mujeres, defendió heroicamente un puente en la lucha contra los realistas, lo que le valió sufrir, al final, las mismas torturas a las que la otra heroica mujer fue condenada. También ella, doña Tomasa, opinaba que "con su contramarcha después de Sangarara, Túpac Amaru había dado tiempo e ímpetu a sus enemigos".⁷⁸

Por fin Túpac Amaru cede a los apremios y se decide al ataque del Cuzco, capital del pasado poderío incaico y segunda capital del Perú. Pero era ya tarde. Las armas obtenidas con suma dificultad, la aptitud guerrera de sus tropas, eran muy inferiores a los que les esperaban en la ciudad ya poderosamente equipada.

Al comenzar el año 1781, Túpac Amaru, auxiliado por su esposa, apareció por las altas montañas que rodean el Cuzco con la intención de atacar Sacsahuaman y rodear el Cuzco en acción simultánea con las tropas que comandaba su primo hermano Diego Cristóbal Túpac Amaru. La acción no pudo ser llevada a efecto por la presencia en el lugar del cacique traidor Pumacahua, ardiente partidario de los opresores de su pueblo, y uno de los peores enemigos del Inca. Diego Cristóbal, por su parte, se tuvo que enfrentar con un nutrido ejército realista que

⁷⁷ Daniel Valcárcel, *op. cit.*

⁷⁸ *Ibid.*

le impidió el paso del río Urubamba. No obstante, durante muchos días se sucedieron los combates alrededor del Cuzco sin que la victoria se decidiera por ninguno de los dos bandos, pese a la traición del español Figueroa quien fingiéndose partidario de la causa tupamarista, en cuyo campo dirigía el ataque de la artillería, desviaba exprofeso los tiros del blanco, mientras los soldados del Cuzco hacían sus disparos invocando a la virgen del Rosario. Túpac Amaru, confiado sin duda en la suerte y en la justicia de la causa que defendía, tomaba parte en los combates montado en su caballo blanco que lo ofrecía a la mira de los sitiados. (Ya doña Micaela en alguna de sus cartas le había reprochado su excesiva temeridad).

Ocho días duró el cerco, con combates incesantes entre aquellas fuerzas tan desiguales. El último duró ocho horas sin descanso bajo una lluvia torrencial, sin derrota manifiesta por ningún lado, mas al llegar la noche Túpac Amaru se retiró inesperadamente. Se había dado cuenta de la mortandad que provocaba en los indios que el mando enemigo colocaba en primera fila y no quiso seguir matando a su propia gente, según declaración de un sacerdote del Cuzco.

El "padre de todos los pobres" se retiró a su cacicazgo de Tinta esperando una mejor ocasión. Los realistas se organizaron de inmediato: reunieron grandes sumas de dinero y formaron un nutrido ejército con nuevos refuerzos destinados al ataque de Tinta. En él figuraba el cacique traidor Pumacahua. Las tropas de Túpac Amaru, infinitamente más reducidas en número, presentaron ataques esporádicos, de guerrilla, contra el inmenso ejército que iba en su busca.

Como las noticias pasaran con facilidad de un campo a otro, el Inca ideó una treta: hizo propagar la información de que preparaba un ataque violento

al centro del ejército realista, mientras se retiraba a una región escarpada, bien protegida con fosos y defensas contra los caballos. Pero la traición operaba sin descanso y en el campo español se conocía al detalle la situación tupamara. Lo rodearon y esperaron rendirlo por hambre. No se entregó, pero al intentar una salida ofensiva encontró al ejército enemigo en guardia, bayoneta calada y con sus armas de fuego. Los tupamaros combatieron con fuerza insospechada a pesar de lo cual fueron vencidos. Su retirada fue seguida de manera inexorable; por todas partes algún traidor o algún cobarde señalaba su pista. Su última derrota, en un lugar cercano a Pampamarca, proporcionó a los realistas sesenta y siete prisioneros que fueron ahorcados sin juicio y colgadas sus cabezas en lugares bien visibles. Se acercaba el final y la represión irracional se extremaba.

El día 6 de abril de 1781 en el pueblo de Langui fue capturado Túpac Amaru por un mestizo traidor, considerado partidario suyo, de nombre Francisco Santa Cruz. Otro traidor, Ventura Landaeta, capturó a su esposa, a dos de sus hijos y a su cuñado Antonio Bastidas. Todos fueron entregados personalmente al visitador Areche. También la cacica de Acos fue capturada. Y allí empezó el martirio. La dignidad que los caracterizó toda su vida no los abandonó en aquellos terribles momentos. Túpac Amaru tuvo que soportar los ofrecimientos de amonación de penas contra la delación de sus partidarios. Como los ofrecimientos fueran reiterados, el cacique respondió al fin a Areche: "aquí no hay más cómplices que tu y yo; tú por opresor, y yo, por libertador". Entonces se extremaron las torturas que llegaron a la atrocidad sin conseguir quebrantar el mutismo del héroe. Temiendo que no pudiera resistirlas, se adelantó la ejecución de la sentencia.

El 18 de mayo, la plaza mayor del Cuzco, llena

del pueblo incaico al que el terror y el desaliento debió de enmudecer, sobre un tablado pintado de verde en el que sobresalían cuatro horcas, guardado por soldados con fusiles y bayonetas caladas, se verificó el suplicio. Las víctimas llegaron a la plaza metidas en zurrone y arrastradas por caballos, todas esposadas y con grillos en los pies. Túpac y Micaela fueron obligados a presenciar todas las muertes y la de su hijo mayor. Al hijo, Hipólito, y al tío del héroe, Francisco Túpac Amaru, se les cortó la lengua antes de ahorcarlos. Al pintor Oblitas se le arrastró con una soga al cuello y luego se le ahorcó. A la cacica de Acos, doña Tomasa Titu Condemayta, "imperturbable, irónica y despectiva, la dieron garrote sobre un tabladillo dispuesto con un torno de hierro 'que a este fin se había hecho, y que jamás habíamos visto por acá' ".⁷⁹

Después llegó el turno a la insigne compañera de Túpac Amaru, a "la india Micaela", según los documentos oficiales. Delgada "sin carnes", como ella misma había escrito un día al marido, sufrió más que los anteriores al martirio. Se negó a abrir la boca, y sólo después de muerta pudo el verdugo cortarle la lengua. Era tal su dignidad que inspiró unos versos anónimos que transcribe el historiador Valcárcel:

*En la tribuna se planta
tan magestuosa que admira...*

Su fino cuello no permitió que el torno la ahorcara. Entonces dos verdugos intentaron hacerlo con una cuerda, curiosamente sin lograrlo, por lo que la remataron a patadas. Túpac Amaru y el hijo menor sufrían el espectáculo vergonzoso.

Por fin fue sacrificado el caudillo: le abrieron a la fuerza la boca para cortarle la lengua y con su

⁷⁹ Valcárcel. *op. cit.*

cara ensangrentada mirando al cielo, extendido en medio de la plaza mayor donde los Incas daban a conocer sus edictos por medio de los pregoneros, se le ató de pies y manos a cuatro caballos para descuartizarlo. De dónde sacó sus fuerzas para resistir su suplicio nadie lo comprende, pero no lograron destruirlo. El grito espantoso del hijo pequeño se oye todavía al leer el relato. Hasta la naturaleza pareció rebelarse y empezó a diluviar. Y el sanguinario Areche, "por compasión", mandó decapitar al héroe.

Todos fueron descuartizados y sus miembros enviados a distintas partes del país "para escarmiento" y como aviso a futuras rebeliones posibles.

Un silencio sepulcral acompañó al horror todo el tiempo. Habían transcurrido algo más de seis meses desde el levantamiento.

Ni el sadismo bárbaro de la sentencia pacificó el país. La semilla había sido lanzada al viento y germinó. La rebelión siguió y ya no paró hasta la liberación de los países todos de América.

REPERCUSIONES

La magia del nombre de Túpac Amaru siguió inspirando acciones heroicas después de su muerte, como las sigue inspirando todavía en nuestros días a todos aquellos que están dispuestos a ofrendar sus vidas en la lucha por la justicia social auténtica. "Vamos Patria a caminar, yo te acompaño"⁸⁰ parece haber resonado por las montañas andinas: Diego Cristóbal, primo hermano del Inca, tomó en sus manos la bandera de la rebelión. Las desertiones en los ejércitos realistas se convirtieron en hábito, mientras los ataques tupamaros se renovaban por doquier sin arredrarse por la represión colonialista que hacía estragos

⁸⁰ Otto René Castillo.

en niños y mujeres, en indios indefensos. Casos de heroísmo inaudito como los de guerrilleros que al verse perdidos preferían suicidarse despeñándose antes que rendirse, convencieron a los colonialistas de lo hondo que había calado el grito tupamaro de Libertad.

Entre muertes y desertiones el ejército realista que contaba con 17 000 hombres al enfrentarse con Túpac Amaru, había quedado reducido a unos 1 600 cuando Diego Cristóbal y Mariano, el hijo del Inca, los obligaron a retirarse de Puno, y se redujo todavía más con la persecución y el ataque intermitente a que lo sometieron pequeños grupos de guerrilla hasta su llegada al Cuzco, donde arribó en estado lamentable. Allí, Areche trataba de dominar la situación sin conseguirlo: ni promesas de perdón, en las que nadie creía, ni las prédicas de los curas, ni los castigos crueles hasta la exageración lograron aplacar los ánimos de los indígenas: el visitador Areche se vio obligado a abandonar el Cuzco.

La situación llegó a ser insostenible: las minas y los obrajes, abandonados; el comercio nulificado; los pueblos de las alturas, abandonados por sus habitantes quienes buscaban la tranquilidad de las costas o de las ciudades. Los realistas proponen la paz, el perdón, la amnistía general. Y Diego Cristóbal pacta, resuelto a poner fin a una situación que ya no podía prolongarse. El pueblo que lo había secundado lo iba abandonando, descontento e inconforme, cuando iba a entregarse a los militares.

En el pueblo de Sicuani tuvo lugar la rendición, aceptada con gran pompa y aparato. Previa anulación de la excomunió n lanzada contra los Túpac Amaru, la ceremonia fue celebrada en la iglesia en enero de 1782: se proclamó la amnistía general; todas las armas debían de ser entregadas. Por cortesía le fue devuelta la espada al caudillo para que con ella colaborara en la rendición de los pueblos que se man-

tenían rebeldes. El acto final, remate del perdón, fue teatral: el pendón de Castilla ondeó tres veces por encima de la cabeza del convicto. El virrey, en Lima, publicó el juramento y el perdón. Y dio por terminada la rebelión.

Pero no fue así. Valientes caciques siguen la lucha: Carlos Nina Catari, Alejandro Calisaya, Simón Condori, Vilca Apasa. Poco a poco van cayendo en manos de los realistas. A Vilca Apasa lo condenan al mismo tormento que se había destinado a Túpac Amaru, a ser descuartizado por cuatro caballos, y también él resistió a los brutos.

Las autoridades realistas tomaron como pretexto la continuada oposición para llevar a efecto lo que desde el primer momento habían resuelto: deshacerse definitivamente de la familia Túpac Amaru "hasta la cuarta generación". Y Diego Cristóbal fue acusado de fomentar las rebeliones, fue apresado junto con su madre, su mujer, los hijos de Túpac, Mariano y Fernando, y Andrés Mendigure.

Con alardes acrobáticos se redactó el juicio de cuya injusticia estaban todos conscientes, hasta el punto de que un oidor se permitió expresar que en realidad el único delito de la familia consistía en llevar el nombre de Túpac Amaru.

La familia fue ejecutada en julio de 1783. Repugna escribir la atroz tortura a que fue sometido el caudillo al que perdonaran con tanta solemnidad. Cuesta transcribir los grados de horror a que puede conducir el odio y el sadismo: "Cuando tocó el turno a Diego Cristóbal, junto a la horca se colocó un brasero encendido con unas tenazas enormes. El pregonero voceó la sentencia y los verdugos comenzaron el "atenaceo", castigo que consistía en arrancar al reo trozos de carne con una tenaza al rojo. Diego Cristóbal soportó estoico el terrible suplicio, con la firmeza y el desdén de los héroes. Antes que muriese, con mucha prisa lo izaron en la horca.

Después fue descuartizado y sus miembros expuestos públicamente en lugares diferentes".⁸¹ El resto de la familia, excepto la madre que por fortuna falleció en el camino a Lima donde se iba a cumplir la sentencia, pasó más o menos igual dolor que la del héroe epónimo, con la variante de algunas condenas a prisión perpetua y destierro a España, para que el Perú quedara libre de la "infame y vil" familia de Túpac Amaru. Los hijos Mariano y Fernando, el pequeño, el que lanzó el grito que estremeció a los Andes cuando sus padres sufrían la horrorosa condena en el Cuzco, fueron enviados a España en embarcaciones diferentes. Mariano murió en el camino junto con otros 17 prisioneros. Fernando se salvó de milagro del naufragio que en las costas de Peniche sufrió el barco que lo llevaba al destierro. Tenía dieciseis años. Después de deambular unos días sin rumbo, se entregó a la justicia del rey Carlos III. Se le encarceló junto con otros reos peruanos. No es difícil imaginar la pesadumbre del pobre adolescente atormentado por un destino tan cruel. A petición suya pasó a un colegio. También a él, como al Inca Garcilaso, se le propuso como solución el estado eclesiástico, al que se negó alegando que Dios no lo llamaba por aquel camino y que, en cambio, se sentía apto para el desempeño de las funciones administrativas. Se le asignó una pequeña pensión de hambre, no siempre pagada. En 1798, gravemente enfermo de "melancolía hipocondríaca", en absoluta carencia de los más elementales medios de subsistencia, falleció en Madrid, solo, dolorido y desesperanzado.

En el alto Perú, en lo que hoy es Bolivia, los hermanos Catari —Tomás, Dámaso y Nicolás— llevaron al pueblo a actos de heroísmo en su oposición a los abusos de los corregidores, a los tributos y a la servidumbre que lo oprimía. Tomás, cacique de Cha-

⁸¹ Valcárcel, *op. cit.*

yanta, estuvo en contacto con José Gabriel Túpac Amaru cuando preparaba éste la insurrección minera en la región de Potosí. Desde allí, con el propósito de entrevistarse con el virrey Vértiz, marchó a pie hasta Buenos Aires a quejarse de los abusos del corregidor de su región y con la esperanza de que la reunión sería efectiva. No hablaba español, pero su personalidad era tan fuerte que por donde pasaba, ganaba amigos y adeptos a la causa que defendía, entre los que pudo contar a muchos criollos cultivados.

Los tres hermanos murieron a manos de los realistas: Tomás asesinado por los ejércitos que el virrey Vértiz mandó en su busca; los otros dos, más tarde, entregados por un grupo de mestizos e indios a cambio del perdón prometido por el enemigo.

A la muerte de Tomás Catari, ocupó su lugar Julián Apasa quien cambió su apellido por el de Túpac Catari en honor a los dos jefes admirados.

Su acción más gloriosa fue el sitio a la ciudad de La Paz, donde durante 109 días tuvo combates casi constantes con los sitiados a los que llevó a extremos de hambre y de desaliento. Túpac Catari mandó embajadas de paz al saberlo. Ya casi dispuestos a acogerse a ella, los sitiados oyeron el ruido característico de los combates: era el encuentro de los hombres de Catari con las tropas que llegaban a defender la ciudad.

Mientras la lucha duró en las avanzadas, el cerco se mantuvo al mando de la mujer del jefe, Bartolina Sisa, y no se levantó sino después de la derrota de una parte del ejército rebelde, para reanudarse más tarde, después de innumerables revueltas entre indígenas y colonialistas, criollos y "chape-tones"; revueltas entre los componentes de los ejércitos realistas; muerte de prisioneros tomados al azar, entre los que figuraban niños y mujeres inocentes de cualquier sospecha de sedición, nada más por

conjeturas de que podían ayudar a los sublevados. Bartolina Sisa, la esposa del jefe, fue capturada mediante el soborno y la promesa de perdón a unos sedicentes partidarios que la entregaron.

Cuando, al fin, el ejército realista se retiró de La Paz, Túpac Catari reanudó el sitio con la ayuda de Andrés Mendigure, sobrino de Túpac, quien a pesar de su extrema juventud, contaba sólo 19 años, había ya demostrado su valor en el sitio de Sorata a la que tuvo en jaque durante tres meses y pudo vencerla mediante la construcción de una represa que detuvo las aguas de deshielo del cerro Tipuani, que al ser soltadas de improviso sobre la ciudad provocaron la rendición inmediata de sus habitantes despa- voridos.

Con el refuerzo del valiente joven, el nuevo sitio se caracteriza por combates constantes, repelidos con valentía por los sitiados lo que dejaba indecisa la victoria en ambos lados lo mismo en ataques diurnos que nocturnos, hasta que nuevas tropas españolas alertadas se encaminaron nuevamente hacia La Paz. Las vanguardias rebeldes fueron vencidas y Túpac Catari y sus compañeros se vieron obligados a levantar el segundo cerco.

Mientras duraban las negociaciones de paz se puso de nuevo en juego la insidia, la traición. Un supuesto amigo de Túpac Catari fue encargado de ella. Se trataba de invitarlo a una fiesta dada en su honor, durante la cual cien soldados rodearían la casa y lo apresarían. Así se hizo, pero de repente el jefe guerrillero tuvo el presentimiento de que algo malo le rondaba, y abandonó el lugar. Su *amigo*, se llamaba Tomás Inca Lipe, se contentó con observar el camino que tomaba y lo indicó a los soldados en cuanto se presentaron. No les fue fácil capturarlo, pero lo consiguieron. El proceso y la sentencia no se hicieron esperar. El castigo había de ser igual al que le cupo a Túpac Amaru, pero Julián Apasa

Túpac Catari sí fue descuartizado por los caballos. A Bartolina Sisa y a Gregoria Apasa, su hermana, se contentaron con mandarlas a la horca.

Arauco, un jefe indígena siguió luchando. En todas partes se sucedían los levantamientos. Eran las primeras acciones de la independencia de América. En todo el ámbito del antiguo Tahuantinsuyo, y más allá, ardía la rebeldía:

En Chile, donde los franceses Gramusset y Barney junto con españoles residentes en el país, planearon un levantamiento que habría de dar como resultado la independencia. Redactaron la nueva Constitución, que haría de Chile un país libre, gobernado por una República en la que no existiría la pena de muerte, la esclavitud ni las jerarquías sociales. Descubierta el complot, fueron embarcados los dos en los mismos navíos que llevaban al destierro la parte de la familia Tupamara que escapó a la muerte. En el naufragio que uno de los barcos sufrió en las costas de Portugal, falleció Barney al lado del valiente joven Andrés Mendigure.

La última oposición notable, también domada, fue la del cacique Chicaguala.

A la Argentina llegó la rebelión desde los altos de los Andes. "Para seguir el mal ejemplo del día" hasta las milicias se sublevaron contra los oficiales. En la Rioja consiguieron abrir los estancos del tabaco y hacer que se vendiera a precios razonables. En general los levantamientos iban dirigidos contra los abusos que aquejaban por igual al pueblo en todas partes. En Salta la gente se lanzó a la calle e impidió que el ejército saliera a reprimir la rebelión. En la región de Jujuy se organizó, con el mestizo José Quiroga al frente, "un vasto levantamiento tupamarista... movidos siempre por el maldito nombre del rey Inca".⁸² Toda la provincia de Tucumán

⁸² Boleslao Lewin, *op. cit.*

fue invadida por las ideas revolucionarias y los movimientos guerrilleros, rápidos y eficaces, tenían sobresañadas a las autoridades. El ejército contagiado se levantaba por doquier causando verdadera preocupación a los realistas, pues si bien las acciones indígenas podían ser sofocadas con facilidad dada la absoluta falta de armamento en que se hallaban, —luchaban con hondas, macanas y lanzas— la insurrección de los militares suponía un riesgo mayor, aparte el desquiciamiento de toda autoridad que ello representaba.

Las rebeliones fueron reprimidas con verdadera saña como marcar al rojo vivo con una R, de rebelde, las caras de los insurgentes atrapados, hecho que levantó una queja de las autoridades a las que pareció excesivo que la marca se señalara en la cara, no así en cualquier otra parte del cuerpo; con el beneplácito del "ilustrado" virrey Vértiz, acompañado de los correspondientes ascensos y prebendas reales otorgadas a la crueldad.

En Quito, donde entusiasmados por el movimiento tupamarista, Miguel Tovar y Ugarte y fray Mariano Ortega se adhirieron por carta en la que ofrecían su colaboración si el Inca extendía su lucha hasta aquella región. Delatados, a fray Mariano no se le castigó para no provocar escándalos, nada más se le vigiló en lo sucesivo, pero a Tovar y Ugarte se le condenó a diez años de prisión en el castillo de Chagre, donde perdió la vista, la salud y por fin la vida antes de cumplir la condena.

En Colombia, los comuneros dirigen a los indios "que no llevan ni un garrote siquiera, ni un machete, ni una boca de fuego, ni una espada. Ellos son el desamparo que ha cobrado ánimos con el sufrimiento".⁸³ Los estancos del tabaco, con las penas impuestas al campesino que cultivara un par de ma-

⁸³ Germán Arciniegas, *Los comuneros*.

tas, las gabelas en general, eran la causa de la miseria y de la insumisión.

José Antonio Galán, de lindo nombre, es el capitán comunero en Charalá. Pero también hay otros: sus hermanos, Hilario y Nepomuceno; y las mujeres guerrilleras, también allí; doña Manuela Beltrán, que arranca un Edicto ordenador de pagos, en el Socorro; el cacique de Bogotá, Ambrosio Pisco; la gente de Zipaquirá, de Nemocón, en las salinas; de Simacota, de Mogotes; los negros que se unen a la rebelión y vitorean al *Rey del Cuzco*; Javier Mendoza, en los llanos de Casanare, que prohíbe el culto católico a los indios; los soldados de los realistas que, al ser enfrentados con los insurgentes les arrojan sus armas en vez de pelear. Tantos hechos que llenan de pánico a los colonialistas.

Se decide la lucha en contra de los comuneros por los medios que sea necesario usar, sin escrúpulos. Intentan el hipócrita engaño y les da resultado. Por una parte el arzobispo con sus prédicas, por otra Galaviz alcalde, se enfrentan a la situación. Los comuneros en su avance hacia la capital presentan en Zipaquirá sus Capitulaciones con treinta y cinco artículos que son aceptados por la Junta de los Tribunales, para ser rehusados después por el virrey, en Cartagena.

El entusiasmo de los comuneros dura poco. La violación del convenio por parte de las autoridades los desanimó. Sólo Antonio Galán se mantiene firme y valiente sin capitular, en las regiones nor-teñas. Las gabelas son impuestas de nuevo y el malestar general se acrecienta. El arzobispo promete; el virrey ofrece un perdón general a condición de la entrega de armas y cese de la subversión. Galán no se rinde. Es entregado por uno de sus jefes, renegado, que compra con este acto su perdón. Después de una persecución innoble, logra apresar a él y a un grupo de leales, tres de los cuales lo

acompañan, en la misma sentencia y tortura. La *justicia* dictamina para Galán y sus tres camaradas igual pena que le cupo a Túpac Amaru. Fue descuartizado, expuesto al público, su casa derribada y el solar sembrado de sal y su descendencia declarada maldita.



IX

POR TIERRAS DEL PLATA

Lo que hoy es el Brasil, mar de verde vegetal, no vio al principio adentrarse más allá de sus costas a los conquistadores. El recorrido casual del río Amazonas llevado a cabo por Orellana desde casi sus fuentes hasta su desembocadura, tampoco supone un conocimiento ni siquiera somero, del país ni de la gente que lo habitaba. Habían de pasar aún muchos años antes de que los portugueses se establecieran en el interior de aquellas selváticas tierras que les correspondieron por decisión papal, pese a la posesión de ellas que en nombre del rey de España tomara Cabeza de Vaca la primera vez que pisó la tierra brasileña, más abajo del río San Francisco.

Pedro de Mendoza, en 1534, salió de España hacia el sur de un continente que iba siendo poco a poco trazado, con líneas inseguras, a fuerza de siempre renovadas incursiones aventureras. Fundó Buenos Aires en la ribera del Plata, en tierra de los *querandíes* los que "no tienen un paradero propio en el país; vagan por la tierra al igual que aquí, en los países alemanes, los gitanos", dice Schmidl, que lo acompañaba. Pese a su nomadismo, consiguen los españoles que les entreguen comida durante catorce días seguidos, mas al fallar ésta un sólo día, trescientos guerreros bien armados salen de la ciudad en busca de los *rebeldes*, con la orden expresa de que se "diera muerte, y cautivara y apresara a los sobredichos Querandíes y ocupara su lugar".¹

¹ Ulrico Schmidl, *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*.

Los indígenas no presentaron más comida y en el campo español hubo tal hambre que "tres españoles hurtaron un caballo y se lo comieron a escondidas". Descubierto el caso se les colgó de una horca como escarmiento. Pero, aquella misma noche "ha ocurrido... que un español se ha comido su propio hermano que estaba muerto". Los indígenas al corriente siempre de todo, "no pudieron hacernos mayor bellaquería" que quemar sus propios alimentos para que el invasor no los consiguiera. El hambre fue terrible durante tres meses, al cabo de los cuales los *querandíes* confederados con los *guaraníes*, *charrúas* y *chana-timbúes*, atacaron Buenos Aires, quemaron cuatro navíos e incendiaron la villa disparando contra los techos de paja flechas de caña con las puntas encendidas. Era el día de San Juan, celebrado también con hogueras en España.

Cuando todo hubo acabado, el alarde mostró la ruina del campo militar: de los dos mil quinientos hombres que habían llegado quedaban quinientos sesenta. Pedro de Mendoza, "lleno de gállicos y tullido", según la cáustica pluma de Schmidl, decidió regresar a España. Murió en el camino.

La nostalgia de la aventura, a no dudarlo, debió de impulsar a Álgar Núñez Cabeza de Vaca a proseguir los sinsabores que su destino le procuró durante los diez años que penó en La Florida. Con la venia de su majestad, y con la "merced de la gobernación y de la capitanía general de aquella tierra y provincia, con título de adelantado de ella"² y poniendo de su propio bolsillo lo necesario para la compra de barcos y para el equipaje, Álgar Núñez se dirigió hacia el Plata, en 1540, donde había quedado el azote de conquistadores y conquistados, Juan de Ayolas, al que dieron muerte los indígenas *payaguas*.

Desde la isla brasileña de Santa Margarita donde

² Álgar Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, cap. 1.

desembarcó se adentró el nuevo contingente de conquistadores, por tierra, hacia el Paraguay. De todo hubo en el camino: desde la absoluta soledad por bosques cuya "maleza no dejaba ver el cielo", por donde había que avanzar a base de talar árboles y abrir paso a los doscientos arcabuceros "diestros en sus armas" y sus caballos, hasta las tierras llenas de ríos, pobladas por los *guaraníes* que les daban tanto bastimento que los enfermaban de fiebres en su lenta digestión, para volver al hambre, acoso constante, entre cañaverales espesos que tenían "unos gusanos blancos, tan gruesos y largos como un dedo; los cuales la gente freía para comer".³ Reencuentran el río Iguazú, que han conocido al principio de su camino, y cuyas cataratas sortean saliendo de él para volverlo a navegar aguas abajo hasta llegar al Paraná. Ni asomo de oposición encuentran en su camino, señal evidente de que era el primer contacto que los indígenas tenían con el blanco. En efecto, en el Paraná, camino a la Ascensión, "asentada sobre el Paraguay en veinte y cinco grados a la banda del sur", la lucha estaba ya declarada. Ya habían pasado varios escuadrones por la región, ya habían ocurrido los hechos usuales en la conquista. Prueba de ello la tuvieron los que iban enfermos, en balsas río abajo, a los que los naturales trataron violentamente de impedir el paso que les quitaba toda esperanza de acabar con los que residían en la Ascensión. Allí estaba Irala, típico conquistador, contra quien iba a encenderse una enemistad profunda en el pecho de Alvar Núñez; allí, conquistadores que no querían nuevo amo; allí, clérigos levantiscos, más ocupados en el propio beneficio que en sus deberes sagrados. Ilustrativa es la anécdota dictada por el propio Alvar Núñez:

...los oficiales de Su Majestad y religiosos y clérigos...

³ Alvar Núñez, *op. cit.*, cap. ix.

callada y encubiertamente inducieron y levantaron al comisario fray Bernaldo de Armenta y Fray Alonso Lebrón, su compañero, de la orden de Sant Francisco, que... se volviesen a la costa y llevasen ciertas cartas para Su Majestad, dándole a entender por ellas que el gobernador usaba mal de la gobernación que Su Majestad le había hecho merced, movidos con el mal celo por el odio y enemistad que le tenían... andaba el uno de ellos con un crucifijo debajo del manto, y hacían que pusiesen la mano en el crucifijo y jurasen de guardar el secreto de su ida de la tierra para el Brasil; y como esto supiesen los indios principales de la tierra, parascieron ante el gobernador y le pidieron que les mandase dar sus hijas, las cuales ellos habían dado a los dichos frailes para que se las industriasen en la doctrina cristiana; y que entonces habían oído decir que los frailes se querían ir a las costas del Brasil y que les llevaban por fuerza sus hijas... y porque las indias no querían ir y huían y que los frailes las tenían muy sujetas y aprisionadas. Cuando el gobernador vino a saber esto, ya los frailes eran idos, y envió tras de ellos y los alcanzaron dos leguas de allí y los hizo volver al pueblo. Las mozas que llevaban eran treinta y cinco... y esto causó grande alboroto y escándalo, así entre los españoles como en toda la tierra de los indios, y por ello los principales de toda la tierra dieron grandes querellas por llevalles sus hijas...⁴

Deciden los conquistadores levantar de nuevo Buenos Aires, pero dado que, "antes de que el gobernador fuese, los cristianos que en la tierra estaban habían muerto más de mil de ellos (los autóctonos *agaces*) por los males que en la tierra continuamente hacían",⁵ se hicieron preceder por espías cristianos e indígenas para que averiguaran en qué disposición estaban los ánimos de los naturales. La retaguardia, en la que iba el gobernador, "con las ballestas armadas y los arcabuces cargados... y las mechas encendidas" por si acaso, informada de que los *enemigos*

⁴ Alvar Núñez, *op. cit.*, cap. XLIII.

⁵ *Loc. cit.*

guaycurúes estaban levantando un poblado, marchó despacio toda la noche para "llegar a dar en ellos al reir del alba".

Marca con una cruz de yeso pecho y espalda de los indios *amigos* para distinguirlos en la refriega, aunque al llegar cerca del poblado no puede el conquistador convencerlos de que luchen contra los otros indígenas a pesar de "estarles el gobernador rogando y persuadiendo a ello".⁶

Se oyen los tambores de los *guaycurúes*, "los cuales estaban cantando y llamando todas las nasciones, diciendo que viniesen a ellos, porque ellos eran pocos y más valientes que todas las otras nasciones de la tierra, y eran señores de ella y de los venados y de todos los otros animales de los campos, y eran señores de los ríos, y de los pescos que andaban en ellos; porque lo tal tienen de costumbre aquella nasción, que todas las noches del mundo se velan de esta manera".⁷

Escuchábalos el español en silencio, henchidas las bocas de los caballos con hierba sobre los frenos para que no pudieran relinchar y delatarlos. Salen los indígenas al ver las mechas de los arcabuces prendidas; manda el capitán echar los petrales de cascabeles a los caballos, y "tropellando cuanto hallaba delante" los ataca el gobernador seguido de su gente. El ruido de los cascabeles de aquellos enormes animales desconocidos infunde pavor. Huyen los *guaicurúes* aterrados a los montes, incendiando previamente el poblado que acaban de construir. Uno de los indígenas vence el miedo; se abraza al cuello de la yegua de Alvar Núñez "y con tres flechas que llevaba en la mano dio por el pescuezo a la yegua, que se lo pasó por tres partes, y no lo pudieron quitar hasta que allí lo mataron... Esta gente de estos indios son muy grandes y muy ligeros, son muy

⁶ *Loc. cit.*

⁷ Alvar Núñez, *op. cit.*, cap. xxvi.

valientes y de grandes fuerzas, viven gentilmente, no tienen casas de asiento, manteniéndose de montería y de pesquería; ninguna nasción los venció si no fueron españoles. Tienen por costumbre que si alguno los venciese, se les darían por esclavos. Las mujeres tienen por costumbre y libertad que si a cualquier hombre que los suyos hobieren prendido y capturado, queriéndolo matar, la primera mujer que lo viera lo liberta, y no puede morir ni menos ser captivo; y queriendo estar entre ellos el tal captivo, lo tratan y quieren como si fuese de ellos mismos. Y es cierto que las mujeres tienen más libertad que la que dio la reina doña Isabel, nuestra señora, a las mujeres de España".⁸

Entre tanto los *agaces* "garbosos y altos... la mejor gente de guerra que hay sobre todo el río"⁹ atacan el campamento español en la Ascensión. Al regresar Alvar Núñez, siempre respetuoso de la Ley, "...mandó que le mostrasen el proceso y probanza que se había hecho contra los indios *agaces*; y visto por él y por los otros procesos que contra ellos se había hecho, pareció por ellos ser culpables por los robos y muertes que por toda la tierra habían hecho, mostró el proceso de sus culpas y la instrucción que tenía de Su Majestad a los clérigos y religiosos, estando presentes los capitanes y oficiales de Su Majestad; y habiéndolo muy bien visto todos juntamente, sin discrepar en ninguna cosa, le dieron por parescer que les hiciese la guerra a fuego y a sangre, porque así convenía al servicio de Dios y de Su Majestad; y por lo que resultaba por el proceso de sus culpas, conforme a derecho, los condenó a muerte a trece o a catorce de su generación que tenía presos; y entrando en la cárcel su alcalde mayor a sacarlos, con unos cochillos que tenían escondidos dieron ciertas puñaladas a personas que entraron con el alcalde,

⁸ Alvar Núñez, *op. cit.*, cap. xxvi.

⁹ Schmidl, *op. cit.*, p. 105.

y los mataran si no fuera por otra gente que con ellos iba, que los socorrieron; y defendiéndose de ellos, fuéles forzado meter mano a las espadas que llevaban; y metiéronlos en tanta necesidad, que mataron dos de ellos y sacaron los otros a ahorcar en ejecución de la sentencia".¹⁰ Hermoso y convincente modelo de literatura legal-colonialista. Hay que añadir que el famoso proceso se llevó a cabo inmediatamente después que los agaces se dieron de paz, y que, desnudos como iban es un tanto difícil que hubieran podido esconder cuchillos.

Decide el jefe español mandar a descubrir tierra, río Paraguay arriba. Parece que se ofrece a acompañarlos —necesitan guías— *Aracare*, cacique indígena temido y respetado por su gente, y se embarcan hacia el puerto conocido por el nombre de las Piedras. Desde allí irán a pie conquistando la tierra. Ocho-cientos indígenas acompañan a los invasores. *Aracare* tiene prestigio: mueve a su gente, la insta a que vayan incendiando los campos por donde pasan para prevenir a sus habitantes, para que salgan a luchar contra los que "sólo con llegar se creen los amos"; les aconseja que huyan y que no les enseñen el camino. Así lo hacen los acompañantes, y los españoles se ven obligados a regresar fracasados, solos, "visto que todos los indios y las guías se habían vuelto".

Por segunda vez, con nuevos ofrecimientos de los indígenas, se emprende el camino. Tienen que pasar por la tierra gobernada por *Aracare*, ya en sus dominios. Los guías llevan a los conquistadores por los lugares despoblados donde pasan hambre y sed durante treinta días, "murieron algunos indios y los cristianos se vieron tan desatinados y perdidos de sed y hambre... que no sabían por dónde habían de caminar".¹¹ *Aracare* aprovecha el regreso para

¹⁰ Alvar Núñez, cap. xxiii.

¹¹ Alvar Núñez, *op. cit.*, cap. xxxvii.

atacarlos al pasar. Los conquistadores consideran traición cualquier oposición a sus designios, cualquier acto noble de defensa de su país verificado por los indígenas. Tal vez quede así salvada para ellos su responsabilidad moral. Y el "legalista" Alvar Núñez se vale de nuevo del aparato jurídico para deshacerse del valiente que le estorba; previamente reunidos los oficiales de su majestad y la gente de iglesia se inicia el proceso:

Y vistos los daños tan notorios que el dicho Aracare indio había hecho y hacía, y como estaba declarado por enemigo capital... mandó al gobernador proceder contra él, y se hizo el proceso, y mandó que a Aracare le fuesen notificados los autos, y así se lo notificaron, con gran peligro y trabajo de los españoles que para ello envió, porque Aracare los salió a matar con mano armada, levantando y apellidando todos sus parientes y amigos para ello; y hecho y fulminado el proceso conforme a derecho, fue sentenciado a pena de muerte corporal, la cual fue, ejecutada en el dicho Aracare indio, y a los indios naturales les fue dicho y dado a entender las razones y causas justas que para ello había habido.¹²

Las razones no debieron parecer tan justas a los *carios*, sus súbditos, ni a *Tabere* su hermano, pues una sublevación general siguió a la muerte del ahorcado. Para reprimirla envió Vasco Núñez a Irala con "cuatro cientos hombres y dos mil indios y que marchara contra el susodicho cario Tabere y los expulsara a él y a todos sus amigos y devastara [el país]". Tabere los esperaba en una ciudad fortificada defendida por tres grandes muros de maderos, con fosos disimulados, que contenían en su interior lanzas de madera en las que se clavaban hombres y caballos al caer. Mas este tipo de trampas era ya muy conocido por los españoles. No obstante tuvieron que luchar tres días sin poderla tomar, sólo el

¹² *Loc. cit.*

cuarto día "a las tres horas antes de día, irrumpimos en la localidad y matamos a todos cuantos encontramos y cautivamos muchas de sus mujeres que nos fue una gran ayuda... el Todopoderoso Dios nos dio su gracia que nosotros fuéramos vencedores de nuestros enemigos y ocupáramos el pueblo y matáramos mucha gente".¹³ La ayuda del dios de los ejércitos es disminuida por el propio soldado cuando dice: "yo creo que si en este tiempo no hubiese sido por los arcabuces, ninguno de nosotros se hubiera salvado".¹⁴

Tabere, lo mismo que *Guazani* su aliado, salvan la vida pero son obligados a colaborar: *Guazani* con la garantía de paz en sus dominios, Tabere llevado como rehén "con hasta treinta indios parientes y criados suyos, en tres canoas", en la siguiente expedición devastadora de los invasores.

Los carios usaban una hierba en sus flechas que mataba con sólo un rasguño sobre todo si los que "son heridos de ella no se guardan mucho de tener excesos [sic] con mujeres".¹⁵

Un arma eficaz contra hombres y caballos fue en esta zona la "boleadora": a Diego de Mendoza, hermano del primer gobernador, le costó la vida.

En tierras del Plata, lo mismo que en los demás países invadidos, las enemistades entre los indígenas eran aprovechadas por el conquistador siempre en beneficio propio. So capa de ayudarlos en sus luchas intestinas, los usaban como carne de cañón. Miles de acompañantes, numerosos guías y cargadores precedían siempre las expediciones y eran los primeros en morir cuando se trababa una batalla, cuando el hambre y la sed azuzaban o cuando las penalidades del camino o los malos tratos recaían especialmente sobre ellos. Los *guaraníes*, mediatiza-

¹³ Schmidl, *op. cit.*, pp. 209 y 323.

¹⁴ *Ibid.*, p. 321.

¹⁵ Alvar Núñez, *op. cit.*, cap. XLII.

dos desde el primer contacto, fueron las más usuales víctimas cuando eran llevados al frente del ejército, "con muchos penachos y plumería, con muchas planchas de metal en la frente, muy lucias, que cuando les daba el sol resplandecían mucho, y dicen ellos que las traen porque aquel resplandor quita la vista a sus amigos".¹⁶ Por millares se contaban los muertos indígenas en todas las batallas.

Pacificado el país *cario* decide el conquistador explorar río arriba hacia el puerto de Candelaria donde los *paraguayes* habían dado muerte a Juan de Ayolas y a sus hombres que avanzaban quemando pueblos y haciendo a "ellos un gran daño". Pese al halago de los bonetes colorados que regala a los caciques, a las promesas o a las amenazas, no consigue el gobernador que le sea entregada la comida insistentemente solicitada, y el hambre hace su aparición, sobre todo después de un encuentro con los *guaxarapos* que constatan que los cristianos no son tan valientes como su fama pregona, que tienen "las cabezas tiernas" y que no es difícil darles muerte. La propagación de estas noticias sugiere "malos pensamientos" a los pescadores ribereños que se niegan a prestar ayuda y abandonan sus poblados en cuanto sienten cerca a los conquistadores, lo cual obliga a éstos a incursionar tierra adentro en busca del aliento tan solicitado, con la orden expresa de Cabeza de Vaca de comprarlo, mas "si los indios no quisiesen dar los bastimentos comprándoselos, que se los tomasen por fuerza; y si se pusiesen a los defender, los hiciesen guerra hasta se los tomar".¹⁷ No consiguieron los alimentos comprados, ni se atrevieron a emplear la fuerza.

Durante dieciocho días de navegación por el río Paraguay no vieron alma viviente: el indígena hizo el vacío alrededor de ellos y el hambre llegó a

¹⁶ *Ibid.*, cap. XLIV.

¹⁷ Alvar Núñez, *op. cit.*, cap. LXVII.

acosarlos de tal manera que hace decir al soldado: "Fue nuestra dicha que los indios se morían de hambre; tal vez si no hubiera habido tal hambre en la tierra, nosotros los cristianos posiblemente no hubiéramos escapado con vida".¹⁸

En estas condiciones llegan hasta el puerto de los Reyes, cuyos habitantes, los *xarayes* se dedican activamente a la agricultura y a la cría de patos y gallinas, "como las nuestras". El cacique del lugar, Camire, los recibe bien, pero cuando le proponen avanzar hacia tierra de sus enemigos llevando guías charaes que les muestren el camino, les hace ver a su gente de guerra, completamente equipada, dispuesta a acompañarles lo cual disuade al conquistador de su intento y lo decide a abandonar el lugar y emprender el regreso.

Tres meses estuvieron los conquistadores en el puerto de los Reyes. Con la crecida del río se habían inundado las tierras; los mosquitos los invadieron y todo el mundo enfermó de calenturas: "Entonces le acometió al capitán general una fiebre que él también estuvo muy enfermo. Si él se hubiese muerto ya en ese tiempo, no se hubiera perdido mucho con esto pues él se portó de tal modo con la gente de guerra, que nosotros no dijimos mucha cosa buena de él".¹⁹ La profunda animadversión del soldado alemán tenía su paralelo en la Ascensión, entre los subordinados levantiscos de Vasco Núñez, instigados por Domingo de Irala, quienes al momento de llegar lo prenden y enfermo y con grillos en los pies, con una ballesta armada de un arpón con hierba apuntando a su corazón, lo encierran sin usar de los procedimientos legales que a él eran tan caros, en un cuartucho sin luz donde no recibe más visita que la de una india que cada tercer día le lleva algo de comer y le pasa, desafiando las morbo-

¹⁸ Schmidl, *op. cit.*

¹⁹ Schmidl, *op. cit.*

sas inspecciones a que la someten los carceleros, cartas de los que le siguen siendo leales.

Gracias a las enemistades entre los conquistadores se tienen documentos irrefutables de las brutalidades cometidas contra los indígenas, que de otro modo quedan disimuladas con la justificación de su conveniencia para la "mayor gloria de su Majestad" y bien de la tierra conquistada; cuando la pasión sirve de impulso delator aparecen los mismos hechos con toda su crudeza, sin el velo de la excusa: "Los oficiales y Domingo de Irala, luego que le prendieron dieron licencia abiertamente a todos sus amigos y valedores y criados para que fuesen por los pueblos y lugares de los indios y les tomaran las mujeres y las hijas, y las hamacas y otras cosas que tenían, por fuerza, y sin pagárselo, cosa que no convenía al servicio de Su Majestad y a la pacificación de aquella tierra; y haciendo esto, iban por toda la tierra dándoles muchos palos, trayéndolos por fuerza a sus casas para que labrasen sus heredades sin pagarles nada por ello... [de manera que]... con estos malos tratamientos la tierra se comenzó a despoblar, y se iban los naturales a vivir a las montañas, escondidos donde no los pudiesen hallar los cristianos".²⁰

También los españoles que podían escapar huían hacia el Brasil con la esperanza de poder llegar a España y denunciar lo que pasaba: que a muchos españoles que suponían adictos al gobernador prisionero les "dieron tormentos muy crueles... y muchos quedaron lisiados de las piernas y brazos de los tormentos".²¹

Al cabo de casi un año de prisión, Cabeza de Vaca, el médico-brujo de la Florida, fue embarcado, siempre en cadenas, rumbo a España. Por el camino, cuatro días de terrible tempestad despertó la supersti-

²⁰ Alvar Núñez, *op. cit.*, cap. LXXVIII.

²¹ *Ibid.*, cap. LXXX.

ción latente en el pecho de sus carceleros, quienes sospechando que Dios la enviaba como castigo a los malos tratos que daban al gobernador, y a los intentos reiterados de envenenarlo con rejalgar, lo liberaron de sus cadenas y le pidieron perdón. Inmediatamente cesó la tormenta. Pero el castigo planeaba sobre sus cabezas y ninguno se libró de él: uno de sus carceleros "murió muerte desastrada y súpita, que le saltaron los ojos de la cara, sin poder manifestar ni declarar la verdad de lo pasado", otro "perdió el juicio, y estando sin él mató a su mujer en Lora; murieron súpita y desastrosamente los frailes que fueron en los escándalos y levantamientos contra el gobernador".²² Queda claro que nadie se libró del castigo de Dios. A Cabeza de Vaca las autoridades reales lo guardaron preso en la corte durante ocho años; le quitaron la gobernación "con todo lo demás, sin haberle dado recompensa de lo mucho que gastó en el servicio que hizo en ir a socorrer y descubrir" aquella tierra del Plata, el Cono Sur de nuestra América Latina, a la que se le prohibió volver pero que no por eso se vio libre de los instintos salvajes de los militares: "debíamos en esta isla matar y cautivar... las personas en varones que tenían edad de cuarenta o cincuenta años debían ser matadas todas. En todo esto cumplimos los mandatos de nuestro capitán... matamos a cuantos encontramos ahí y cautivamos también a muchísimos de los Surucuis hasta dos mil hombres, mujeres, muchachos y niñas y quemamos su localidad y tomamos todo lo que tenían."²³ Que fue "una fiesta patronal" la matanza.

²² *Ibid.*, cap. LXXXIV.

²³ Schmidl, *op. cit.*, p. 275.

CHILE, TIERRA INDÓMITA

Por ella, por la Libertad, existen las guerrillas. . .

Porque la suave sangre corra por las arterias
y no sobre el sembrado.

...

seguir matando, seguir asesinando, continuar persiguiendo,

es darnos, a nosotros, nueva fuerza dramática,

y a ellos, guerrilleros, la silenciosa flor de la consigna.

EFRAÍN HUERTA

El largo y estrecho país, hermano del mar en toda su extensión, que se tiende "de manera de una vaina de espada, angosta y larga" ¹ hasta los hielos australes, se vio invadido por primera vez por un inmenso ejército comandado por el Inca, hijo del Sol, Túpac Yupanqui. Ni él, ni su hijo Huaina Cápac lograron pasar del río Maule. Más al sur, a partir del Bío Bío, habitaba un grupo indómito, los mapuches —llamados araucanos por Ercilla, el conquistador poeta—, que no estaban dispuestos a permitir que ningún invasor los sojuzgara.

Según la leyenda, los mapuches —hijos de la tierra— nacieron a consecuencia del "machihembramiento" ² de los *pillanes*, antepasados tutelares, con las mujeres autóctonas, en las altas cimas de las montañas. De ahí vino la raza invencible.

¹ Alonso de Góngora Marmolejo, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta 1575*.

² Carlos Barrella, *Lautaro guerrillero*.

El primer intento de sujetarlos a la corona de Castilla lo hizo Almagro en 1536, cuando prefirió poner tierra de por medio entre él y los Pizarro antes que desatar la guerra, que al fin se manifestó inevitable y que ocasionó la muerte de los principales actores de los crímenes que se cometieron en el Perú.

Cuando, en 1537, Almagro se retiró de Chile, Pedro de Valdivia pidió licencia para iniciar, a su vez, la conquista de aquel país. La empezó en 1540 sin mucha más fortuna que los que le habían precedido. Al año de su llegada funda Santiago del Nuevo Extremo y poco después se ve obligado a levantar un fuerte para protegerlo del empuje indígena, "de la braveza y furor de los indios" —según él mismo dice—, tan grande que los soldados empezaron a inquietarse y a desear el regreso al Perú, considerando que se pagaba muy caro en vidas el escaso oro que se obtenía. Valdivia manda entonces en busca de refuerzos a treinta hombres bien aleccionados para que convengan a los del Perú de las inmensas riquezas que allí se encuentran. El viaje se inicia con los emisarios "hechos unos soles, cubiertos de oro ellos y los caballos en que iban... con los estribos de la jineta, anchos y grandes, de oro macizo... y las cinchas... y cabezadas y demás hierros de los caballos".³ Al llegar al valle de Copiapó un grupo de indígenas salió al paso del gallardo grupo de aventureros forrados de oro. Todos fueron muertos menos dos que escaparon a todo lo que daban sus caballos, hasta rendirlos. Entonces fueron apresados y conducidos a presencia de los caciques, marido y mujer. La cacica, al verlos tan maltrechos, tuvo compasión de ellos y levantándose de su asiento fue a consolarlos: les soltó ella misma las ligaduras de las manos y les salvó la vida. Al verse los dos "como resucitados de muer-

³ Alonso de Ovalle, *Histórica relación del reino de Chile*, cap. IX.

te a vida, arrojándose a sus pies se la ofrecieron a su servicio, dedicándose por sus esclavos voluntarios, pues por su gracia se vían libres de la forzosa muerte que tenían ya tragada".⁴ El cacique cedió a la voluntad de la mujer, de más alto rango que él, y los dos soldados empezaron una vida tranquila y amistosa con los naturales del lugar, que duró seis meses, hasta que un día durante uno de los paseos que solían dar con el cacique, a quien habían iniciado en el arte de cabalgar, decidieron escapar y regresar al campo español. Atacaron al cacique de improviso, lo creyeron muerto y huyeron. A los pocos días murió, a causa de las heridas recibidas, el esposo de la cacica que les había salvado la vida. Entonces los indígenas asaltaron e incendiaron la ciudad de la Serena fundada por Almagro. Valdivia, sorprendido de "la desvergüenza de los indios que no quisieron darse a sembrar sino a nos hacer la guerra"⁵ y tal vez para convencerlos de su descaro, hizo matar "hasta dos mil indios; hiriéndose otros muchos; prendiéronse trescientos o cuatrocientos, a los cuales hice cortar las manos derechas e narices". Y tal vez pensara que la desvergüenza seguía durante el hecho que relata en la misma carta: "vinieron sobre nosotros... con tan grande alarido e ímpetu que parecía hundirse la tierra y comenzaron a pelear con nosotros tan reciamente, que ha treinta años que pelea con diversas naciones de gente e nunca tal tesón he visto en el pelear como éstos tuvieron contra nosotros. Estuvieron tan fuertes, que en espacio de tres horas no pude romper un escuadrón con ciento de a caballo; era tanta la flechería e astería de lanzas que no podían los cristianos hacer arrosstrar sus caballos contra los indios".⁶

Muy pronto tuvieron que admitir los invasores que

⁴ *Loc. cit.*

⁵ Valdivia, *Carta a Hernando Pizarro*, La Serena, 1545.

⁶ Valdivia, *Carta a su apoderado en la Corte*, Santiago, 1550.

estaban ante una situación difícil, que no les sería sencillo conquistar el arauco: "Aquí hallaron los españoles horma de su zapato; aquí comenzaron a experimentar que la conquista de esta parte de la América no era todo entrarse con sus caballos, con sus perros y bocas de fuego y avasallar la tierra, prender a un rey y ahuyentar sus ejércitos y quedarse dueños absolutos del campo; porque toparon con gente que, si bien se admiraron de sus caballos y arcabuces, venció su grande valor y ánimo a la admiración, y así les salieron al encuentro, andando a las vueltas con ellos, muriendo de la una y la otra parte mucha gente, y comenzando la sangre española, que hasta entonces era temida y respetada, a regar los campos, comenzaron también desde entonces a sembrar de sus huesos, sin que hasta hoy haya jamás cesado del todo la carnicería que de una y otra parte se ha hecho".⁷

Ni el sembradío de huesos logró parar a nadie. Ni al obstinado invasor quien, a finales ya de su vida, no tenía otra perspectiva que triunfar en Chile, ni al hijo de la tierra que estaba dispuesto a defenderla hasta la situación límite, y más allá.

El araucano ve cómo el increíble recién llegado se adentra hacia el sur, cómo asegura su avance por las tierras que pisa su caballo; cómo levanta fuertes y poblados. Desde 1541 hasta 1553, se establece a lo largo del país: funda Santiago del Nuevo Extremo, que será la capital; reedifica La Serena, destruida en venganza de la muerte del cacique generoso; levanta Santiago del Estero, La Concepción, Valdivia, La Imperial, La Villarrica y los Confines, llamada hoy Angol. Los poblados se aseguran con fuertes: el de Purén, el de Tucapel y el de Arauco en los límites de las tierras que van avasallando.

La verdadera, decisiva oposición la encuentra Valdivia cuando se le enfrenta un esclavo "que le ser-

⁷ Ovalle, *op. cit.*, lib. II, cap. XVII.

vía de paje", Lautaro hijo de Curiñancu, cacique muerto por los conquistadores. En el límite de la adolescencia, no tenía más de 18 años, se revela de repente como un estratega osado, valiente e invencible, en cuanto hace suya la causa del pueblo hermano. Habitado a los caballos, les ha perdido el miedo y trata de hacérselo perder a los mapuches. Les demuestra que son mortales, que con un golpe bien asestado en la cabeza con un palo de madera dura, de *luma*, se encabritan y tiran al jinete, quien en el suelo es tan vulnerable, casi, como ellos. Idea también lazos corredizos con los que desmontan al invasor, como habrá de saber Francisco Villagra, lugarteniente de Valdivia. Y más adelante arma a su pueblo con corazas de cuero crudo que oponen buena resistencia a las espadas. Cuando el indio empieza a aficionarse a montar los caballos, les quita las herraduras que, bien adelgazadas, hacen más eficaces sus útiles de labranza. Con las espadas que logra capturar a sus enemigos, insertas en el extremo de sus lanzas, consigue un arma más efectiva. Inventa también ardidés de guerra Lautaro: está consciente de que sólo con el ingenio podrá vencer a las armas poderosas, y lo aguza. A las trampas habituales que constituyen los pozos disimulados, con palos puntiagudos en el interior, une el engaño de las retiradas hacia las ciénagas donde se atollan los caballos; el de atraer a pequeños grupos de soldados hacia sitios distantes y accidentados donde de repente les caen encima los indígenas; cansar al ejército enemigo hasta el agotamiento, enviando sobre él oleadas sucesivas de combatientes descansados, mantenidos en reserva, que sustituyen a los caídos. Presentar batalla al mediodía, cuando el sol cae aplomado y somete a tortura a aquellos hombres vestidos y protegidos con yelmos y corazas, y hace sudar a los caballos. Así prepara Lautaro a su pueblo y así vence.

Con los enfrentamientos van adquiriendo expe-

riencia los indígenas. En 1550 ven levantar la Concepción a la que atacan de inmediato. En el asedio se cubre de gloria Ainavillo, jefe de los *pencones*, quien después de una resistencia heroica es apresado. Cuando la represión se ensaña en colgar a los prisioneros indígenas, un jefe pide para sí la rama más alta del árbol para que su pueblo sepa al verlo que murió en su defensa.

En La Imperial, "otra de las ciudades que abrasó y consumió en el Reino de Chile la furiosa rabia de los indios que se levantaron contra los españoles y contra Dios",⁸ según una curiosa manera de interpretar los hechos históricos, logra el pueblo desviar un río, dejar a los habitantes de la ciudad sin una gota de agua, y derrotarlos, pese a la medieval superstición, que acompaña a la idea colonialista, de que asiste a los invasores no sólo el derecho al atropello sino también la ayuda divina, que se les manifiesta en continuas apariciones de seres celestes que acuden en su ayuda.

En el fuerte de Tucapel está prohibida la entrada a los naturales que todavía permanecen libres: sólo los *yanaconas*⁹ pueden entrar. Ochenta hombres que se fingen criados de los españoles introducen haces de leña y de hierba en los que llevan armas escondidas. Una vez dentro las sacan y todos a una empiezan un ataque paralelo al del ejército mapuche desde el exterior. Por tres veces consecutivas salen los conquistadores al campo libre a pelear y otras tantas se ven obligados a replegarse. Al llegar la noche abandonan los españoles sigilosamente el fuerte y van a refugiarse en el de Purén, no sin antes haber dado muerte a los caciques principales de la región que tenían en prisiones.

⁸ Ovalle, *op. cit.*, lib. II, cap. XVI.

⁹ Eran los *yanaconas*, entre los indios, cierto linaje de gente sujeta a perpetua servidumbre, como son ahora los esclavos. Y para ser conocidos entre los demás, traían un género de vestido y traje muy diferente de los otros. Ovalle, *ibid.*

Lautaro, Caupolicán, todo el pueblo mapuche que, "juntándose todos en un cuerpo, juraron por el alto Sol que habían de morir o matarlos a todos",¹⁰ destruyen el fuerte y le prenden fuego.

Valdivia, en la Concepción, se entera del ataque pero la codicia es fuerte y, en vez de acudir directamente en auxilio de los suyos, da un rodeo para asegurar antes sus minas. En ellas trabajan para sacarle oro miles de indígenas sojuzgados. Cuando fueron descubiertas "le trajeron una batea grande llena de oro. Es batea un palo redondo, cavado el fondo de él, de manera que viene a quedar como una fuente de plata, así grande aunque más honda: con éstas sacan el oro en las Indias. Este oro le sacaron sus indios en breves días: Valdivia, habiéndolo visto, no dijo más, según me dijeron los que se hallaron presentes, de estas palabras: 'Desde agora comienzo a ser señor'".¹¹

Una vez dejadas las minas en seguro por la construcción de un fuerte, se dirige Valdivia a Tucapel donde sólo ruinas encuentra. Según un cronista le esperaba allí la justicia divina, pues "cuando las cosas están ordenadas por el Divino juez, no se puede ir contra ellas: y así es de entender que quiso a Valdivia castigallo por sus culpas y vivienda pública, dando mal ejemplo a todos, con una mujer de Castilla siempre amancebado".¹² La manceba era Inés Juárez, cuya sensibilidad nos muestra otro cronista cuando relata la batalla de Santiago: "Mas como empezase a salir la aurora y anduviese la batalla muy sangrienta comenzaron también los siete caciques que estaban presos a dar voces a los suyos para que los socorriesen libertándoles de la prisión en que estaban." Oyó estas voces doña Inés Juárez, que estaba en la misma casa donde estaban presos, y tomando

¹⁰ Ovalle, *op. cit.*, lib. II, cap. XVI.

¹¹ Góngora Marmolejo, *Historia de Chile...* cap. XIV.

¹² *Loc. cit.*

una espada en las manos se fue determinadamente para ellos y dijo a los dos hombres que los guardaban, llamados Francisco Rubio y Hernando de la Torre que matasen luego a los caciques antes que fuesen socorridos de los suyos. Y diciéndole Hernando de la Torre, más cortado de terror que con bríos para cortar cabezas: "Señora, ¿de qué manera los tengo yo de matar?", respondió ella: "Desta manera". Y desenvainando la espada los mató a todos...¹³

Quien sabe si con tantos bríos como la señora, avanza Valdivia hacia Tucapel. Negros presentimientos lo obligan a mandar de avanzada a dos emisarios para que inspeccionen el camino, que no regresan. Al poco tiempo encuentran sus cabezas colgadas de unos árboles. Siguen, no obstante, camino los españoles y al llegar al fuerte sólo encuentran el rescoldo. En una loma rasa cercana los esperaba Lautaro y su brioso pueblo muy bien aleccionado. A sol batiente los atacan. Salen en pequeños grupos que, una vez deshechos, son reemplazados por nuevos contingentes descansados; empujan a los españoles hacia lugares donde les tienen preparadas emboscadas, y hacia ciénagas cuando los ven agotados. Las instrucciones de Lautaro, "que no debía ser sino demonio contrario y enemigo a la próspera fortuna que Valdivia había tenido",¹⁴ llevaron al pueblo mapuche a una total victoria. Desmontados los de a caballo, deshecho el ejército, Valdivia vuelve grupas seguido de su capellán. Todos los caminos estaban cerrados. Valdivia es bajado de su caballo, despojado de sus vestiduras y conducido bajo el bosque al consejo del pueblo. Allí promete el conquistador, a cambio de la vida, retirar a todos los españoles de aquellas tierras, despoblar las ciudades, darles dos mil ovejas. Pero lo que el joven *Toqui* quiere es la cabeza del

¹³ Mariño de Lobera, *Crónica del reino de Chile*, pp. 34-35.

¹⁴ Góngora Marmolejo, *op. cit.*, cap. xiv.

Apu.¹⁵ Un mazazo cae sobre la cabeza de Valdivia.

El Arauco está de fiesta. Lautaro comparte la dignidad del mando con Caupolicán, jefe supremo hasta entonces. La bebida de la victoria humedece las gargantas secas por el esfuerzo. Durante muchos días se celebra la victoria sobre aquél que se había acercado:

*resoluto en hacer allí de hecho
un ejemplar castigo, que sonase
en todos los confines de la tierra,
porque jamás moviesen otra guerra.*¹⁶

El pánico se apodera de los habitantes de la Concepción al ver llegar a los pocos fugitivos, que vienen en estado lamentable. Entre ellos está Villagra que habrá de suceder al jefe muerto. La terrible derrota no les ha permitido ver otro camino que el de la huida ni otra salvación que el refugio en la ciudad que todavía sigue en pie: el Toqui los ha dejado incapaces de defensa. Y huyen "por los caminos apenas dibujados... los dioses derrotados, las deidades machucadas por la implacable luma".¹⁷ Pronto aparece el vencedor. Desde lo alto de una colina, con el ejército mapuche a sus pies, lanza el grito mágico de guerra: "¡Yo soy Lautaro, el hijo de Curñancul!". Y los guerreros se lanzan sobre la ciudad que acaba de ser abandonada. Tucapel, Purén, Colocolo, Lincoya, Lemolemo, todos los confederados están presentes. En pocos minutos la ciudad arde por todos los costados. En ella se pierde todo el oro arrancado a la tierra mapuche a fuerza de latigazos.

El conquistador saca fuerzas de flaqueza y reconstruye la ciudad de Concepción que, situada en la orilla de la bahía de Talcahuano, puede ser auxiliada por mar. A los dos meses apenas, se presenta Lau-

¹⁵ *Toqui*: el que manda, jefe guerrero. *Apu*: grande, superior, jefe de los extranjeros.

¹⁶ Ercilla, *La Araucana*.

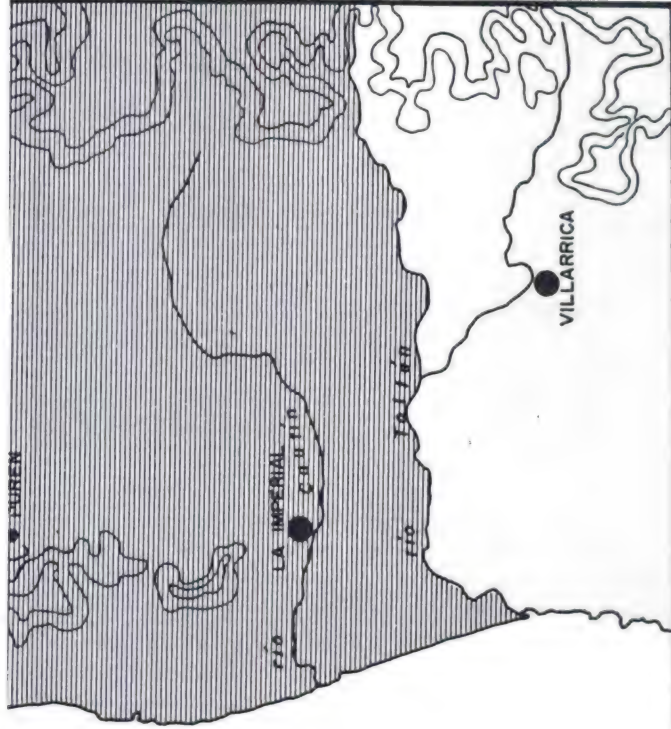
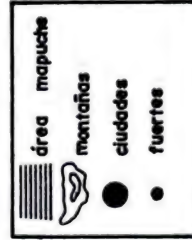
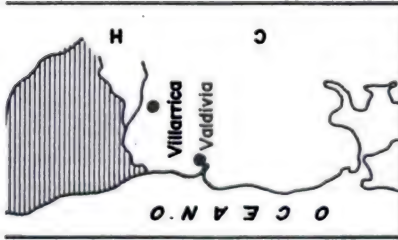
¹⁷ Barella, *op. cit.*

taro con nuevas tácticas guerreras: con su ejército disimulado con ramas de arbustos va bajando por las colinas de Penco sin que los centinelas se den cuenta. Con gran sigilo levantan enfrente del fuerte español una empalizada de enormes troncos, que constituye un refugio y una defensa. Cuando los arcabuces se disponen a disparar y las trompetas suenan en el campo español, el mapuche está ya encima. Primero ocurre la matanza entre hermanos, cuando los yanaconas son enviados a la vanguardia; después son los caballos los que reciben los palos de luma sobre sus cabezas y, encabritados, echan al suelo al jinete.

Los que pueden, mujeres y niños primero, abandonan la ciudad acogiéndose a las barcas de salvamento que bota el barco que fondea en la bahía. Muy pocos, de entre los soldados, pudieron escapar. Al levantarse el ancla verían los del barco, el fuego consumiendo de nuevo la ciudad.

Lautaro es el vencedor absoluto. Villagra ha sido derrotado por él en Marihuenu, le ha matado a la mitad de sus hombres; lo ha derribado del caballo; ha obligado a huir en desbandada al ejército invasor. Ha vencido a Valdivia, el gran jefe de los conquistadores. Ha incendiado fuertes y ciudades. Por el miedo que inspira "aquel Satanás" se van despoblando la Villa-Rica, los Confines. Ahora le falta conquistar Santiago, cuya tierra desconoce. Envía previamente a *Rengo* a convencer a los sojuzgados de las minas a que las abandonen y se junten al ejército libertador. En efecto, los lavadores de oro atacan de noche a sus amos dormidos y los hombres esclavizados y las mujeres forzadas se unen a los insumisos con las herra- mientas en las manos. "Salieron como si pronunciaran la palabra libertad, corrían de un lado al otro y daban brincos de entusiasmo".¹⁸ Lo increíble había sucedido: aquella gente convertida en rebaño acababa de ser liberada gracias al valor de uno que

¹⁸ Barba, *op. cit.*,



tomó el mando. Cuando Lautaro hablaba, "aquellos que no lo conocían se daban cuenta que estaban dejando de ser encomendados del huinca, [del enemigo]".¹⁰

Lautaro pierde seis meses inspeccionando los terrenos ignorados. Por fin llega al río Mataquito; en un lugar escarpado, que ofrece protección natural, construyen un fuerte con empalizadas de troncos macizos. Es tan inexpugnable por la espalda que ni siquiera lo vigilan. Lautaro lo prevé todo: manda acumular alimentos suficientes para resistir, si preciso, un largo asedio; anima a los naturales de la región a aumentar las siembras a previsión del hambre; establece un sistema de comunicación con humaredas con los compañeros distantes.

El español se entera de su proximidad inquietante y se dispone a adelantarse al ataque que teme, pero Lautaro y los suyos le tienen preparada una celada: en una ciénaga cercana al lugar previsto para el ataque han hundido gruesos troncos sobre los cuales esperan los guerreros disimulados por los bejucos. En cuanto aparecen los conquistadores son atraídos hacia la tierra aparentemente sólida, que se abre al paso de los caballos, les aprisiona las patas e inmoviliza a los jinetes que son atacados por los mapuches. Cuando los conquistadores se dan cuenta del engaño, es demasiado tarde. Se pierden muchas vidas y cantidad de caballos quedan en poder de los hijos de la tierra. Será la última victoria de Lautaro.

Las noticias van y vienen de un campo al otro. Los naturales propagan los sucesos: la última derrota española; la escisión del mando entre los conquistadores Villagra y Aguirre.

Cuando Lautaro se decide a atacar Santiago, Villagra trama la manera de deshacerse de él. Sabe que no lo va a vencer en batalla y opta por la traición. De nuevo aparece el negro crimen: un natural, per-

¹⁰ *Ibid.*

teneciente al grupo *picunche*, ofrece entregar a Lautaro a cambio de oro —la pasión extranjera ha despertado ya pasiones autóctonas—, dice que conoce un camino que los va a llevar al campamento mapuche. Les hace cruzar la sierra y caer sobre él por el lado que la confianza había considerado inalcanzable. En el incierto amanecer del día 29 de abril de 1557 irrumpen los españoles en el fuerte dormido. Al súbito despertar sale Lautaro a la puerta de su vivienda. Una flecha anónima va directa a su corazón.

La lanza más larga del ejército español lleva su cabeza clavada, camino a Santiago.

El Arauco no se rinde por ello. Allí están Caupolicán, Rengo, Titaguán, Colca, Tucapel... "contra el estado de violencia impuesto por el español no cabía sino un camino: la violencia armada de los defensores del mapu".²⁰

El número de españoles notablemente disminuido, junto con el conato de guerra civil entre Villagra y Aguirre, decide al virrey del Perú, Hurtado de Mendoza, a enviar a su hijo García, de veintiún años, como gobernador de Chile. Con él llega Alonso de Ercilla, quien entre batalla y batalla escribirá *La Araucana*. Desembarcan en la isla Quiriquina donde permanecen dos meses antes de atreverse a pasar al continente. Su primera acción es hacer llegar al araucano la noticia de que viene sin ánimo de guerra, que su misión es sólo predicar el Evangelio y salvar las almas de los indígenas, mientras reedifica y asegura el fuerte de la Concepción. Los naturales, según su costumbre, se reúnen y discuten y pese a que envían a Millalalco como embajador, no pueden creer en las palabras que se contraponen a los hechos. Ya otras veces se les había instado a la paz y las respuestas habían sido bravas: "si la paz que nos traes es como la que hasta aquí, ninguno la querrá admitir: que más en paz estamos estándonos en gue-

²⁰ Barella, *op. cit.*

rra, pues entre nosotros no hay servidumbre ni quien se haga señor de la libertad ni de las tierras ajenas. . ." ²¹

Al ver los aprestos guerreros en la Concepción, los indígenas se instalan en Talcahuano y desafían a los españoles a lucha singular que éstos no aceptan. Entonces se deciden a atacar la fortaleza. Tucapel, "que el cielo acometiera, si hallara algún camino o escalera", salva los fosos, escala el fuerte y lucha dentro de los muros de defensa con un valor inaudito. Herido, logra escapar. Salen los españoles y en pleno campo tiene lugar un reñido combate en el que Galbarino es apresado y devuelto al bando indígena con las dos manos cortadas. Del dolor saca ánimo el valiente cacique y mostrando sus muñones ensangrentados exhorta a sus compañeros a luchar hasta la victoria. Caupolicán toma sobre sí la venganza y desafía al gobernador. El combate continúa sin victoria definida hasta que, "un escuadrón español, en quien sólo quedaba la esperanza" se lanza con tanta resolución que logra hacer retirar a los mapuches. Galbarino, apresado de nuevo, es colgado de un árbol.

El flamante gobernador García Hurtado de Mendoza, "de gran orgullo e insufrible arrogancia, [si bien] de purísimas costumbres, religioso y desprendido", que despreciaba a "los inferiores y se solazaba en hacer pesar sobre ellos la fuerza de su autoridad", que había dicho que "en Chile no hallaba cuatro hombres que se les conociese padre", ²² no parece el hombre más a propósito para tranquilizar a aquel pueblo dolorido y rebelde ni para ser bienquisto de los suyos. Aquel país que "jamás se verá seguramente pacífico. . . en tanto que lo habitaren indios", que hizo dar a un personaje español, cuyo nombre se calla en la historia, su parecer al Real Consejo de

²¹ P. Diego de Rosales, *op. cit.*

²² Jaime Eyzaguirre, *Historia de Chile.*

Indias: "...sin ninguna duda se acabaría aquella conquista, si los nuestros diesen en pegar fuego a los montes, pues habiéndolos quemado, no tenían los enemigos dónde esconderse, y quedando descubiertos los podrán matar a todos sin que quedase ninguno a vida".²³

Aquel pueblo de ánimo inmutable estaba decidido a defender su tierra de las invasiones extranjeras. "Caupolicán, el asombro de la guerra, la soberbia de Chile", llega a convertirse en la pesadilla de los conquistadores, como antes lo había sido Lautaro y tantos otros caciques invencibles. El acoso al conquistador era constante: al menor descuido de los españoles aparecían de repente miles de indígenas; mas cuando se les buscaba para atacarlos desaparecían como fantasmas.

También Caupolicán sabrá de la traición. Un indio prisionero compra su libertad a cambio de entregar al jefe, a cambio de indicar dónde se halla el fuerte en el que están retirados los principales caciques, en un bosque cercano a Ongolmo. Allí los guía por ásperos caminos. Y el asalto es tan rápido que no les da tiempo de defenderse siquiera. Todos tratan de salvar a Caupolicán, todos niegan que sea el jefe, "...pero en su talle y cuerpo bien dispuesto, daba muestra de ser gran personaje".²⁴ Sólo la ira de su mujer lo compromete.

Un capitán Reinoso lo condena a ser empalado vivo y asaeteado. Y la sentencia se cumplió. Había transcurrido un año desde la muerte de Lautaro.

Cedamos la palabra a Ercilla:

*No la muerte y el ánimo excesivo
causó en su gran semblante diferencia,
que nunca por mudanzas vez alguna,
pudo mudarle el rostro la fortuna.*

²³ González de Nájera, *Desengaño y reparo de la guerra de Chile*, lib. II, cap. I.

²⁴ Alonso de Ercilla, *La Araucana*, canto xxxiv.

*Descalzo, destocado, a pie, desnudo,
dos pesadas cadenas arrastrando,
con una soga al cuello y grueso ñudo,
de la cual el verdugo iba tirando,
cercado en torno de armas, y el menudo
pueblo detrás, mirando y remirando
si era posible aquello que pasaba,
que, visto por los ojos, aún dudaba.*

*Desta manera, pues, llegó al tablado,
que estaba un tiro de arco del asiento
media pica del suelo levantado,
de todas partes a la costa exento;
donde con el esfuerzo acostumbrado,
sin mudanza y señal de sentimiento,
por la escala subió tan desenvuelto
como si de prisiones fuera suelto.*

*Puesto ya en lo más alto, revolviendo
a un lado y otro la serena frente,
estuvo allí parado un rato viendo
el gran concurso y multitud de gente,
que el increíble caso y estupendo
atónita miraba atentamente,
teniendo a maravilla y gran espanto
haber podido la fortuna tanto.*

*Llegóse él mismo al palo donde había
de ser la atroz sentencia ejecutada
con un semblante tal, que parecía
tener aquel terrible trance en nada...*

Rehusó ser tocado por el verdugo y de un punta-
pié lo echó escaleras abajo:

*Que aunque ensaye su fuerza en mi de tantas
maneras la fortuna en este día
acabar no podrá que bruta mano
toque el gran General Caupolicano.*

*...y del súbito enojo reducido,
le sentaron después con poca ayuda
sobre la punta de la estaca aguda.*

*No el aguzado palo penetrante
por más que las entrañas le rompiese
barrendándole el cuerpo, fue bastante
a que al dolor intenso se rindiese:
que con sereno ánimo y semblante,
sin que labio ni ceja retorciese,
sosegado quedó de la manera
que si asentado en tálamo estuvieta.*

*En esto, seis flecheros señalados,
que prevenidos para aquello estaban
treinta pasos de trecho desviados
por orden y de espacio le tiraban;
...y en breve, sin dejar parte vacía,
de cien flechas quedó pasado el pecho,
por do aquel grande espíritu echó fuera,
que por menos heridas no cupiera.*

*Quedó abiertos los ojos, y de suerte
que por vivo llegaban a mirarle,
que la amarilla y afeada muerte
no pudo aún puesto allí desfigurarle...*

La paz esperada con la innoble sentencia no se obtuvo. Ya Caupolicán lo había previsto y anunciado:

*No pienses que aunque muera aquí a tus manos,
ha de faltar cabeza en el Estado,
que luego habrá otros mil Caupolicanos.*

El joven y ruin gobernador fue destituido al cabo de unos pocos años. Y la colonia siguió terca, vencida y presente. En España se sucedían los reyes y el clamor de los colonialistas pidiendo ayuda desde América era desatendido. Aquellos lejanos terrenos no interesaban a la corona española sin que por ello los abandonase.

Enfermedades y hambre, hambre constante, atormentaba a la gente: "...con esto volvió el hambre a apurarlos... encarecía el hambre el valor de la co-

mida y hacía despreciar el oro y la plata... Una mujer se comió, acabada de parir, la criatura de sus entrañas. Carne humana la comieron muchos, y de los indios que mataban hacían cecina. Creció tanto la necesidad que los hombres querían echar suertes para comerse unos a otros. Mas, el esforzado capitán Bastidas, con su ánimo y mucha prudencia, les disuadió de una cosa tan abominable, persuadiéndolos a lo que era menos mal, que comiesen la carne de los indios que se mataban..."²⁵

Para escapar a tanta necesidad, lo mismo españoles que mestizos y mulatos se pasaban al campo indígena: "con la desnudez y hambre de nuestros soldados, que los obliga a dar sus armas a los enemigos, hasta pasarse a ellos a darles también preceptos de guerra y acaudillarlos contra los nuestros". Y la conclusión que saca el historiador es: "De lo que deste punto se podrá colegir es un conocimiento claro y evidente del tiempo que se pierde, caro y peli-groso, y del perjudicial engaño que hay en pretender acabar los nuestros la conquista del reino de Chile por vía de reducir los indios a general paz por fuerza o por grado".²⁶ Esto se escribía después de la sublevación general de los indígenas ocurrida en 1598, que destruyó casi todas las ciudades y fuertes del sur del país. El historiador está convencido de la imposibilidad de que "deje de haber guerra hasta el fin del mundo" porque aunque sólo quedase una vieja de toda su gente, iba a pelear.

Todos los años al llegar la primavera hacía el conquistador una salida contra los indígenas, que llamaba *campeada*. Los naturales la esperaban por el provecho que sacaban de ella: esclavos que aprovechaban la ocasión para reintegrarse a los suyos; armas y caballos que obtenían, e incluso soldados españoles que para escapar a la miseria que asolaba

²⁵ Rosales, *op. cit.*, p. 96.

²⁶ González Nájera, *op. cit.*, lib. 3, Des. 1.

los fuertes preferían irse con los indígenas a los que eran muy útiles sobre todo en el manejo de la artillería que los naturales ignoraban. Muchas mujeres españolas después de permanecer un tiempo entre los naturales rehusaban ser rescatadas. Ya integradas al vivir indígena, con el nombre cambiado, lo mismo que sus compañeros españoles, desnudos y asimilados, trocaron a gusto su vida en las ciudades fortificadas por la vida libre y natural de los autóctonos.

Los caballos constituían la presa más codiciada. Es constante la queja de los españoles, la comprobación de que era mucho mayor el número de los que deambulaban libres entre los indígenas que el de los que quedaban en poder del conquistador, así como del estado más sano y descansado que aquellos presentaban. El mapuche se valía de cuantos medios hallaba a su alcance para robarlos: "Y llega a tanto su atrevimiento, que pasan de noche los ríos caudalosos a nado, y muchas veces con harto frío, cuando nuestro campo está acuartelado cerca dellos, y entrando pecho a tierra en nuestros cuarteles sin ser sentidos, se llevan nuestros caballos que andan paciando. Y cuando están los cuarteles de nuestro campo cercados de montes, como ordinariamente sucede, salen antes de amanecer dellos con mucho secreto, tendidos por el suelo, por no ser vistos de nuestras rondas y centinelas, y de tal manera se vienen a aquella parte a donde tienen ya ojeado, que andan paciando nuestros caballos; y cuando es de día van descubiertos entre ellos las espuelas calzadas, y la lanza atada al pié arrastrando entre la yerba, reconociendo los mejores a vista de nuestra gente, que piensa muchas veces que son nuestros indios de servicio, porque van haciendo muestra o ademán con los brazos, de que andan segando yerba. En fin se llegan de esta manera a los caballos que les parecen mejores, y les quitan las maneas, y con gran presteza, hacien-

do dellas barboquejos y pasando la lanza del pié a la mano, saltan en ellos y corren de manera que, por presto que tocan armas las centinelas y sale gente de a caballo tras ellos ya van metidos por sus montes, donde dejan de seguirlos los nuestros por recelo de sus emboscadas".²⁷

Se diría que los papeles se han invertido: "ahora son los indios los que nos hacen la guerra", se escribe al rey. Ya sólo quejas y clamores llevan los bergantines en las cartas a su Majestad que van camino a España, así como la ingenua petición de auxilio inmediato, "porque la necesidad y riesgo en que estamos no sufre dilación". Parece que hasta la noción de tiempo y espacio haya perdido aquella gente acorralada. La queja se repite sin cesar:

Todos vuestros vasallos que vinieron a esos vuestros reinos... tan remotos y apartados... tienen más envidia a los muertos que en las batallas han muerto que no a ser vivos... Estamos de tal manera que no poseemos más tierra que la que pisamos y si algunas artes o comidas se han de meter en ella [la Concepción] es por la mar, por tener los indios tomados los caminos y a nosotros en tanto aprieto que no se puede encarecer y no tenemos otro socorro y amparo sino el de Vuestra Majestad...²⁸ ...yo temo tengo de tener más trabajo con los españoles que no con los indios y que se me han de amotinar y salir del reino... mal se puede tener la gente en la guerra, mayormente tan continua y trabajosa como ésta, sin premio ni esperanza del, desnuda y descalza y aún sin comida...

A la queja acompaña la justificación de los motivos del indígena:

...los que están de guerra, viendo los malos tratamientos a los que están en paz, procuran de sustentar la guerra y

²⁷ Nájera, *op. cit.*, lib. 2, cap. II.

²⁸ Carta del Cabildo de la Concepción al rey, 26 de mayo de 1569, en *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*.

querer antes morir peleando que no sujetarse a gente que tantos agravios les hace sin justicia y sin razón.²⁹ ...las crueldades que hay y han hecho los españoles y el poco castigo y poca justicia que en ello han hecho los gobernadores y el poco recaudo que los mismos gobernadores han puesto en la Real Hacienda no lo puedo significar por cartas.³⁰ Ha habido en este vuestro reino muchos delitos atroces y pasan sin castigo.³¹

Algunas de las cartas quejumbrosas llevan en el Archivo una nota que indica que se guarde, que no hay nada que contestar.

La desintegración de la colonia continúa lenta y constante y el mapuche no es vencido.

Al suceder del tiempo cambia la estructura política del país. La hermosa tierra chilena deja de pertenecer a España, pero el mapuche tiene ya robada la página que le correspondía en la Historia de la Humanidad.³²

Los últimos descendientes de los heroicos caudillos, del pueblo mapuche invicto, siguen sufriendo después de más de cuatrocientos años, el dolor de la feroz represión que despierta aún ahora su anhelo, más fuerte que el tiempo y que los hombres que los torturan, de Libertad.

²⁹ Carta de Fray Juan de Torralba al rey, 13 de julio de 1569, en *ibid.*

³⁰ Carta del Licenciado Castro a su majestad, 12 de enero de 1566, en *ibid.*

³¹ Carta de Luis de Toledo al rey, 30 de octubre de 1571, en *ibid.*

³² La idea es de Martí.

BIBLIOGRAFÍA

1. Acosta, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
2. Aguado, Fray Pedro de, *Recopilación historial. Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, 1906.
3. Alva Ixtlixochitl, Fernando de, *Obras históricas*, Ed. Alfredo Chavero, México, 1891.
4. Alvarado Tezozomoc, Fernando, *Crónica mexicana, Leyenda*, México, 1944.
5. Alvarado, Pedro de, *Relación...*, Ed. J. Porrúa, México, 1954.
6. *Anales de los cakchiqueles*.
7. Ancona, Eligio, *Historia de Yucatán*, Mérida, 1938.
8. Anderson, Charles L. G., *Vida y cartas de Vasco Núñez de Balboa*, Emecé, Buenos Aires, 1944.
9. Anónimos de Tlatelolco, en León-Portilla, *El reverso de la conquista*, Mortiz, México, 1964.
10. Arciniegas, German, *Los comuneros*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1940.
11. Baegert, S. J., *Noticia de la península americana de California*, Robredo, México, 1942.
12. Bagú, Sergio, *Estructura social de la colonia*, El Ateneo, Buenos Aires, 1952.
13. Barella, Carlos, *Lautaro guerrillero*, Nueva Universidad, Santiago de Chile, 1971.
14. Barros Arana, Diego, *Historia jeneral de Chile*, Ed. Rafael Jover, Santiago de Chile, 1884.
15. Betanzos, Juan de, *Suma y narración de los Incas*, Imp. Samuel G. Hernández, Madrid, 1880.
16. Bolívar Coronado, Rafael, *Los caciques heroicos*, América, Madrid, 1919.
17. Casarrubias, Vicente, *Las rebeliones indígenas en la Nueva España*, SEP, México, 1945.
18. Cieza de León, Pedro, *Crónica del Perú*, Nueva España, México, s. f.

19. Clavijero, Francisco Javier, *Historia de la Antigua o Baja California*, Porrúa, México, 1970.
20. Códice Ramírez: *Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias*, Leyenda, México, 1944.
21. *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile (1551-1572)*, Fondo Histórico y Bibliográfico de José Toribio Medina, Santiago de Chile, 1956.
22. Colón, Cristóbal, *Diario. Libro de la primera navegación y descubrimiento de las Indias*, Madrid, 1962.
23. Colón, Cristóbal, *La carta de... anunciando el descubrimiento del Nuevo Mundo*, Gráficas Yagües, Madrid, 1958.
24. *Conquista de los quichés*, en León-Portilla, *El reverso de la conquista*, Mortiz, México, 1964.
25. Cortés, Hernando, *Cartas y documentos*, Porrúa, México, 1963.
26. *Crónica de Chac-Xubul-Chen*, en Miguel León-Portilla, *El reverso de la conquista*, Mortiz, México, 1964.
27. *Crónicas de la conquista* (introducción, selección y notas de Agustín Yáñez), UNAM, México, 1939.
28. Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Robredo, México, 1944.
29. Durán, Fray Diego, *Historia de las Indias de la Nueva España*, Editora Nacional, México, 1951.
30. Ercilla, Alonso de, *La Araucana*, UNAM, México, 1962.
31. Eyzaguirre, Jaime, *Historia de Chile*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1964.
32. Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1959.
33. Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio, *Historia de Guatemala o Recordación Florida*, Ed. Luis Navarro, Madrid, 1882.
34. Galaviz de Capdevielle, Ma. Elena, *Rebeliones indígenas en el norte del Reino de la Nueva España*, Ed. Campesina, México, 1967.
35. Galván, Manuel de, *Enriquillo. Leyenda histórica dominicana*, Ed. Vda. de J. Cunill, Barcelona, 1909.
36. Garcilaso de la Vega, Inca, *La Florida del Inca*, Fondo de Cultura Económica, México 1956.

37. Garcilaso de la Vega, Inca, *Comentarios reales de los Incas*, Emecé Buenos Aires, 1945 (3 vols.).
38. Góngora Marmolejo, Alonso de, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta 1575*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1970.
39. González de Nájera, Alonso, *Desengaño y reparo de la guerra de Chile*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1971.
40. González Suárez, Monseñor Federico, *Estudio histórico sobre los cañaris*, Quito, 1878.
41. González Suárez, Monseñor Federico, *Historia general de la República del Ecuador*, Imprenta del Clero, Quito, 1890.
42. Guerra y Sánchez, Ramiro, *Manual de historia de Cuba*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1962.
43. Harrington, Mark Raymond, *Cuba antes de Colón*, Col. Libros Cubanos, vol. xxxiii, La Habana, 1935.
44. Hernández de Alba, *Retazos de historia*, Ed. Centro, Bogotá, s. f.
45. Herrera, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Oceano*, Academia de la Historia, Madrid, 1952.
46. Huerta Preciado, Ma. Teresa, *Rebeliones indígenas en el noroeste de México en la época colonial*, INAH, México, 1966.
47. Huerta Rendón, Francisco, *Historia del Ecuador*, Publ. Educativas Ariel, Guayaquil, 1967.
48. Irving, Washington, *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, Gaspar y Roig Editores, Madrid, 1851.
49. Jerez, Francisco de, *Conquista del Perú y provincia del Cuzco*, Ed. Nueva España, México, s. f.
50. Landa, Fray Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, Ed. Pedro Robredo, México, 1938.
51. Las Casas, Fray Bartolomé de, *Apologética historia sumaria*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1958.
52. Las Casas, Fray Bartolomé de, *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*, Ed. Mar Océano, Buenos Aires, 1953.
53. Las Casas, Fray Bartolomé de, *Historia de las indias*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.
54. León-Portilla, Miguel, *Visión de los vencidos*, UNAM, México, 1959.

55. León-Portilla, Miguel, *El reverso de la conquista*, Moritz, México, 1964.
56. Lewin, Boleslao, *La insurrección de Túpac Amaru*, EUDEBA, Buenos Aires, 1963.
57. *Libro de los libros de Chilam Balam*, ed. de A. Barreira Vázquez, Fondo de Cultura Económica, México, 1948.
58. López de Cogolludo, Fray Diego, *Historia de Yucatán*, Imprenta de Aldama Rivas, Madrid, 1867.
59. Lozano, Pedro, *Descripción chorográfica...*, Córdoba (España), 1733.
60. Lunardi, Monseñor, *La Nueva España, la muy polida*, Tegucigalpa, 1941.
61. Lunardi, Monseñor, *Lempira, el héroe de la epopeya de Honduras*.
62. Mariño de Lobera, Pedro, *Crónica del reino de Chile*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1970.
63. Moulin, Abate Jean, *Los caciques heroicos*, Madrid, 1919.
64. Núñez Cabeza de Vaca, Alvar, *Comentarios*, Col. Austral, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1942.
65. Núñez Cabeza de Vaca, Alvar, *Naufragios*, Col. Austral, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1942.
66. Ocampo, Maestre Juan de, *El mar de las perlas. Historia de la conquista de la Nueva Andalucía*, América, Madrid, 1919.
67. Ortiz, Fernando, *Historia de la arqueología indocubana*, Col. de Libros Cubanos, vol. xxxiii, La Habana, 1935.
68. Ovalle, Alonso de, *Histórica relación del reino de Chile*, Instituto de Literatura Chilena, Santiago de Chile, 1969.
69. Pérez Martínez, Héctor, *Cuauhtémoc, vida y muerte de una cultura*, Ed. Leyenda, México, 1944.
70. Poma de Ayala, Felipe Guamán, *Nueva crónica y buen gobierno*, Instituto Tiahuanaco, La Paz, 1944.
71. Poma de Ayala, Felipe Guamán, *Las primeras edades del Perú* (ensayo de interpretación por Julio Tello), Lima, 1939.
72. Posada, Eduardo, *El Dorado*, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, s. f.

73. Porras Barrenechea, Raúl, *Fuentes históricas peruanas*, Ed. Mejía Baca y Villanueva, Lima, 1955.
74. Prescott, William H., *Historia de la conquista de México*, Porrúa, México, 1970.
75. Prescott, William, H., *Historia de la conquista del Perú*, Gaspar y Roig Editores, Madrid, 1851.
76. Quiroga, Pedro de, *Libro intitulado coloquios de la verdad*, Sevilla, 1922.
77. Recinos, Adrián, *Pedro de Alvarado*, Fondo de Cultura Económica, México, 1952.
78. Remesal, Fray Antonio de, *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*, Guatemala, 1966.
79. Rivero de la Calle, Manuel, *Las culturas aborígenes de Cuba*, Ed. Universitaria, La Habana, 1966.
80. Rosales, Padre Diego de, *Historia general del reino de Chile: Flandes indiano*, Ed. Universitaria, Santiago, 1969.
81. Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Robredo, México, 1938.
82. Salinas y Córdova, Fray Buenaventura de, *Memorial de las historias del Nuevo Mundo. Perú*, Col. Clásicos Peruanos, vol. 1, Universidad Nacional de San Marcos, Lima, 1957.
83. Sancho, Pedro, *Relación de la conquista del Perú*, Ed. José Porrúa Turanzas, Madrid, 1962.
84. Schmidl, Ulrico, *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*, Peuser, Buenos Aires, 1948.
85. Séjourné, Laurette, *América Latina: antiguas culturas precolombinas*, en *Historia Universal*, Siglo XXI, México, 1971.
86. Simón, Fray Pedro, en *Kingsborough's mexican antiquities*, vol. VIII.
87. Solís, Antonio de, *Historia de la conquista de México*, Porrúa, México, 1968.
88. Torquemada, Fray Juan de, *Monarquía indiana*, Porrúa, México, 1969.
89. Triana, Miguel, *La civilización chibcha*, Bogotá, 1922.
90. Uricoechea, Ezequiel, *Antigüedades neogranadinas*, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, s. f.
91. Valcárcel, Daniel, *La rebelión de Túpac Amaru*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

92. Valdivia, Pedro de, *Cartas que tratan del descubrimiento y conquista de Chile* (ed. facsimilar), Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, 1953.
93. Vallejo, Alejandro, *La cita de los aventureros*, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, s. f.
94. Veytia, Mariano, *Historia antigua de México*, Leyenda, México, 1944.
95. Villagutierre Sotomayor, Juan de, *Historia de la conquista de la provincia del Itzd*, Imp. de L. A. Bedmar y Narváez, Madrid, 1701.
96. Zapata, Fray Nemesio de la Concepción, *Vida del guerrero bárbaro Nicarogudn*, Madrid, 1918.
97. Zárate, Agustín de, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, Nueva España, México, s. f.

INDICE DE OPOSITORES

- Abenamachei: 56, 57
- Abibeiba: 56, 57
- Abraiba: 57
- Acuera: 154
- Agüeiba: 45, 46
- Ahkimpol: 120
- Ainavillo: 259
- Amotape: 198
- Anilco: 168
- Apasa, Gregoria: 237
- Apasa, Vilca: 233
- Aracare: 247, 248
- Arichuna: 174
- Atahualpa Apu Inca: 223
- Axoquetzin: 104
- Balupi, Nicolás: 145
- Bastidas, Antonio: 229
- Bastidas, Micaela: 223, 228, 230
- Baucomani: 145
- Bea: 60, 61, 62
- Behechio: 28
- Belehé-Qat: 128
- Beleheb-Tzii: 125
- Beltrán, Manuela: 239
- Boton: 135
- Bulaba: 63
- Cacama: 82, 84
- Cacimar: 47
- Cahí-Imox: 128
- Caibil Balam: 128, 129
- Calambaz: 193
- Calicuchima: 206, 211
- Calisaya, Alejandro: 233
- Camire: 251
- Canek, Jacinto: 118, 119, 121
- Capaha: 165
- Capasi: 160
- Careta: 53, 58
- Catia: 177
- Caupolicán: 260, 262, 267, 268, 269, 271
- Cemaco: 55, 56, 57, 61
- Ciguayo: 36
- Coanabo: 19, 22, 23, 24, 25, 28
- Coanacoch: 110, 111
- Cocle, Juan: 145
- Cocom, Andrés: 120
- Colca: 267
- comuneros: 238, 239, 240
- Condori, Simón: 233, 236
- Corobari: 60, 61
- Cotubano: 30, 32
- Cuajuco: 146
- Cuauhtémoc: 90, 91
- Cuitláhuac: 82, 87
- Cutara: 68, 69
- Chi, Andrés: 120
- Chicaguala: 237
- Chicaza: 164
- Chicóri: 135
- Chilimasa: 198
- Chimalpopoca: 90
- Chiruca: 66
- Chisca: 165
- Chucama: 66
- Dadaibe: 57
- Don Bartolomé: 145

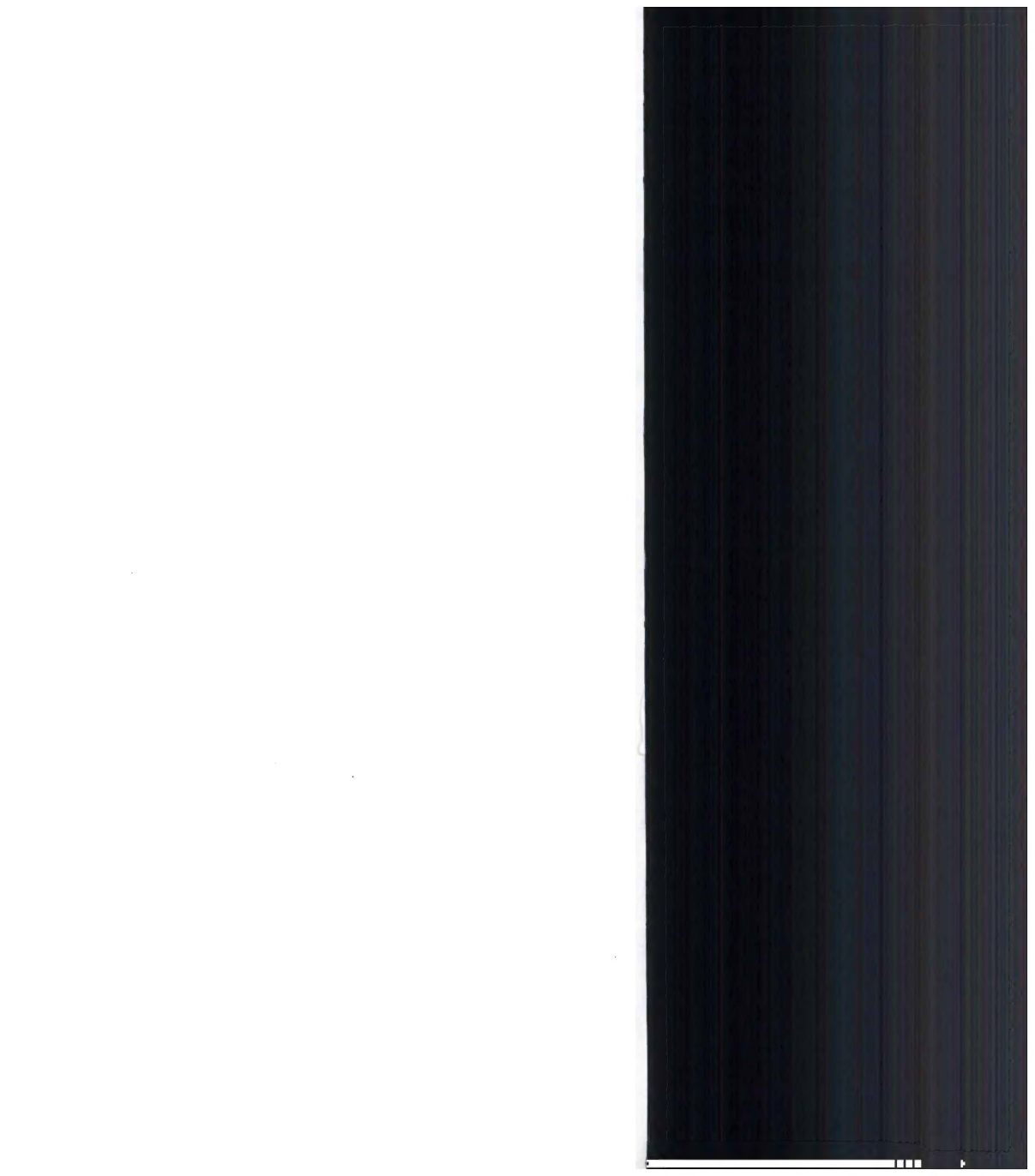
- Dururua: 64
 Ecatzin: 102
 Galán, José Antonio: 239, 240
 Galbarino: 268
 Gogofito: 144
 Guaicaipuro: 175, 176, 177, 178
 Guamá: 39, 40
 Guarionex: 19, 25, 26, 27, 28
 Guarocuya (Enriquillo) : 32, 33, 34, 35, 36, 37
 Guaturo: 60, 61
 Guaxicar: 144
 Guazani: 249
 Hatuey: 39, 40, 41
 Hernante: 145
 Hirrihigua: 150, 153
 Huaipallca: 212
 Huitzilhuatzin: 105
 Itzcuahtzin: 87, 88
 Jumandi: 208, 209
 Lachira: 198
 Lautario: 146
 Lautaro: 258, 260, 261, 262, 263, 266, 269
 Lempira: 129, 130
 Mabodomoca: 46
 Manco Cápac: 210, 213, 214, 215, 216, 217
 Mahicoatex: 25
 Mayobanex: 26, 27
 Mendigure, Andrés: 233, 236, 237
 Mendoza, Javier: 239
 Millalalco: 267
 Moranta, Jerónimo: 145
 Musa: 63
 Naaban Cupul: 115
 Naguatex: 167
 Necareva: 146
 Nicaroguán: 73, 74, 75
 Nina: 208
 Nina Catari, Carlos: 233
 Oblitas, Antonio: 224, 226, 230
 Ochavarri: 145
 Oxib Queh: 125
 Pacra: 51
 Pariaguán: 175
 Paramacay: 177
 Paramaiboa: 174, 175
 Petacal: 140
 Pisco, Ambrosio: 239
 Pocosora: 58, 59, 65
 Quauhpopoca: 83, 84
 Quigualtanqui: 169, 170
 Quimbaimbo: 208
 Quimuinchateca: 186, 189
 Quiquiz: 206, 210, 211, 212, 213
 Razo Razo: 208
 Rengo: 267
 Rumiñahui: 205, 206, 207, 208
 Secativa: 59
 Sisa Bartolina: 235, 236, 237
 Sugamuxi: 191
 Supichiochi: 145
 Tabere: 248
 Tamayo: 34, 36
 Tascaluza: 160, 161, 163
 Tecum Umán: 122, 125
 Temoctzin: 101
 Tenamaxtle: 141, 142
 Tenquital: 140
 Tepepul: 122, 125
 Tepotztitolco: 106
 Tepox: 145
 Tetelepanquetzal: 110, 111, 112
 Titaguán: 267

Titu Atauchi: 210, 211
 Titu Condemayta, Tomasa: 227, 230
 Tizquesuza: 186, 187, 189
 Tlaltecotzin: 90
 Torage: 67
 Tubanamá: 54, 59, 60
 Tucapel: 145, 259, 260, 261, 262, 267, 268
 Tundama: 192
 Túpac Amaru: 222, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 236, 240
 Túpac Amaru, Diego Cristóbal: 227, 230, 231, 232, 233
 Túpac Amaru, Francisco: 230
 Túpac Amaru Bastidas, Fernando: 233, 234

ÍNDICE DE OPOSITORES

Túpac Amaru Bastidas, Hipólito: 230
 Túpac Amaru Bastidas, Mariano: 232, 233, 234
 Túpac Catari: 235, 236, 237
 Tzilacatzin: 101
 Tzoyectzin: 101
 Urinare: 177
 Uroyoán: 46
 Urraca: 62, 63
 Urribarracuxi: 153
 Utiangue: 166
 Vitacucho: 154, 155, 156, 157
 Xicotencatl: 80, 81
 Xiutleque: 140
 Yahueriba: 47
 Yaracuy: 179, 180
 Zopozopangui: 208
 Zorrillo: 175

Impreso en CARGRAPHICS
RED DE IMPRESION DIGITAL
Av. Presidente Juárez N° 2004
Col. Fracc. Industrial Puente de Vigas
Tlalnepantla C.P. 54090
Edo. de México
Tels: 5390-9709 5390-9711



"Y ésta es la pura y verdadera realidad de la verdad"-FRAY BARTOLOMÉ DE LA CASAS.

"El colonialismo no se comprende sin la posibilidad de torturar, de violar y de matar"
-FRANTZ FANON.

"Al indio no se le predique humildad y resignación, sino orgullo y rebeldía"-MANUEL GONZÁLEZ PRADA.